

DONDE HABITA EL MIEDO

MAITE R. OCHOTORENA



CUANDO TUS PESADILLAS TRASCIENDEN LA REALIDAD...

«Un Thriller Psicológico Sobrecogedor»

DONDE HABITA EL MIEDO

MAITE R. OCHOTORENA

Título: Donde Habita el Miedo
copyright © 2017 by Maite R. Ochotorena
Primera Edición: Mayo de 2017
ISBN:
Cubierta: Maite R. Ochotorena
Sello: Independently published
Printed by Amazon

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Olvidar no es posible cuando el dolor lo consume todo...

Recordar... sin poder volver atrás para subsanar ese dolor, es una refinada forma de castigo.

Cuando la vida te arrebatara la cordura y en su lugar deja un poso de abandono y amargura... el olvido muta en una quimera inalcanzable y el dolor en un lamento inconmensurable.»

«La vida a veces es una suerte de quimera y nosotros un tobogán de despropósitos empecinados en hacer de ella un infierno.»

Mentiría si dijera que no sabía cómo llegó allí; mentiría y perdería el derecho a seguir adelante con su historia, si no reconociera que fueron sus decisiones, equivocadas o tal vez sólo desafortunadas, las que la llevaron a la verja que daba paso a la vieja casa de sus padres, un refugio perdido en algún punto de un boscoso valle guipuzcoano. Allí, al amparo de la falda de la montaña más abrupta, pensaba esconderse del mundo...

...y del miedo.

Mentiría, sin duda, si dijera que no estaba siendo cobarde.

—¿...cómo que vas a instalarte allí? —la voz de su hermana sonó preocupada y algo histérica al otro lado del teléfono. Acababa de llegar y el motor de su coche todoterreno aún estaba en marcha. El capó humeaba. Quitó el contacto y se bajó despacio, mientras Cristina hablaba atropelladamente, cada vez más nerviosa—. Teresa, ¿pero vas a quedarte? ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé...

«Puede que permanentemente», pensó. Un largo silencio se hizo entre ellas, en otro tiempo tan comunicativas y alegres; casi pudo sentir cómo la mente lógica y racional de su hermana trabajaba a toda máquina buscando sentido a su decisión. Estaba claro que no iba a encontrarlo, porque ni ella comprendía bien por qué iba a hacer lo que iba a hacer. Sólo sabía que no le quedaban alternativas.

—Teresa, hay otras opciones... ¿Qué necesidad hay de que te vayas allí, sola? ¡Ahí no se te ha perdido nada!

—No tengo más opciones Cristina.

—¿Cómo que no...? ¡Teresa! ¡Allí no hay nada! Te vas a hundir en la miseria si te aíslas en ese agujero... Oye, haremos lo que sea mientras encuentras un trabajo... Ya veremos cómo, pero vente... Por ahora no puedes quedarte en casa, ya sabes que no tengo sitio, pero algo haremos... Lo que no puedes hacer es tirar la toalla, ¿eh? Te apoyaremos el tiempo que sea necesario y lo sabes, pero aquello está abandonado y perdido en medio de la nada... Lo que necesitas es estar con nosotros, que somos tu familia y te queremos... Ven ahora mismo, esta noche, iré a buscarte a casa a eso de las ocho y hablamos en la cena...

—No puedo trabajar.

—Sí que puedes, ya encontrarás algo que te vaya bien...

—No —insistió angustiada. Ella no podía entenderlo, nadie podía hacerse una idea de lo que estaba pasando—. No puedo, Cristina.

—Bueno, voy a buscarte y lo hablamos.

—No puedes, ya estoy aquí —no quiso decirle que ya no tenía casa a la que ir a buscarla. Ese desgarrón era sólo para ella. Abrió la verja despacio y atravesó el jardín, una agreste extensión cubierta de hierba, muy crecida y tan poblada que apenas podía andar. La puerta de la casa permanecía muda ante ella—. Te llamaré, ¿vale?

—¿Cómo que ya estás allí? Teresa...

—Hasta pronto. Te quiero.

Se quedó inmóvil, con el teléfono apagado y apretado en la mano, delante de la pesada puerta de entrada. Soltó su equipaje, que quedó a sus pies, lleno de lastre, pesado y mudo...

Y de pronto no pudo respirar.

Clavó los ojos en aquella vieja puerta, como esperando a que se abriera, reviviendo las veces en que sus padres la recibían con sonrisas y abrazos afectuosos cuando aún vivían y pasaban la mayor parte del año allí.

Pero aquello pertenecía al pasado, y en aquel instante de su truncada existencia, aquel lugar sólo era el vestigio de un pasado mejor, ruinoso y húmedo. El viejo refugio, que antaño le produjera felicidad... parecía ahora un pozo de nostalgia que bien podía devorarla. Como su miedo.

Y se había propuesto instalarse allí... porque no tenía donde quedarse.

Había tenido que salir de casa a escondidas, dejando atrás sus pertenencias... Después de tanto tiempo intentando solventar una situación desesperada, sin empleo, sin recursos, atenazada por un miedo antinatural que estaba acabando con su voluntad... no le quedaban fuerzas para suplicar ayuda a amigos y familiares. Ellos ya se lo habían dado todo, pero, por encima de eso, no necesitaban saber.

Debía mantenerlos apartados de su dolor, de una pesadilla demasiado aterradora. Nadie podía salvarla, tal vez ni siquiera pudiera hacerlo ella.

Sin posibilidad de labrarse un futuro, sin poder mirar atrás, ni adelante, sentía que estaba perdiendo el juego. Definitivamente. De no ser que encontrara respuestas.

Muy pronto perdería también la cabeza. Al menos eso le parecía. Estaba tan confusa, tan esquilmada... Como una cáscara vacía, un universo plano que no sabe que existe, que se expande infinitamente sin nada que ofrecer, acumulando un pasado sin opciones, y empeñada en un futuro de micro castigos... Se sentía como una rueda que se lanza cuesta abajo desconociendo lo que encontrará al final de la caída, sin importarle el daño, porque en el fondo, quería ese daño, quería el dolor y la herida, como penitencia por ser el hueco espacio donde no hay preguntas, porque no soportaba ser quien era, y prefería ignorar las consecuencias y dejarse llevar, aunque fuera hacia el desastre. Y ojalá encontrara su recompensa en forma de bofetada, una que la hiciera despertar.

No sabía quién era, ni qué lugar ocupaba en este mundo; caminaba por la vida como una sombra que sonríe sin saber por qué...

En la corriente que la arrastraba en aquellos días, devoraba su existencia quemando todas las velas, apurando su contenido como si al llegar cuanto antes al final, fuera a acabar con su tortura, que era estar vacía... O ciega.

El móvil sonó de nuevo en su mano y dio un respingo. Miró la pantalla y vio que su hermana insistía, nada conforme con su actitud. La melodía que tiempo atrás le asignó para saber que era ella quien la llamaba, se elevó en el silencioso atardecer del valle para perderse a su alrededor, como un eco fantasmal de otra realidad. Se le antojó fuera de lugar en aquel paraje natural tan apartado de la moderna civilización y sus dispositivos de última generación. Sonaba y sonaba... y ella estaba cada vez más tensa.

Cristina no iba a permitir que se aislara en aquellas montañas sin dar guerra, mucha guerra. Con un movimiento de su dedo bajó la pestaña que ponía en modo «silencio» el teléfono y al instante dejó de escucharse la insistente llamada. La calma regresó. Sus deshechos nervios no necesitaban más sobrecarga.

La pantalla siguió iluminada, parpadeando mientras mostraba la imagen sonriente de Cristina, que continuaba esperando a que contestara su muda llamada... Teresa se quedó mirando su foto de

contacto. No pensaba iniciar una discusión. No por el momento. Pulsó el botón superior y desconectó el teléfono... del todo.

De ese modo recuperaba el control, al menos superficialmente.

Se quedó pensando un lapso de tiempo indefinido. No porque estuviera razonando algo concienzudamente, sino porque sus mermadas energías no le permitían ver con claridad, mucho menos ordenar sus ideas para que tuvieran sentido... Se sentía tan espesa... Sólo sabía que debía afrontar el siguiente paso.

Así que hizo un «enorme» esfuerzo... La pregunta surgió en su mente: ¿cómo iba a cruzar aquel umbral y enfrentar el abandono, la humedad y los posibles inquilinos de aquella vieja casa de montaña a la que nadie había vuelto en años? Una enorme soledad quebró su determinación. Y estaba tan agotada...

Cuando el corazón late en las venas como si fuera a desbordar la circulación, cuando la ansiedad roba el color de las mejillas y el pánico asfixia paralizando el cuerpo como si un puño de hierro lo tuviese sujeto... uno cree que va a desvanecerse. Así se encontraba ella aquella tarde de otoño, confusa, perdida y sola. La ansiedad, que invariablemente acudía para robarle la voluntad y el raciocinio, atacaba de nuevo, y con virulencia.

Respiró despacio, buscando recuperar el dominio sobre sus nervios. En vez de eso sólo pudo imaginar en su cabeza las preguntas que su hermana le hubiera hecho de haber cogido su llamada, preguntas llenas de cordura frente a su irracionalidad. Pero ella tampoco tenía respuestas ni podía ayudarla.

«Menuda mierda...»

Al fin, cuando después de un rato pudo coordinar sus pensamientos, la joven buscó las llaves de aquella condenada puerta en su abrigo. Temblaba como una hoja mientras hurgaba en el fondo de su bolsillo. A lo lejos, como dispersos y huecos, escuchó los familiares cencerros de las yeguas que solían pacer en el valle, salvajes, de patas cortas, largas crines y grandes barrigas. Ese sonido, que de niña la relajaba y la hacía feliz, la ayudó a aplacar la ansiedad y a localizar el manojito de llaves. En cuanto lo aferró, aunque con los dedos realmente entumecidos, recuperó el control.

«Venga Teresa... Veamos qué tenemos aquí...»

La soledad. Eso tenía.

Al abrir la pesada puerta, un profundo hedor a humedad se liberó de las entrañas de la casa y sacudió su entereza, inundando sus fosas nasales hasta hacerla estornudar. Aquello llevaba demasiado tiempo deshabitado, y el frío de la montaña, junto con la habitual niebla que lo cubría todo y la incesante lluvia, habían dejado su huella en paredes, techos y suelo. Iba a necesitar muchas jornadas de duro trabajo para adecentar la casa y convertirla en un hogar donde... esconderse.

Entonces recordó que, además, había robado. Antes de dejar el piso en San Sebastián, había cogido un sobre lleno de dinero que estaba escondido en un altillo. No lo había contado, pero sabía que se trataba de una cantidad importante.

Sin duda eso traería consecuencias... Se estremeció. No podía pensar en ello, o lo echaría todo a perder...

«...céntrate...»

Antes de entrar, antes de dar un paso y penetrar en la oscuridad... y en su destino, se preguntó dónde iba a acostarse. Se alegró de haber llevado un saco de dormir y la colchoneta, porque dudaba que las viejas camas de las habitaciones fueran a estar en buenas condiciones... Sin duda

los ratones, las arañas y todos los insectos del planeta se habrían instalado en los colchones, que a buen seguro iba a tener que quemar.

«Si es que la chimenea funciona...»

Encendió la potente linterna, que también había añadido a su kit de supervivencia, y dirigió el haz de luz hacia las tinieblas. El ambiente, denso y pesado, quedó rasgado y violentado por aquel cuchillo de claridad que apenas reveló las formas que encontraba a su paso. Todo estaba en calma, como si el tiempo se hubiese detenido. Fuera aún era de día, pero la luz no osaba traspasar la entrada, como si las sombras la mantuvieran a raya en el umbral. Percibió el aire contenido, suspendido tiempo atrás, empaquetado mientras el mundo al otro lado de aquellas paredes había seguido avanzando.

Necesitaba encender el motor auxiliar que había en la leñera de la parte de atrás para desterrar aquellas sombras, y de paso... a las criaturas que habitaban en ellas.

Recordaba que en sus últimos años de vida su padre había instalado un interruptor que permitía encender y apagar aquel motor desde dentro, y quiso probar si funcionaba con tal de no tener que volver a salir, pese a que era consciente de que llevaba demasiado sin ser utilizado como para que respondiera; ni siquiera estaba segura de que tuviera gasolina... Dirigió el haz de luz de la linterna hacia el rincón donde pensaba que estaba el botón y caminó hacia él, no muy segura de dónde pisaba. Entonces escuchó claramente cómo un número indefinido de ratones correteaba por el suelo en todas direcciones, huyendo de su presencia.

—Por favor, funciona...

La noche pronto se le echaría encima, y no le hacía ninguna gracia tener que arreglárselas sólo con la linterna que tenía en el coche. El Toyota... El Toyota, con su maletero lleno a reventar, el Toyota con su pesada carga. La había llevado consigo, porque no sabía que hacer con ella...

Se reprendió por ser tan atolondrada, por no haber planeado mejor las cosas, por haberse presentado allí por la tarde en vez de por la mañana, con tan pocas horas de luz por delante...

«...ni eso sabes hacer...». Esa voz retumbó en su cansada memoria, y tuvo que esforzarse por apartarla y enterrarla de nuevo en el fondo del cajón desastre, donde pretendía mantenerla a raya.

Pulsó el interruptor.

Y evidentemente no pasó nada.

Insistió tres o cuatro veces más, aun sabiendo que el motor no iba a ponerse en marcha, y finalmente se resignó a salir a la leñera y comprobar la gravedad de la situación. Al menos había tenido la precaución de llevar un bidón hasta los topes de gasolina... El sol descendía rápidamente y empezaba a rozar amenazadoramente las líneas del horizonte. Pronto se escondería tras las montañas y la noche la alcanzaría.

Dio la vuelta a la casa con prisa, apartando las malas hierbas que crecían por todas partes, y alcanzó la desvencijada leñera en la parte de atrás. El tejado se había venido abajo, y la hiedra, que antaño crecía tímidamente por las paredes, lo envolvía todo con una densa red de tallos leñosos y hojas grandes de un verde espléndido y brillante. Teresa entró y echó un vistazo, localizando sin dificultad un bulto al fondo, cubierto con una gruesa tela asfáltica: el motor, mudo y olvidado. Por fortuna el tejado no lo había aplastado y aún podía acercarse sin peligro. Olía a queroseno y a leña... Miró de reojo a los lados y se le escapó una medio sonrisa involuntaria: aún quedaba una buena carga de madera cortada apilada en la pared; había suficiente como para aguantar todo un invierno. Una preocupación menos.

Dejó la linterna sobre el grueso tocón que su padre utilizaba para cortar la leña con el hacha, y apartó la tela. La única fuente de electricidad del refugio quedó a la vista.

Según le pareció, el motor tenía gasolina suficiente, sólo que llevaba demasiado tiempo parado. Contaba con una manilla para arrancarlo manualmente. Tenía que hacer un intento, después de todo, no era la primera vez que lo probaba. Tiró con todas sus fuerzas, con un solo gesto, rápido y seco.

Nada.

Volvió a intentarlo, una, dos... y hasta cuatro veces, sin que sonara ni un leve chasquido, ni un amago de arranque... nada. Estaba muerto.

Iba a tener que apañarse sin electricidad, al menos hasta que pudiera echarle un vistazo más concienzudo al día siguiente. Probablemente sería cuestión de limpiar aquel viejo trasto y engrasarlo antes de lograr que funcionase de nuevo. O tal vez estaba definitivamente roto...

Fue a sacar del coche sus cosas, para habilitar un espacio donde pasar la que sin duda iba a ser la noche más larga de su existencia.

o o o

«...Lo peor de no saber, lo peor de la incertidumbre, del temblor bajo el suelo que pisas, que se resquebraja y se abre en un profundo abismo cuyo fondo no logras distinguir...

Lo peor de lo que se cierne sin anuncios ni plazos, lo peor del cambio, de tener que aventurar lo que vendrá, de tener que recurrir a la esperanza y los sueños para pintar esa sombra que se nos viene encima de otro color que sea más amable y feliz, menos amenazador...

Lo peor de presumir el futuro, de adelantarlo con las frágiles armas del pasado, que ya no sirven... lo peor de temerlo y esperarlo a un tiempo que no se deja atrapar ni corregir, mientras el rumbo se tuerce o se desvía, o se detiene...

Lo peor de mirar alrededor y ver mil sombras más buscando un destino, mil vidas braceando en busca de aire, mil ojos sondeando la oscuridad, en el mismo caprichoso devaneo del caos...

Lo peor de extender la mano y tantear ese vacío pavoroso sólo para rozar una gran nada, el aire burlón...

Lo peor de no saber, no es lo que vendrá.

Lo peor es ceder al miedo.

Lo peor es permitir que el miedo te devore...»

El miedo es irracional, y se alimenta de la duda, de la inseguridad y de la soledad. El miedo, ese gran pasajero sin billete que se había colado en la vida de Teresa allanándola vilmente, creció en su interior como una enfermedad vírica dominando su sistema nervioso. Lo hizo a pesar del agotamiento que padecía y que en los últimos meses la había estado obligando a acostarse temprano y dormir durante al menos diez horas... o a mantenerse desvelada sin remedio; lo hizo a pesar de la linterna, inútil para hacerle sentir más protegida dentro de su círculo de luz... Se instaló con fuerza en su fuero interno y lo llenó todo de sombras.

Empezó a asfixiarse, incapaz de desterrar sus propias sombras.

Iluminó con la linterna la zona donde pensaba dormir. La luz que proyectaba, directa y dura, le hizo sentir como un personaje solitario en medio de un escenario, con los focos fijos en ella, acentuando su percepción de unidad, su yo en medio de la nada, alienado y extraño. Si pasaba algo, no tendría a dónde huir, ni podría llamar a nadie para que acudiera en un tiempo récord a consolarla y hacerle compañía... o a salvarla de su pesadilla. ¿La había dejado realmente atrás? No, la llevaba consigo, profundamente instalada en su sistema nervioso, dominando su voluntad, férreamente.

Lo peor de todo era que aquel aislamiento lo había escogido ella. Ella, Teresa, había decidido trasladarse allí, al culo del mundo, donde no había un alma, donde sólo los búhos, y tal vez algún jabalí o gato montés, aparte de los ratones, arañas y demás, tendrían a bien visitarla.

Tardó dos horas en adecuar un espacio suficiente en medio de lo que había constituido la cocina y la sala de estar. Extender sobre el suelo de madera una tela impermeable no parecía suficiente para expulsar el frío y la humedad, pero, al poner encima una colchoneta doble, que tardó muchísimo en inflar, y sobre ella una manta, y sobre todo ello su saco de dormir, esa sensación cambió.

Colocó la linterna de tal manera que iluminara su pequeño refugio dentro del refugio.

Fuera de ese círculo protector estaban las tinieblas, y más allá aún, al otro lado de las gruesas paredes de piedra, estaba la noche oscura y las montañas.

Dentro de ella estaba el miedo...

Y alrededor, el silencio.

El miedo y el silencio se aliaron contra ella.

Y la cordura se apagó, como si una mano invisible hubiese tirado del cordón.

¡Click!

«...tranquilízate, joder...»

Respiró hondo.

Le temblaban las manos, pero se obligó a sacar el bocadillo de tortilla que llevaba envuelto en papel albal dentro de su mochila. Lo miró sin apetito, se sentó sobre su saco de dormir, y se lo comió. Tuvo que tragar cada mordisco por la fuerza, hasta acabar. Luego se acostó. Hacía mucho frío, dentro y fuera de ella.

Empezó a ser incapaz de soportar la tensión sobre la una de la madrugada, mientras daba vueltas sin parar, enredándose en el grueso saco de plumas en el que estaba embutida, sin poder conciliar el sueño. Hubo un momento, no supo exactamente cuál, en que la ausencia absoluta de cualquier sonido que no fuese su propia respiración, o el roce de su cuerpo al agitarse sobre la colchoneta, se hizo patente e incluso estruendosa.

El silencio absoluto se traduce en un insoportable ruido de fondo que puede llegar a ser ensordecedor. Cuando lo percibió, la atmósfera se volvió opresiva, el aire pesado y denso, y su soledad, de pronto, tomó unas dimensiones insondables que hicieron que estallara en desconsolados sollozos...

Después, no recordaría cuánto tiempo duró su llanto, pero sí, y vívidamente, que, entretanto, notó que algo se subía a su improvisada cama, como cuando se sube un gato y camina sobre las mantas, despacio, muy despacio, tan liviano que apenas se nota. Algo a cuatro patas andaba sobre el saco de dormir, y la joven podía notar su peso y cómo cada paso hundía suavemente la colchoneta...

Solo que allí no había nada.

Dejó de llorar al momento, y se refugió bajo el saco, cubriéndose con él hasta la coronilla. El pánico se apoderó de ella y por un instante no fue capaz de moverse. Se le cortó la respiración, y el silencio la asfixió robándole el pulso y la capacidad de pensar. Entonces aquello se detuvo, y Teresa se quedó muy quieta, esperando, «temiendo» que el fenómeno volviera a repetirse.

Y recordó las pesadillas. Y las pesadillas se apoderaron de ella, y ya no la abandonaron en toda la noche.

De pronto oyó cómo algo caía al suelo en algún rincón fuera de su círculo de luz. Más allá del haz que proyectaba su linterna, no podía ver nada, pero sabía que ese algo había caído produciendo un sonido seco y corto al rebotar unas cuantas veces contra la madera. Después todo quedó de nuevo en silencio.

No podía pensar, su mente se negaba a trabajar y la confusión la dominaba, porque la sensación de estar dormida, sumida en una pesadilla de la que no lograba despertar, era tremenda. Se llenó de dudas, se arrepintió de haber escapado, porque, ¿cómo iba a salir bien parada de todo aquello? Empezó a pensar que tal vez su hermana tuviera razón, y que ella no sabía bien lo que hacía, ni lo que quería... Incluso pensó que podía llamarla, pedirle ayuda...

—Cállate... —murmuró sollozando.

Entonces el movimiento sobre su cama regresó. Notó unos cuantos pasos más, y luego claramente cómo un bulto se colocaba sobre sus piernas...

Un frío antiguo acartonó su cuerpo, le subió desde las tripas, agarrotando su estómago, encogió su corazón, que literalmente dejó de latir, y trepó por su garganta hasta enmudecer su voz, entumecer su cerebro y nublarle la vista. La sangre huyó de su cabeza, abandonó sus mejillas y se replegó hasta acumularse en su pecho, para luego desplegarse bombeando frenéticamente por todo su cuerpo... El aire que pasaba por su nariz quemaba, y de pronto quiso huir, librarse de aquel pánico como fuera, llamar a su hermana Cristina aunque fuesen las dos de la mañana, porque oír una voz amiga sin duda rompería el hechizo de pesadilla en el que estaba atrapada.

Continuaba notando un peso extraño sobre las piernas. Aterrorizada, buscó frenéticamente el móvil, y cuando lo encontró, debajo de la almohada, trató de desbloquear la pantalla. Probó tres veces seguidas, sin éxito. Estaba tan nerviosa que los dedos le temblaban y no atinaba con los cuatro números de su clave secreta... A la cuarta logró acertar y pudo buscar la última llamada. Le dio a la opción de «rellamada» y esperó, mientras el alivio la inundaba.

Una alegría casi salvaje se desató en ella al escuchar el tono, al adelantarse a la voz conocida, a esa dosis de realidad que tanta falta le hacía... El tono sonó... y sonó... Empezó a desesperar... y la ilusión se esfumó. Cristina no contestaba. Insistió una y otra vez, cada vez más rabiosa, pero fue en vano.

Al fin tuvo que desistir, convencida de que el profundo sueño de su hermana le impedía oír su

llamada. O eso o estaba demasiado enfadada para prestarle su voz aquella noche.

Entonces sintió que la presión sobre sus piernas aumentaba, y el terror la dominó por completo... Teresa cerró los ojos, como si de ese modo fuese a inhibirse de todo...

«Qué coño haces aquí...»

Estas palabras sonaron junto a su oído, tan cerca, que casi pudo sentir el aliento de quien las había pronunciado, muy, muy frío, a su lado... Abrió los ojos y vio junto a ella, mirándola atentamente, una figura masculina. Aulló de angustia, chilló dando manotazos, creyendo que soñaba, pero la figura continuó allí, imperturbable... Fue tal el pavor que la dominó, que se desmayó.

o o o

«...Por qué...

Por qué...

Por qué robarme, por qué tirar del hilo y desmadejarme, giros y giros de mala intención, vueltas renegridas de obsesión...

Por qué, por qué apagarme, por qué hacerme subir y bajar en una noria de confusión, preguntas sin respuesta, el desorden de la razón, la mentira sin perdón, el apagón...

Por qué, por qué te empeñas en robarme cuanto soy, en apagar cada mecha que yo enciendo, en pisar donde yo piso, más fuerte, más hondo, más profundo.... quieres hundirme, y que me pierda en el infinito del no sé nada, no quiero nada, no soy nada...

Por qué, por qué revoloteas en torno a mi luz, por qué bebes de ella, por qué me consumes, me hurtas la vida y te vistes de ella, quítate mi aliento, es mío, deja mi pensamiento, devuélvelo y vete... por qué tanto odio... si querías mi luz... era sólo para apagarla.»

El aire inmóvil del refugio flotaba sobre su cuerpo, estático, plagado de minúsculas partículas que brillaban con la tímida luz del mediodía. Nada se movía en aquella casa pequeña y desabrida, salvo su pecho, que subía y bajaba rítmicamente mientras yacía sobre la cama, aún sin sentido.

Dormía profundamente, pero algo en el fondo de su subconsciente, siempre alerta, comenzó a tirar de ella... alertándola. Regresar a la vida fue como emerger de un pozo de lègamo negro. Luchó por despertar, consciente en parte de la importancia que hacerlo revestía para su seguridad. Sin embargo, aquel limbo infernal en el que se había hundido durante la noche, parecía insondable y eterno. Cuando al fin, muy lentamente, logró emerger del profundo sueño que la mantenía anclada a la estrecha colchoneta, lo hizo con el alma muda y lejana, sin conciencia de sí misma, como una sombra que apenas logra imitar un atisbo del objeto que la arroja.

Después de un tiempo, Teresa pudo abrir los ojos y mirar alrededor. Tardó unos minutos en recordar quién era y dónde estaba. Luego su memoria regresó.

Y el dolor.

Estaba en el refugio de sus padres, o en su refugio, ahora que ellos no estaban, y había pasado una noche infernal plagada de pesadillas.

También recordó al hombre agachado a su lado en la oscuridad, y sus palabras: «...qué coño haces aquí...».

Se estremeció, y se giró en todas direcciones, para comprobar que estaba sola, a salvo... No había nadie. La puerta estaba cerrada. Todo estaba en su sitio.

De pronto ya no quiso despertar. Perdió el interés por lo que podría depararle el nuevo día en libertad.

Miró hacia una de las ventanas, situada sobre la encimera de la cocina. Entraba una lábil luz matutina, que hurtaba perezosamente su espacio a la penumbra. La mañana estaba ya muy avanzada, y ella continuaba envuelta en su saco de dormir, desmadejada y rota. No quería levantarse, no quería empezar su nueva andadura en aquel lugar solitario, sin poder hablar con nadie... No... no quería hablar con nadie. Quería morir. Quería desaparecer, para así dejar de sufrir. Estaba agotada, muerta por dentro.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció así tendida, asimilando la medida de su desamparo, acallando la angustia que la llenaba entera. Se preguntaba qué iba a hacer a partir de entonces, cómo iba a arreglárselas sola, sin ayuda. Cómo iba a lidiar con sus fantasmas, con el miedo que dominaba sus sentidos, su voluntad, su distorsionada percepción de la realidad. Cómo iba a afrontar la culpa.

¿Cómo se dan los primeros pasos en libertad cuando se llevan tantos años secuestrada por ese miedo? Teresa desde luego no sabía hacerlo.

Le parecía que no le quedaban fuerzas. Al fin y al cabo, las había empleado todas en escapar.

Pero tenía que hacer un esfuerzo.

Quiso incorporarse. Sus brazos estaban flácidos, igual que sus piernas, y un dolor sordo tensaba su vientre. Lo intentó varias veces, hasta que pudo quedarse sentada, aunque mareada y febril. Era muy consciente de que los nervios le estaban jugando una mala pasada. Tenía que levantarse, vestirse y planear qué hacer.

Y había mucho que hacer.

Apenas podía moverse, y no quería tener que hacer nada. Se miró los brazos. Unas feas

moraduras cubrían su piel, como brazaletes negros y retorcidos. Las manos de su marido la habían marcado así la última vez.

Su marido, Christian... Teresa cerró los ojos, tratando de no pensar en él. Estaba convencida de que si lo hacía, flaquearía. Debía desterrar a Christian de su pensamiento, Christian ya no estaba, había escapado al fin. Todo había terminado.

Pero había robado un dinero que no era suyo, un dinero que podía acarrearle serias consecuencias...

¡Pero ese dinero ahora era suyo! Lo había cogido porque no tenía nada más, él se lo había quitado todo, ¿qué otra opción tenía?

Apartó el miedo, antes de que dominara por completo su voluntad.

Cuando apoyó los pies descalzos en el suelo para ponerse en pie, un vahído hizo que casi se desplomara de nuevo sobre la colchoneta. Esperó unos instantes, hasta que recobró el equilibrio. La linterna estaba en el suelo, apagada. Seguramente se había quedado sin pilas. Por fortuna había comprado todo un arsenal, por si acaso.

Al fin se levantó.

Una vez en pie, evaluó por primera vez el estado del refugio, a la luz del día. El tiempo, la humedad, y el abandono, habían hecho su labor, tal y como había imaginado. Las ventanas estaban mugrientas, los cristales llenos de moho negro, y la pintura de sus marcos de madera rojos resquebrajada. El polvo lo cubría todo, y había telarañas, huellas de ratones por todas partes, y un olor a cerrado que pronto empezó a asfixiarla. ¿Cómo había podido respirar con aquel hedor? Lo primero era ventilar aquella tumba. Se calzó las botas, dispuesta a abrir la puerta de par en par, y a continuación las ventanas, si es que podía.

Entonces se vio reflejada en un viejo espejo que colgaba de una viga que sujetaba el techo en el centro del refugio. Estaba carcomido por la humedad.

Se vio muy delgada, demacrada. Tenía el cabello enmarañado, y una intensa palidez hacía que su piel brillara en la penumbra de forma fantasmal. Era como una aparición, si no fuera porque iba vestida con ropa demasiado moderna, muy poco apropiada para serlo. Le quedaba holgada, por lo mucho que había adelgazado. ¿Cuánto pesaba... cincuenta kilos? No era ninguna belleza, salvo, quizás, por sus ojos: eran grandes y verdes. Su madre... su madre siempre le decía que cuando sonreía su rostro se iluminaba, volviéndose encantador. Sí, podría decirse que su sonrisa era su mayor atributo. Tal vez por eso Christian siempre había tratado de borrarla.

Ya nunca sonreía.

Teresa se vistió con cuidado, procurando no agacharse demasiado, ni doblarse por la cintura, para que el dolor del vientre no empeorase.

Fuera el cielo estaba despejado, hacía un bonito día otoñal. Ahora que estaba despierta, todo lo ocurrido la noche anterior parecía irreal. Y lo era. Allí no había nadie, sólo lo había soñado... Sus pesadillas podían ser espantosas, muy vívidas. Agradeció haberse desmayado.

Se cepilló el cabello y se abrochó los pantalones. Como lo haría un soldado obediente, de forma metódica y disciplinar.

Su imagen no había mejorado mucho, y sintió lástima de sí misma. Buscó en su interior algún atisbo del coraje que había mostrado el día anterior, cuando por fin había sido capaz de dar el paso, y salir de su casa en San Sebastián, para marcharse, muy lejos del recuerdo de Christian; algo de la muchacha alegre y decidida que había sido antes de quedar atrapada en un infierno. No encontró nada. La verdadera Teresa, si continuaba estando en alguna parte, se ocultaba muy bien.

Miró su reloj de pulsera. Era la una del mediodía, debía apresurarse si quería arreglar el

motor. No hacerlo implicaba pasar otra noche de pesadilla. Además, los días se iban acortando, lo que le dejaba muy poco margen para hacer todo lo que tenía que hacer, e iba muy lenta, más bien se arrastraba, incapaz de superar el inmenso agotamiento que dominaba su cuerpo. Estaba tan consumida...

¿Y su hermana?

Rescató el móvil, que se había quedado enredado en el saco, y revisó las llamadas perdidas. Tenía quince de Cristina. Se echó a temblar. Había puesto el teléfono en «silencio» para no escuchar las llamadas de su hermana, y había olvidado devolverle el sonido. Seguramente había estado sonando toda la mañana, mientras ella dormía. Se alegró de eso. Echó un vistazo a los mensajes... Su hermana le había enviado uno, rogando que la llamara en cuanto pudiera, mientras que de él... Christian...

«...estás enferma...» leyó. Se lo había mandado días antes de que se marchara, antes de su última discusión, después de...

Los borró. Uno por uno. Todos, los setenta y siete. No estaba dispuesta a leerlos y dejar que su voz continuara influyéndola con su venenosa verborrea letal, incluso ahora. Si caía en la trampa y prestaba atención a esa voz, si se le ocurría pensar en él, acabaría perdiendo la batalla. El control que ejercía sobre su voluntad era absoluto.

Allí estaba de nuevo, una pesada piedra de granito tiraba de sus entrañas hacia el suelo, le temblaban las manos y sentía náuseas... Por un instante quiso hablar con Cristina, oírla, aunque estuviera furiosa con ella... Luego decidió dejarlo para otro momento. Cristina iba a empeñarse en ir a buscarla, eso si no lo había decidido ya. Teresa arrojó el móvil sobre la cama, aún en modo «silencio», y salió a buscar el aire de la mañana.

Le ardían las mejillas, como si tuviera fiebre. Tal vez la tenía.

Cuando abrió la puerta de entrada, una bocanada de aire fresco la envolvió, como una caricia. Aquel frescor, sano y vivificante, le devolvió algo de vida. Inspiró con ganas, queriendo absorber todo lo bueno que aquel lugar podía transmitir. El olor del bosque y de la hierba, un aroma muy sutil, lo impregnaba todo.

Teresa se quedó en el umbral unos instantes, apoyada en el quicio de la puerta, mientras una marea de recuerdos infantiles despertaban en su adormecido fuero interno, pugnando por salir a la superficie. Hacía mucho que no pensaba en su niñez, en la felicidad en la que había crecido. Había olvidado todo lo bueno que había tenido antes de Christian. Después sólo había estado él. Se había apoderado de su espacio, lo había llenado todo, la había ahogado... Christian y sus eternos proyectos malogrados, el siempre frustrado Christian y sus problemas, Christian y su dolor, Christian contra el mundo... Casi pudo sentirle a su lado, observándola, con aquella peculiar forma que tenía de torcer la mandíbula a un lado, odiándola...

Salió a la hierba y se dejó caer de rodillas, mientras las lágrimas se derramaban de sus ojos y corrían mejillas abajo sin control. Buscó con las manos el tacto del suelo húmedo, de la tierra, y enterró los dedos en ella, queriendo sentirla como antes, como cuando era una niña y amaba aquel lugar maravilloso.

La risa alegre de su madre resonó en alguna parte en su cabeza, llamándola, y la añoranza se abrió paso a través de la tristeza. Hubiera dado cualquier cosa por tenerla a su lado, y poder abrazarla, y sentirse consolada; hubiera dado cualquier cosa por oírla reír, por charlar un rato mientras ella hacía sus crucigramas, por mirarse en sus ojos negros, vivaces e inteligentes, por desayunar a su lado sin prisa, sabiendo que el tiempo entre las dos se detenía para hacerse un hueco indefinido del que siempre habían sabido aprovecharse.

Cuando ella vivía, las cosas eran más fáciles, sencillas... alegres.

Si su madre hubiera podido verla, allí arrodillada, tan perdida, tan derrotada... no la hubiera reconocido.

«...tienes cosas que hacer y es tarde...».

Tenía que llevar el motor a algún taller en el pueblo más cercano, a unos diez kilómetros de distancia pista abajo. El problema radicaba en que iba a tener que soltarlo y subirlo a la parte trasera de su todoterreno ella sola, y sabía que pesaba lo suyo.

Pero antes debía hacer otra cosa más urgente. Y le iba a costar mucho, muchísimo. Miró hacia el Toyota, mudo y silencioso, aparcado junto a la langa. Teresa se puso en pie. No quería, pero sabía que necesitaba cumplir con lo que se había prometido. Sólo así podría empezar de cero. Se fue hasta el vehículo y abrió el maletero. Una enorme bolsa negra de cuero, fuerte y nueva, destacaba entre sus otras pertenencias. Dentro estaba todo su dolor.

—Joder...

La cogió con las dos manos, y la arrastró hasta que cayó al suelo con un golpe seco. Pesaba muchísimo, más de lo que recordaba. ¿Y si no podía con ella?

—Tienes que poder... Teresa, tienes que poder...

Se agachó, la cogió de nuevo, y tiró de ella con todas sus fuerzas. La fue arrastrando por la hierba hasta la langa, dejando un surco de plantas aplastadas detrás. Abrió la verja y salió. Debía recorrer unos doscientos metros a través del terreno para llegar a donde pretendía. Miró alrededor... No se veía a nadie. Con suerte, no habría nadie. Iba a tener que jugársela.

Tomó aire, y haciendo de tripas corazón, empezó su largo recorrido con aquel peso muerto auestas. Tiraba un trecho, descansaba, volvía a tirar... Poco a poco, metro a metro, concentrada en una sola cosa, fue avanzando, hasta atravesar el terreno y llegar al murete de piedra que lo delimitaba. Había un paso abierto, como una brecha que permitía el paso a personas y animales, y después se iniciaba un sendero de tierra que serpenteaba hacia una pista que discurría más abajo. Pero ella no iba a seguir aquel sendero. Su objetivo estaba más arriba, a través de la ladera del monte.

—Hazlo ya...

Miró hacia el refugio. Desde allí se distinguía, casi escondido bajo los fresnos que lo rodeaban. Luego cogió aire, y reanudó su pesada marcha, arrastrando aquella abultada bolsa. Tiró de ella, deslomándose en el proceso, subiendo, subiendo, sudando, pálida y febril, llorando... Hasta llegar junto a un árbol solitario que crecía al pie del agujero natural. ¡Ya estaba allí!

Teresa se rió, histérica, y se asomó al borde. Sabía que era muy profundo, un lugar perfecto para deshacerse de aquella bolsa repleta de angustia, miedo y dolor. Cuanto antes. Se puso detrás de la bolsa, y en vez de arrastrarla la empujó, guiándola hacia la abertura... hasta que se precipitó por ella lánguidamente... y se detuvo.

—Mierda...

La bolsa era grande y la abertura estrecha, y al principio se quedó trabada sin llegar a caer hacia el fondo, como una broma pesada.

—No, no no no no...

Teresa se sentó de culo, y la empujó con los pies, forzándola a colarse por el angosto agujero... Hasta que al fin se deslizó y cayó, esta vez sí, perdiéndose en la oscuridad. Se escucharon una serie de golpes sordos, durante unos segundos, hasta que un último ¡PLOM! le indicó que había tocado fondo, casi cincuenta metros más abajo. Luego se hizo un profundo silencio. Una extraña sensación se apoderó de ella.

Se quedó mirando el agujero, aquel profundo abismo natural, anonadada. ¿Ya estaba? Así parecía.

«...no te quedes aquí...»

Se levantó. Le temblaban las piernas por el esfuerzo. Se giró, y regresó por donde había llegado, dando traspiés. Cuando alcanzó el terreno, corrió un poco, deseando alcanzar la seguridad del refugio. Al llegar, cerró la langa y el maletero del Toyota, que aún estaba repleto de cosas.

Tenía pendiente el motor... Pero estaba demasiado cansada...

De pronto se echó a llorar. ¿Puede una persona deshacerse de toda su angustia arrojando una bolsa por un agujero? Había creído que se sentiría mejor después de hacerlo. Nada había cambiado...

Pensó en sacar el motor de la leñera, imaginó cómo hacerlo... No se movió para hacerlo.

En vez de eso, regresó a su cubil, cerró la puerta y llegó hasta la colchoneta. Se tumbó, se descalzó, y se enterró bajo el saco de dormir.

Porque la noche ya hacía tiempo que la acompañaba y se nutría de su malsana melancolía. En ocasiones se hacía perenne a plena luz del día, domeñando las horas, sembrando de sombras cualquier atisbo de lucidez. Porque la oscuridad habitaba dentro de ella, y no podía hacer otra cosa que resistir. Por eso se acurrucó en su soledad y se encerró en ella, huyendo de lo que debía hacer, de sus propósitos, sucumbiendo a la pesada losa con la que cargaba, aun habiendo escapado de su carcelero.

No le importó que llegara la noche de nuevo. No le importó. No se molestó en cambiar las pilas de la linterna, y pasó el resto del día allí escondida, sumida en un estado de sopor triste y hondo, sin comer nada. No había espacio para nada más que para la pena. Se aferró a la risa de su madre y a sus recuerdos para no afrontar la vida. Tal vez no despertara.

Eso la reconfortó.

La luz de la tarde la acompañó en su duermevela poblado de nostalgias, sin que hiciera otra cosa que esconderse del resplandor que entraba por las ventanas. Fueron pasando las horas quietas, casi escuchaba el tic tac de su reloj interno, apagado y lejano, ajeno a ella. Se envolvió en el tiempo, con el corazón dolorido. Notaba los músculos entumecidos, pero no tenía frío. Cuando la noche se llevó la luz y se quedó a ciegas, sumida en una profunda oscuridad, cayó en un sopor enfermizo del que no fue capaz de salir. El saco la oprimía y limitaba su cuerpo encarcelado; el aire silencioso bullía en su cerebro, atronaba sus oídos; algo correteaba por el suelo, hurgando entre sus cosas; la madera del techo chasqueaba, crujía avejentada... y el viento apareció para zumbear burlón el resto de la noche.

Pasó tres días hundida en una profunda depresión, abotargada y febril, perdida completamente en la deriva de las cadenas que llevaba por dentro, férreamente ancladas en su corazón.

Sin embargo, el destino la arrancó de golpe de aquel inerte estado de autocompasión.

Se oyó el motor de un coche.

Teresa aún continuaba perdida en su mundo de pesadilla, y hubiera querido seguir así indefinidamente, pero al escuchar aquel ronroneo se asustó. Lo primero que pensó es que su hermana había ido a buscarla. El rumor sonaba en la lejanía, pero se iba aproximando. Un vehículo subía por la empinada rampa final que llegaba hasta el terreno donde estaba la borda. Tenía unos cinco minutos antes de que llegara hasta la puerta.

Apartó el saco de dormir y salió de su hueco-madriguera. Se acercó como pudo a la ventana y se asomó, presa del pánico. Un todoterreno terminaba de ganar aquella endemoniada cuesta final y

entraba en el terreno en ese momento.

Se sorprendió.

No era Cristina. Era un coche patrulla de la Ertzaintza, blanco, con el logotipo del Cuerpo en los laterales.

No sabía que subieran hasta allí arriba, ¿para qué iban a hacerlo? Un escalofrío recorrió su espalda.

Se arregló un poco y recogió a medias su rincón adecentado en medio del abandono. Al poco, notó que el vehículo se detenía y paraba el motor. Unos minutos después llamaban a la puerta. ¿Qué hacer?

Sin duda habrían visto su coche y querrían saber quién era y qué hacía allí. Iba a tener que abrir si quería que se marcharan para poder volver a su letargo anterior. Se miró en el espejo. Estaba horrible, desaseada, despeinada, ojerosa... No estaba presentable para recibir a nadie. Maldijo por lo bajo, y trató de arreglar su cabello con los dedos. Entonces pensó... Tal vez le echaran una mano con el motor... Eso la animó a abrir la puerta.

Se peinó a conciencia, se recogió el pelo, se vistió, y salió a la puerta, componiendo su mejor sonrisa, aunque por dentro se moría de vergüenza.

Dos agentes llenaban el umbral con sus corpulentas figuras uniformadas. La observaron con seriedad, sorprendidos sin duda de ver a una mujer en aquel refugio de montaña, pero más aún por su aspecto, que era espantoso. Eran muy altos y bastante fornidos. Uno de ellos se presentó no obstante con amabilidad.

—Buenos días señorita, ¿todo bien?

—Buenos días, sí... ¿ocurre algo?

—No, sólo nos ha extrañado ver que había alguien en este refugio. Lleva mucho tiempo cerrado —sus ojos castaños sonrieron con amabilidad, y eso hizo que Teresa se relajara un poco—. ¿Tiene permiso para estar aquí?

—Era de mis padres... Lo heredé cuando ellos murieron —desvió la vista, apenada mientras recordaba—... En realidad no había vuelto por aquí desde entonces, ya sabe... no es lo mismo sin ellos. He venido a pasar unos días.

El otro agente, más callado y observador que su compañero, lanzó una mirada curiosa por encima de su hombro, hacia la penumbra. Tras la penumbra estaba el desastre, y Teresa rezó para que no alcanzara a verlo. Era evidente que le llamaba la atención que hubiera decidido instalarse en aquel viejo refugio.

—¿Va a quedarse aquí? —el de los ojos castaños también estaba extrañado, aunque no había acritud en su tono—. Está bien, necesito comprobar su identidad, si no le importa, necesitamos su documentación, por favor —Teresa vaciló. ¿Y si la estaban buscando? No quería que le hicieran preguntas... Baena debió notar su nerviosismo. Al ver que se incomodaba, quiso tranquilizarla—. Es pura rutina, una mera comprobación.

—Ya...

Entró y buscó en su mochila la cartera donde guardaba su DNI. Luego regresó y se lo entregó de mala gana. Le temblaban las manos, cosa que no les pasó desapercibida.

—Soy el agente Baena, y éste es mi compañero, el agente Salas —se presentó mientras cogía el documento y le echaba un vistazo. Luego se lo entregó a Salas, que se apartó un poco para acercarse a su vehículo. Le vio echar mano de un transmisor, seguramente para comprobar su identidad con la central. «Mujer, veintisiete años...», le oyó decir. Se puso pálida—. Solemos cubrir esta zona y de vez en cuando pasamos por aquí, cada quince días. Ha habido bastantes

robos en los últimos meses —ella no escuchaba a Baena. No apartaba la vista de Salas—. ¿Ha venido sola?

—Sí —se sobresaltó. Al fin dejó de mirar a Salas y se centró de nuevo en Baena.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No lo sé, un tiempo —repuso distraída—. ... Necesitaba estar sola, ya sabe, para relajarme...

—¿Sola? —insistió Baena.

—Sí, sola.

Baena la observó con interés, evaluando su expresión. Pareció sopesar algo. Estaba muy concentrado en ella, y eso hizo que enrojeciera.

—Esto está muy apartado, señorita Lasa —dijo al fin—. ¿Tiene teléfono móvil?

—Sí, claro —suspiró, y estaba segura de que se había dado cuenta.

—¿Qué tal anda de cobertura?

No lo había comprobado, pero había podido hablar con su hermana, así que debía de andar bien.

—Sí tengo, no es problema.

—Pero aquí no hay electricidad...

—...ni agua —añadió Salas regresando. Le devolvió el carnet sin añadir nada más.

Todo estaba en orden.

¿Ya estaba? ¿No iban a preguntarle por qué se había ido de casa... o por Christian? Una oleada de alivio comenzó a bombear desde su corazón por todo el cuerpo. Fue como si despertara de su prolongado letargo, estimulada por la tensión.

Todo estaba en regla, por supuesto, Teresa era quien decía ser, la dueña de aquel refugio.

—En realidad sí que hay luz —se apresuró a asegurar—, tengo un motor, aunque no arranca... necesito llevarlo al pueblo, para repararlo.

Se quedó callada unos momentos, mientras evaluaba la posibilidad de pedir ayuda a aquellos dos agentes. Eran fuertes, y no tardarían en cargar el motor en el coche ni cinco minutos.

—¿Necesita ayuda?

Baena había adivinado en su expresión lo que pasaba. Teresa asintió lentamente, algo avergonzada.

—¿Dónde está?

—En la parte de atrás, en la leñera.

Baena le hizo un gesto a Salas, y la acompañaron, bordeando el refugio a través de un camino de losas de piedra. Después de varios días encogida en su colchoneta, sin comer nada, el cuerpo de Teresa se movía como si fuera de cartón. Estaba mareada y deseando que los ertzainas se marcharan cuanto antes. Sin embargo, les necesitaba. Iban a hacerle un gran favor, y no podía dejar pasar la oportunidad. Hasta ella, en medio de su estado depresivo, se daba cuenta de eso.

Cuando abrió la desvencijada puerta de la leñera y les mostró el interior, que se había venido abajo, Salas soltó un silbido. Teresa levantó la pesada lona que protegía el motor y lo destapó. Salas silbó de nuevo para mostrar su asombro. No mencionó que el tejado se hubiera caído dejando un enorme boquete por el que entraba la lluvia.

—Menuda reliquia... Dudo que vuelva a arrancar alguna vez —murmuró Baena agachándose para revisarlo.

—Más vale que lo haga, lo necesito...

—...pues está anclado al suelo. Creo que tengo una llave inglesa en el maletero, ahora vuelvo.

Baena se alejó, y ella se quedó a solas con Salas. Era muy alto, de pelo castaño muy corto, cortado a cepillo, y lucía una prominente nariz. Sus inquisitivos ojos azules rastreaban el entorno con la desaprobación reflejada en ellos. Sin duda estaba pensando en lo poco conveniente que era que se quedara allí sola, pero no lo dijo en voz alta. Se limitó a tantear el motor, e incluso probó a arrancarlo, sin éxito, por supuesto. Cuando el otro agente regresó, lo soltaron de su anclaje en el suelo de hormigón sin demasiada dificultad.

—Traiga el coche hasta aquí, así no tendremos que cargar con él y podremos subirlo en su maletero —sugirió Baena.

Su coche... No recordaba dónde tenía las llaves. Su mente aún estaba algo embotada, y Teresa tardó en reaccionar.

—¿Hay algún problema?

—No... No, tengo las llaves dentro, enseguida lo acerco.

Se arrancó de allí y se apresuró a entrar al refugio a buscar las llaves, que estaban, por suerte, en el bolsillo de su chaqueta. Poner en marcha el motor y echar marcha atrás, hasta colocar el coche con el culo pegando a la leñera, le llevó apenas dos minutos. Luego abrió el maletero, que aún estaba abarrotado con sus cosas personales. Y allí... estaba el hueco que la ausencia de la bolsa negra había dejado. No se acordaba... Al verlo, murmuró un juramento. Además, le avergonzaba mostrar sus intimidades de aquel modo. Ya no tenía remedio, los ertzainas lo vieron todo, hasta sus bragas dobladas en una bolsa que se había abierto con las curvas. Teresa se había llevado todo lo que había podido de San Sebastián, su ropa, sus libros... Todo estaba allí. Aquello no era para unos días, era una mudanza en toda regla.

Baena la miró por un instante con un interrogante en la mirada. Parecía querer saber de qué iba todo aquello, por qué una mujer decide instalarse en medio de la montaña llevándose su vida a cuestas. Sin embargo no dijo nada, ni Salas tampoco. Y ella lo agradeció.

No hizo falta hacer sitio entre sus cosas, porque el hueco que había dejado la bolsa era suficiente para que cupiera el viejo motor. Los dos agentes a una lo levantaron, hasta colocarlo en el espacio libre, el único lugar donde podía encajar sin tener que sacar sus pertenencias. Luego Baena cerró el maletero y se limpió las manos. Teresa se sintió mejor.

—Ha sido una suerte que hayamos pasado por aquí, porque usted sola no habría podido cargarlo —dijo, y sonrió. Tenía una bonita sonrisa.

—Si todo está en orden, deberíamos irnos —intervino Salas saliendo de la leñera—... Si me lo permite, señorita Lasa, no debería quedarse sola aquí. Esto está muy solitario y por lo que se ve, bastante abandonado.

Al fin no había podido callar lo que pensaba.

—Sé muy bien cómo está todo, no se preocupe.

—En ese caso debería llevar ese motor a arreglar cuanto antes, no vaya a quedarse sin batería para el móvil. Si se da prisa aún encontrará abierto el taller de Aguirre, el que está a la entrada de Legazpi. ¿Lo conoce?

Teresa asintió.

Baena clavó sus ojos castaños en ella, sin abandonar su aire amigable. Tenía unas cejas espesas y un rostro agradable.

—Tal vez nos pasemos otro día, sólo para asegurarnos de que está todo bien —se ofreció—. Llámenos si necesita ayuda.

Le tendió una tarjeta que ella rechazó.

—No es necesario, gracias —murmuró. No quería que volvieran, porque necesitaba estar

sola. Sólo quería perderse en sus miserias, no tener que estar dando explicaciones, ni fingir que todo iba bien, cuando en realidad nada iba bien—... Gracias por todo.

—Venga, vamos Baena. Hasta otra señorita...

Baena se guardó su tarjeta y movió la cabeza en señal de despedida. Se apartó de su lado para reunirse con su compañero, que ya se iba hacia el todoterreno blanco en el que habían llegado. Levantó la mano y saludó antes de montar en él.

Cuando arrancaron y se alejaron marcha atrás por el camino de hierba, de regreso a la pista de acceso al terreno, Teresa sintió que algo se quebraba en su interior. Había deseado que se marcharan, pero ahora que la soledad la envolvía de nuevo, no sabía cómo manejarla. Los observó mientras se perdían de vista camino abajo. Después, aún se escuchó el motor de su vehículo durante un rato. Luego todo quedó en silencio.

Miró con pereza su propio coche con desgana, un Toyota color plata cuatro por cuatro. Sabía cuál era el taller de Aguirre, porque lo había visto al cruzar Legazpi para llegar al refugio. Calculó que bajar hasta el pueblo le llevaría tres cuartos de hora, y no era seguro que tuviera el motor arreglado aquel mismo día. Si se animaba, podría comprar velas, comida, y unas cuantas cosas más que iba a necesitar. Miró su reloj. Eran las once y media de la mañana. Suspiró para insuflarse ánimo.

Entonces entró en la casa, cogió su chaqueta, la cartera y el móvil, y cerró la puerta con llave. Tenía que hacerlo ya, aprovechando la descarga de adrenalina que la inesperada visita de la Ertzaintza le había provocado. Había tenido mucha suerte, era muy consciente de ello.

Poner todos sus sentidos en la conducción hizo que se olvidara por un buen rato de sus vicisitudes. El camino, una cinta de piedras sueltas, interrumpido de vez en cuando por un canal de desagüe, serpenteaba en una fuerte pendiente, estrecho y lleno de boquetes. El todoterreno se bamboleaba ronroneando mientras descendía a menos de treinta kilómetros por hora. Las curvas eran muy pronunciadas y el monte caía a pico, cubierto por un denso bosque de alerces. Los padres de Teresa habían tenido un accidente en aquella parte del camino en cierta ocasión, a causa de la intensa niebla que con frecuencia solía adueñarse de aquellos parajes; al querer tomar una de aquellas curvas, lo habían hecho demasiado pronto y se habían precipitado ladera abajo, dando vueltas de campana. Había sido un milagro que salieran con vida del accidente.

Teresa se esforzó por no distraerse.

El sol brillaba radiante en un cielo azul intenso. Bajó un poco la ventanilla, buscando el aire fresco de la mañana. Olía a resina, a tierra, a musgo... Sólo se escuchaba el motor del vehículo, el canto de los pájaros y los cencerros de las ovejas a lo lejos. La calma reinaba alrededor mientras descendía de los ochocientos metros de altitud del terreno, para regresar a la civilización.

Cuando al fin dejó atrás la pista de montaña, ésta pasó a ser una carretera asfaltada con un áspero cemento blanco. El Toyota se adentró en ella, emprendiendo ahora un recorrido sinuoso y agradable. El bamboleo del vehículo cesó.

Teresa tuvo enseguida a la vista el barrio de Guriditegi, formado por unos pocos caseríos. Lo dejó atrás rápidamente, ante la curiosa mirada de sus vecinos, sólo para alcanzar Brinkola y su solitaria estación del tren. Recordó las veces que, siendo niña, se había quedado esperando en el coche. Siempre sucedía cuando bajaban de regreso a San Sebastián, después de pasar el fin de semana en el refugio. Mientras sus padres se tomaban algo en el Bar de Carlos, frente a aquella estación, ella se quedaba en el coche.

Los recuerdos se quedaron atrás, como el pueblo, tiñendo de nostalgia su memoria. Al salir a la carretera general, enfiló hacia Legazpia y aceleró. Se trataba de una población pequeña de unos

nueve mil habitantes, enclavada en la comarca guipuzcoana del Alto Urola. Había estado muchas veces allí, pero siempre de paso, cuando sus padres bajaban a hacer compras durante sus prolongadas estancias vacacionales en el refugio, en Semana Santa y verano. Durante aquellas breves incursiones, sobre todo en verano, ella solía quedarse en las piscinas municipales toda la mañana; así sus padres podían ir al supermercado y cumplir con sus tareas mucho más rápido que si les hubiera acompañado, y ella podía disfrutar de la piscina.

Teresa no guardaba muchos recuerdos del pueblo en sí, pero el taller de Aguirre estaba a la entrada, y lo conocía de vista. Se trataba de una nave industrial dedicada a la reparación de vehículos agrícolas. Cuando el dueño, un hombretón de unos sesenta años, embutido en un mono de trabajo lleno de manchas de aceite, vio el motor que le llevaba, se llevó una mano a la cabeza, meneándola con asombro. Al igual que Baena, consideró, de un sólo vistazo, que aquel trasto estaba muerto, listo para ir a la chatarrería. Sin embargo, al ver la expresión de desesperación con que Teresa aguardaba su respuesta, se apiadó y ordenó a dos de sus trabajadores que lo descargaran del coche.

—¿Cree que podrá hacer algo?

—No puedo garantizarle nada, señorita, pero deme un teléfono y la llamaré dentro de un par de horas. ¿Le va bien?

Ya había pensado aprovechar que estaba en el pueblo para hacer compras, así que sonrió agradecida.

—¿Y si no funciona...? ¿Sabe dónde puedo encontrar otro motor?

—Algo podremos hacer, no se preocupe.

En ese momento se asomó al fondo del taller un chico muy alto y desgarbado. Había algo familiar en él. Teresa estaba segura de conocerle, pero no recordaba de qué. Le observó con disimulo, mientras rondaba en la entrada de la nave, fingiendo que consultaba el móvil. Había algo en su rostro, muy anguloso, desagradable y hostil. Tenía un ensortijado cabello negro y unos ojos azules muy hundidos en sus cuencas... Entonces le recordó. Era el hijo de un conocido de sus padres, al que siempre le había tenido mucho miedo... ¿Cómo se llamaba...? Entrecerró los ojos, tratando de recordar, pero su nombre se perdía en su memoria, escabulléndose de ella. ¡Uribe! Eso era, Sandoval Uribe...

Uribe la miró de pronto, y su expresión se alteró un poco, como si la hubiese reconocido también. Sin embargo no la saludó, sino que se limitó a seguir con lo suyo.

—Hasta luego... —Teresa se despidió enseguida y se alejó.

No quería que Uribe supiera quién era, ni que estaba en el refugio. Lo cierto era que le tenía miedo. Y no sin razón.

En cierta ocasión en que fue a visitar a sus padres en tren, con unos quince años, se lo encontró por el camino. Se había empeñado en subir andando, pese a que eran cuatro kilómetros de cuestas empinadas, y cuando le vio aparecer por delante de ella se arrepintió. Aceleró el paso para adelantarle y le saludó con un hosco gesto de cabeza, pero él se puso fácilmente a la par y se ofreció a acompañarla. Teresa no tuvo manera de excusarse, y sin saber qué decir, continuó andando a buen ritmo. Uribe era bastante más alto que ella y tenía una buena zancada, de manera que no le costó nada mantener su ritmo, mientras que ella empezó a sofocarse muy pronto. Llevaban caminando un cuarto de hora, a través de los grandes pinares que bordeaban la pista, que ascendía sin descanso, cuando sugirió que si quería encontrar estiércol para las flores de su madre, él conocía un lugar ideal no lejos de allí. Teresa le escuchó, pero negó con la cabeza. Cuando él insistió, le miró a los ojos, aquellos pequeños ojos azules tan hundidos en sus cuencas,

y vio algo que la alertó. Todo en su fisonomía hablaba de un ser zafio y malintencionado. Intuyó que quería llevarla a algún lugar apartado, y no le gustaron sus motivos. Le agradeció el detalle, pero le aseguró que tenía prisa por llegar al refugio, porque sus padres la estaban esperando y no quería que se preocuparan. Entonces Uribe, indiferente, se apartó del camino y se fue hacia un sendero que se perdía entre los altos alerces, señalando una borda para caballos, distante unos quinientos metros de allí. Según él, había mucho estiércol, y quería que le acompañara para comprobarlo. Pero en realidad lo que pretendía era otra cosa. Teresa se despidió y echó a correr, cuesta arriba, sin mirar atrás...

Al atardecer una marea de nubes negras inundó el cielo desde el norte, desplazándose a gran velocidad sobre las montañas. Antes de media hora habían cubierto los picos de los montes Amboto y Udalaiz, visibles desde el terreno donde estaba el refugio. La crestería del Aitzkorri, que se levantaba poderosa a su espalda, con sus mil quinientos metros de altura, quedó coronada por aquellas pesadas barrigas algodonosas. Iba a llover.

Teresa se arrebujo en su chaqueta de plumas. Plantada delante de la langa que daba paso al refugio, agradeció al chico del taller de Aguirre que la hubiera acompañado en su Suzuki para ayudarla a instalar el nuevo y flamante motor diesel en la leñera. No le había salido mal de precio, y, de todos modos, tampoco había podido escoger, porque el viejo motor de su padre se había negado a resucitar, por más que los mecánicos se habían esforzado en insuflarle nueva vida. Se había gastado un buen pico del dinero del atillo en cambiarlo por uno de segunda mano que estaba como nuevo, pero no se arrepentía.

Teresa saludó con la mano al chico mientras se alejaba hacia la pista en su pequeño Suzuki rojo. Evidentemente no era Uribe, sino un compañero. Nunca hubiera dejado que éste la acompañara. Al pagar en la oficina de Aguirre no había vuelto a verle, y eso había hecho que se sintiera mejor. Ahora ya no sentía miedo. Después de todo, habían pasado muchos años desde la última vez que se vieran, era muy difícil que la hubiera reconocido.

Regresó a la leñera para comprobar que todo seguía en orden.

El motor estaba en marcha. Un suave rugido brotaba de su negro corazón mecánico. Relucía impecable en medio de aquella caseta de madera arruinada, desafiándola desde su nuevo emplazamiento. Era grande y robusto. Le habían asegurado que consumiría muy poco. Antes de irse, el chico de Aguirre había comprobado que la luz iba bien en el refugio, así que aquella noche, por primera vez, podría desterrar las sombras.

Algo en su interior se relajó. Había comprado velas, comida, pastillas de gasolina para encender el fuego, un saco de carbón, una bombona de gas para el frigorífico y comida con qué llenarlo, suficiente para unas dos semanas al menos. Ya estaba hecho. Increíble, después de tantos días de encierro, que hubiera sido capaz de abandonar su letargo depresivo.

Debía agradecerse a los ertzainas. De no ser por su inesperada visita, continuaría todavía envuelta en su saco de dormir, sumida en el caos y el miedo.

Por suerte estaba despierta, en pie, y dispuesta, por el momento a permanecer activa. Sentía algo parecido a la euforia.

El maletero del coche estaba abarrotado. Las nuevas compras, bolsas y bolsas que había apiñado en el hueco donde había estado el viejo motor, lo llenaban casi todo. Había tenido que meterlas a presión, porque su equipaje continuaba allí, echándole en cara su pasado reciente. Maletas, bolsas de viaje... La tentación de cerrar el maletero fue muy grande, porque sus cosas eran el mudo testimonio de lo que le estaba ocurriendo, pero sobre todo, de lo que había dejado atrás: el miedo y la amenaza. Le costaba enfrentarse a ello. Miró su equipaje como se mira a una serpiente que está a punto de morderte. En algún momento iba a tener que sacarlo de allí, o no emprendería nunca su nueva vida. Sin embargo, era muy consciente de que iba a llevarle un buen rato vaciarlo y organizarlo todo. Se quedó pensando... Antes de guardar nada, iba a tener que limpiar a fondo el moho de los armarios, las defecaciones de los ratones, las telas de araña...

Suspiró derrotada. ¿Por dónde empezar?

Tenía mucho trabajo por delante y muy poca energía para llevarlo a cabo. Aún arrastraba aquel malsano agotamiento con el que había llegado. No había comido nada en tres días y su cuerpo se resentía.

Lo primero era poner en marcha el frigorífico, limpiarlo, guardar la comida, repasar la cocina y preparar algo de cenar. Se le hizo un mundo tener que hacer todo aquello, pero necesitaba empezar por alguna parte. Por la mañana, si se veía con ganas, adecentaría un poco más el que sin duda iba a ser su nuevo hogar.

No había planeado nada, sólo había escapado, e ignoraba cuánto tiempo permanecería allí. Había sido sincera con su hermana al decírselo así. Su única certeza era la de permanecer oculta, a salvo de su horrible verdad. Eso era lo primordial. Lo demás, vendría por sí solo.

Vació las bolsas de la compra. Mientras caían las primeras gotas de lluvia las trasladó al interior, y luego cargó como pudo con la bombona de gas, que estaba encajada en los asientos traseros del Toyota. No era muy grande y Teresa lo agradeció, porque sus músculos, y sobre todo su espalda, se resentían con el peso más de la cuenta.

Los fresnos que su padre plantara alrededor de la borda sacudían sus vigorosas ramas por encima de su cabeza, susurrando al compás del viento del norte. Ella adoraba aquellos árboles, el coraje con que se habían aferrado a la vida desde que los plantaran allí siendo unos retoños, altos y delgados como espigas. Ahora sus gruesos troncos de corteza rugosa resistían los temporales, firmemente ancladas sus profundas raíces en la tierra. Parecían columnas de hormigón, imbatibles, desafiantes... Teresa pasó a su lado deseando ser como ellos.

Para cuando lo tuvo todo dentro, llovía con ganas.

Cerró la puerta y echó el cerrojo, apoyada la espalda en ella. La lluvia se derramaba sobre el viejo tejado con un clamor fuerte, como el que provocarían un millón de dedos de hierro tabaleando a la vez. Teresa se volvió y probó que la puerta no cediera. La sacudió con ganas. Era firme y fuerte, no obstante, se aseguró de que estaba bien cerrada, porque hasta entonces la había dejado abierta, los tres días... Temeraria... No volvería a cometer ese error. Iba a tener que poner más cuidado con aquellos pequeños detalles, porque allá arriba, a ochocientos metros de altura, si le pasaba algo, nadie vendría a ayudarla por mucho que gritase. Era la parte negativa de su decisión de esconderse en un lugar tan apartado.

Pasó un rato hasta que vació las bolsas. Tanto, que al mirar por las ventanas hacia el exterior, vio que la noche se había adueñado de todo. Ya no se veía nada. La oscuridad se había tragado literalmente el paisaje. No distinguía ni los dos montes que acunaban el terreno, el Arranoaitz y el Elor-Txuri, ni los grandes fresnos con sus troncos plateados. El pequeño refugio se erguía solitario en la montaña, sumido ahora en las tinieblas. Por suerte, el motor proporcionaba luz a sus entrañas. Vistas desde fuera, las ventanas refulgían con un acogedor resplandor, como el de un faro que guía a los navíos en la inmensidad del océano.

Una íntima satisfacción invadió a Teresa por el simple hecho de haber decidido bajar al pueblo a resolver el asunto de la electricidad. Ahora agradecía no tener que dormir alumbrándose con la luz de las velas o con su linterna. Era grato poder moverse sin tropezar con todo, y, sobre todo, era reconfortante no tener rincones amenazantes alrededor. En todo caso, aquella noche la pasaría con la luz encendida. Necesitaba descansar, y mantener las pesadillas a raya. Disponer de luz la ayudaría.

El pequeño frigorífico, de un blanco sucio cargado de manchas desgastadas, avejentado sobre todo en los cantos de la puerta, donde el óxido corroía ya su piel de hierro plastificada, se puso en marcha a la primera, en cuanto conectó el gas que daba vida a su motor. Además, al abrirlo para

comenzar su limpieza, Teresa se llevó una agradable sorpresa. Descubrió que su estado era mejor de lo que había supuesto, de manera que sólo tenía que pasarle un paño antes de empezar a repartir la comida en su interior. Naranjas, huevos, algunos filetes, yogures, cervezas, puerros y otras verduras... Lo fue ordenando todo, y al cabo lo tuvo lleno.

Cuando acabó, se quedó mirándolo como si hubiera logrado un prodigio, aunque... ¿había comprado todo lo que iba a necesitar? En el supermercado de Legazpi había completado la lista que tan concienzudamente había preparado antes de salir de San Sebastián. Estaba segura de no haberse dejado nada. Entonces, ¿por qué aquella sensación de inquietud...? Un lóbrego nerviosismo recorrió su cuerpo. Cerró la puerta con tristeza. Suponía que algo tan sencillo y natural como haber hecho la compra por su cuenta, era lo que le provocaba aquella desazón. Estaba acostumbrada a que Christian le recriminara con cualquier motivo cada vez que se encargaba de algo. La comida, la compra, ir al banco, hacer una llamada... Todo lo que hacía era objeto de su desprecio.

«...nunca se te ocurre comprar nada que no esté en la lista, si no te lo digo yo, no haces nada, no tienes la menor iniciativa...»

Solía susurrarle cosas así al oído, con su voz grave y aquel tono persuasivo que taladraba su cerebro.

Daba igual lo que hiciera, siempre estaba mal.

Teresa suspiró, procurando liberarse de la garra que de nuevo atenazaba su autoestima. No podía permitirse retroceder, y mantener a Christian presente en sus pensamientos significaba perder. Por eso le encerró en su cajón desastre, donde guardaba todas sus miserias.

Si faltaba algo, podría bajar otro día a comprarlo.

«...jódete Christian... Ahora mando yo...»

Teresa miró con orgullo el frigorífico, centrándose en él. Había sido un alivio encontrarlo en buen estado, porque la cocina estaba en muy malas condiciones e iba a costarle un gran esfuerzo arrancar la mugre que la cubría antes de ponerse a cocinar.

Contempló la casa. En el suelo estaba la colchoneta con el saco de dormir, su pijama arrugado tirado de cualquier manera, la mochila abierta con su contenido desparramado... Y alrededor de esa zona, la zona cero, la zona de confort, más o menos limpia, estaba el caos y la suciedad. Las paredes agrietadas, las ventanas enrejadas, con sus cristales cubiertos con una capa mohosa gris, las vigas del techo llenas de telarañas negras... Algunas polillas danzaban alrededor de las bombillas que colgaban del techo.

Empezó a intranquilizarse, a notar las piernas y los brazos flojos, y su mente quiso resistirse a afrontar la soledad. Aquel desastre era como el caos interior que llevaba por dentro. Era como estar contemplándose a sí misma, con todas sus sombras. Sólo que poner orden en su fuero interno no iba a resultar tan fácil como coger un trapo y ponerse a frotar la encimera de la cocina.

Hacía frío... Se frotó los brazos con las manos, buscando entrar en calor... y en ese instante recordó que contaba con las pastillas de gasolina. Podía encender la cocina de leña y la chimenea, y hacer que el refugio se calentara en menos de una hora. Después de haber ordenado el frigorífico, no estaba mal para continuar avanzando un poco más. Además, estaba hambrienta.

Por fortuna la chimenea tiraba bien, y no le costó demasiado encender el fuego. Había periódicos viejos apilados en un cesto. Cogió algunas páginas, las rasgó, las arrugó, y las puso sobre la reja de la chimenea. A continuación colocó unas cuantas ramitas secas formando una especie de «tippie» sobre el papel, y le prendió fuego. Las pastillas de gasolina y un par de troncos hicieron el resto.

Una vez estuvo el fuego en marcha, tanto en la chimenea como en la cocina de leña, buscó con qué limpiar. Tenía quitagrasas, lejía, amoníaco, todo un arsenal de desinfectantes, guantes de látex y estropajos, y un cepillo de cerdas duras para la suciedad más incrustada. Llenó un cubo de agua y frotó la encimera de la cocina como si su vida entera estuviera extendida en ella y pudiera arrancar todo lo que detestaba con un cepillo, agua y jabón. Fruncía el ceño concentrada en la tarea, mientras ignoraba deliberadamente el dolor que martilleaba sus dedos; el agua del barreño donde sumergía el cepillo una y otra vez estaba congelada, y una fuerte corriente se colaba por las rendijas de la ventana que quedaba justo encima de la cocina, que aún estaba fría. No cerraba bien. La humedad agudizaba la sensación de frío, aunque, en un rato más, el calor que producía la económica se iría haciendo notar.

Teresa tardó una hora en adecentar la cocina como para poder cocinar algo en ella, y otra hora más en prepararse algo para cenar. Se le había antojado una tortilla de patatas, con cebolla, y pimienta verde y roja... Se le hacía la boca agua. De pronto, hacerse la cena se convirtió en una prioridad urgente. Su estómago rugía reclamando su sustento.

Se puso enseguida a pelar las patatas, a picar la cebolla y los pimientos, y a batir los huevos, aunque sus fuerzas estaban mermando hasta extinguirse casi por completo. Había contado con una dosis extra de energía, la que los ertzainas le habían insuflado con su visita, pero la había consumido limpiando, y su cuerpo comenzaba a decaer como una puesta de sol, rápidamente. Reconoció el familiar agarrotamiento que solía entumecer sus articulaciones, el sueño, el embotamiento en su cabeza... Volvía a ser ella, la Teresa débil, ansiosa de retirarse a dormir. Empezó a desear enterrarse de nuevo bajo el saco de dormir y no despertar hasta pasado el mediodía del día siguiente.

Soltó el cuchillo y estiró los dedos de las manos para liberar la tensión.

La lluvia golpeaba con furia en el tejado y en los cristales de las ventanas, zarandeada por un viento endemoniado que azotaba desde el norte, con ráfagas furiosas que parecían querer arrancar las paredes de sus cimientos. A Teresa no le preocupaba el temporal, porque el refugio era una construcción sólida y jamás había sucumbido a las inclemencias del tiempo, ni a las tormentas, ni a las nevadas... Más bien recibía con agrado aquel furibundo embate de los elementos. Lo prefería al silencio nocturno...

Tenía que terminar lo que estaba haciendo, por muy fatigada que se encontrase. Tardó una hora más en terminar de hacer la tortilla, pero mereció la pena; mereció la pena sentarse sobre la colchoneta y saborear cada bocado de su plato humeante; mereció la pena saciar el hambre y la sed acumuladas, y demostrarse que podía salir adelante pese a su propia debilidad, pese al dolor, pese al miedo.

Ella, Teresa Lasa, estaba dispuesta a ser más grande que sus circunstancias.

Después de cenar, no tardó ni diez minutos en lavarse los dientes, cambiarse y acostarse. Dejó el fuego de la chimenea cargado para que aguantara casi toda la noche encendido y apagó el motor desde el botón interior, que ahora ya funcionaba. Automáticamente se quedó a oscuras, apenas alumbrada por el resplandor de las llamas del fuego de la chimenea, que ardía alegremente.

Siempre le había gustado el fuego. Solía quedarse hechizada durante horas delante de él, aunque se abrasara las piernas... Una vez más, aquel baile danzante de luces la mantuvo hechizada, como antaño, hasta que el sueño le pudo y cerró los ojos.

Qué diferente fue aquella noche de las primeras. Le acunaba la seguridad que aquel motor le proporcionaba. Si lo necesitaba, podía encender la luz... Su cuerpo se hundió sobre la colchoneta, sus músculos se relajaron, su respiración se aquietó... La lluvia la acompañaba, meciendo su

descanso con aquel rumor constante sobre el tejado...

En algún momento de la noche, el temporal amainó y el silencio regresó. También el fuego se apagó poco a poco, y el suave resplandor que iluminaba el refugio cedió paso a las tinieblas. Tal vez fue eso lo que la despertó, o quizás fue el sonido de pasos alrededor, amortiguados por la hierba, pero pasos al fin y al cabo.

Teresa abrió los ojos y se quedó muy quieta, arrebujada todavía en la calidez del saco de dormir. Aguzó el oído, esperando escuchar algo de nuevo. ¿Quién podía rondar por allí de madrugada? Inmediatamente pensó en Sandoval Uribe, y un escalofrío sacudió su recién adquirida entereza, que, por supuesto, se desvaneció como por un encantamiento. La puerta estaba bien cerrada por dentro, y las ventanas contaban con rejas, así que nadie podía entrar aunque lo intentara, ¿verdad?

Escuchó, atenta, casi sin respirar...

El fenómeno tardó muy poco en repetirse, y esta vez no estaba teniendo una pesadilla. Alguien merodeaba fuera, en la parte de atrás. Se escuchaba con claridad, cómo caminaba suavemente. Luego el sonido se detuvo, y después... nada.

No se volvió a oír nada más. Teresa dudó... ¿Tal vez sí que lo había soñado...? Pero no, estaba segura de que no. Si había sido Uribe o no el que se había colado en la propiedad, no podía asegurarlo, pero alguien estaba allí fuera.

Desde luego, ya no iba a poder conciliar el sueño.

Cuando regresaron los pasos, su estómago se agitó y se retorció de miedo. El botón de encendido del motor estaba muy cerca, pero no quería encender las luces y llamar la atención de quien estuviese fuera sobre ella, ni sobre el motor nuevo. Cabía la posibilidad de que lo rompieran...

De pronto alguien empezó a hurgar en la cerradura de la puerta de entrada. Unas manos burdas forcejeaban para forzarla, incluso le pareció que hurgaban con una palanca... Por suerte el portón era recio, ancho y sólido. Luego hubo un golpe sordo, seguido de otro. La puerta tembló. La estaban golpeando con el hombro, tratando de echarla abajo. Asustada, Teresa saltó del saco y fue directa a la cocina, tropezando con su mochila y desparramándolo todo por el suelo. Se paralizó por un segundo. No sabía si el escándalo que acababa de armar se podía escuchar desde el exterior. Le dio igual. Sobre la encimera de la cocina había dejado el cuchillo con el que había estado picando los pimientos para la tortilla. Lo localizó, a tientas, y lo esgrimió con fuerza, decidida a utilizarlo si se veía obligada a defenderse. A continuación, y mientras desde fuera trataban de hundir la puerta, se agazapó en un pequeño almacén situado justo junto a la entrada, esperando a ver qué pasaba. Rezó para que el portón resistiera y la dejaran en paz... ¿Quién podía ser? Pensó en los ertzainas y lamentó no haber aceptado la tarjeta de Baena... Hasta dentro de quince días no volverían.

Entonces los golpes cesaron y el silencio regresó. Su cuerpo temblaba. Estaba descalza, con los pies sobre el suelo de madera. El frío le subía por las piernas. Pero no temblaba de frío, sino de miedo. Esperó un rato, rezando para sus adentros para que el intruso se diera por vencido y se marchara. Tal vez no sabía que ella estaba dentro, tal vez se trataba de un ladrón que creía que el refugio seguía vacío. Después de todo, Baena había dicho que estaba habiendo muchos robos...

O tal vez alguien quería asustarla.

Esta última posibilidad atenazó un lamento en su garganta. Recordó entonces que su padre solía guardar una escopeta de caza cargada sobre el armario de su habitación. Él tenía licencia de armas, pero ella no. ¿Qué ocurriría si la encontraba y se veía obligada a usarla?

Cuando de nuevo resonaron pasos alrededor del refugio, desterró sus dudas al respecto. En cuanto se hiciera de día la buscaría, y si estaba donde pensaba, no dudaría en ponerla a punto y tenerla cerca. La utilizaría si era necesario. Apretó el cuchillo y se pegó a la pared de cemento que tenía a su espalda, con el corazón saltando en el pecho, a punto de desbocarse.

Esperó... y esperó... y esperó...

Pero los pasos se alejaron. Se había ido. Quienquiera que hubiese estado allí se había marchado. Ya no se escuchó nada más. La quietud regresó y Teresa supo, como por instinto, que el peligro había pasado. Entonces salió de su improvisado escondrijo y regresó al colchón, donde se derrumbó, sin soltar el cuchillo, y lloró amargamente.

¿Cómo iba a poder vivir allí sola? Recordó la perplejidad y la preocupación de Baena y su compañero... Salas, al saber que pretendía quedarse en un lugar tan solitario y apartado sin nadie que la acompañara. Ahora les entendía. Tal vez había sido una temeridad refugiarse allí, tal vez había sido una mala idea...

Pero no podía hacer otra cosa. No tenía a dónde ir. Además, no quería implicar a Cristina en su horrible realidad. Pensó en Christian, él nunca había creído que pudiera hacer algo como lo que estaba haciendo.

El refugio de sus padres era su mejor opción, y su única baza. No... No podía ir a ninguna otra parte.

No por el momento.

No bastaba con dejar pasar los días, no cuando se está muerta por dentro. El vacío repliega el espíritu hasta la nada, y Teresa llevaba muchos años sin sentir otra cosa que tristeza, apatía y dolor. Muchos años, demasiados. No llevaba la cuenta de las noches que había pasado llorando en silencio, tragándose su angustia, con Christian durmiendo a su lado a pierna suelta, de espaldas, ignorando su sufrimiento; no llevaba la cuenta de las noches que había pasado en vela, desesperada por encontrar una solución a su desdicha, una manera de escapar de él, de la miserable vida a la que les había condenado a los dos; no llevaba la cuenta de las mañanas que había despertado sintiéndose derrotada, sabiendo que no iba a hacer nada, que no iba a rebelarse, porque le faltaban las fuerzas. Porque por las mañanas, con la luz del día, él se las arreglaba para convencerla de que todo estaba en su cabeza. Y vuelta a empezar...

No, no bastaba con dejar transcurrir los días, porque así se muere una por dentro.

Cuando despertó aquella mañana, después del miedo que había soportado temiendo que entraran en el refugio, tuvo la misma sensación que cuando aún estaba en San Sebastián. Le pareció que todo había estado en su cabeza. Sin embargo, aún aferraba el cuchillo en la mano.

Parpadeó al abrir los ojos. Estaba desorientada. Apartó el saco, que cubría su cabeza, y se asomó. Hacía mucho frío y una luz opaca lo llenaba todo. La reconoció enseguida. Era la luz de un día de niebla. Soltó el cuchillo de mala gana. Cuando la niebla entraba en el valle se lo tragaba todo, encerrando el paisaje en un cajón. Y ella estaba en otro cajón, dentro de ese cajón, donde no había espacio para el sonido, ni para la vista. Iba a estar aislada todo el día, si no varios días.

El teléfono se iluminó. La imagen sonriente de Cristina resplandeció a su lado, parpadeando sin sonido para llamar su atención. Teresa dudó. ¿Qué decir cuando no puedes contentar a nadie? Cuando al fin contestó, su hermana pareció quedarse anonadada. Seguramente no había esperado que fuera a coger el teléfono. La había dejado fuera de juego. Pobre Cristina. Teresa lo lamentó, porque se lo estaba haciendo pasar mal. No se lo merecía. Ella no.

—...Teresa...?

—Hola Cristina...

—...joder... Oye, ¿estás bien? Escucha, antes de que me cuelgues... quiero que sepas que voy a ir a verte, el sábado, ¿vale? Y te vas a venir conmigo...

—Cristina no...

—No, ya está bien, Teresa, no hay más que hablar... No pienso dejar que te quedes ahí sola, cuando tienes aquí a tu familia que te quiere, ¿lo entiendes? —Cristina se iba alterando a medida que hablaba. Le temblaba la voz de preocupación—. Sólo falta que te pase algo ahí arriba... ¿Me llamaste de madrugada?

—Sí... Pero sólo porque necesitaba hablar con alguien, perdona...

—Estaba tan cabreada que apagué el móvil, ésa es la verdad. Pero, ¿por qué no has cogido mis llamadas? ¡Casi mando a la policía! ¿Tú estás bien?

—Sí, sólo es que tuve una mala noche...

—¿Te extraña? —exclamó su hermana—. Vente ya, ahora... Por favor, no me hagas traerte de las orejas...

—Sé que no lo entiendes, pero es mejor que me quede aquí.

—¿Y Christian? ¿No dice nada?

—¿No te ha llamado? —a Teresa le tembló la voz al preguntar aquello, por lo que implicaba.

Casi se arrepintió.

—No, ¿por qué?

Teresa se mordió el labio. Claro que no la había llamado.

—Si te llama... No le digas que estoy aquí, por favor, prométemelo...

—¿Qué? ¿Por qué...? Os habéis enfadado... ¿Qué ha pasado?

—Mejor que no hables con él, ¿lo prometes? No le cojas el teléfono.

—No lo entiendo... Claro que te lo prometo, pero háblame, ¡cuéntame qué pasa! Teresa...

El dolor de Cristina traspasó el alma de Teresa, que se encogió bajo el saco de dormir. Las lágrimas corrían por sus mejillas una vez más. Tenía que tragarse las palabras, porque el miedo era demasiado grande. Cristina no sabía nada de ese miedo. No podía arriesgar la seguridad de su hermana.

—No puedo... Créeme, no puedo. Confía en mí...

—¿Qué confíe? Joder, ¡Teresa! Pues si no te vienes ahora mismo, el sábado voy por ti, y vaya si te vas a venir a casa, ¡como que me llamo Cristina!

—No... Ven si quieres, pero me quedaré aquí hasta que... hasta que... no necesite quedarme aquí.

Cristina guardó silencio. Percibía en las palabras de su hermana un fondo siniestro que no alcanzaba a comprender, y estaba desbaratada, impotente.

—Hasta luego Cristina. No te preocupes más por mí. Mientras esté aquí, todo irá bien, aunque no lo entiendas. Te quiero...

—Teresa...

Pero ya había colgado. Cerró los ojos y atesoró el recuerdo de la voz de su hermana en el corazón, donde le reconfortaba más que ninguna otra cosa. Deseaba con todas sus fuerzas tenerla allí, contárselo todo, abrazarse a ella, dejarse cuidar... Pero no podía.

Dejó el móvil y se incorporó. Cuánto silencio... Cuánta paz...

La quietud que trae la niebla lo envuelve todo. Teresa se calzó sus botas de trekking y se levantó. Los rescoldos aún parpadeaban en la chimenea, como ascuas candentes bajo la ceniza. Sólo tuvo que rasgar algunas hojas de periódico y añadir algunas ramas secas para reavivar el fuego. Luego echó un par de troncos y sopló con el fuelle que colgaba de un clavo, hasta lograr que las llamas se elevaran con fuerza, lamiendo la madera. Teresa se quedó absorta unos instantes. Era agradable sentir el calor en el rostro... Entonces volvió la cabeza y pensó qué hacer. Si la niebla era muy densa, no iba a poder salir fuera, así que sus opciones se reducían drásticamente.

Se puso una chaqueta mientras se caldeaba el refugio, y se preparó un poco de leche en un cazo. También tenía que encender la cocina de leña, para poder calentar el desayuno. Mientras lo hacía, miró a través de la ventana. No se veía nada, salvo un velo blanquecino y denso. Iba a tener que acostumbrarse. Con la llegada del otoño, los días de niebla se multiplicaban aún más, y se prolongaban a veces indefinidamente, durante más de una quincena. Por suerte tenía libros que leer, y mucha faena para entretenerse allí dentro.

Cuando la leche estuvo caliente, la sirvió en un vaso de cristal y lo dejó sobre la encimera. Necesitaba comprobar algo. Cogió la linterna, le cambió las pilas, y se metió en el que había sido el cuarto de sus padres. Al abrir la puerta, un olor opaco a humedad y a cerrado la asaltó. Necesitaba ventilar aquello... El dormitorio era pequeño y estaba abarrotado de cosas. Dos camas ocupaban casi toda la estancia, y un pesado armario se comía el resto del espacio. También había una cómoda, oscura y desvencijada por el paso del tiempo. Eran muebles de tercera o cuarta mano, anticuados, vestidos con un laminado muy oscuro y descuidado, comidos por aquella

humedad, los ratones y el paso del tiempo. Le dieron ganas de desmontarlos y echarlos a la chimenea. Tal vez lo hiciera.

Cogió una banqueta y se subió en ella frente al armario. Hurgó encima de él, donde creía que estaba la escopeta de su padre. Sus dedos tantearon por encima de algo viscoso y mojado. ¿Telarañas... pis de ratones, goteras...? Sintió miedo, y náuseas, pero se empeñó en hurgar ahí arriba, estirándose para poder llegar, hasta ponerse de puntillas. Al fin se topó con algo frío y metálico. La escopeta.

La sacó. No encontró cartuchos. La llevó a la cocina y la puso sobre la encimera, junto a su vaso de leche humeante. Se lavó las manos. Ella no sabía manejar un arma, pero sabía cómo cargar aquella porque le había visto a su padre hacerlo muchas veces. Más tarde la limpiaría y otro día bajaría a comprar munición. Automáticamente se sintió mejor, incluso aunque fuera un arma descargada. Sería como echarse un farol. Un arma siempre intimida... Si volvían a molestarla, o si se atrevían a entrar, la esgrimiría. Saldría con ella a todas partes. ¿De qué modo podría si no pasear tranquila?

Nadie podría denunciarla por llevar una escopeta descargada...

Entonces decidió que sería bueno tener cartuchos, sólo por si acaso.

Después de su frugal desayuno, Teresa se encontró sin saber qué hacer. Allí nunca había habido televisión, sólo una pequeña radio y libros, muchos libros. Cuando de cría se lo contaba a sus amigas, ninguna se lo creía, e incluso se burlaban, incapaces de imaginar lo aburrido que debía de ser pasar un fin de semana en aquel refugio perdido en la montaña, ¡no digamos todo el verano!

—¿Qué haces en todo el día? —solían preguntarle.

Pero ella siempre había encontrado cosas que hacer. Ayudar a su madre con las flores, segar la hierba, cortar y apilar leña, buscar estiércol, perderse en los bosques que rodeaban el terreno, y jugar. Había jugado mucho, una niña aventurera que encuentra cuevas desconocidas, que se cuelga de las ramas más altas de los pinos para columpiarse... Teresa sonrió. Por primera vez en mucho tiempo.

Además, tenía sus lienzos en blanco. Estaban en el maletero del Toyota, esperando a que los sacara y pintara sobre ellos. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dibujar? Dejó colgar sus manos a ambos costados. Había intentado retomar mil veces la pintura, su pasión, pero era verdad que estaba muerta por dentro. No tenía nada que dar. Estaba vacía.

«Sólo coloca el caballete y trae un lienzo y el estuche con las pinturas, igual se te ocurre algo...»

Llamaron a la puerta. Tres golpes secos.

Teresa se sobresaltó. Al poco, otros tres golpes sacudieron el portón. Cogió la escopeta y se acercó a la entrada, temblando como una hoja.

—¡¿Quién va?! —gritó con todo el coraje que pudo insuflar a su voz.

—¡Urko! ¡De Zegama!

¿Y quién era Urko de Zegama? Teresa se resistía a abrir la puerta.

—¿Qué quieres?

—Hay mucha niebla, ando perdido, he visto luces y me he guiado por ellas, ¿dónde estoy?

—En «Zutarri» —ése era el nombre del refugio, «Zutarri», por el menhir que habían encontrado al excavar el terreno en el punto donde iban a levantarlo, muy al principio, cuando su padre decidió construirlo. Lo habían puesto en pie, con la punta rota, junto a la langa... ¡«Zutarri»! —repitió.

—Joder... ¿donde los de San Sebastián...?

Teresa abrió la puerta llena de curiosidad, sólo para encontrarse con un hombre joven, muy alto, apoyado en un bastón largo de avellano. Iba encapotado con un chubasquero oscuro y calzaba unas botas fuertes de montaña. Sus ojos brillaron bajo la capucha al verla.

—¿Eres la hija de los Lasa? —preguntó a bocajarro. Sus modales eran rudos. Una nariz prominente surgía bajo aquella capucha, que goteaba a causa del sirimiri que invariablemente acompañaba a la niebla.

—Soy Teresa Lasa... Pasa, aunque acabo de llegar y está todo manga por hombro...

Urko entró, y al subir el escalón que daba paso al interior del refugio, quedó patente su elevada estatura. Al menos mediría uno noventa. Se quitó la capucha y se sacudió el cabello oscuro, que se la había pegado a la frente.

—Estoy helado, ¿tienes algo caliente?

—No tengo mucho que ofrecerte... ¿Un café?

Eso sí podía hacerlo. Tenía una cafetera y había comprado café molido.

—¿No tendrás un caldo?

Su madre siempre tenía caldo hecho, una olla que mantenía al fuego, a un lado de la chapa de la cocina de leña, burbujeando suavemente. Añoraba aquel caldo espeso lleno de sabor.

—Qué va...

Urko se fijó en el saco de dormir sobre la colchoneta, vio la mochila... y la escopeta que colgaba de su hombro. Una media sonrisa asomó en su boca varonil.

—¿Pensabas defenderte con eso?

—Desde luego —repuso ella componiendo un gesto desafiante—. Era de mi padre.

—Ya veo... Ten cuidado, no vaya ser que te reviente en las manos.

La escopeta desde luego era vieja, pero, ¿explotar?

—Descuida, ya la he probado —mintió. Pero la cogió y la dejó en un rincón.

Urko se apoyaba en el bastón con las dos manos. Tenía un aire taciturno, el aire de alguien solitario acostumbrado a pasar largas jornadas en el monte.

—¿Estabas buscando tus ovejas?

—Yeguas... Andan cerca, pero con esta niebla... Me he desviado más de lo que pensaba.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir buscándolas, ahora que ya sé dónde estoy no tendré problema... Me iré enseguida.

—No se ve nada...

—No, no se ve nada.

Lo dijo dando por sentado que él era capaz de desenvolverse sin problemas en semejantes condiciones. Entonces dejó el bastón apoyado en la pared y se acercó a la mesa, grande y rectangular, que ocupaba el centro de la cocina, con dos bancos a los lados. Se sentó pesadamente en uno de ellos. El que estaba más cerca del fuego.

—Espera... que paso un paño...

Teresa se apresuró a limpiar la mesa. Estaba extrañamente tranquila. Le resultaba agradable la compañía de aquel taciturno pastor de Zegama. No le recordaba, aunque por lo visto él sí había conocido a sus padres. Mientras preparaba el café, se preguntó si andaría mucho por la zona.

—Anoche alguien anduvo por aquí —le dijo de pronto. Le estaba dando la espalda mientras ponía a hervir la cafetera—... Me he llevado un buen susto, querían entrar...

Hubo un silencio prolongado.

—No deberías estar aquí sola —fue todo lo que escuchó del joven. Lo dijo en un tono hosco

que a ella le sorprendió—. ¿Por eso la escopeta?

Todo el mundo se empeñaba en lo mismo.

—Pues sí. Por eso la escopeta.

—Hay mucho ladrón por aquí.

—¿Vienes mucho?

—Ando mucho, porque las yeguas recorren mucho terreno en poco tiempo.

—¿Conocías a mis padres?

—Venía a veces con mi padre, Xavier Zubizarreta.

Frases cortas, respuestas escuetas. Urko Zubizarreta no era muy hablador. ¿O sólo era tímido? Cuando Teresa se giró hacia él para sentarse a la mesa hasta que silbara la cafetera, la miró con unos ojos escrutadores. Hizo que ella apartara los ojos, turbada por su insistente forma de observarla. De pronto su aspecto desaliñado, su delgadez, su fatigado aire enfermizo, hicieron que se avergonzara de sí misma.

—¿Quieres un poco de queso? —recordó de pronto que había comprado un cuarto de queso de oveja curado. Además tenía pan de pueblo—. O unas aceitunas, no sé...

—Un café estará bien, no te preocupes —sonrió él.

El resto del tiempo hasta que la cafetera empezó a silbar y pudo servirle un café solo, sin azúcar, lo pasaron en silencio. A él no parecía incomodarle en absoluto el hecho de permanecer callados tanto tiempo, pero a Teresa se le hacía extraño y su natural timidez la sumió en su coraza hasta que el joven se marchó como había llegado.

Se despidió con un simple «hasta otra» y salió. La niebla se lo tragó en cuanto cruzó el portón de entrada. Fue como si nunca hubiese estado allí. De no ser por el vaso de café sobre la mesa, Teresa hubiera llegado a creer que lo había imaginado. Atisbó por la ventana, buscando su alta figura alejándose en medio de la niebla. Pero no se distinguía nada en aquella densa blancura que lo cubría todo. Se atrevió a salir a la puerta, sólo para ver si hacía frío, pero cuando descubrió que apenas podía verse las manos, se sintió muy insegura, y regresó dentro con el corazón en un puño. Echó el cerrojo.

Poco podía hacer para entretenerse, salvo ponerse a limpiar, leer o pintar. O sentarse junto al fuego y descansar. Allí no tenía prisa, ni nadie a quien contentar, salvo a sí misma, así que podía hacer la comida cuando quisiera, más o menos tarde, ¿qué más daba? Se sentó en una butaca de mimbre que había a un lado de la chimenea y estuvo pensando un rato, con la vista clavada en el fuego.

Ya no se acordaba de que por allí solía pasar más gente de lo que uno pudiera imaginar: pastores, montañeros... Urko se lo había recordado. Por eso su madre siempre tenía caldo hecho, y una buena provisión de comida en la despensa, queso, chorizo, aceitunas, nueces... Soltó un bufido. No le resultaba agradable la idea de recibir visitas inoportunas que la obligaran a sonreír, a ser amable, a olvidar el vacío que dominaba su vida en aquel momento. Aún no estaba preparada para darse al mundo y a la gente. Necesitaba pasar su duelo, recomponerse, pedazo a pedazo. Quería que la dejaran en paz.

El calor del fuego la fue sumiendo en un letargo maravilloso, y al poco se quedó dormida.

«...La fiebre martirizaba su cuerpo, obligándola a encogerse a través de las sacudidas de una violenta tiritona cuando tenía frío, o a retorcerse cuando el calor la sofocaba, inundando su piel de sudor. Llevaba seis días en cama, con fiebre alta. Un dolor sordo agarrotaba sus articulaciones; tenía la cabeza encajada en la presión de una pesada bola de plomo, a punto de estallar, y el

estómago levantado. Seis días de inanición, seis días de soledad.

Christian se había enfadado al ver que enfermaba, se había enfurecido porque no iba a poder trabajar, porque él iba a tener que encargarse de todo... No había gritado, sólo había torcido la mandíbula y se había marchado. A partir de entonces no había hablado con ella, no se preocupaba por ella. Simplemente la dejaba estar, víctima de su silencioso desprecio. Era su forma de castigarla.

Llegaba a casa, comía o cenaba solo, no le preguntaba si necesitaba algo, no se asomaba a la habitación para saber si mejoraba o no... Le oía moverse por la casa, olía el aroma de lo que cocinaba, escuchaba la tele... Por las noches se acostaba a su lado, le daba la espalda y se dormía, mientras ella lloraba su amargura, sin atreverse a dirigirle la palabra.

Teresa sudaba, se moría de sed, pero apenas tenía fuerzas para ir a buscar un vaso de agua, menos aún para hacerse algo de comer. Al séptimo día, la desesperación la arrastró hasta la cocina. Necesitaba beber algo, una semana sin tomar nada. Ni siquiera tenía medicinas para paliar la fiebre o el dolor de cabeza. Se tambaleó por el pasillo.

Christian no había vuelto... Todo estaba sin recoger, y en la cocina, apilados en el fregadero, estaban los platos, vasos y cubiertos del tiempo que llevaba enferma, con la costra reseca adherida a la loza. Las cazuelas y sartenes se acumulaban sobre la vitrocerámica, el suelo estaba sin barrer... Teresa gimió. Sabía que Christian, en un acto de crueldad despiadada, lo estaba dejando todo así para que cuando se repusiera lo hiciera ella misma. Buscó un vaso limpio, pero no había... Tiritando por la fiebre, tanteó en el armario hasta encontrar una taza. Bebió agua, dos tazas. Luego un acceso de tos casi la hizo vomitar, y tuvo que regresar a su dormitorio, a enterrarse bajo las mantas.

Christian no regresó hasta las cuatro de la tarde, no entró a verla, sólo pasó por la sala, se sentó un rato a ver la tele, y después se fue, ignorándola absolutamente, aunque ella le llamó... Estaba sola, Teresa estaba sola... sufriendo en silencio, sintiéndose culpable porque él tuviera que hacer su trabajo, sintiéndose morir por lo que vendría después, cuando se recuperara, si se recuperaba... Teresa se quería morir...»

Al despertar, tenía lágrimas en los ojos, y un vago malestar retorció su estómago. Eran las dos de la tarde, pero no tenía hambre, ni ganas de cocinar, ni de hacer ninguna otra cosa. Teresa cargó el fuego, buscó una manta y se recogió en aquella butaca a dejar pasar el tiempo, a dejar pasar el dolor...

6

Tal y como había temido Teresa, la niebla había llegado para quedarse. Se asentó en el valle de Ormakio donde se encontraba el refugio durante cinco días, y en ese lapsus la luz menguó, volviéndose fantasmagórica. Amanecía, pero hasta las once de la mañana no retrocedía la oscuridad; anocheceía, pero lo hacía una hora antes, como si los días hubieran perdido sus horas. El refugio estuvo sumido en un triste y lóbrego ambiente, perdido en la insondable soledad que aquel manto lechoso acarrearba.

Aparte de Urko, nadie más pasó por allí. Salvo por las noches. Los ruidos se repitieron, los intentos por entrar... Asaltos a su soledad que la atormentaban. No volvieron a ser tan violentos como la primera vez, pero allí estaban: pasos sigilosos, a veces parecía que alguien andaba descalzo, y en alguna ocasión creyó que se habían subido el tejado... Golpes en las ventanas, en el portón, crujidos... No podía comprobar si fuera había huellas porque la niebla lo cubría todo, y porque no se atrevía a salir. Teresa se conformó con esperar a que el tiempo mejorara. Hasta entonces tampoco se atrevió a coger el Toyota. Hubiera sido una temeridad tratar de llegar a él exponiéndose en aquella ceguera traicionera.

Así que pasó los días dormitando, y las noches en vela, atemorizada, con la escopeta a mano y el cuchillo bien cerca. No le quedaron ánimos para continuar limpiando. Se limitó a esperar.

De vez en cuando escogía alguno de los libros que había rescatado del coche y leía, a veces anotaba sus pensamientos en el margen de alguna página, a veces cocinaba, aunque no se esmeraba demasiado. Cocinar la relajaba, alejaba sus pensamientos más perturbadores.

El último día antes de que el tiempo le diera una tregua, estuvo comprobando el estado del cuarto de baño, porque necesitaba ducharse y no sabía si el artilugio que su padre instalara a modo de ducha funcionaba o iba a tener que asearse en un barreño, como cuando era una cría.

El servicio era pequeño y estrecho, y contaba con un urinario, un lavabo viejo, de cuyo grifo caía un hilo de agua por mucho que lo abriera, y un plato de ducha de azulejos resquebrajados y desaparecidos. Teresa se plantó delante, desanimada. Aquella ducha era como Frankenstein, construida con retales viejos, descoloridos y dispares, baldosas espantosas mal colocadas en una «L» que no llegaba a los cincuenta centímetros por cada lado. Y además estaba sucia.

En la parte de arriba contaba con una garrafa de diez litros de agua suspendida en una especie de balda de madera. De su boca salía un tubo de plástico que acababa en una «alcachofa». Si quería ducharse iba a tener que llenar la garrafa con agua caliente, y subirla a aquella balda, elevándola a pulso por encima de su cabeza. Levantar diez litros iba a ser para ella toda una proeza, pero necesitaba urgentemente sentir el agua caliente resbalando por su piel, lavarse el pelo, asearse de arriba a abajo...

Decidida a solucionar el asunto de su higiene personal, bajó la garrafa y la dejó en la encimera. A continuación recargó la cocina con leña y puso sobre la chapa, ya muy caliente, una olla gigante que había encontrado en un armario. Hacerla hervir iba a costar un buen rato. Se armó de paciencia.

Llovía una vez más. El agua golpeaba en el tejado y caían gruesos goterones de los desagües. Teresa se quedó mirando a la nada, pegada al calor de la cocina. Tenía la vista nublada, no pensaba en nada, sólo estaba cansada... Las últimas noches habían sido duras.

Cuando el agua rompió a hervir la sacó de su ensimismamiento. Vacío la olla en la garrafa gracias a un embudo, y completó los dos litros que faltaban para llenarla con agua fría. Probó a

levantarla. Podía cargar con ella. Lo malo iba a ser izarla hasta la balda.

La llevó al baño, colocó una banqueta en la ducha, y se subió para comprobar que no bailaba. A continuación le puso a la garrafa el tubo con la alcachofa, la agarró con las dos manos y se la colocó en el regazo. Estaba muy caliente. Se subió de nuevo a la banqueta, y cuando estuvo de pie, con los pies bien afianzados sobre ella, intentó subir el agua a la balda. A la tercera intentona consiguió apoyar la pesada garrafa en el borde. Entonces la empujó y la colocó en su lugar.

Sonrió.

Después de todo iba a poder ducharse... Inmediatamente limpió las paredes y el suelo del cuarto de baño y de la ducha, con desinfectante y se fue a buscar su mochila. Sacó lo que necesitaba, una muda limpia, una malla, una camiseta y un jersey holgado que utilizaba para estar en casa, rescató su neceser, y se metió en la ducha, dispuesta a disfrutar de cada uno de los diez litros de agua caliente. Corrió la cortinilla que colgaba de la ventana para preservar su intimidad, y empezó a desvestirse, anticipando el goce del que iba a disfrutar. Tenía unas chancletas para poder meterse en el plato de ducha sin tener que pisar descalza la baldosa del suelo. Ahora estaba limpio, pero aun así le provocaba un fuerte reparo pisarlo. Siempre le había ocurrido lo mismo. Le daba muchísimo asco tocar con los pies desnudos cualquier baldosa, o que le salpicara el agua del suelo o de la lluvia cuando caminaba con sandalias, no por miedo a coger alguna infección, sino por la desagradable sensación que le producía en la planta de los pies la viscosidad del suelo baboso, o la del barrillo que se formaba por los salpicones de los charcos entre los dedos. Por eso, cuando estuvo desnuda, se puso las chancletas y entró.

Giró la alcachofa para que dejara salir el agua, y de inmediato un chorro caliente se derramó sobre ella, mojando su cabello. Parecía un milagro, y sin embargo era algo bien sencillo. Teresa suspiró extasiada. No caía un caudal como el que tienen las duchas convencionales en la ciudad, pero era suficiente. Dejó que resbalara por su espalda, arqueó el cuello y enjuagó su largo cabello castaño. Tenía una buena mata. Se frotó el cuerpo, los brazos, las piernas... La sensación era maravillosa. Cogió el gel y se lo repartió sobre la piel, estremeciéndose al contacto frío del untuoso líquido... Después, jabonarse la cabeza, aclararse con un delicado masaje, repartir el suavizante para soltar el pelo... Los diez litros le llegaron de sobra para disfrutar de una ducha prolongada, sin que el agua llegara a enfriarse.

Cuando salió, el baño estaba lleno de vapor, y ella tenía el rostro relajado y los ojos brillantes. Había sido como renacer.

No se había dado cuenta y ya estaba anocheciendo. Allí el tiempo transcurría con una medida diferente, la de su estado de ánimo, y también la de su percepción de la soledad y el silencio. Iba a necesitar un calendario, o acabaría perdiendo la noción de los días que pasaban. ¿Era lunes o miércoles? Pronto no sabría decirlo. Empezaba a desentenderse de algo tan básico, y además le gustaba hacerlo.

Preparó la cena y se sentó junto al fuego con una manta, descansada como hacía tiempo que no lo estaba. El hecho de encontrarse aislada en plena montaña, encapsulada en aquella persistente niebla, de pronto no le intimidaba, al menos en aquel momento, junto al fuego amigo, con el estómago lleno y la mente relajada. Se adelantó y removió los troncos del fuego con el atizador. Las llamas saltaron con virulencia.

No debía dejarse llevar.

Dejó el atizador y se recostó de nuevo. Necesitaba estar centrada, y no perdida. Era una mera cuestión de supervivencia. También se recordó que estaba a salvo en su pequeña fortaleza. Al parecer era impenetrable. Podía dormir con eso. Cerró los ojos y se durmió.

Tuvo cuatro horas de apacible descanso. Una tregua en aquella batalla desigual consigo misma, como si la adversidad le hubiera concedido un remanso de sosiego, mientras el fuego ardía en la chimenea y su cuerpo se mantenía caliente. Sin embargo, cuando el fuego se apagó, la temperatura empezó a descender, y en el momento en que Teresa tuvo que luchar por mantener el calor acumulado, se despertó.

Al abrir los ojos notó que no estaba sola.

Había algo allí con ella.

De pronto, sentada en medio de la oscuridad, sin su saco de dormir, se supo vulnerable y expuesta. El cuchillo estaba sobre la repisa de la chimenea, pero no iba a necesitarlo... porque lo que su instinto detectaba alrededor, como una presencia oscura y ominosa, no era algo físico que pudiera sucumbir bajo su filo.

Teresa empezó a hiperventilar.

Era como tener a Christian a su lado... sólo que eso no podía ser... ¿verdad? La puerta estaba cerrada con llave, y ella no había salido en cuatro días. Teresa se lamentó. Ansiaba no ser ella misma. Prefería los asaltos nocturnos de los que había sido víctima en las últimas noches, prefería los pasos, los golpes en la puerta, cualquier cosa antes que aquella horrenda sensación que erizaba el vello de su cuerpo. No se escuchaba nada, ni fuera ni dentro del refugio, sin embargo, el silencio descendía sobre ella, asfixiante... y merodeaba a sus anchas en la oscuridad.

Teresa dejó a un lado la manta y se puso de pie. Temblaba y abría mucho los ojos, como si así fuera a ver mejor, con las dos manos entrelazadas junto al pecho. No quería tantear la oscuridad mientras trataba de llegar a su saco de dormir. Temía toparse con «algo», o que ese algo la agarrara.

Dio unos pasos cautos, rastreando lo que había en el suelo. Sus cosas estaban desparramadas por todas partes, y era fácil que tropezara con ellas. Cuando encontró su colchoneta, se agachó y se apoyó en ella. Palpó en busca de su saco de dormir, a ciegas, a tientas, temiendo... Quería encontrarlo y meterse dentro, y creerse que envuelta en plumones podría protegerse de ese «algo» que la acechaba. Cuando dio con él, abrió la cremallera y se zambulló en su interior, encapsulándose en él, como una oruga antes de convertirse en mariposa lo hace en su capullo de seda para protegerse de sus enemigos, mientras se transforma. Luego se quedó muy quieta, hecha un ovillo. El calor regresó poco a poco a su cuerpo, pero el frío que el miedo inoculaba a su corazón permaneció.

¿Qué era aquello? Fuera del saco había una fuerza execrable lamiendo su lábil entereza, dueña del refugio hasta el amanecer, tal vez incluso después.

O tal vez estaba soñando... Otra vez.

Teresa apretó los párpados, empeñada en sacudirse la confusión que nublaba su juicio. No lograba discernir si soñaba o estaba despierta, cada vez le costaba más. Se estaba volviendo loca.

Recordó la primera noche, cuando le había parecido que algo se subía a su improvisada cama, caminando sobre sus piernas... De pronto temió que algo semejante fuera a repetirse, sueño o no. Gimió desesperada, envolviéndose aún más en el grueso saco de dormir. Entonces cayó en la cuenta de que se había dejado el móvil en la encimera de la cocina.

—mierda, mierda mierda... —gimió.

De todos modos no hubiera sido buena idea molestar a Cristina con un nuevo episodio nocturno. Debía de ser tardísimo, tal vez las dos o las tres de la madrugada. Si la llamaba, acabaría por presentarse allí al día siguiente, para arrastrarla con ella de vuelta a San Sebastián sin contemplaciones. No podía permitir que eso pasara, bastante malo era ya que apareciera el

sábado, como para complicar más las cosas... Así que se tragó el impulso de abandonar su escondite para rescatar el teléfono. Además, jamás se atrevería a volver a andar a oscuras con aquello acechando... en alguna parte.

Teresa lloró. Lo hizo por sí misma, por su desesperada situación, por tener que recluirse tan lejos de todo y de todos los que amaba, por aquel miedo que torturaba sus sentidos por las noches...

Cuando una leve presión hundió la colchoneta en el lugar donde tenía apoyados los pies, ahogó un aullido de terror. Igual que la primera vez, notó un peso, primero liviano, luego más evidente. A continuación aquel «algo» oprimió sus piernas, y esa sensación no eran imaginaciones suyas, fue subiendo por ellas hacia su vientre, como si alguien se estuviera tumbando sobre ella. Teresa chilló, aulló presa del terror, se sacudió para deshacerse de aquello, quiso patalear como una fiera, pero tenía las piernas inmovilizadas. Sus instintos se dispararon y finalmente se desmayó.

El miedo la retuvo en su escondrijo el resto de la noche, presa de sí misma, ahogada y abotargada por él. En ocasiones, sus noches se poblaban de pesadillas, y solía rendirse a ellas, incapaz de hacer otra cosa que perder. No despertó, porque... ¿cómo hacerlo cuando «algo» quería devorar su alma? No estaba sola, creía que no... No estaba preparada para enfrentarse a la oscuridad.

Una noche más sumida en el horror. No sólo la niebla la había hecho prisionera.

Al día siguiente la niebla se había evaporado, y el terreno amaneció limpio y fresco, con la verde hierba cubierta de rocío y una brisa suave del oeste sobrevolándolo todo. El otoño avanzaba, y el hayedo que dominaba la ladera del Elor-Txuri, detrás de la borda de Teresa, ofrecía una maravillosa mezcla de hermosos colores, ocres y amarillos; también la falda del macizo del Aizkorri se había cubierto de color, y sus cimas desnudas aparecían despejadas contra el cielo azul.

Una calma profunda y serena señoreaba el valle, no se oía nada, salvo el canto de algún «txantxangorri» mientras revoloteaba de un árbol a otro. Los fresnos junto al refugio mecían sus ramas, aún cargadas de pequeñas hojas amarillentas, como ramilletes, y los canalones dejaban caer algunas gotas de vez en cuando, sin que su ritmo alterase aquella paz otoñal.

La luz de la mañana encontró a Teresa dentro de su saco, despierta. Llevaba un rato muy quieta, atenta tan sólo a sus emociones, a lo que percibía alrededor. Todo parecía tranquilo, pero ella buscaba la fuente de sus angustias durante la noche, aquella presencia que la había atenazado, temerosa de que aún estuviera allí. Probó a moverse... Sus piernas desde luego estaban libres, podía moverlas, aunque no se atreviera. Al cabo de un rato suspiró. Lo que quiera que la hubiese visitado se había ido. De nuevo estaba sola.

Abrió la cremallera y asomó la cabeza. La luz bañaba los muebles con un resplandor dorado, y el ambiente era muy fresco. Olía a leña, a chimenea, y un poco a humedad. Un antiguo recuerdo de mañanas soleadas desayunando con sus padres la asaltó de improviso, y su corazón se agitó con un palpito cálido que no había esperado sentir. Casi pudo ver a su madre sirviendo el café en la mesa, a su padre encendiendo el fuego, y oler el pan recién tostado... ¿Cómo iba a haber algo malo en el refugio de sus padres? Sacudió la cabeza y salió de la protección del saco.

No hacía fresco, hacía frío. La temperatura había bajado al menos diez grados. Se acercó a la ventana que daba al norte, junto a la chimenea, y miró a través de ella, hacia la mañana límpida que se había llevado la niebla. Era un alivio ver de nuevo los montes, el horizonte, las laderas verdes, los bosques de hayas, los pinares... Incluso alcanzaba a ver las lejanas siluetas del Amboto y el Udalaiz. Decidió de pronto, mientras contemplaba aquel paisaje familiar, que aquella mañana se daría un paseo. Necesitaba salir de su encierro, perderse al menos un par de horas por el monte y sacudirse el miedo y la soledad. Llevaría la escopeta consigo, aunque no estuviera cargada. No se atrevía a andar sola por la zona sin ella.

Una vez tomó aquella decisión, una renovada energía la empujó a asearse y vestirse. Ahora que había ideado aquel plan, casi tenía prisa por verse fuera, en libertad. Se esmeró en preparar un buen desayuno, hizo café, encendió la cocina, puso a tostar dos rodajas generosas de pan, y prendió fuego en la chimenea con los rescoldos de la noche anterior, que aún se mantenían incandescentes. Después se sentó y procuró disfrutar de lo que había preparado. Untó con mantequilla y mermelada de ciruela las tostadas, añadió leche al café, y bebió unos sorbos... De nuevo los recuerdos afloraron, con más fuerza si cabe que antes. Su madre sentada a su lado, la radio puesta con las noticias, y su padre barruntando cómo arreglar un escape en los tubos que conectaban los depósitos de agua...

Teresa sonrió, terminó el desayuno y se preparó para salir. Se entretuvo en el espejo, arreglándose el pelo. Lo recogió en una coleta. Tenía mala cara. No era de extrañar, después de una noche tan mala como la que había pasado. Aún se preguntaba si sus experiencias eran

producto de su imaginación, pesadillas, o realidad... Era todo tan vívido...

Recordó que había bastones en un viejo paragüero junto a la puerta de la habitación de sus padres. Cogería uno que fuera liviano, le vendría bien para caminar. Estaba escogiendo uno entre los cuatro que había, cuando de reojo vio que la puerta del dormitorio estaba entreabierta. Una suave corriente helada se colaba por ella. Pero las ventanas estaban cerradas...

Extrañada, abrió la puerta del todo y se asomó. La ventana estaba abierta. Teresa palideció. Estaba segura de que había comprobado todas las ventanas. Tal vez había estado mal cerrada desde el principio y habían logrado forzarla de un golpe quienes habían estado intentando entrar. Por suerte las rejas estaban intactas... Decidida a ponerle remedio a aquello, entró en la estancia y cerró la ventana con firmeza. Le costó encajarla en su lugar, porque la madera estaba hinchada, lo que explicaba que hubiera cedido. Echó el cerrojo y descorrió la cortina. La luz del día entró con más intensidad, iluminando la estancia.

Y entonces lo vio.

Estaba sobre la cama de su padre, un hueco extraño, redondo y profundo, como el que haría un animal grande para acurrucarse, enroscado, sobre el colchón. Era como si el animal estuviera allí, ocupándolo, pero no estaba. Teresa se acercó y lo observó en silencio. ¿Tal vez los ratones habían roído el colchón, provocando aquella hendidura? Imposible, era demasiado grande. Un perro grande, un San Bernardo, cabía en él. Alargó la mano y tocó la colcha en la zona donde se hundía la cama. Estaba caliente, como si algo acabara de abandonarla, como si algo hubiera estado durmiendo allí.

Entonces recordó la presencia, aquello que se había tumbado sobre ella, que había caminado sobre sus piernas, y el pánico ascendió por su garganta ahogando un grito. No podía respirar.

Enloquecida, salió y se abalanzó sobre la puerta de entrada, abriéndola para lanzarse fuera, lejos de la locura que pugnaba por arrebatarle la razón. Corrió unos pasos y se giró para mirar el refugio. ¿Qué estaba pasando?

Más que nunca deseó alejarse... Pero, ¿y si realmente había algo allí? ¿Y si cuando regresara no la dejaba entrar? Negó con la cabeza. ¿Quién querría volver si de verdad había algo allí? Algo que dormía en esa habitación, algo que la buscaba por la noche... Teresa necesitaba calmarse. Sin apartar los ojos del pequeño edificio, procuró respirar más despacio y ordenar sus ideas. No podía marcharse, no mientras... Iba a tener que afrontar aquello como pudiera.

Tal vez no tuviera que ver aquel... nido, con lo que ella había percibido por la noche.

—...pero está caliente... joder, aún está caliente...

Eso era. Parecía como si algo hubiera estado durmiendo allí sólo unos minutos antes. ¿Se trataba de un animal? ¿Se había escabullido por la ventana al oírla levantarse? Parecía imposible que algo tan grande cupiera a través de los barrotes que la protegían, pero la sola posibilidad hizo que corriera a cerrar la puerta también. Así, si algo había salido, no podría regresar. Echó la llave y retrocedió, escuchando.

El piar de un pájaro sonó por encima de su cabeza, entre las ramas de uno de los fresnos. El humo de la chimenea se elevaba en volutas blanquecinas hacia el cielo azul, como si nada malo ocurriera.

—...habrá una explicación lógica...

De eso no estaba segura, pero le sirvió para recomponerse. Tenía la escopeta al hombro, y el bastón de avellano en la mano. Más tarde, cuando volviera de su paseo, vería qué hacer. Dio media vuelta, abrió la langa y salió del recinto vallado que rodeaba el refugio dentro del terreno. Un grupo de yeguas pacían cerca de allí distraídamente. Una de ellas alzó su pesada cabeza, las

orejas erguidas, orientadas hacia ella, y la observó sin demasiado interés, para luego seguir pastando como si nada. Era un hermoso ejemplar de pelaje castaño, crines del color del heno y patas fuertes cubiertas de pelo largo. Teresa adoraba los caballos. Verlos tan tranquilos junto a su refugio, hizo que se calmara bastante. Si ellos no notaban nada extraño, es que no debía preocuparse. Se recordó que los animales detectan el peligro mucho antes que las personas.

A su izquierda reposaba el menhir que daba nombre al refugio, «Zutarri» (piedra en pie). Su rugosa superficie gris ofrecía su cara más ancha y plana a la luz del sol. Bajo ella estaba enterrada la que había sido su mejor amiga, su perra, Itzal. Teresa siempre saludaba al pasar a su lado, así que, antes de alejarse para bordear el vallado y dirigirse hacia el Elor-Txuri, alzó la mano y la agitó con familiaridad.

Ahora estaba mucho más relajada.

A medida que iba caminando al aire libre, bajo el sol de la mañana, fue desprendiéndose del miedo, de la inseguridad, de las preguntas... Poco a poco se fue sumergiendo en aquella experiencia agradable. Sus pasos hollaban con facilidad el terreno blando y la brisa rozaba la piel de su rostro. Resultaba vivificante. Enseguida alcanzó el murete de piedra que delimitaba el perímetro de la propiedad y lo sobrepasó, iniciando el empinado ascenso del monte, hacia el hermoso hayedo detrás del refugio.

Por primera vez su mente se abrió, liberada, y sus pulmones se ensancharon para absorber aquel aire limpio de montaña. Cada poco miraba alrededor, expandiendo su horizonte, abarcando el paisaje, inmenso, natural, que la rodeaba. Cuando alcanzó la mitad de la ladera, cubierta de helechos, se volvió y contempló su hogar, semi oculto por los árboles. La chimenea humeaba sin parar, y las yeguas se habían ido acercando a la langa, de manera que casi no llegaba a verlas.

Teresa meneó la cabeza. Todo estaba bien, se estaba dejando dominar por los nervios. Era tal la carga que llevaba por dentro que corría peligro de volverse loca, de remate.

Sonrió al imaginarse a sí misma en un manicomio, sujeta con una camisa de fuerza porque aseguraba ver cosas que no existían.

Reemprendió el camino. La cuesta se iba volviendo más y más empinada, pero ella no pretendía subir monte a través, en línea recta, sino que se desvió a su derecha por un estrecho sendero que zigzagueaba en dirección al hayedo. Era un camino en pendiente, pero más suave. Iría hacia el Aizkorri, siguiendo las pistas marcadas para los montañeros. Caminaría durante una hora y después se daría la vuelta. Hacía mucho que no andaba y no estaba en forma para ir más lejos. Para el primer día, dos horas de paseo serían más que suficiente. Tal vez a la vuelta bajara hasta el refugio que había por debajo del suyo y que había sido propiedad de un amigo de sus padres. Bebería agua del manantial con el que contaba, fresca y cristalina, y después subiría de regreso a casa. Casa... ¿Podía ser su casa aquel lugar?

—Por ahora —murmuró—... Por ahora...

Llevaba el móvil consigo. Lo cogió y comprobó la cobertura. A aquella altura ya no tenía servicio. Abrió el calendario, era jueves, diecisiete de octubre. Por la tarde llamaría a su hermana para tratar de convencerla de que no fuera hasta allí el sábado. Era el mejor momento para hablar con ella, cuando sus hijos estaban en clase y disfrutaba de un oasis de paz. No quería discutir con ella, pero la conocía bien, y sabía que su idea no era sólo ir a verla, sino sacarla de allí a toda costa. Eso, era algo que no podía permitirse. Tampoco podía explicar a Cristina por qué.

La temperatura fue subiendo poco a poco, hasta alcanzar los quince grados. Un pinar inmenso se abrió ante ella nada más dejar atrás el hayedo. La pista descendía bordeándolo, y después se alejaba, retomando su ascenso hacia el macizo del Aizkorri. El paisaje era espectacular, y Teresa

se emocionó. Apretó el paso, disfrutando de verdad con cada metro que cubría. Apoyaba el bastón con suavidad, sin descargar su peso en él, sólo para sentir que si lo necesitaba podía utilizarlo, y alzaba la cabeza para sentir el sol en el rostro.

Cuando, tal y como había planeado, hubo transcurrido una hora, casi había llegado al punto en el que debía empezar a subir para dar alcance a la pista que llevaba al Aizkorri. Dos líneas pintadas en la corteza de un árbol a la altura de sus ojos señalaban el camino, una roja, otra blanca. Miró hacia arriba, hacia la ladera cubierta de enormes hayas, con sus plateados troncos, gruesos como grandes columnas de piedra, y atisbó por un segundo la penumbra que originaban sus pesadas ramas aún cubiertas de hojas. Una profunda capa de hojarasca cubría el terreno. La tentación de continuar por allí era fuerte, pero sabía que después lo pagaría con un sordo dolor en las articulaciones, así que se obligó a dar media vuelta para regresar.

El camino de vuelta no iba a ser tan bonito, pero sentía curiosidad por visitar el refugio del manantial y no le importó. Leonardo, su legítimo dueño, hacía mucho tiempo que había muerto, aunque sus hijos se habían ocupado de mantener la finca en condiciones a partir de entonces. Que ella supiera ya nadie iba por allí, salvo ellos muy de vez en cuando, una vez al año, para cortar la hierba y podar los árboles. Había a la entrada un pozo profundo de piedra protegido con una reja de hierro negro que evitaba que por accidente alguien se cayera dentro. En realidad se trataba de un respiradero del tren, pero ella no lo había descubierto al principio. De pequeña había sido para ella todo un misterio. Antes de saber lo que era, había arrojado a su interior trapos untados en queroseno ardiendo, sólo para comprobar cuánto tardaban en llegar al fondo. Sin embargo, aquel pozo era tan profundo, que el trapo y su tenue luz siempre se perdían de vista sin llegar a tocar suelo. Teresa había creído que se trataba de un agujero natural, pero su padre le explicó un día que en realidad se trataba de un respiradero que conectaba con el larguísimo túnel de RENFE que atravesaba aquellos montes. Su finalidad era proporcionarle ventilación. Se hundía en la tierra trescientos cincuenta metros... A partir de entonces, no habían vuelto a tirar nada más. A Teresa siempre le había dado miedo asomarse a su redonda boca negra, incluso con la reja que impedía que se precipitara al fondo, sabiendo que la caída en su interior era tan grande. Una fuerte corriente helada salía de él, como si de su aliento se tratase.

Ya había cubierto casi la totalidad de su camino de regreso cuando avistó el refugio de Leonardo. Para construirlo, le habían robado una parte de su ladera al monte, de manera que la construcción, de madera, se asentaba demasiado metida dentro de él, siempre amenazada por los corrimientos de tierra. Una larga terraza hecha de travesaños de madera colgaba sobre la pista que descendía hacia el pueblo. Teresa distinguió enseguida el pozo, con su corta escalera de hierro, y la langa que daba paso al refugio. A la derecha estaba la fuente, de pared, de la que brotaba en abundancia, a través de un caño, el agua del manantial. Tenía mucha sed.

—¡Buenos días!

Una voz profunda la tomó por sorpresa. Allí, en la terraza, había un hombre. Teresa le miró, buscando reconocer en él a alguien conocido, sin conseguirlo. Sólo entonces vio un vehículo aparcado más atrás, en la bifurcación por la que había llegado. Cuando subiera de vuelta a su refugio pasaría a su lado.

—Buenos días —saludó sonriendo—... No sabía que hubiera nadie aquí...

—¿Eres la hija de los de Donosti?

—Sí, Teresa.

El hombre llegó a su lado. Era grande, como una roca, ancho y bajo, muy corpulento. Tenía una gran cabeza sin cabello que la protegiera, y un rostro sereno. Sus ojos azules la miraban con

fijeza, pero no había maldad en ellos.

—Soy Fernando, me ocupo de esto para que los hijos de Leonardo no tengan que venir.

—¿Se han cansado, o qué?

—Nunca les gustó mucho esto...

—Ya... ¿Cómo has sabido quién soy?

—Aquí todo se sabe —sonrió burlonamente—... Los ertzainas pasaron por aquí.

—Claro... ¿Puedo beber agua?

—¡Ahí tienes la fuente!

Teresa sonrió agradecida. Se moría por saciar su sed. El agua estaba helada, de manera que tuvo que beber a sorbos, para no castigar demasiado su garganta.

—Pasa si quieres —oyó que le decía Fernando. Ahora estaba a su lado—, y te tomas un caldo, te sentará bien si vienes de andar...

—No gracias, no quiero molestar.

Se secó la cara con la manga de su chaqueta. Estaba cansada.

—Pasa anda, que no voy a morderte...

Teresa dudó. Llevaba tanto tiempo sin hablar con nadie, y aquel buen hombre parecía tan amable y agradable, que se sentía inclinada a aceptar su invitación. Además sus piernas pedían a gritos un descanso. Sería bueno disfrutar de un alto en el camino, conversar y comer algo antes de volver a la soledad de su encierro. Una sombra nubló su rostro al pensar en ello.

Fernando ya entraba en su refugio. Abrió la puerta y la sostuvo para que le siguiera. Hacía muchos años que Teresa no entraba allí. Pasó a su lado emocionada, deseando ver qué quedaba de lo que recordaba.

Todo estaba igual.

Nada más entrar había una estancia amplia a la izquierda, a modo de comedor, con una larga mesa corrida. A la derecha se hallaban la cocina y la chimenea. El suelo era de madera, una gruesa tarima de pino, vieja y polvorienta, que temblaba y se combaba al caminar sobre ella, como en su borda. Un puchero ancho y bajo bullía al calor del fuego. Olía a caldo, a chorizo y a pan recién horneado. A Teresa se le hizo la boca agua. Su estómago se retorció, anticipándose.

—Siéntate, que te pongo un buen caldo. ¿Quieres chorizo?

—Sí gracias, huele que alimenta...

—Éste está para chuparse los dedos... —le confirmó, sacando un choricillo, pequeño y redondo, de la olla.

A Fernando le costaba respirar. Parecía un toro, bufaba, aspiraba y espiraba con fuerza. Sin duda su peso, debía rondar los cien kilos, le dificultaba mucho las cosas. Depositó el choricillo sobre un plato y enseguida sirvió una buena ración de caldo de carne, humeante y denso, en un tazón que había visto muy poco el estropajo. Teresa recordó que a su madre nunca le había gustado comer nada allí, porque decía que había visto a los perros de Leonardo bebiendo el caldo de la olla donde lo preparaba. Sintió asco al evocar la imagen de dos o tres perros metiendo su cabeza peluda en la olla, bebiéndose su contenido y llenándolo todo de babas, pero, aun así, cogió el tazón y aceptó una cuchara y un tenedor. Después de todo, no había visto que Fernando tuviera perros, y estaba hambrienta, así que se dispuso a saborear el aperitivo con verdadera fruición. Fernando se sirvió una ración igual para él y se sentó frente a ella. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—Me han dicho que andas sola ahí arriba —comentó sin mirarla. Estaba concentrado en masticar el chorizo mientras cortaba un trozo de pan crujiente y se lo llevaba a la boca. Comía a

dos carrillos—. Deberías andarte con ojo, andan muchos ladrones.

—Ya me han visitado, si es por eso.

Ahora sí, Fernando la miró. Su expresión era seria.

—Por eso llevo la escopeta —Teresa se la quitó del hombro y la mostró sin señalar que estaba descargada.

—¿Esto? Con esto no vas a hacer nada... es chatarra...

No era el primero que le decía aquello. Se encogió de hombros.

—Espera, no te muevas.

El buen hombre se levantó, bamboleando su corpulencia, y desapareció escaleras arriba, tras una puerta. Cuando regresó, al cabo de cinco minutos, llevaba una escopeta en las manos. Se la cambió a Teresa por la vieja.

—Está cargada, quédatala. Si vas a estar ahí arriba sola, la necesitarás.

Teresa la sostuvo en las manos, no sin cierto respeto. Ahora que tenía un arma de verdad, con munición, le daba miedo tener que usarla.

—No tengo licencia —confesó.

—Y qué... ¿Te crees que te la van a pedir?

—Los ertzainas...

—Bah, ésos no te van a decir nada, ya saben cómo andas y lo que hay. Anda tranquila por eso.

—¿De verdad crees que la voy a necesitar?

—Por si acaso.

—Llevan varias noches rondando —confesó—, incluso han querido forzar la puerta estando yo dentro del refugio...

Hubo un silencio. Fernando la miraba con aire grave.

—No tienen escrúpulos esos hijos de puta... Pues, si vuelven, echa un tiro al aire, verás como corren. Aunque hagas un agujero en el tejado, tú dispara.

Con un gesto paternal le quitó la escopeta y le enseñó a utilizarla, a quitar y poner el seguro, a cargarla y a limpiarla. Teresa le escuchó con interés, decidida a aprender. Necesitaba sentirse cómoda con ella, para estar segura de que, en caso de necesidad, sería capaz de reaccionar.

—Muchas gracias Fernando, la verdad, estaba un poquito desesperada, no me atrevía a salir ni a dar un paseo... Hoy ha sido el primer día, y he cogido la escopeta de mi padre sólo para asustar... Empezaba a tener claustrofobia...

Fernando se levantó sin responder, y se acercó a la chimenea. El fuego se estaba apagando, así que cogió dos troncos recién cortados de una pila acumulada contra la pared y los puso sobre los rescoldos llameantes, atizándolos después para avivar las llamas, que saltaron como lenguas voraces de fuego. Luego se quedó allí, apoyado en la repisa. Teresa esperaba un comentario, segura de que el buen hombre estaba buscando qué decir al respecto.

—¿Sabe alguien que estás aquí? —preguntó al fin.

—Mi hermana, nadie más. Bueno, y tú ahora... Y los ertzainas...

—Los rurales... Pues, si quieres saber mi opinión, deberías marcharte, antes de que pase algo grave.

—Por ahora me las arreglo bien, no creo que...

—Es muy peligroso —la cortó—. No están fichados, los que andan robando... y se trata de gente sin escrúpulos. Saben que estás en el refugio, y dicen que están tratando de entrar, todas las noches... ¿Te las arreglas bien? Pues mira a ver si un día te los vas a encontrar cuando vuelvas de darte un paseo, o peor, que te entren de verdad. ¿Qué vas a hacer entonces?

Teresa soltó un bufido y se revolvió en el asiento, un incómodo banco corrido de madera que empezaba a dejarle entumecidas las piernas. Miró el reloj. Eran las doce de la mañana.

—No puedo irme —musitó con evidente desesperación—... Sencillamente, no tengo a donde ir. Necesito estar aquí.

Eso sería mucho más peligroso que cualquier otra amenaza.

—¿Puedo preguntar por qué?

Teresa lo pensó. Meneaba la cabeza inconscientemente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No... No.

—No tienes por qué contarme nada... Pero eres la hija de Eduardo y de Maribel, les apreciaba mucho, y... aunque tú no me conozcas, no puedo quedarme tranquilo contigo ahí arriba, sabiendo todo lo que puede pasar. Mira, guárdame mi móvil, y cualquier cosa me llamas...

—No es necesario que...

—Calla y apunta, que no te cuesta nada, anda...

Teresa no tenía excusa, ni razón alguna para no anotar el número de teléfono de Fernando, así que obedeció. Curiosamente, a medida que iba tecleando los números que él le dictaba, se fue sintiendo más tranquila. No podía pedir ayuda a su hermana Cristina, pero podía contar con Fernando, porque no necesitaba darle explicaciones, y le tenía a cinco minutos. Casi sintió ganas de llorar. De pronto, en un impulso inesperado, le abrazó y le dio dos besos, sinceramente agradecida.

Al salir del refugio media hora más tarde, aprovechó para asomarse al respiradero del tren. Subió por la estrecha escalera de hierro, la cual daba paso a la ancha boca enrejada, y miró hacia el fondo. Daba vértigo si fijaba la vista en aquella oscura profundidad. Era casi como si aquel túnel artificial quisiera absorberla. De él emanaba una corriente helada y húmeda. El agua se había abierto camino por las paredes de piedra del pozo, formando finos regueros que discurrían a través del musgo que las cubría, hacia abajo, hacia las tinieblas...

La conversación con Cristina no fue todo lo bien que cabía esperar. Teresa encontró a su hermana nerviosa, más bien atemorizada, y muy preocupada. Supo, en cuanto la oyó hablar, que algo estaba pasando.

Había vuelto al refugio sin encontrarse con nadie, lo que había hecho que se relajara. Había comido algo, se había tumbado un rato a descansar, y después hacia las seis, la había telefoneado.

Quería resolver las cosas con ella antes de acostarse. Sin embargo, Cristina había zanjado la cuestión de golpe, casi con brusquedad.

—No te preocupes Teresa, no voy a ir el sábado —su tono era frágil. Estaba al borde del llanto, y a Teresa se le partió el corazón. Odiaba a Christian, por lo que le estaba obligando a hacer, por separarla de su hermana. Sin embargo, la impotencia no ayudaba a solucionar las cosas —. Sólo dime que estarás bien...

—Estaré bien...

—Pero no es verdad... Me estás mintiendo. Cómo odio que me mientas...

—No puedo hacer otra cosa, y tú no quieres escucharme cuando te digo que necesito hacer esto...

Teresa cerró los ojos. Algunas lágrimas corrieron libremente por sus mejillas, lágrimas ardientes, rebeldes, desesperadas.

—Necesito que me apoyes, aunque no lo entiendas.

—Teresa, ¿qué ha pasado? ¿Te has escapado de casa?

No pudo evitar reírse. Cristina la conocía bien, adivinó sin dificultad que aquella risa histriónica brotaba de su frustración, y guardó un silencio cómplice.

—Nunca me gustó Christian. Es un desgraciado, no te trata bien... Sea como sea, me da miedo... No quiero que vuelvas con él.

—No voy a hacerlo.

—Prométemelo.

—Te lo juro.

—Siempre decía cosas extrañas —continuó Cristina—, estaba como ido, no hacía más que repetir que estás enferma, que necesitas ayuda, que necesita saber dónde estás en todo momento porque puedes hacer cualquier locura... Menudo desgraciado...

—Eso ya se acabó...

—No. No mientras sigas casada con él. Deberías pedirle el divorcio en vez de esconderte.

Teresa suspiró.

—Tú no lo entiendes...

—No lo haré si no me cuentas qué pasa. No me gusta nada lo que decía de ti, por Dios, no se cortaba, incluso lo hacía las pocas veces que veníais a casa los dos, en cuanto te dabas la vuelta... O a lo mejor era cómo lo decía —continuó—... Verás, he estado pensando... No estoy nada tranquila, estoy segura de que te va a estar controlando. Puede que si te has escapado incluso me esté controlando a mí para encontrarte. Es un puñetero controlador, ¿te crees que no me había dado cuenta? Tú no le has oído hablar de ti, siempre me pareció como si —se interrumpió. Hubo un silencio antes de que continuara hablando—... Si voy a verte... Me va a seguir, seguro. Y si vienes aquí... Yo quería traerte de vuelta a casa, quiero tenerte cerca, cuidar de ti, pero ahora... Por eso no voy a ir el sábado. Puede que hayas hecho bien yéndote al refugio, al menos por un

tiempo. Aunque... sigo pensando que el problema te lo has llevado contigo.

Seguro que sí. Teresa se estremeció.

—De todos modos no me gusta nada que estés ahí sola, Teresa.

—Estoy bien —no estaba bien, no estaba nada bien. Se estaba volviendo loca—... Es sólo que necesito tiempo.

—Pero, ¿tiempo para qué...? Teresa, deberías denunciarle. ¡Que le pongan una orden de alejamiento! ¡No tienes por qué estar escondiéndote!

—Sí que tengo por qué —Teresa se mordió el labio, antes de decir más de lo que debía—... Aquí estoy bien, tú procura estar tranquila, por favor. Cualquiera cosa me llamas, y yo haré lo mismo.

—Claro. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé... No sé nada, la verdad. Y estoy tan cansada...

—Ojalá me hubiera decidido a intervenir antes, Teresa.

Ojalá. Pero no, porque ella no se lo hubiera permitido. Así de dominada la tenía Christian. Se había ido hundiendo en el infierno, tan poco a poco que nadie se había dado cuenta. No habían notado su deterioro, cómo iba estando más y más delgada, desmejorada, triste. Christian se había asegurado de aislarla. Así, distanciada, atrapada en su mundo, había ido perdiendo la noción de las cosas, e incluso la voluntad de hacer algo. Hacía mucho tiempo que había dejado de contarle la verdad a Cristina.

Después de su conversación, habían colgado llorando, impotentes y rabiosas por una situación que ninguna de las dos sabía manejar. A Cristina le faltaba información, y Teresa estaba demasiado hundida. Si necesitaba tiempo, era para reponerse, antes de ser capaz de hacer algo para salvarse a sí misma.

Ahora estaba de nuevo sola, sin mucho que hacer, salvo leer tal vez, cenar algo, y acostarse temprano. El paseo le había sentado muy bien, había despertado sus sentidos, despejado su cabeza y aliviado la presión que llevaba por dentro. Pero su cuerpo se lamentaba. Estaba realmente agotada, sus piernas eran dos piedras ancladas al suelo y su sangre llevaba un reguero de plomo. Y después de su conversación con Cristina, estaba más desanimada. Sólo ella sabía la verdad sobre Christian. Si hubiera un hoyo aún más profundo donde ocultarse, se enterraría en él.

Sobre las diez de la noche, se dedicó a estirar su saco de dormir y a recoger un poco sus cosas. Las pocas que tenía, porque el grueso de su equipaje continuaba en el maletero. «Mañana» fue la palabra que apareció en su pensamiento. Mañana era un plazo razonable, le daba margen para descansar, para tomar conciencia de lo que debía hacer, y hacerlo. Mañana le daba un respiro.

Antes de acostarse, se aseguró de que la ventana del cuarto de sus padres continuaba cerrada. La probó, tiró de ella, comprobó el cerrojo... Todo estaba bien. Aquel extraño hoyo en la cama continuaba allí, grande y redondo, profundamente incrustado en el colchón. Se atrevió a palparlo...

Estaba frío.

Pues claro.

Un repelús recorrió su espalda como una descarga eléctrica. Por si acaso, se escabulló enseguida fuera del dormitorio y cerró la puerta. Incluso la atrancó, temerosa de lo que pudiera salir de allí. Ahora que sabía de la existencia del extraño hueco, tenía verdadero miedo. No se había acordado de él en todo el día, pero ahora que volvía la noche, el silencio y la soledad... Recordó que tenía su música favorita en el móvil. Tal vez sería buena idea dormirse con ella

sonando de fondo en su cabeza. Eso acallaría sus pensamientos, incluso le serviría para no oír otras cosas. Además, contaba con la protección de la escopeta de Fernando.

La observó, con su largo cañón reluciente mirando al techo, apoyada contra la viga que lo sujetaba, en el centro del refugio. Estaba cargada, lista para disparar. Si Fernando le había recomendado que la utilizara en caso de apuro, la usaría. Sonrió, de pronto serenada por la sensación de seguridad que el arma de fuego le provocaba. La tendría a mano, junto a su cama.

Retuvo ese pensamiento en la cabeza, decidida a no sucumbir a sus habituales pesadillas, y se acostó. Estuvo un rato con la vista fija en el fuego, perdida en una apacible marea que meció su mente y su cuerpo poco a poco, mientras se iba sumergiendo en el sueño. La música hacía que su corazón latiera tranquilo. Si se hubiera metido en una bañera de agua caliente con espuma, no hubiera logrado relajarse más...

No se despertó hasta las diez de la mañana, sorprendida de haber dormido de un tirón, tan profundamente que no recordaba nada. Su cuerpo estaba descansado, sus piernas, aunque sus músculos sufrían de agujetas, habían dejado de ser piedras y ella se encontraba animada, incluso con ganas de hacer cosas. Aquello era una novedad, una gran novedad. Teresa sonrió.

Se desperezó, se quitó los auriculares, salió del saco y miró por la ventana, siempre la del norte. Estaba despejado, el cielo azul, los montes limpios, ni una nube en el horizonte. Un día perfecto.

Su cama... Ya iba siendo hora de dejar de dormir en el suelo. Decidió que se ocuparía de adecentar la habitación contigua a la de sus padres, y de vaciar de una vez por todas el maletero del Toyota. Eso sí, sin renunciar a su paseo matutino. Iría de nuevo por el camino del día anterior, y ascendería hacia el Aizkorri desde el punto donde se había dado media vuelta. Después, a la vuelta, si aún le quedaban energías, se ocuparía de su equipaje. Con suerte, aquella noche dormiría sobre una cama.

Media hora después ascendía por el Elor-Txuri a paso ligero, con el espíritu alegre, libre de sombras. Las yeguas estaban junto al hayedo, la misma manada de la primera vez. Así que eran habituales... La de las crines rubias alzó la cabeza y la observó con la misma indiferencia, rumiando hierba mientras seguía su avance ladera arriba. Luego se sacudió y continuó a lo suyo. Lo que hiciera Teresa le traía sin cuidado siempre que no se acercara demasiado al grupo. A ella le hizo gracia la forma en que la ignoraba, y automáticamente la bautizó como «Terca», porque parecía un animal muy testarudo.

Llevaba un suéter azul de algodón y un gorro, la escopeta al hombro, y el bastón de avellano. No necesitaba nada más que aquel paisaje verde y ondulado, de montes abruptos cubiertos de bosques. Aspiró el aire fresco y dejó que inundara sus pulmones, llenándolos, con ganas de expulsar todo el mal que llevaba por dentro. ¿Podía aspirar a algo mejor? ¿Podía restaurarse a sí misma en aquel lugar? Siempre le había dado paz y felicidad, nada la hacía sentir más completa que disfrutar de semejante entorno natural... Tal vez tenía una oportunidad para curar sus heridas, lejos del mal que las había provocado.

Sus botas de trekking se hundían en el terreno blando. La hierba era tupida y muy buena para el ganado. De hecho, las ovejas que pastaban allí habían hecho ganar muchos concursos de quesos a sus dueños. El rocío perlaba las plantas y mojaba los bajos de su pantalón.

Cuando alcanzó la ladera desde la que debía empezar a subir hacia el Aizkorri, aún se encontraba descansada. Estaba sorprendida, dado su habitual agotamiento. La señal para montañeros apareció enseguida ante ella, pintada en aquella haya ancha y baja de ramas gruesas

como columnas. A partir de allí el camino se hacía sendero y trepaba empinado hacia arriba, a través de un profundo hayedo silencioso. Teresa se adentró en él, pisando con suavidad a través de la hojarasca que lo cubría todo con un manto multicolor del que emergía un característico olor a turba. Pronto empezó a sudar por el esfuerzo. Y se sintió bien, con el entorno, consigo misma... Era satisfactorio subir, esforzarse, sudar... y al mismo tiempo contemplar aquel lugar mágico. Era de una belleza antigua, intacta. Ni el paso del tiempo, ni la historia... nada lo había alterado. La quietud hacía del hayedo un santuario mágico, donde el sol apenas se atrevía a entrar. Sólo de vez en cuando alcanzaba a vislumbrar el cielo, retazos de un azul intenso sobre su cabeza, y la crestería del Aizkorri, extendiéndose como una columna vertebral muy por encima de donde estaba ella.

Si no recordaba mal, cerca de allí había un conjunto de chabolas en ruinas, hechas de piedra. Construcciones de pastores que se habían ido desmoronando y que las yeguas utilizaban para refugiarse de las inclemencias del tiempo. Teresa empezó a buscar alrededor. Recordaba episodios de su infancia, cuando jugaba allí. Efectivamente, al cabo de un cuarto de hora, las vio en una hondonada donde las hayas cedían terreno a los alerces de lánguidas ramas y agujas de aspecto esponjoso. No pudo evitar aproximarse a curiosear.

Fue bajando a saltitos, resbalando a veces, apoyándose en el bastón, agarrándose a alguna rama... Hasta que un chasquido la alertó.

Se detuvo en seco.

¿Qué era aquel hedor? Lo primero que pensó es que había un animal muerto cerca de donde estaba. Olía a cadáver. Quizás una yegua, o una oveja.

Todo estaba tan silencioso, que el segundo chasquido la sobresaltó. Luego hubo una serie de ruidos, como si algo se estuviera revolviendo dentro de la única chabola que quedaba en pie. A Teresa le dio la impresión de que algún animal estaba atrapado allí... Al principio tuvo miedo, pero luego pensó que no había animales peligrosos en la zona a los que tuviera que temer, y se animó a explorar. El pinar se extendía alrededor, sereno y silencioso. Los alerces, esbeltos y orgullosos, se elevaban a gran altura, con su corteza gris, rugosa y seca, como una piel agrietada por el tiempo; sus ramas aparentaban fragilidad, aunque resistían los embates de un clima hostil, y colgaban cargadas de hojas puntiagudas que se apiñaban en forma de espumillones suaves, extendidos en todas direcciones. Formaban una fantástica cobertura natural cuyo verdor resaltaba en contraste con los tonos ocres del terreno. Nada se movía. El sol de finales de octubre lucía por encima de su cabeza con fuerza, aunque no lograba penetrar aquel techo vegetal que formaban los árboles, profundamente anclados en el monte.

A medida que se iba aproximando al lugar de donde provenían los ruidos, el olor a muerto fue aumentando. Teresa se tapó la nariz con la manga del jersey. Al llegar a las ruinas, tuvo que sortear las piedras amontonadas para poder acercarse. El sonido surgía claramente de aquella chabola casi intacta. Y el olor también.

La angosta entrada era más bien un boquete oscuro en una pared derruida. El tejado se había venido abajo en buena parte de la construcción, aunque se podía acceder al interior sin dificultad. En cuanto cruzó el umbral se encontró en un espacio abierto de forma cuadrangular, cubierto en parte de escombros, vigas podridas y tejas rotas.

Cuando sus ojos, deslumbrados por la luz del exterior, se acostumbraron a la poca luz de aquel lugar, lo que vio la dejó helada.

El suelo era puro estiércol apelmazado, y un lobo enorme, de pelaje gris, estaba de pie sobre sus patas traseras. Tiraba con fuerza, aferrando con los dientes la carne de un cuerpo que quedaba

por encima de él, y que ella no alcanzaba a ver bien... El animal se revolvía furioso, retorció la cabeza, tiraba, giraba... tratando de llevarse su premio, gruñía y arañaba...

Teresa gimió. El lobo la oyó, dejó lo que estaba haciendo, se giró hacia ella y sacó los dientes de forma amenazadora. Sus penetrantes ojos dorados, del color del sol, la traspasaron, analíticos, cautos, fieros... Echó las orejas atrás y su pelo se erizó a lo largo del lomo, desde el cuello. Sus cuatro patas, muy largas, estaban abiertas en posición de ataque...

De pronto saltó a través de una abertura en la pared y desapareció.

Un lobo... Allí no había lobos desde...

Teresa se quedó muy quieta. Estaba perpleja, petrificada por el susto. Creyó que lo había imaginado... Entonces cogió la escopeta con ambas manos y se acercó con precaución al rincón donde el animal salvaje había estado saqueando lo que a todas luces era un cadáver... ¿de otro animal? Pero no podía ser... No estaba en el suelo, sino suspendido de forma extraña en el techo...

Entonces lo descubrió. Allí, en una esquina, desgarrado, había un hombre joven destripado. Estaba aparentemente adherido al techo por la espalda, de forma grotesca, boca abajo, los brazos y las piernas rígidos, cuatro miembros desprendidos que buscaban el suelo, la cabeza inclinada mostrando un rostro demudado, abierta la boca, la lengua ennegrecida fuera, los ojos vidriosos, cubierto el iris por un velo blancuzco que borraba su expresión. Tenía el pecho hundido, como si le hubiera golpeado un puño gigante, reventándole el esternón y todas las costillas hasta anclarle al techo. El vientre estaba abierto y sus entrañas se habían desparramado formando un racimo de vísceras malolientes que aquel lobo había estado devorando...

No comprendía cómo había llegado ahí arriba el cuerpo de un hombre de más de ochenta kilos. Nada lo sujetaba, sino que era su piel la que le sostenía... Parecía adherida a la piedra y las vigas.

Se quedó en silencio, contemplando la espeluznante escena, tan impresionada que no acertaba a hacer nada más que observar. Entonces, ante su desorbitada mirada, empezó un curioso proceso, por el cual el cuerpo se fue tornando gris, recorrido por una miríada de venas negruzcas por debajo de la piel, que ahora era traslúcida. Teresa vio que la carne se iba desmenuzando, descomponiéndose rápidamente en una lluvia de ceniza gris que fue desapareciendo antes de llegar a tocar el suelo. Olía a azufre. El espeluznante fenómeno duró unos dos minutos, y cuando acabó, no quedó nada, ni rastro de sangre, ni de vísceras, ni señales de que allí hubiera habido un cadáver. Algo más que inexplicable.

Teresa aulló y salió tropezando de allí, en busca de aire. Chilló, lloró, corrió cuesta arriba, trepando para alejarse de aquel lugar, hasta que un mal paso la hizo caer rodando pendiente abajo, retrocediendo lo poco que había avanzado. Se quedó de bruces entre las piedras, jadeando. Las rodillas le ardían, despellejadas y tenía las manos llenas de rasponazos. Se sentó. El corazón batía en su pecho a mil por hora, no podía coger aire, no podía pensar... Con el susto había soltado la escopeta... La había dejado en la chabola. Se acordó del lobo, ¿y si aún seguía por allí? Se levantó y regresó despacio, sin apartar la vista de la entrada en las ruinas. Cuando llegó, la vio en el suelo. Se agachó para recuperarla, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó dos veces. No miró hacia el hueco vacío donde había estado el cadáver, no soportaba hacerlo.

A continuación salió y miró si tenía cobertura. «Sin servicio». Masculló entre dientes... Luego recordó que podía marcar el ciento doce. El número de emergencias, cuando no había cobertura, funcionaba por satélite. Su dedo estuvo suspendido sobre el botón de llamada unos segundos... Hasta que desistió.

—...joder... ¿y qué les cuento...

Iban a tomarla por loca. Allí no había cadáver, sólo ella sabía lo que había visto. No, si llamaba iban a mandar a la Ertzaintza... Pensó en Baena y en Salas... No. No podía llamar para algo así, movilizar a los agentes cuando no iban a encontrar vestigio alguno de lo que ella relatara... ¿Y si realmente lo había imaginado todo?

Cuando por fin reunió el valor, subió de nuevo a lo alto de la pendiente. Una vez allí se detuvo para volverse y mirar una última vez hacia la chabola, que ahora se le antojaba siniestra. Había algo en todo aquello que removía su cordura. Su intuición le advertía del peligro. No solía equivocarse, por eso estaba preocupada. Estaba muy expuesta con tantos robos como estaba habiendo, y ahora aquel extraño episodio...

De pronto escuchó un ruido en alguna parte, abajo en las ruinas, y se irguió con la mirada atenta. Se llevó la mano al arma con algo de nerviosismo. Sus ojos recorrieron el entorno, rastrearon cada rincón, buscando el origen de aquel sonido. Algo se movía entre las sombras. Entonces vio un animal, avanzando sigiloso entre los árboles que rodeaban las chabolas de piedra. El lobo.

Lo vio claramente, enorme, de pelaje gris denso e hirsuto. Esquivaba la luz del sol.

—Mierda...

El animal, imponente, merodeaba sin atreverse a salir de la protección que le brindaban los altos alerces, que crecían muy juntos entre sí. Sabía sin duda que ella estaba allí, por eso no entraba en las ruinas, donde estaría más expuesto. Al cabo de unos minutos se detuvo. Sus ojos amarillos observaron a Teresa con fijeza. Luego dio media vuelta y se alejó. Enseguida desapareció en el bosque.

Teresa se sentó. Le temblaban tanto las piernas que no lograba permanecer en pie. Se quedó un rato allí, sobre las ruinas, temerosa de que el lobo de pelaje gris regresara... o algo peor. Olía a muerte. Había algo antinatural en la forma en que el cadáver se había mantenido sujeto al techo, como si una fuerza oscura lo hubiera sujetado... Y el modo en que se había desintegrado...

Al final no pudo más y decidió volver al refugio. No debía quedarse allí. Incluso con la escopeta, estaba demasiado expuesta. Creía que había hecho bien en no avisar a emergencias. Nadie más debía saber nada de ella. Además, iban a pedirle explicaciones por la escopeta, y no quería comprometer a Fernando, ni tampoco renunciar a ella. Iba a meterse en un lío... Obedeciendo a un instinto natural de supervivencia, abandonó el lugar y regresó por donde había llegado, andando tan rápido como se lo permitieron sus piernas.

El camino de vuelta fue una pesadilla. Estaba muy cansada, dolorida por la caída, y muerta de miedo. Miedo por lo que había presenciado. Cuando el terreno apareció ante sus ojos, un alivio inmenso recorrió su cuerpo. Bajó corriendo la ladera del Elor-Txuri, saltó el familiar murete de piedra y bordeó el vallado hasta pasar la langa y alcanzar el refugio. Hasta que estuvo dentro con la puerta cerrada con llave, no empezó a respirar con normalidad.

Lo primero que hizo fue ir hasta el fregadero. Se quitó el gorro y empezó a lavarse, limpiándose el sudor. Frotó la piel de sus manos y antebrazos para quitarse el barro adherido a causa de la caída... Los rasponazos eran superficiales, curarían pronto. Luego se secó y se quitó el suéter, que tenía las mangas manchadas. Lo cambió por una sudadera.

Se miró al espejo. Estaba despeinada, y sus ojos emitían un fulgor extraño. Cogió un cepillo y desenredó su pelo a conciencia. Luego lo recogió en una coleta. Se miró de nuevo... Iba a tener que bastar. ¿Qué más podía hacer para sentirse mejor? Recordó entonces su plan de sacar su equipaje del todoterreno. Si la Ertzaintza se dejaba caer por allí, les resultaría extraño que no lo

hubiera hecho ya. Además, necesitaba ocuparse en algo. El sofoco hacía arder sus mejillas, en parte originado por su febril carrera monte a través, en parte por el pánico.

Abrió la puerta del que iba a ser su dormitorio y entró, dispuesta a dismantelarlo. Había un armario de aglomerado a su izquierda, podrido por la humedad. Dos camas estrechas ocupaban el resto de la estancia, una de ellas sin colchón, y una pequeña ventana dejaba pasar algo de luz. Corrió la cortinilla que la cubría. Luego cambió de idea, y la quitó definitivamente. Estaba vieja, descolorida, y olía a humedad. Luego se fue a las camas y empezó a retirar las colchas que las cubrían, las mantas, las sábanas... Nada de todo aquello servía, hedía a orines y a rancio, la tela estaba tan vieja que se rasgaba. Lo fue sacando todo fuera. Por primera vez desde que llegara allí, dejó la puerta de entrada abierta de par en par para poder entrar y salir sacando cosas.

Necesitó una maza para arrancar aquel armario de melanina tan estropeado. Por suerte, aún quedaban herramientas en la misma leñera donde estaba el motor nuevo. Su padre siempre había tenido aquella maza. Era muy pesada, y su contundente cabeza de hierro hizo añicos el mueble con facilidad. Teresa sudaba, y algo dentro de ella se iba liberando a medida que se deshacía de todo aquello. Mientras trabajaba no pensaba, y mantenía el miedo a raya.

Teresa tuvo tiempo de vaciar el dormitorio hasta dejar únicamente el esqueleto de una de las dos camas. Su correspondiente colchón estaba fuera, aireándose, mientras ella metía todo lo que había sacado en bolsas que luego bajaría a la basura en el Toyota, en cuanto el maletero estuviera libre. En cuanto a los restos del armario, los usaría para prender fuego en la chimenea, así que los hizo pedazos hasta reducirlos al máximo, y los apiló en una montaña.

No podía parar de trabajar. Se movía mecánicamente, respondiendo a una fuerza interior que la mantenía activa, protegiéndola de sí misma. Limpió y fregó la habitación a conciencia, dejó la ventana abierta para que se ventilara, y cuando hubo terminado, recogió la colchoneta y su saco de dormir.

Daban las siete de la tarde cuando al fin dio por terminado el trabajo. Había oreado el viejo colchón, lo había devuelto a su sitio, sacudido una y otra vez, y lo había cubierto con bajeras limpias. Ahora su saco de dormir descansaba sobre él, cerca de la puerta. El maletero del Toyota estaba libre. Todas sus cosas estaban apiladas en el lugar donde antes había estado el armario, a la espera de poder guardarlas en alguna parte. Iba a tener que comprar algún mueble en sustitución del que había destrozado.

Hacía rato que había encendido el motor para tener luz.

Teresa contemplaba su obra desde el umbral del dormitorio, orgullosa del enorme avance que había logrado. Aquella noche dormiría en la cama.

Si es que lograba dormir algo.

En el momento en que comprendió que podía descansar, la realidad se abatió sobre ella.

—Joder...

Regresó a la cocina dispuesta a hacerse una tortilla francesa. Mejor cenar y no pensar. Mejor seguir ocupada... Escogió un par de huevos de los que aguardaban en el frigorífico, los cascó en el canto de un plato hondo, y empezó a batirlos con frenesí desesperado. El tintineo del tenedor contra la loza llenó el silencio, haciéndolo patente. No se había percatado de él hasta entonces. Por eso dejó lo que estaba haciendo, y se fue a buscar su teléfono y los auriculares. Le habían funcionado bien la noche anterior, ¿por qué no probar de nuevo? Se los puso en los oídos.

Entonces la imagen de Christian discutiendo con ella apareció en su imaginación con fuerza, martilleando en su conciencia, mientras la música en sus oídos se elevaba hasta hacerse insoportable. Se quitó los auriculares y se tapó las orejas. No quería recordar... No debía... Pero

lo hizo.

«Teresa se había quedado helada, petrificada con el teléfono en la mano, sin saber qué hacer. Su marido la observaba con aquellos ojos oscuros fijos en ella. El móvil sonaba y sonaba, torturando su mente, de pronto tan frágil como un cristal. Era su hermana, pero sabía que no debía contestar. Su dedo pulsó inconscientemente el botón rojo, y la llamada se cortó.

—Teresa...

La voz de Christian llegó hasta ella como un murmullo venenoso. Su espíritu lo reconoció, y de inmediato se plegó a él.

—Teresa...

—Christian...

Ya estaba, vio cómo torcía su mandíbula. Christian no quería que hablara con su hermana. Estaba furioso, aunque aún se contenía. Había estado a punto de contestar. Un «click» sonó en alguna parte de su cerebro. De pronto todo el agotamiento regresó, sus piernas eran rocas, su sangre llevaba oleadas de plomo, sus pensamientos se volvieron confusos...

—Qué haces, Teresa... Estás loca. Te he dicho mil veces que no quiero que hables con nadie a mis espaldas...

—He colgado, iba a colgar...

—No, no ibas a colgar. No haces más que mentirme... Qué crees que estás haciendo. No deberías comportarte así, cómo crees que me haces sentir... Como un estúpido... No merezco esto, Teresa. Estás enferma, deberías pedir ayuda, nadie se comporta así.

—No estoy enferma... A lo mejor el que debería pedir ayuda eres tú... ¿Por qué no quieres que hable con mi hermana...?

—Porque sólo sabe llenarte la cabeza de mierda contra mí —miró alrededor, buscando una excusa para estallar—. Lo has dejado todo hecho mierda, otra vez. Yo no pienso ocuparme de tu porquería.

—Está todo recogido...

—¿A esta pocilga le llamas recogido?

Entonces levantó la mano y ella se hundió bajo sus golpes.»

«...seducir con mentiras, Christian era un experto seductor, Christian la envolvía, se metía en su cabeza y cambiaba las cosas de sitio; Christian se ponía su piel y se llevaba su aliento. ¿Era él o era ella? ¿Quién era ella? No tenía voz, no tenía pensamiento, no tenía identidad...

—¿...quieres dejar de adelantarte todo el rato? —la voz de Christian sonó a su lado, grave y rencorosa. La sujetó del brazo, clavándole los dedos con crueldad, y Teresa se detuvo. No se había dado cuenta de que caminaba tan rápido. Iba absorta en sus ideas atormentadas y eso había hecho que acelerase el ritmo, inconscientemente. «Tal vez quiero escapar...»—. Qué pasa, no sabes ir a mi altura...

Teresa se detuvo, y luego reanudó el paso. La expresión de Christian era torva. Ya torcía de nuevo la mandíbula, se le desplazaba a un lado, y le temblaba el labio inferior, en una mueca de soberbia característica en él. Lo hacía cuando estaba irritado y se contenía para no golpearla. Sus ojos oscuros la taladraron, perforaron su autoestima, auguraron una mala tarde, un mal día, otro más de una larga ristra que se perdió en el infinito de su desdicha.

Estaban paseando. Iban a comer algo a una pizzería. Teresa no quería nada, no tenía hambre, porque su estómago se encogía cuando intuía un mal día. Lo sabía desde que se levantaba, porque Christian hablaba poco y la miraba así, con ese velo de reproche, de odio... Estaba esperando cualquier excusa para abalanzarse sobre ella.

Continuaron en silencio. Teresa no se atrevía a hablar. El silencio de Christian era atosigante, se materializaba alrededor de ella como si se hallara envuelta en una burbuja de aire tórrido que no la dejaba respirar.

Cuando llegaron a la pizzería, Christian la empujó.

—Coge mesa mientras yo pido.

El local estaba abarrotado, y las mesas todas llenas. Había cola. Teresa estaba aturdida porque temía equivocarse. Miró alrededor, y de pronto vio que una pareja se levantaba para marcharse. Aceleró el paso para ocupar su lugar, pero unas chicas se le adelantaron y le quitaron la mesa. No sabía de dónde habían salido.

—Estás dormida o qué... ¿No has visto la mesa libre? ¿Por qué no te fijas un poco más? Joder... Estás empanada, pero qué cojones te pasa... ¿Es que no la has visto? —Christian fue alzando la voz. Algunas personas les miraron y Teresa se quiso morir. Ahí estaba, ya llegaba... Él no pensaba parar. La iba a humillar sin medida. Necesitaba una excusa para saltar. Ya la tenía—. ¿Es que no te puedo decir que hagas algo sin que la cagues?

—Iba a cogerla pero se han adelantado... No las he visto...

—Cómo que no las has visto, ¡pues haberte adelantado tú! ¿Tanto te costaba correr un poco? Vete y diles que estabas tú primero...

Teresa se quedó helada. ¿Qué...?

—Que vayas joder...

—Ya no puedo, se han sentado... No puedo decirles que estaba yo...

—Cómo que no... Vete y diles que es tu sitio...

—No... Ya habrá otra mesa, Christian... No es para tanto, es una tontería, no hace falta ponerse así...

—¡No me digas que es una tontería! ¡Para mí no lo es! Joder, no hay cosa que más me joda que que me digas eso, como si no te importara lo que yo piense. Qué pasa, ¿pasas de mí? Te importa

un huevo cómo me sienta yo, ¿no? ¡Estás atontada! ¡Ostias!

Teresa enrojeció. Un golpe de calor le subió a la cabeza y estaba a punto de llorar, así que salió a la calle. Necesitaba aire, espacio, respirar... Entonces Christian salió detrás, pasó a su lado y se alejó.

—Ahí te quedas... —murmuró con mala intención.

¿Qué? Teresa le siguió, pero él no aminoró el paso ni la esperó. Cada vez iba más rápido, hasta que se alejó tanto que ella no podía alcanzarle, ni quería. Entonces se dio cuenta de que pretendía dejarla sola, sin dinero para coger un autobús. Tampoco podía llamar a nadie... Así que no le quedaba otro remedio que correr hasta alcanzarle, y seguirle como un perrillo faldero, porque no quería dormir en la calle... Él permitió que se subiera al coche y ella se hundió en la miseria...»

Teresa se despertó sudando. Se quedó sentada, sin ver. Tardó un rato en ubicarse, desorientada en la oscuridad. Había soñado con Christian. No debió acostarse pensando en él... eso siempre la dejaba hundida, y le provocaba pesadillas. Se llevó una mano al corazón; latía apresuradamente en su pecho, tan fuerte que le costaba respirar. Cuando su ritmo empezó a calmarse, recordó que estaba en el refugio, en la habitación, y no sobre la colchoneta en el suelo de la cocina. Aquella tarde lo había limpiado todo y había trasladado su saco de dormir allí, a la cama. Estaba bien, estaba en la cama, a salvo.

Debía de ser muy tarde aún. Palpó bajo su almohada, y rescató el móvil para ver la hora. Las tres de la madrugada.

—Mierda...

Estaba completamente desvelada. Se dejó caer de espaldas y resopló. Una vaga inquietud recorría su cuerpo después de las pesadillas. Siempre le pasaba lo mismo. Tardaría mucho en recuperar el sueño y volver a dormirse. Tenía su música, y le hubiera gustado escucharla un rato, pero necesitaba mantener la cabeza despejada. Una sorda presión martilleaba en sus sienes y por detrás de las orejas, por eso, la sola idea de ponerse los auriculares hacía que se angustiara.

Se quedó muy quieta, respirando despacio, como había aprendido por internet, con el abdomen. Tomaba aire lentamente, al tiempo que su abdomen se hinchaba, lo retenía unos segundos, y después lo iba expulsando poco a poco, mientras su abdomen se relajaba. Así, una y otra vez, sin pensar en nada, sólo dejándose llevar, imaginándose tendida en la cálida arena de una playa solitaria, con el mar bañando sus pies, el cielo azul muy sereno...

La presión en su cabeza se iba disipando, sus piernas se soltaban, su cuerpo se perdía, y empezaba a dormirse de nuevo...

Una leve corriente fría rozó la piel de sus antebrazos, y Teresa abrió los ojos de golpe. Esperó, atenta al menor cambio alrededor. Era fácil percibir cualquier movimiento estando a oscuras. Privada del sentido de la vista, el resto de sus sentidos se disparaban. Lo malo era que su sensibilidad había llegado a un límite excesivo, y podía jugarle malas pasadas.

No lo había imaginado. De alguna parte le llegaba aquel sopro helado, muy tenue, pero allí estaba, erizando el vello de sus antebrazos. Los ocultó bajo el saco inmediatamente. Todas las ventanas estaban cerradas, la puerta de entrada también, lo había comprobado... ¿De dónde procedía entonces? Una idea surgió en su mente, y la desechó. No quería ni pensar en ello.

Pero lo hizo.

Porque algo en el aire se alteró, como si el equilibrio en el ecosistema de la oscuridad hubiera quedado roto, invadido por una presencia, intrusa, poderosa... La reconoció. Era la misma de las

otras noches... Se acordó del nido en la cama de sus padres, y de la ventana que ella había cerrado a conciencia. Incluso había atrancado la puerta. No, era imposible que nada hubiera vuelto a entrar allí, mucho menos que hubiera podido desatracar la puerta sin hacer ruido.

Un golpe sordo seguido de un fuerte estrépito rompió el silencio nocturno. Teresa se encogió bajo el saco. Sin duda era la puerta del cuarto de sus padres. El tablón que la mantenía fija en su sitio para que nada pudiera abrirla desde dentro, había caído. Había sonado muy cerca.

Teresa esperó.

Sabía lo que vendría después... No quería que aquello se repitiera, no quería estar allí tendida, sabiendo lo que se acercaba. Lo notaba en el aire, el ambiente se había enrarecido, se estaba volviendo asfixiante...

Una leve presión en el colchón, a los pies de su cama. Ya estaba allí. Teresa gimió, encogió las piernas, presa del pánico. Algo trepaba a su cama, algo enorme, oscuro en las tinieblas, como una oscuridad informe en el espacio, algo inconmensurable que fue avanzando centímetro a centímetro. Se subió a sus piernas. Pesaba, notó un enorme peso que la mantuvo anclada a la cama. El pánico retuvo sus sentidos, no se acordó de que tenía la escopeta allí mismo, al alcance de la mano. Se quedó rígida, gimiendo, llorando en las sombras, mientras aquello ascendía hacia su vientre, aplastándola. La masa oscura se fue tumbando sobre ella, apoderándose de ella. Su pecho se hundió. Un frío gélido, antinatural, azotó su rostro petrificado por el miedo...

Se desmayó.

El hecho de que luciera el sol hacía que las pesadillas vividas durante la noche se mantuvieran al otro lado de la línea, fuera de lo racional, y eso aliviaba a Teresa. Le permitía comportarse con cierta normalidad durante el día. Se convencía así, de que nada de lo que experimentaba en esas vívidas pesadillas era real, sino que surgían fruto de su dolorosa situación personal. Sus miedos se materializaban a través de los sueños, eso era todo.

No... Eso no era todo...

Estaba desayunando, sentada en el lado de la mesa que alcanzaban los rayos del sol de la mañana, como si dentro de su influencia fuera a estar a salvo... ¿De qué?

Miró de reojo hacia la puerta del dormitorio de sus padres, abierta de par en par. En el suelo estaba el travesaño con que había pretendido mantenerla cerrada. Lo había encontrado así al levantarse, un mudo testimonio de su experiencia nocturna. No se había atrevido a acercarse, ni siquiera se atrevía a cerrar la puerta de nuevo... No desde que había descubierto lo que había en el suelo.

Bebió un sorbo de su café con leche, tan caliente que abrasaba sus labios. Le gustaba así. Sopló un poco y dio otro trago, concentrada en aquel banal gesto. Se recordó que en realidad se había desmayado sin que le hubiera ocurrido nada malo. Al despertar, se había encontrado envuelta en el saco, que se había retorcido sobre su cuerpo. Sin duda había dado muchas vueltas aquella noche. Como para no hacerlo...

Eso había sido todo.

Pero no había sido sólo un mal sueño.

Miró de nuevo, de soslayo, hacia la puerta del dormitorio. Por mucho que tratara de ignorarlo, había algo que teñía de realidad su vivencia nocturna: en el suelo, junto al travesaño, habían aparecido unas extrañas huellas que partían del cuarto de sus padres y entraban en el suyo, describiendo un semicírculo; unas huellas grandes, como de animal, aunque no hubiera sabido decir qué clase de animal. Ni ella, ni nadie. Eran manchas de barro, enormes y negras. Su existencia misma echaba abajo sus argumentos. Aquellas pisadas transformaban su pesadilla en una realidad, y no podía soportarlo.

Estaba valorando marcharse.

Por primera vez, había algo que la angustiaba como para plantearse abandonar.

Se terminó el café y esperó un rato, rumiando una decisión nada sencilla. Marcharse significaba renunciar a su objetivo y rendirse. Y tampoco sabía a dónde ir. ¿A un hotel? ¿A una casa de acogida? Sólo de pensarlo se le revolvió el estómago.

Teresa empezó a enfadarse. Se resistía a tener que pedir ayuda, porque, hacerlo, era como reconocer que no podía sobreponerse sola, que había perdido la batalla. Y aún había una enorme rebeldía en su interior.

Sonrió con amargura.

Después de todo, tal vez no estaba del todo hundida, ¿no? Allí estaba, sentada, con el suelo del refugio lleno de huellas extrañas, acosada por «algo» sin forma, que había hecho del dormitorio de sus padres su guarida, defraudada por no poder dominar la situación. Cualquiera otra persona se habría ido la primera noche, pero ella seguía allí. Algo en su interior no estaba bien.

—...estás loca, Teresa... O qué te pasa...

Entonces se levantó, fue en busca del cubo y la fregona, lo llenó de agua y jabón, y se puso a

fregar el suelo. Frotó aquellas oscuras huellas con tanta fuerza que enseguida se le blanquearon los nudillos, adelante y atrás; hundía la fregona en el agua, la sacaba, la escurría, y volvía a restregar el suelo, frenética, sin pensar en nada más, salvo en arrancar cualquier rastro de ese «algo» que la amenazaba. Lo negó con cada movimiento de sus brazos, mientras se inclinaba para impulsar la fregona, lo negaba, le retaba, quería expulsarlo, porque aquél era «su» refugio.

Pero en realidad se detestaba a sí misma, todo lo que era, todo lo que «no» era, lo que se había estado haciendo durante dieciséis... largos... años... Las humillaciones, la tristeza, el dolor... Ésa no era ella, aquella no era la vida que había planeado vivir... Odiaba en qué se había convertido, odiaba haberse traicionado, una y otra vez, cada mentira, cada justificación, cada palmo de terreno perdido al ninguneo.

Durante media hora se volcó en aquellos dos metros cuadrados, hasta hacer desaparecer todo vestigio de pisadas. Al acabar, se quedó muy quieta, resoplando por el enorme despliegue de energía con que se había esforzado, las mejillas encarnadas y los ojos brillantes de desafío. No obstante, aún no estaba satisfecha del resultado, y bajo el influjo de aquel arrebatado de coraje, entró en el cuarto de sus padres, y cerró la ventana de un golpe.

—...no vas a dormir más aquí, ahora verás...

Había dos camas estrechas, una junto a la otra. Allí estaba el nido, en la de su padre, profundo y oscuro. Alargó la mano y lo tocó... Estaba tibio. Frunció el ceño. Pensaba impedir que nada volviera a establecerse allí, así que lo agarró y tiró de él, con mantas y todo, y lo sacó. A continuación abrió la puerta de entrada y lo arrastró fuera, arrojándolo sobre la hierba. Una densa polvareda se elevó bajo la luz del sol, una nube plomiza que poco a poco se fue posando hasta disolverse por completo. Teresa no esperó. Hizo lo mismo con el segundo colchón, y después fue vaciando el dormitorio hasta dejarlo completamente libre de muebles. Al terminar, había una gran montaña de enseres bajo los fresnos.

Aun así, no había terminado.

Estaba poseída por una fuerza desconocida, algo que surgía de lo más profundo de su ser, y que instigaba su coraje, obligándola a reaccionar, a expulsar a su enemigo del que ahora era su hogar.

RABIA.

Se fue a la cocina y cogió cerillas y un par de pastillas de gasolina. Había en el centro del terreno una hondonada donde a veces quemaban los rastrojos. Allí lo llevó todo, los colchones, los muebles, todo... Hizo una montaña, puso las pastillas bajo ella, y le prendió fuego. Al instante dos grandes lenguas anaranjadas se elevaron hacia el cielo azul, trepando y extendiéndose con virulencia alrededor de la pila de trastos, devorándola. Una densa humareda negra formó una columna retorcida que ascendió a gran altura. Teresa la miró, pensando si sería demasiado llamativa. Esperaba que nadie la viera, aunque... estaba en su derecho de quemar aquello si era su terreno, y no había peligro de que el fuego se extendiera, así que...

Volvió su atención al colchón de su padre. Mostraba su fea hendidura, el «nido», a un lado de la pira. Teresa ya no pudo apartar los ojos de él. De pronto, mientras un escalofrío recorría su espalda, se planteó si lo que había hecho enfurecería a ese «algo». Tal vez se había precipitado quemando el «nido»... Hasta entonces no había sufrido ningún daño... ¿Y si eso cambiaba...? El fuego alcanzó el colchón, y aquel profundo agujero se fue consumiendo, expulsando un polvo negruzco y hediondo que no acababa de extinguirse, sino que permanecía suspendido en el aire como una boina opaca.

Un hedor nauseabundo flotaba alrededor, rancio y antiguo...

Pasaron dos horas antes de que la hoguera comenzara a reducirse. Otra hora más hasta que al fin las llamas dejaron paso a las brasas. Para entonces la humareda había ido disminuyendo y ya no resultaba tan llamativa.

Teresa regresó al refugio caminando despacio, sin ver. La rabia la había abandonado, y ya sólo quedaba una vaga sensación de vacío. Era extraño cómo bajo su frustración siempre reaparecía la tristeza.

El cuarto de sus padres parecía inofensivo ahora que estaba completamente vacío. Teresa aprovechó los últimos rescoldos de su rabia para barrerlo y fregarlo a conciencia, y después lo cerró.

Y al cerrarlo se vino abajo. Apoyó la espalda en la puerta y se dejó resbalar, hasta quedar sentada en el suelo... Al bajar la mirada... vio que las huellas estaban de nuevo allí, marcadas en la madera... Un reguero de hielo recorrió su cuerpo. Las lágrimas surcaron las señales de su pena, a través de un semblante de veintisiete años que se había perdido la juventud.

Pasó el resto de la mañana fuera, sentada en una hamaca bajo la sombra de los fresnos. Estaba dispuesta a perderse unas horas más de sí misma, con la mirada disipada en aquel sereno paisaje de montañas, bosques y cimas azuladas, recortadas contra un horizonte límpido y azul.

El mes de octubre casi había finalizado, era extraño que el otoño le estuviese regalando aquella tregua soleada de temperatura primaveral. Era imposible saber cuándo cambiaría el tiempo, pero en cualquier momento la niebla regresaría, la lluvia, el viento... La voz del invierno se dejaría sentir con toda su crudeza. Para Teresa, invierno era sinónimo de soledad. Si caía una gran nevada, se quedaría atrapada, aislada del mundo, con sus problemas. Mientras los tibios rayos del sol acariciaban su piel nívea, se preguntó si podría soportarlo.

Luego se durmió.

—¿Hola?

La brisa de la tarde revolvía el cabello castaño de Teresa, resplandeciente bajo la última luz del sol, que estaba a punto de desaparecer tras el Amboto, al Norte.

—¿Hola? ¿Teresa?

Aquella voz llegó hasta su consciencia como un eco lejano. La joven parpadeó, demasiado somnolienta como para despertar.

—¡Teresa!

Entonces sí, Teresa despertó. Se había quedado profundamente dormida. Miró el reloj en su móvil, y descubrió que eran las seis de la tarde. Se había olvidado de comer.

La puesta de sol era espectacular. El cielo se había cubierto de velos anaranjados y las primeras estrellas brillaban ya en el horizonte. Se desperezó y abandonó la hamaca. Apoyado en la langa, estaba Fernando. Se alegró de ver una cara amiga, y de inmediato pensó en invitarle a cenar. No quería estar sola.

—Hola Fernando...

—Buenas tardes, bella durmiente... Qué... ¿echando la siesta?

—No era la idea, me he debido quedar dormida —se acercó a él despacio, casi con pereza—. ¿Cómo por aquí? Está a punto de anochecer...

—He pensado que quizás te apetecería venirte a cenar conmigo, tengo un asado de cordero que se va a echar a perder y yo solo no puedo con él.

Teresa arqueó las cejas, sorprendida. Iba a ser ella la que le invitara, y ahora... Aquello le pareció aún mejor.

—¿Me invitarías a dormir también? —aquellas palabras salieron de su boca sin que se hubiera propuesto pronunciarlas—. No quiero pasar la noche sola, hoy no...

—¡Si no te importan los ronquidos de un viejo! —Fernando se rió con ganas, y su barriga se agitó ostensiblemente—. Anda, ponte algo, que va a refrescar, y baja conmigo, que me vas a echar una mano con las patatas.

Teresa sonrió, entró al refugio, ignorando premeditadamente las huellas, claramente visibles en el suelo, rescató su abrigo y volvió a salir. Mientras cerraba la puerta, Fernando señaló hacia la hondonada, en la que aún humeaban los restos de su improvisada hoguera.

—¿Y eso?

—Necesitaba deshacerme de algunas cosas. Las he quemado.

El hombre no dijo nada más al respecto, abrió la langa para que pudiera salir, y cuando hubo pasado a su lado la dejó como estaba. Más abajo estaba su coche.

Caminar a su lado era reconfortante. Fernando debía rondar los sesenta años, era más bajo que ella, muy ancho y torpe. Una boina cubría su calva, y un bastón le ayudaba con el reuma que asolaba sus gastados huesos. Como siempre, respiraba con dificultad. Cuando alcanzaron su todoterreno, el sol se ocultaba ya tras el Amboto. La luz iba menguando rápidamente.

Las ventanas del refugio de Fernando resplandecían en la creciente oscuridad, invitándoles a entrar. Habían bajado todo el camino en silencio, sin que eso les hubiera incomodado, y ahora atravesaban el césped, acompañándose el uno al otro. Cuando entraron, un buen fuego ardía en la chimenea y todo estaba limpio y recogido. A Teresa se le antojó un cuadro agradable donde refugiarse por aquella noche. Estaba tan agradecida que no sabía cómo expresarlo en voz alta.

Fernando la invitó a sentarse y le sirvió un vaso de vino que ella no rechazó. Por una vez. Nunca bebía, pero en aquella ocasión le apetecía hacer cosas distintas. Enseguida estuvo pelando patatas, mientras el cordero terminaba de hacerse en el horno y Fernando ponía la mesa. Era casi como estar en casa, y por un rato creyó haber vuelto a su adolescencia, antes de que su marido, Christian... la abdujera. Las llamas crepitaban alegremente en la chimenea y el ambiente era cálido y agradable.

Fuera la luz del atardecer se extinguió y la noche pobló los montes de oscuridad.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo Fernando—. Maribel era una gran persona, siempre se portó bien conmigo.

—¿Por eso has venido a invitarme a cenar?

—No. El otro día me pareció que necesitabas compañía, se te ve triste, por eso he ido a buscarte.

—Gracias.

—¿Has terminado?

—Sí —Fernando cogió las patatas y las echó a la sartén—. Huele bien...

—Mejor sabrá... ¿Puedo hacerte una pregunta?

Teresa se encogió de hombros.

—¿Estás casada?

Sus ojos verdes se velaron, y Fernando lo notó. Se sentó frente a ella y aguardó paciente a que decidiera si hablar o no.

—Aún lo estoy, lo estaba —murmuró ella al fin—... A mi madre nunca le gustó, y tenía razón. Siempre la tenía.

—Por eso estás aquí...

—Me escondo, sí.

Fernando asintió. Luego se levantó y le dio una vuelta a las patatas.

—No es bueno esconderse, creo yo.

—Ya... Pues necesito seguir así un tiempo. No quiero que nadie más sepa que estoy aquí. Es importante para mí.

—Bueno, si necesitas compañía, a partir de ahora ya sabes dónde estoy. Hay un cuarto aquí arriba, puedes dormir en él, ahí estarás bien. Hay un relleno de esos de plumas, que aquí baja mucho la temperatura por la noche, en cuanto se apaga el fuego.

—Gracias.

—Seguro que tienes muchas cosas que arreglar ahí arriba, lleva mucho tiempo cerrado... ¿Qué tal los depósitos?

—Tengo agua, no he visto que haya fugas —Teresa se encogió de hombros.

—Pues es raro, porque los tubos que puso tu padre tienen ya mucho tiempo y suelen estropearse con las heladas. Si quieres me paso un día de estos y le echamos un vistazo a la instalación...

—Sería genial —sonrió agradecida—... Yo de eso no tengo ni idea...

—¿Y a qué te dedicas?

—A nada... No tengo trabajo.

—Pero algo harías...

—Pinto. Pintaba.

—Pintabas...

—...cuadros. Soy ilustradora —aunque hacía años que no era capaz de dibujar nada. Lo de ilustradora le quedaba grande. Cada vez que se ponía a ello se quedaba en blanco, vacía, sin nada que expresar—. Pero como si no lo fuera, hace mucho que no me pongo. No me sale.

—Pues no imagino mejor lugar que éste para inspirarse. Aquí no hay nada que te distraiga.

Cuánto se equivocaba, pero Teresa se guardó su pensamiento. No podía hablarle de sus horribles vivencias nocturnas sin que la tomara por loca, mucho menos hablarle de su visión durante su primer paseo por el monte. Se miró las palmas de las manos, aún magulladas, aunque iban curando con rapidez. Perdió un poco el color en sus mejillas al recordar el cadáver colgado en las ruinas, pero por suerte Fernando no se dio cuenta.

—¿Y tú? ¿Vives aquí?

—Prácticamente. De vez en cuando me vuelvo a Bergara unos días. Tengo un piso allí y hay que atender algunas cosas, ya sabes, bancos, facturas... Pero el resto del tiempo estoy aquí, todo el año.

—¿No tienes familia?

Fernando tardó un poco en responder, tal vez incómodo con su propia realidad.

—Mi mujer murió, y mis hijos viven fuera, así que como si no la tuviera...

—Lo siento...

—No lo sientas, en realidad estoy haciendo lo que me da la gana, por una vez... Siempre he sido un ermitaño, ya me lo decía mi mujer, nunca me ha gustado mucho la gente. Que me casara ya fue un milagro, así que —Fernando la miró con atención—... A ti en cambio se te ve comunicativa, no sé qué haces aquí sola. Tenías hermanos, ¿no?

Teresa guardó silencio.

—Una hermana. Pero es... complicado.

Fernando hizo un gesto con la mano para restarle importancia a sus silencios y empezó a servir el cordero en dos platos. Se puso una generosa ración, e hizo lo mismo con ella. Un maravilloso

aroma ocupó el espacio alrededor. Estuvieron callados unos minutos, disfrutando de las sensaciones que aquel microclima instalado entre los dos les provocaba.

A Teresa le vinieron recuerdos de sus padres. Le apenaba pensar que Fernando les hubiera conocido al margen de ella, que hubiese tratado con ellos, que hubiese compartido momentos de su vida ajenos a su propia relación. Ahora que no estaban, hubiera dado cualquier cosa por hurgar en el cajón de Fernando y recuperar esos momentos, una visión distinta de ellos, esa parte desconocida que completaría el cuadro que se había formado en su cabeza sobre quiénes habían sido.

No dijo nada al respecto. Se limitó a probar el cordero. Pinchó un trozo de carne, tierna y jugosa, y se lo llevó a la boca. Se deshizo en su paladar llenando sus papilas gustativas de un sabor exquisito.

Después de cenar, charlaron un rato, una conversación lenta y agradable, de la que ninguno esperaba gran cosa, salvo estar a gusto. Sobre las doce, el sueño empezó a dominar a Teresa, y la obligó a despedirse de Fernando. Éste aún tardaría un rato en acostarse, porque nunca se iba antes de las dos, así que le indicó dónde estaba su cuarto.

Era pequeño y oscuro, sin ventanas, pero recogido y agradable. El calor de la chimenea, que estaba justo debajo, lo mantenía caliente. Cuando Teresa se metió bajo las mantas en la pequeña cama que ocupaba un rincón, no tuvo miedo. Por primera vez sintió que podría dormir sin sobresaltos. Cerró los ojos, libre del peso que la asfixiaba cada noche, y fue como sumergirse en un mar apacible y eterno, donde el miedo no encontraba espacio para existir.

Al día siguiente se despertó descansada y fresca. Se vistió y bajó con el semblante risueño. Fernando lo notó enseguida, aunque no comentó nada. Había preparado el desayuno, y sonreía cuando ella se sentó a su lado y sujetó su taza de café con leche entre las manos.

—Has dormido bien —fue una afirmación, más que una pregunta.

—Muy bien, ¿y tú?

—Yo duermo poco. Siempre me ha dado envidia la gente que es capaz de dormir toda la noche de un tirón. ¿Quieres quedarte a comer?

—No, subiré ahora, aún tengo cosas que hacer y parece que hace bueno...

—Aprovecha hoy, porque viene cambio —Fernando señaló con el dedo. A través de la ventana se veía la crestería del Aizkorri, encapotada por una fea manta de nubes oscuras—. Si aguanta hasta esta tarde ya será mucha suerte. En cuanto cambie el viento vamos a tener la niebla otra vez encima.

—Entonces es mejor que me de prisa...

Regresó andando al refugio, renovada y casi feliz. La temperatura, muy agradable, hacía difícil creer que fuera a avecinarse mal tiempo, pero aquella «txapela¹» sobre la espalda del monte no dejaba lugar a dudas sobre lo que estaba por venir. Teresa subió la empinada pista a buen paso, casi deseando llegar al refugio para ver cómo estaba después de una noche de ausencia. Albergaba la esperanza de haber imaginado que las huellas volvían a adornar el suelo.

o o o

«...Si no sabes hacia dónde vas, si te levantas con la marea de una mañana en la niebla y no logras distinguirte, ni tocar tus contornos para saber quién eres... Si no sabes de qué eres capaz, cuál es tu lugar, y te dejas llevar por las corrientes, a merced del mundo, a la deriva del destino, porque remar se te antoja absurdo si no tienes ni norte, ni sur, ni horizonte que puedas reconocer...

Si no crees que puedas gobernar tu futuro, y el pasado te lastra por no ser el tuyo, sino una sombra de lo que vas dejándote ser, en vez de un recuerdo de tus batallas por alcanzar lo mejor de ti misma...

Si tu voz no puede cantar tus hazañas, ni soñarlas en alto, si tu pensamiento se niega a ver más allá de las sombras de esas dudas que te consumen, y te envenena de miedos... Si no quieres levantarte y caminar por ti misma y has llegado a olvidar que en la vida no hay banquillo, sino que te toca jugar...

Si no sabes dónde vas, entonces estás perdida... El rumbo de la inercia es peligroso, y arrastra quiénes somos a través de un doloroso recorrido... hasta que lo olvidamos.

¿Merece la pena pasar la vida sin vivirla... tentar las oportunidades sin atrevernos a alcanzarlas... pretender mirarnos en un espejo que no es el nuestro?»

El dibujo siempre había sido su modo de expresión más auténtico, una prolongación de sí misma, su voz, esa voz que brota espontánea, libre de ataduras, la esencia de sus pensamientos, imaginativa y feroz.

Christian había sofocado el fuego que alimentaba su don. Pero Teresa sabía que si lo había hecho, era sólo porque ella se lo había permitido. Le había abierto todas sus puertas, de par en par, le había permitido entrar en su reino y pasearse a sus anchas... y cambiarlo, y mover las cosas de sitio, y romperlas, y despreciarlas. Christian se había asomado a su mundo interior como una serpiente que se arrastra hasta un nido para robar sus huevos, adentrándose hasta los confines prohibidos, adonde jamás nadie hubiera debido llegar... porque el delicado tejido en que se sostenían era demasiado frágil, y valioso. Le había dejado llegar hasta el fondo de su corazón, y hurgar con sus manos insensibles en sus tesoros.

Por eso no había vuelto a dibujar.

Hasta aquella mañana.

Había sacado su cuaderno de dibujo y se hallaba sentada bajo la ventana del norte, lápiz en mano, trazando algunos tímidos esbozos sobre el papel. Se había prohibido pensar en nada. Sólo tenía que dejarse llevar... Teresa sonreía, tenía el semblante arbolado en una luz especial que brotaba de su fuero interno. Apoyaba el cuaderno sobre las rodillas. Estaba en pijama, eran más de las doce y no había hecho otra cosa que desayunar y sentarse allí a dibujar. No le importaba, no tenía prisa, ni ninguna otra cosa que hacer. Al fin y al cabo, ¿quién iba a recriminarle algo? Nadie. Estaba sola.

El día anterior, tras pasar la noche con Fernando, había llegado al refugio con un espíritu renovado, y había aprovechado para terminar de limpiar, antes de que el cielo se cubriera de nubes bajas y oscuras y la niebla hiciera su aparición en la cima de los montes.

Había dormido bien, sin contratiempos... No había vuelto a sentir a su «visitante» nocturno, aunque sus huellas continuaban en el suelo para recordarle que podía regresar en cualquier momento. Pero por ahora no. Tal vez nunca volviera, quizás había hecho algo con sentido al quemar su «nido», a lo mejor lo había expulsado... definitivamente.

Por eso se encontraba relajada y feliz.

El día había amanecido nublado, tal y como había vaticinado Fernando, y la niebla lo envolvía todo. Pese a sus malos recuerdos en días así, no tenía miedo. No importaba si no podía salir a pasear, no importaba si tenía que quedarse encerrada en el refugio. Tenía su escopeta, leña de sobra, todo estaba recogido y había comida hecha, así que... Se acordó de Urko. Ese joven extraño había aparecido en un día como aquel. ¿Qué haría si volvía a llamar a su puerta? Teresa hizo una mueca y trazó algunas líneas más para definir el contorno de una figura femenina. No había perdido la mano, es más, le estaba gustando mucho aquel algo nuevo que estaba plasmando en su boceto, aunque aún no sabía qué pretendía hacer. Si Urko llamaba a su puerta, extraviado, le invitaría a tomar un café. Aunque por alguna razón dudaba que Urko se extraviara tan a menudo.

Su recuerdo se fue diluyendo en su pensamiento, mientras en su cabeza empezaba a imaginarse pintando cuadros maravillosos, tan buenos que podría ir a venderlos y vivir de ello. ¿Y por qué no? Siempre había querido dedicarse a la pintura, y se le daba bien la gente. Si lograba pintar uno, uno que mereciera la pena, podría bajar al pueblo y venderlo. Si salía bien, probaría a pintar más, y...

De pronto un entusiasmo desconocido se apoderó de ella, un fuego en el corazón que hacía mucho que no sentía, ese calor inspirador que en otro tiempo llenaba su alma e impulsaba sus manos a trabajar febrilmente. Música, necesitaba música... Se levantó, cogió su móvil, le puso los auriculares, y se dejó llevar. Un café caliente, unos pasos de baile, alocados giros con los ojos cerrados, total, nadie podía verla... Saltó por todo el refugio, poseída por aquel fuego creativo, y colocó el caballete junto a la ventana, de modo que le diera la luz, puso un lienzo en él y lo observó...

Teresa sonreía, las mejillas encendidas, los labios temblorosos, los ojos verdes brillantes. No se daba cuenta, pero estaba muy hermosa.

No se acordó de comer, merendó algo a eso de las seis, y estuvo enfrascada en el cuadro todo el día. Cuando se acostó, era de madrugada, y durmió de un tirón hasta el día siguiente, sin pesadillas, sin visitas nocturnas, sin miedo. Al despertar, desayunó y enseguida se plantó delante del caballete, analizando su trabajo del día anterior. Había algunos detalles que no acababan de gustarle. Ni siquiera se vistió, continuó el trabajo, absolutamente feliz.

Por la tarde del día siguiente había terminado, un hermoso cuadro que representaba una sirena hundiéndose en un océano hostil, envuelta en una nube de burbujas... Era una escena trágica, muy romántica. Los colores eran soberbios, y dotaban a la imagen de una profundidad sorprendente. Su primer cuadro desde... Teresa se quedó mirándolo, con las manos colgando. Ahora que lo había acabado, estaba agotada. Poco a poco fue regresando a la realidad, la fiebre creativa remitió, y el hambre y sus necesidades fisiológicas regresaron. Se acordó de que apenas había probado bocado.

Pero eso tenía fácil remedio.

Puso un paño limpio sobre el lienzo y se fue al frigorífico.

—...joder... Me va a tocar bajar de nuevo a hacer compra...

Había pasado más de una semana y sus reservas habían disminuido hasta casi desaparecer por completo. Apenas le quedaba nada, el frigorífico se mostraba hueco y triste. Cenaría huevos.

Miró por la ventana. La niebla se había retirado y el cielo estaba encapotado. Entonces cayó en la cuenta de que llovía mansamente. El sonido del agua sobre el tejado era agradable, muy relajante. Con los auriculares puestos y la música de su móvil sonando en sus oídos a todo volumen, no lo había apreciado. Se quedó escuchando un instante, saboreando su cadencia, acompañada con el goteo del agua de los canalones. Más allá, de fondo, el esporádico cencerro de las yeguas. No las veía, pero sabía que andaban cerca, probablemente pastando en los alrededores.

No le apetecía vestirse y salir de allí, y además era tarde. Bajaría a Legazpi al día siguiente por la mañana. De momento se las apañaría con lo que tenía. Prefería descansar, por ejemplo leyendo. Era curioso, pero no echaba de menos la televisión. No se había acordado de ella ni un sólo día desde que llegara. Como cuando era pequeña y pasaba el verano allí, con sus padres. Sólo escuchaban la radio, sobre todo las radionovelas, y leían, leían muchísimo, paseaban, jugaban, charlaban alrededor de la mesa, en familia, largas tertulias al calor del fuego... Muy pocos de sus amigos reconocían haber disfrutado alguna vez de conversaciones así en sus casas; la mayoría aseguraban comer con la televisión encendida, pendientes de ella y perdiéndose la posibilidad de disfrutar de los suyos, algo mucho más verdadero y vital. Algunos pensaban que lo que ella hacía con su familia era aburrido, y la mayoría mostraba una incapacidad sobrecogedora de escuchar, escuchar de verdad. Si por algo estaba agradecida a sus padres, era por haber creado aquellos momentos de calidad, tantos y tan entrañables que se le desbordaban en la memoria.

Por otra parte, estar desconectada del mundo le permitía mirar las cosas con perspectiva. Era como subirse a la azotea de un edificio de cien plantas y mirar hacia abajo. De pronto todo se volvía pequeño y relativo. Los problemas inofensivos, carentes de significado. Incluso Christian, en aquel momento, era un ser distante y carente de interés, incapaz de influenciarla. Estaba lejos, muy lejos... Le apartó de inmediato de su mente y salió al exterior, buscando el aire fresco. Estaba acalorada.

Abrió la puerta y se asomó. Un pequeño porche la protegía de la lluvia. Los fresnos se mecían apacibles gracias al leve viento, con sus largas ramas vestidas de amarillo y ocre apenas agitándose contra el cielo gris, los gruesos troncos recubiertos por una esponjosa capa de musgo espléndido, de un verde intenso, que trepaba como una segunda piel desde la base hasta la copa, en el lado del norte. Bajo ellos había una larga mesa de piedra hundida por el tiempo y la humedad. En ella había pasado muy buenos ratos los días de sol, las noches de estrellas. Teresa salió de la protección del porche y pisó la hierba empañada con sus zapatillas. Se le mojaron enseguida, y al poco una humedad fría caló también sus calcetines. Dejó que el agua resbalara por su pelo, y alzó el rostro febril para sentirla sobre su piel. Cerró los ojos.

—¿Dándote una ducha?

Teresa abrió los ojos de golpe, asustada, para encontrarse a Urko junto a la «langa», apoyado en ella. Parecía divertido, ¿cuándo había llegado? No le había sentido, era como un fantasma.

—¿Siempre apareces los días de lluvia? —le interrogó molesta—. No te he oído llegar.

—Vengo mucho por aquí. Las yeguas...

Teresa se quedó sin saber qué hacer, de pronto tímida. Dio un paso atrás y regresó bajo el porche. Ahora tenía frío.

—¿No vas a invitarme a entrar?

—Pues no lo sé, la verdad —Urko sonrió, y su fisonomía se relajó al hacerlo. No quedaba en él nada de su aire taciturno de la última vez. Teresa vaciló—. No tengo nada que ofrecerte, salvo café.

—Veo que no has mejorado en eso. Un café estará bien.

Abrió la langa y se acercó. Era muy alto, más de lo que recordaba, con aquella nariz grande y marcada, bien formada, que le confería un aire decidido. Se quitó la capucha de su impermeable negro, y Teresa vio que sus ojos castaños sonreían también, como sus labios. Era realmente guapo. Pasó a su lado y entró en el refugio.

—Caramba —estaba sorprendido—... Sí que le has dado la vuelta a esto...

—He hecho un poco de limpieza estos días.

Urko asintió, mirando alrededor con aprobación mientras Teresa entraba al cuarto de baño, rescataba una toalla y se secaba el cabello.

—No vendría mal una mano de pintura.

—No... Pensaba hacer algunos arreglos, alisar las paredes, repasar las vigas del techo... Pero poco a poco. Hay mucho trabajo por hacer.

—Eres valiente —la elogió el joven—... Viniéndote aquí sola quiero decir. Hacerte cargo de esto —entonces reparó en el caballete—... ¿Pintas?

—Lo intento —Teresa se ruborizó. Cuando él se aproximó a su lienzo y alargó una mano para retirar el paño que guardaba su cuadro, se alarmó. No quería que nadie lo viera— ¡No! Déjalo, se está secando, se puede estropear si lo descubres ahora...

—Ah...

Urko se apartó, se quitó el chubasquero, lo dejó sobre una silla y se sentó a la mesa. Sus

manos eran grandes y cuadradas, sus brazos y sus piernas largas y nervudas, un físico esculpido en los montes, a base de horas de andar tras sus yeguas. Incluso bajo su ropa se notaba que era pura fibra.

—¿Café solo?

—Sí, por favor, sin azúcar.

—Azúcar sí tengo —se rió Teresa, ahora más tranquila—. ... Mañana bajaré al pueblo a hacer algunas compras. Puedes venir si quieres y así tendré algo que ofrecerte.

Se arrepintió enseguida de haber dicho aquello, pero Urko tomó su invitación al vuelo y sonrió.

—¿Vas a hacer caldo?

—Bueno...

—Si haces caldo vendré.

Teresa asintió, roja como la grana. No era que no supiera hacer caldo, todo lo contrario, era que no estaba segura de querer compañía. Prefería su soledad, necesitaba su soledad, ahora que tenía un proyecto entre manos. Le aterraba que algo o alguien se interpusiera en su camino y apagara la mecha que acababa de prender en su corazón, tan frágil aún...

Sirvió café para él y se puso uno ella, con leche y azúcar. El ruido de la lluvia se interpuso entre los dos durante un instante. Urko parecía cómodo en el silencio. Su cabello castaño, rizado y mojado, le caía sobre la frente. ¿Qué edad tendría? Imposible decirlo.

—¿No soléis llevaros las yeguas más abajo en invierno?

—Entrando noviembre se suelen bajar, pero yo no, yo las dejo a su aire. Son yeguas fuertes, y me gusta que se las arreglen solas. Sólo si el tiempo se pone demasiado feo vendré a buscarlas. Por lo demás aguantan bien las nevadas y he comprobado que se hacen más resistentes si las dejo en el monte todo el invierno. No son tontas, si lo necesitan, buscan refugio, o se desplazan más abajo... —Urko se encogió de hombros.

—¿Son tuyas las que suelen andar aquí? Un grupo de seis o siete, con una de pelaje castaño y crines rubias.

—Hay muchas así, rubias, es por el semental que las cubre los últimos años, lo verás en primavera si sigues aquí.

Primavera, a Teresa le pareció que eso estaba muy lejos todavía, cinco meses durante los cuales podía ocurrir cualquier cosa. Le dio vértigo pensar en eso. Su recién adquirida tranquilidad amenazó con resquebrajarse. El tiempo, la conciencia del paso del tiempo, enturbiaba su frágil equilibrio. No quería ser consciente del paso de los días. No quería sentirse presionada por la medida de su encierro, por voluntario que fuera.

—De todas formas, si sientes curiosidad, entre mis yeguas hay una que tiene las patas blancas y una mancha en la grupa. No hay otra igual.

Teresa, que se había hecho pequeña por un instante, se recobró un poco, porque Urko no sabía nada de sus dilemas. Era como un soplo de aire fresco. No se había fijado tanto en las yeguas, pero lo haría la próxima vez.

—Tu café es muy malo —sonrió Urko—. Deberías cambiar esa cafetera vieja, es como tu escopeta, podría explotar en cualquier momento...

Por supuesto se estaba burlando, y Teresa así lo entendió.

—...aunque esa escopeta ya no es la tuya —Urko reparó en la que Fernando le había dado, apoyada contra la repisa de la chimenea. Teresa siempre la tenía a mano, por si acaso. Urko la cogió y la repasó con mano experta—. Ésta es nueva. Mejor, mucho mejor. Me alegra comprobar

que sabes cuidar de ti misma, tenía miedo de encontrar tu cuerpo desperdigado por el campo cualquier día...

—Bueno, aún me queda la cafetera —Teresa se rió. Lo cierto era que la cafetera era la que estaba en el refugio, vieja y muy usada. La había limpiado bien, pero el café no estaba bueno. Compraría una nueva en Legazpi—. ¿Eres cazador?

—No. No me gusta, pero sé manejar una escopeta, mi padre sí lo es y alguna vez le he acompañado.

—No me gusta la caza...

—Pues no caces. Se me va a hacer de noche y aún me queda un trecho hasta Zegama.

Urko dejó la escopeta, se bebió lo que quedaba en su vaso y se levantó. Teresa le imitó. Había sido una visita breve. Ahora lamentaba que se fuera tan pronto.

—Entonces, ¿vendrás mañana? Lo digo para hacer el caldo...

Urko la miró, y en sus ojos castaños bailaba una sonrisa.

—Vendré a comprobar si tu caldo es tan malo como el café.

—Ya...

Teresa sonrió, y le acompañó a la puerta. Cuando el joven salió a la intemperie, de nuevo envuelto en su pesado chubasquero, levantó la mano a modo de saludo y se lanzó a la lluvia, que ahora caía con más intensidad. Estaba anocheciendo con rapidez. Le siguió la pista hasta que empezó a subir por la ladera del monte, luego cerró la puerta, echó la llave, y regresó a su soledad.

Sobre la mesa estaban los dos vasos de café. El de Urko era un mudo testimonio de su paso por allí. Le gustó. No lo recogió. Era agradable que estuviera presente, como si así pudiera preservar un poco más la sensación de su compañía.

Aquella noche soñó de nuevo con Christian, su «no» vida con Christian. «Eso no es vivir, es sobrevivir...», le había dicho su madre.

«Dame un respiro... La oficina de Christian era pequeña y estaba abarrotada. Teresa no se encontraba bien, tenía fiebre, y se mareaba. Estaban esperando a Jeremy Talbot, un empresario británico que había viajado a San Sebastián para negociar la posible adquisición de la empresa. Teresa ansiaba que la comprara, porque así se acabarían sus problemas económicos. El negocio no iba bien, era una ruina, y les estaba hundiendo en la miseria. Sus deudas crecían, ya ni siquiera podían comprar comida. Llevaban una semana preparando fideos con un sofrito de ajo...

Cuando Jeremy llegó, se mostró sonriente y receptivo. Parecía un buen tipo, amigable y sinceramente predispuesto a alcanzar un acuerdo. Les recalcó que estaba muy interesado y que estaba seguro de que la empresa tendría muchas sinergias con la suya. Saludó a Teresa con amabilidad, y charló un rato con los dos. Teresa sonrió. Christian no. Entonces Jeremy les ofreció ir a tomar algo, y Christian aceptó.

—Podemos cenar mientras charlamos —sugirió Jeremy—. ¿Sí?

Christian no podía invitarle. ¿Cómo iba a pagar la cena? Teresa se sintió mal, iba a decir algo, pero él la interrumpió.

—Conozco un sitio que está muy bien, allí podremos hablar tranquilos.

Acompañó a Jeremy a la puerta, y cuando Teresa se disponía a seguirles, la frenó con un gesto severo. Ella no comprendió, ni Jeremy tampoco.

—¿Ella no viene?

—No, no puede, tiene cosas que hacer.

Era mentira. Teresa quería estar presente en la cena, a pesar de la fiebre. De pronto, no estaba segura de que Christian pretendiera llevar a buen puerto la negociación. Lo vio en sus ojos. En realidad no tenía ninguna intención de vender... Palideció. Jeremy la miró con desconcierto, sabía que el negocio era también suyo, pero no dijo nada, por respeto.

Se cerró la puerta, con llave. Teresa probó a salir, pero su marido la había encerrado. Una amarga sensación de abandono se apoderó de ella. Se quedó sola en la oficina. Eran las ocho de la tarde, estaba hambrienta y desfallecida. Tiritaba de frío. Se sentó a esperar...

Una hora, dos horas... A la una de la madrugada Christian aún no había vuelto, y ella ya no sabía qué hacer. No podía llamarle, porque no se había llevado el móvil. Mareada, se asomó a la ventana. No veía su coche. No se veía a nadie. Estaba en un edificio de oficinas, en una zona industrial que a esas horas estaba desierta. Sintió miedo, y no podía volver a casa, porque Christian la había encerrado. Tampoco tenía coche, ni había autobuses, ni podía pagar un taxi... Lloró lágrimas amargas.

Cuando al fin la puerta se abrió, su marido parecía muy tranquilo. Desde luego no estaba preocupado por ella, ni se disculpó por haber tardado tanto o por haberla encerrado. Por un momento Teresa albergó la esperanza de que hubiese llegado a un buen acuerdo con Jeremy.

—¿Y Jeremy?

—Ya se ha marchado.

—¿Y?

—Mañana mandará un mail con su respuesta. Ha ido bien...

Pero Teresa adivinó que Christian se había esforzado por hacer desistir al inglés. Por eso no había querido que les acompañara. Al día siguiente llegó el mail. Jeremy Talbot lamentaba no haber encontrado un punto de encuentro. La idea que tenía de la empresa era otra...»

De pequeña no le gustaba ir a Legazpi, como tampoco le gustaba esperar en el coche en Brinkola, cuando sus padres paraban a tomar algo en el bar de Carlos, de regreso a San Sebastián. Ambas cosas implicaban una larga y tediosa espera. Y a Teresa le daba la sensación de que llevaba toda la vida esperando. Siempre acumulando paciencia, siempre reprimiendo sus sueños para un mejor momento, siempre postergando.

Guardaba una vivencia muy desagradable de una de esas esperas en el coche, tiempo atrás. Un domingo, de regreso a San Sebastián, sus padres habían aparcado en la estación, en la parte más alejada del bar, y la habían dejado sola con su perro «milrazas» mientras iban a tomar algo. Teresa no contaba más de nueve o diez años. Ella siempre prefería mil veces quedarse en el coche antes que tener que oler a humo de tabaco y a vino, o escuchar las voces estridentes de los hombres que solían frecuentar el bar, y sus conversaciones, que a ella le resultaban mortalmente aburridas. Sin embargo, pronto se arrepintió de haber escogido quedarse sola aquel domingo precisamente, porque cuando no llevaba ni diez minutos en el asiento de atrás del coche, un grupo de chicos con aspecto sucio y muy desaliñado, aparecieron de improviso de la nada. La descubrieron enseguida, y se dieron cuenta de que estaba sola con su perro, un ratonero negro llamado Luso. Teresa echó el pestillo en todas las puertas, temerosa de su actitud bravucona, y se obligó a ignorarles mientras aferraba a Luso, acariciándole para tranquilizarse.

—...joe.... mira cómo acaricia al perro —dijo uno apoyando las dos manos en la ventanilla trasera. No podían tener más de ocho o diez años—... Yo quiero que me acaricie así...

—¡Eh! ¡Tía buena! ¿Por qué no quitas el seguro para que podamos pasarlo bien un rato?

De pronto empezaron a zarandear el coche, todos a una, bamboleándolo, mientras proferían gritos y silbidos para intimidarla. Y lo lograron... Teresa recordaba el estupor y el miedo que sintió, sin poder avisar a sus padres de lo que pasaba, resignada a esperar que aparecieran, aunque sabía que solían demorarse en el bar al menos por una hora. Temía que rompieran algún cristal y pudieran llegar hasta ella.

—Oye, tía buena, ¡dame un beso!

Entonces ella lanzó una mirada que pretendía ser de odio al que acababa de decir aquello.

—¡Ostias! ¡Si las miradas mataran! ¿Habéis visto?

Todos se rieron... Estuvieron intimidándola y zarandeando el coche hasta que vieron a sus padres que salían del bar. Entonces desaparecieron. Teresa por supuesto le contó a su familia lo ocurrido, y al pasar con el coche por delante de la casa donde vivían, los vio, y los señaló con el dedo, segura de que su padre haría algo...

—¿Esos son? —se limitó a preguntar su padre.

—Son los portugueses —anunció su madre.

Y siguieron adelante.

Ahora visitar Legazpi tenía una connotación distinta: significaba materializar cada paso imaginado. Estaba allí para comprar comida porque se había instalado en el refugio, algo con lo que había soñado mucho tiempo. Estaba allí porque había dado el paso para alejarse de Christian y su negra oscuridad.

Por eso, al entrar de nuevo en el pueblo con su Toyota, sintió algo muy parecido a la euforia, una íntima satisfacción, desde luego.

Y eso a pesar de su última pesadilla.

Había olvidado aquel duro episodio en la oficina de la empresa que Christian había montado, cuando el fracaso de la visita de Jeremy Talbot le hizo comprender que jamás iba a renunciar a ella, aunque por el camino se hundiera en la miseria y la arrastrara a ella con él. Parecía disfrutar someténdola a un modo de vida sin futuro ni expectativas. Sacudió la cabeza para desterrar el mal sabor de boca con que había despertado, y se aferró a la ilusión que aún conservaba de los días anteriores.

Aparcó enfrente del centro comercial, bajó como una flecha y se afanó en terminar allí enseguida. Antes de volver al refugio quería darse el gusto de pasar, en el camino de vuelta, por el embalse de Barrendiola. Llovía bastante, pero a aquellas alturas ya no le importaba mojarse. Eran las diez de la mañana. A las dos estaría en casa preparando el caldo, y para cuando Urko apareciera, si es que cumplía con su palabra, estaría más que delicioso. Pensaba darle en las narices con la receta de su madre, y un café hecho en una cafetera nueva. Sonrió al pensar en ello.

Una sencilla carretera de apenas un kilómetro comunicaba la población de Brinkola con el hermoso embalse, situado a los pies de la sierra de Aizkorri. Teresa condujo su todoterreno a través de aquella sinuosa cinta asfaltada hasta acceder al pequeño aparcamiento construido junto al acceso a la presa. Nunca había estado allí. Pese a todo el tiempo que había pasado en el refugio a lo largo de su vida, jamás lo había visitado. Merecía la pena, incluso en un día gris como aquel.

El agua del arroyo de Artzaluburu alimentaba aquel impresionante lago artificial, cuyo almacenamiento daba servicio a los municipios del Alto Urola. Pero el embalse era algo más. Había sido diseñado de forma que se mimetizaba con su entorno, ofreciendo la presa una ladera natural cubierta de vegetación, en vez de una gigantesca pared de cemento. Teresa anduvo a través del camino sobre la presa, con el embalse a un lado y una empinada pendiente verde al otro. Miró aquella enorme superficie de agua quieta. El cielo plomizo se reflejaba en ella, llenando de grises el fondo apacible. La lluvia salpicaba el espejo que formaba, y emborronaba el maravilloso paisaje de pinos y robledales que la rodeaban. Había una bonita pista natural que recorría su perímetro, bajo la protección de los montes circundantes, Hartzanburu, Akaitz, Butreatz y Gorgomendi.

Animada por la belleza del entorno, regresó al Toyota, rescató su paraguas, y tomó aquel encantador camino, decidida a perderse en él al menos durante una hora. Su figura esbelta, enfundada en unos pantalones vaqueros, desapareció a través de los altos pinos que poblaban los montes, con su llamativo chubasquero violeta resaltando bajo aquella lluvia monótona que lo regaba todo por igual, unificando los colores naturales hasta resumirlos en una única tonalidad, entre verde y parda.

Teresa andaba despacio, escuchando la lluvia repiquetear sobre su paraguas. Era como oírla golpeando en el tejado de su refugio, como estar a salvo aunque su única protección fuera aquella tela impermeable. Se preguntó, mientras recorría el embalse con la mirada, por qué no había llevado consigo el cuadro. Su plan había sido enseñarlo en el pueblo, y con suerte venderlo por cincuenta euros, tal vez por algo más... Pero no se había atrevido. En el último momento le había parecido una sandez. ¿Quién iba a comprárselo a una desconocida? Iba a parecer que mendigaba...

Algunos pájaros revolotearon entre las ramas más altas de los árboles; de vez en cuando caía alguna piña. Más allá, los robles se iban desnudando, un reflejo del invierno que se avecinaba, aunque la temperatura otoñal aún fuera amable. Teresa no tenía frío, su chubasquero era muy confortable y cálido, y además llevaba puestas unas botas de «trecking» especiales para la lluvia, así que tenía los pies calientes y secos.

Había recorrido alrededor de quinientos metros, cuando otro episodio vivido con Christian regresó a ella con virulencia, rompiendo la paz con la que paseaba por aquel paraje encantador. Teresa se llevó la mano a la cabeza, tratando de desterrar aquel recuerdo, que había estado enterrado en su cajón desastre tanto tiempo que creía haberlo olvidado para siempre... Luchó con todas sus fuerzas para dominar sus pensamientos... y lo dejó ir, hasta que su mente se relajó. No obstante, al poco rato empezó de nuevo, el mismo pensamiento, insistente, llamando a su puerta una y otra vez. Al final la arrolló y penetró en su mente como un cuchillo afilado.

«—Ya era hora Teresa —Christian la había llamado, durante un fin de semana que ella había escogido para evadirse y pasar dos días con su hermana. Se había ido a escondidas, sin su permiso, y no quería hablar con él—. Me has bloqueado, no lees mis mensajes... Tendremos que hablar, ¿no? No tienes derecho a tratarme así.

Teresa tardó un poco en poder hablar.

—No tengo nada que hablar contigo, Christian.

Le temblaron las rodillas, y un familiar hormigueo recorrió su espalda. Estaba pálida, parada en medio de la terraza de la casa que su hermana tenía en Navarra, sin saber qué hacer.

—Sí que tienes que hablar conmigo, porque te has largado dejándome en la estacada, con la empresa sin atender, sin explicaciones, ni un mísero lo siento. Bueno, pues no puedes hacer eso, te recuerdo que eres la administradora, y que no puedes largarte así, sin más.

—¿Sin atender? Es fin de semana...

—Hay mucho que hacer y lo sabes, no puedes hacer lo que te da la gana...

—Sí que puedo, no pienso perder un minuto más de mi vida en ella. Es tu negocio, no... es tu obsesión, no cuentas más conmigo.

—Tienes clientes que atender, qué quieres, ¿que lo haga todo yo?

—Por una vez —se mofó ella—... No te vendría mal, a ver si valoras el trabajo que he estado haciendo. Apáñatelas Christian —Teresa empezó a subir el tono, cada vez más enfadada—... Y no me llames para coaccionarme, no te va a funcionar más.

—Así es como vas a comportarte... Largándote sin decirme nada con tu hermana cada vez que te plazca... Te estás riendo de mí...

—Voy a colgar.

—Ni se te ocurra —entonces la voz de Christian bajó algunos tonos, y se tornó grave y ronca—... No te atrevas a cortar la llamada, Teresa. Eres mi esposa, ¿ya no te acuerdas? Voy a ir a buscarte, y te vendrás conmigo. Dile a tu hermana que te vuelves a casa.

—No lo entiendes... No pienso irme a ninguna parte hasta el domingo.

—Estás enferma...

Teresa no respondió. Cortó bruscamente, y de inmediato apagó el teléfono. Le temblaban las manos. No iba a soportar más el acoso de Christian. Tenía que haber hecho aquello mucho antes.

Pero Christian se presentó a las dos horas, a la puerta de la casa de su hermana, y la obligó a volver a casa con él. Y ella obedeció, porque no quería que su hermana viera una pelea. Y porque tenía las represalias... Las represalias que por supuesto llegaron...»

Le costaba respirar, sentía una presión inmensa en las sienas, en el pecho... La angustia cerró su garganta. Toda la vitalidad con que había llegado al embalse se esfumó. Volvía a ser la misma, asustada y débil. Empezó a caminar, distraídos sus sentidos en el recuerdo de aquel episodio. Cristina jamás supo lo ocurrido, ni lo hubiera entendido... Teresa se pasó un mes en cama hasta recuperarse de los golpes con que Christian la había castigado.

El ambiente otoñal, preñado de nostalgia, envolvía ahora su tristeza. Había hecho bien en refugiarse allí, ya tendría tiempo de contarle la verdad a su hermana y a sus amigos de confianza. Había hecho bien, había hecho bien... Pero ella no se encontraba bien... Christian había logrado removerla entera, una vez más.

De pronto se dio cuenta de que se movía en medio de un absoluto silencio. Habían dejado de oírse los pájaros, y una quietud extraña lo impregnaba todo. El bosque entero aguardaba expectante, contenido bajo una ominosa presión. Los instintos de Teresa saltaron y una alarma se encendió en su cabeza. Tuvo la misma sensación que en las ruinas, cuando encontró aquel cuerpo macabro colgado del techo.

Un chasquido estalló en algún lugar indefinido, seco y fuerte. Luego nada.

Teresa se quedó muda y fría. Miró alrededor, sin ánimo para hacer nada más, con la angustia galopando en sus venas... Porque sabía, a ciencia cierta, que algo terrible estaba a punto de suceder.

Se giró en todas direcciones. No se veía a nadie más paseando por allí. Estaba sola. Recordó el lobo, el lobo enorme, de pelaje hirsuto y gris, saltando para poder desgarrar la carne de un muerto horriblemente destripado en las ruinas... Giró sobre sí misma. Jadeaba buscando aire, pero le faltaba, y su cerebro empezó a cegarse por el pánico.

Al cabo de unos minutos, otro chasquido estalló, más fuerte que el anterior, y esta vez se alarmó, temerosa y desconfiada. Aquel extraño latigazo había sonado por encima de su cabeza, más bien como si hubiera provenido del cielo. Alzó la mirada hacia arriba. Y entonces la vio.

Las nubes abrigaban el embalse por encima de los árboles, negras y amenazantes, y allí, un poco más lejos, en lo alto, colgada de una rama, como si de una prenda de ropa se tratara, había una mujer desnuda. Algo palpitaba en ella... No... Teresa dio dos pasos, indecisa, incrédula... Era un cadáver, ¿de una mujer? Se le cayó el paraguas al suelo... Estaba en medio de un remolino de moscas como jamás había visto, una nube negra zumbante, densa... No había oído hasta entonces aquel aberrante sonido. Era como esas tormentas de abejas, como si estuviera en medio de un avispero. Las moscas zumbaban cubriendo el cuerpo sin vida, revoloteaban, envolvían su piel macilenta... Pero se concentraban sobre todo... Teresa gimió. Se arremolinaban sobre el vientre desgarrado de la víctima, ávidas por devorar las entrañas que se desparramaban de él. Observó que sus intestinos habían sido extraídos, desenredados como si de una madeja se tratara, y utilizados para atar el cuerpo y sujetarlo al tronco del árbol del que estaba suspendida a una altura imposible. Boqueó... y vomitó. La mujer había sido izada sobre el árbol hasta quedar suspendida a unos cuatro metros de altura, sujeta únicamente por sus propios intestinos. Su cabeza colgaba inerte, los ojos vacíos, como si los animales se los hubieran arrancado, la boca abierta, preñada de moscas que devoraban una lengua reseca y negra... La sangre de su cuerpo chorreaba por sus piernas mugrientas, y se descolgaba en largas hileras rojas hasta el suelo...

Teresa percibió una sombra negra cerniéndose sobre ella, reptando a través del bosque, algo intangible pero real, que acallaba el canto de los pájaros y se tragaba cualquier otro sonido, incluso el de la lluvia, incluso el de las moscas... Un velo que oscureció la mañana y secó el ambiente. Ahora, al respirar, Teresa paladeaba un cierto gusto a azufre en la boca. El viento se levantó, muy caliente, soplando desde el sur con fuerza, y Teresa tuvo que cerrar su paraguas. La superficie del embalse se erizó y el cielo se oscureció aún más. Las moscas se retorcían, aún más virulentas, girando en un remolino aterrador alrededor del cadáver. De pronto algo cayó desde el centro de aquel remolino, precipitándose al suelo. Teresa estaba encogida, trataba de protegerse de aquel viento tórrido que abrasaba su piel, sin voluntad para escapar, paralizada ante aquella

visión espeluznante en medio del bosque. Sentía las mejillas y los labios arder, pero ahora no podía apartar la vista de aquello que había caído al suelo. Las moscas volaron también alrededor de aquel bulto pequeño y húmedo... un enjambre oscuro que giraba alrededor ocultando su naturaleza de la vista. Sin embargo, en un momento dado, aquella masa violenta de insectos se apartó, sólo dos segundos... y pudo distinguir de qué se trataba antes de que se cerrara de nuevo en torno a él. Comprendió, a punto de perder el sentido, que se trataba de un bebé muerto... el niño no nato de la mujer, una mujer embarazada... el cual, arrancado violentamente de su vientre, se había desprendido y se había precipitado al suelo, aún manchado por el líquido amniótico, que atraía a las moscas, volviéndolas locas...

Entonces un lobo enorme surgió del bosque. Apareció al pie del árbol, junto a los restos del bebé, sin duda atraído también por su fuerte olor... Era el mismo lobo de las ruinas. Al descubrir a Teresa, la observó, con sus ojos amarillos fijos en los suyos, inmóvil, enorme, desafiante... Había surgido de la nada, ¿cómo no lo había visto llegar? El enorme animal levantó los bellos y mostró unos enormes colmillos amenazantes; todo el pelo de su espalda estaba erizado. Quería llevarse algo de allí, estaba hambriento... Gruñó, y de pronto saltó. Teresa aulló y se cayó de culo. El animal se había abalanzado sobre el cuerpecito del bebé y en un instante se había apoderado de él. Colgaba de sus fauces, menudo y ceniciento, aún entero. Se lo llevó.

Teresa sintió crepitar el pánico en sus venas, lo sentía martilleando en su corazón, bombardeando sus tripas... Aquello no había acabado.

El cuerpo de la mujer se agitó, y una miriada de cenizas grises formó una nube alrededor, mientras las moscas se retorcían en torno a ella, hasta que, con la piel cubierta de un repugnante légamo mugriento, empezó a desaparecer. El bosque, testigo de aquel horror, se retorció. El viento del sur lo azotaba brutalmente. La nube de moscas se volvió loca y zumbó girando frenéticamente en el aire, mientras el cadáver se desintegraba ante la atónita mirada de Teresa. Como el cuerpo de las ruinas, al fin, se evaporó...

Cuando Teresa se desmayó, fue como ser absorbida por un torbellino infernal, hacia la oscuridad bíblica donde la nada se hace eterna en medio de un alarido imperecedero...

El tiempo se replegó para volver al presente, el viento cesó... y el cielo se abrió. Un tímido rayo de sol asomó un instante a través de las nubes. No quedaba vestigio alguno de lo ocurrido, salvo que el fondo del embalse estuviera ahora habitado por los muertos...

Teresa despertó al cabo de diez minutos, aturdida y sin fuerzas. No se asombró de ver el bosque sumido en una normalidad casi bucólica. No había rastro de lo sucedido ni en el robusto roble que tenía delante, ni en el terreno... Ni sangre, ni vísceras, ni moscas... Ya no soplaba el viento, y continuaba lloviendo, mansamente.

Sacudió la cabeza, desorientada y asustada. ¿Qué significaba aquello?

—...joder... joder...

Se puso en pie, se sacudió los pantalones, se frotó los brazos... Estaba helada. Recuperó el paraguas, y luego, poco a poco, fue volviendo al coche. Quiso abrir la puerta, pero le temblaban tanto las manos que no acertaba a pulsar el botón de apertura... Probó dos, tres, hasta cuatro veces... Al fin logró pulsarlo y se metió dentro. No podía respirar, y su mente se cerraba en banda, negándose a regresar a la realidad... Activó el cierre centralizado como lo haría una autómatas, y se aferró al volante sin dejar de temblar. El parabrisas delantero estaba activado, y barría la luna de forma hipnótica. Aquel sonido, la lluvia sobre el capó... logró atraer su atención y hacer que se centrara. Sus ojos recorrieron el embalse, desorbitados... ¿Cómo podía ser?

—...me estoy volviendo loca...

Metió la llave en el contacto y arrancó. Lo mejor que podía hacer era subir al refugio y descansar, distraerse, como hizo cuando encontró el cadáver en las ruinas. Necesitaba emplear su mente en cualquier cosa, o se volvería loca, si no lo estaba ya.

—...joder...

El camino de regreso lo hizo sumida en un estado mental obnubilado. Conducía sin ver, por intuición, de forma mecánica. La pista serpenteaba ante ella irregular y accidentada. Tomaba las curvas bruscamente y sorteaba los desniveles que horadaban el camino sin cuidado, haciendo saltar el Toyota, sin piedad. Cuando al fin alcanzó el terreno, creyó que se le venía el mundo encima. Aceleró, derrapando en la hierba, y frenó en seco ante la «langa». Estaba sudando y tiritaba... Necesitaba calmarse.

En el refugio todo estaba en orden, tal y como lo había dejado. Teresa metió las bolsas de la compra como pudo, y las dejó desparramadas por el suelo de la cocina. Entonces cerró la puerta con llave, se fue al fregadero y se lavó la cara con agua fría. Lloraba con desconuelo, porque no entendía qué había pasado. Había estado tan bien los últimos días, y ahora...

Se acercó al caballete. Su cuadro, su primer cuadro ahora que se había permitido ser libre, permanecía cuidadosamente cubierto. Retiró con cuidado el paño que lo protegía y estuvo mirándolo un buen rato. Trató de recuperar las sensaciones que le había provocado crearlo, volver al punto en que había sido feliz. Aquella sirena se hundía en el mar, igual que ella se ahogaba en sus miserias. Zozobraba en la tormenta. Se vio reflejada en aquella imagen, tal vez la sirena era ella misma. Pero había una cierta calma en el modo en que se dejaba llevar hacia el fondo. Esa calma la ayudó a regresar del fondo de histeria y de miedo en que se hallaba.

El pulso en sus venas se fue calmando, y su cuerpo dejó de temblar. Fue igual que despertar de una pesadilla. Tal vez había tenido una, sólo que estando despierta. Había oído de casos como el suyo. Cuando una persona está sometida a una fuerte tensión, el estrés puede llevarla a ser víctima de visiones muy reales, pesadillas, estando despierta. ¿Qué otra explicación podía haber?

Teresa se sintió esquilmada, desprendida de sí misma, de la realidad, de la existencia que le estaba tocando vivir. No la quería, no quería seguir así... Recordó entonces que tenía algo en su mochila. Fue despacio a la habitación y hurgó en uno de sus bolsillos. Allí, olvidado al fondo, estaba el frasco de tranquilizantes que su médico le había recetado contra la ansiedad. Lo cogió, buscó su cama, se metió bajo el saco y se acurrucó con el frasco en la mano. Si se tomaba todas las pastillas, se acabaría todo. Deseaba hacerlo, tragárselas todas y quedarse dormida. ¿Quién iba a impedirselo allí arriba?

—...Urko...

Lloró amargamente, apretando el bote en la mano. Luchaba por su vida, luchaba por ser más fuerte que su miedo, aferrándose a la sonrisa del joven, una luz en su mundo de oscuridad...

Por suerte para ella el agotamiento que dominaba su cuerpo venció al cabo de un rato, y acabó quedándose dormida.

Cuando despertó, tenía la piel del rostro tirante porque se le habían secado las lágrimas. Aún conservaba el frasco en la mano. El dolor y la pena aún bailaban en su cabeza. Miró el reloj. Eran las dos y media.

Eran las dos y media y no pensaba rendirse. Había estado a punto de cometer la mayor de las estupideces. ¿En serio se había planteado hacerlo? Se incorporó. Estaba rozando los límites de un abismo al que no quería asomarse... Suspiró, se arregló el pelo y observó el bote de pastillas. Se

desharía de él. Luego se forzó a pensar en cosas prácticas. Aún tenía tiempo de preparar el caldo. Se había comprometido a ello. No tenía ganas de hacerlo, pero si iba a dejar que Urko cenara con ella, tampoco quería tener que dar explicaciones. En realidad, sólo deseaba tumbarse en su cuarto y descansar... No, lo mejor para ella era distraerse, estar activa.

Teresa se obligó a levantarse. Vacío el contenido del frasco en el fuego, tiró el bote y empezó a guardar lo que había comprado, de forma metódica y disciplinada. Sus músculos hormigueaban con una extraña sensación, y la tristeza palpitaba en su cerebro. Ansiaba llorar, dejarse llevar por la marea. Pero no lo hizo. En vez de eso, buscó una olla grande para poner a cocer los ingredientes que harían que Urko se chupara los dedos aquella tarde. Picar y pelar ajos, puerros, pimientos, zanahoria... encender la cocina y poner la olla al fuego, poner en marcha la chimenea... Teresa lo hizo todo como una muñeca. Se movía de acá para allá sin darse tiempo a pensar, porque si pensaba, si recordaba... Se preparó un filete y un poco de arroz blanco y se sentó a comer, mientras el caldo, con sus huesos y el jamón, bullía lentamente al calor de la chapa de la cocina. Lo había apartado un poco para que hirviera despacio toda la tarde. Poco a poco, la quietud del refugio calmó sus nervios, la comida caliente templó su cuerpo y al fin se relajó. Ahora podía sentarse en su butaca, junto al fuego, envuelta en una manta.

Las llamas danzaban ante sus ojos, hipnóticas, una cortina rugiente que oscilaba entre el naranja y el amarillo, mil lenguas devorando la leña sobre un manto de brasas candentes. El cuerpo de Teresa se fue hundiendo en el regazo de aquella butaca, dos piernas de piedra, dos brazos de plomo, un corazón que latía despacio, al compás del tiempo detenido en aquel remanso de paz. Se durmió al mismo ritmo que su cuerpo se hundía más y más, sin oponer resistencia.

Urko aporreó la puerta a las seis de la tarde. Sus golpes despertaron a Teresa con brusquedad, sacándola del dulce sopor en que se había sumergido. Abrió los ojos, al principio desorientada, pero cuando sonó una segunda tanda de golpes, recordó que tenía visita. Se llevó una mano a los ojos. Había estado llorando en sueños. Se secó con la manga de su suéter, se levantó, se miró en el espejo... estaba horrible, se arregló un poco y abrió la puerta.

—Llegas puntual —murmuró asomando una medio sonrisa—. Pasa...

Urko se quedó en el umbral, apoyado en el quicio de la puerta, mirándola abiertamente, sin disimulo.

—Estás fatal. ¿Te ha pasado algo?

—Me he dormido y he tenido un mal sueño...

—Pero habrás hecho el caldo al menos —sonrió al entrar, cerró la puerta y se desprendió de su chubasquero. Ya no llovía—. Estoy hambriento, he tenido que recorrer todos los montes de Gipuzkoa detrás de esas condenadas yeguas.

—No es cierto —aventuró Teresa mientras levantaba la tapa de la olla para comprobar que el caldo no se hubiese consumido. Lo probó... Estaba delicioso. Un punto para ella.

—No, no es cierto —Urko sonrió—. Hoy he venido exclusivamente a verte a ti.

—¿Todo para probar el caldo?

—No sé por qué, estaba seguro de que no lo habrías hecho.

—Pues te has equivocado. Hasta tengo cafetera nueva.

El buen humor de Urko se llevó muy pronto los restos de tristeza que asolaban el ánimo de Teresa. Además, se encontraba mejor después de haber dormido.

—Caramba, ese cuadro es muy bueno...

Urko se había acercado al caballete, y había descubierto el lienzo. Teresa había olvidado volver a taparlo, y su obra había quedado expuesta.

—Tienes talento —reconoció el joven. Se alejó un poco para poder contemplarlo con más perspectiva. Parecía sincero—. En serio, deberías hacer algo con esto.

—Ya... ¿Quieres sentarte? Por favor...

Urko le dedicó una mirada larga e inquisitiva. Había un «¿qué te ha pasado?» implícito en esa mirada. Pero en vez de insistir en voz alta, obedeció y ocupó su lugar en la mesa. Observó a Teresa mientras servía el caldo en dos tazones, uno para él, y otro para ella. Le gustaba su modo de moverse. Así de espaldas, la joven lucía una figura esbelta... no, más bien frágil. Teresa aparentaba ser una rama joven pero quebradiza, a punto de descomponerse. Cualquiera día la vería deshacerse en una preciosa nube de polvo iridiscente.

—Espero que te guste —sonrió ella mientras se sentaba—. Lleva toda la tarde hirviendo a fuego lento... No conozco comida más rica que la que se hace en la chapa de una cocina de leña, al amor del fuego.

—Deja que lo pruebe.

Urko alcanzó su tazón y lo arrastró hasta colocarlo a su alcance.

—Ten cuidado, o te vas a abrasar.

Pero él ya tenía la cuchara en la boca y soplaba con suavidad. Olía deliciosamente, y su consistencia prometía un sabor aún mejor. Teresa no podía evitar seguir los movimientos de Urko, atenta a su expresión. Cuando él al fin probó su caldo, incluso contuvo el aire.

—Uou... Vaya, tengo que reconocer que sabes cocinar —sonrió el joven—. ¡Y eso que te has quedado dormida! Está muy, muy bueno, de verdad.

—¿Sí? —Teresa estaba exultante—. Toma ya... Me debes una, creo yo.

—Bueno, cuando pruebe el café hablamos.

Se rieron los dos, y luego pasaron un rato saboreando cada uno el contenido de su tazón. Teresa se daba cuenta de que Urko lograba desterrar sus fantasmas. No le conocía, pero se sentía cómoda en su compañía.

—¿Sólo te dedicas a las yeguas?

—No, aparte trabajo en una fábrica media jornada, soy soldador. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Ahora mismo a nada.

—¿Estás aquí de vacaciones o algo así?

—Algo así.

Teresa se levantó, fue a por pan y cortó varias rebanadas. Le pasó una a Urko y cogió otra para ella. Así evitaba contestar.

—Sí que eres esquiva.

A Teresa se le torció el gesto.

—Conocí a tus padres, ¿sabes? Cuando aún vivían. Yo era un crío, y a veces venía con mi padre, antes de que se jubilara. Eran buena gente. Recuerdo sobre todo a tu padre, un tío cabal donde los haya, además me reía mucho con él.

—¿En serio?

—Una vez creo que estabas tú. Tendrías doce años, arriba o abajo, rubia, pelo muy largo...

—Vaya... Pues lo siento, yo no lo recuerdo...

—Normal, yo pasaba de ciento en viento, no tienes por qué acordarte. Una vez vinimos y estabais con unos espeleólogos que habían venido por aquí. Un pastor había perdido a su perro, y tú y tu hermano decíais que habíais oído a uno llorar cerca de aquí. Resultó que se había caído en

el pozo natural que hay un poco más arriba, y ellos lo sacaron...

El pozo... El agujero natural en la ladera del Arranoaitz, muy cerca del terreno. Tenía casi cincuenta metros de profundidad. El agujero donde ella se había deshecho de su bolsa negra...

Ocultó su turbación como pudo.

—¡De eso sí me acuerdo! ¡Llevaba una semana ahí abajo el pobrecillo!

—Eso es...

—Fue un milagro que siguiera con vida —Teresa hizo una mueca—... Pero sigo sin acordarme de ti.

Urko se rió.

—Qué le vamos a hacer, te acuerdas del perro pero no de mí, ¿no te parecí interesante!

—Bueno, me alegra saber que no eres del todo un desconocido, así es casi como si fuéramos viejos amigos que hace mucho que no se ven.

—¿Y ese café? No creerás que voy a pasarlo por alto...

—Enseguida.

Estuvieron charlando, compartiendo recuerdos, y Teresa disfrutó tanto, que todo rastro de su anterior congoja desapareció de su semblante. Le parecía curioso haber encontrado a dos personas con tan buen fondo humano en aquel lugar apartado. Fernando y Urko se le antojaban dos regalos caídos del cielo. Habían aparecido cuando más lo necesitaba.

Al anoecer, al despedirse, Urko le dijo algo que la tomó por sorpresa.

—Me alegro de que se haya borrado esa expresión de... «terror»... de tu cara... Cuando he llegado me has asustado —la miró con gravedad, y había en sus ojos castaños una sincera preocupación—. ¿Quieres que te deje mi número? Por si acaso...

Teresa dudó. Era agradable pensar que su nuevo amigo se interesaba por su bienestar, pero aún así... Se revolvió incómoda, molesta consigo misma, porque se había vuelto desconfiada, y ella nunca había sido así.

—No voy a darte la murga, si es lo que te preocupa —insistió Urko—. Pero piensa que si necesitas algo, Zegama está muy cerca, llegaría en un periquete con la moto. Venga, apunta...

Y Teresa lo hizo. Anotó su número, dispuesta a grabarlo en el móvil en cuanto lo encendiera al día siguiente.

—Te haré una pérdida mañana, ahora estoy sin batería...

—Lo que quieras. Venga, me voy...

—¿Cuándo vuelves por aquí?

—Ni idea, ¡según se tercie! —sonrió el joven—. ¡Hasta la vista!

Eran las once de la noche cuando se acostó en la cama. Teresa rememoró el que había sido uno de los días más extraños de su vida. Se hallaba enterrada en su grueso saco de dormir, escuchando el sonido del viento. Las ramas de los fresnos provocaban un siseo constante, y las vigas del tejado se lamentaban, crujiendo de vez en cuando como las viejas cuadernas de un navío maltrecho. Había dejado el fuego encendido y la puerta de la habitación abierta, de manera que sus llamas iluminaban las paredes con tenues luces y sombras danzantes. Así no estaba completamente a oscuras, sino que aquel resplandor desterraba las sombras hasta un punto tolerable para ella, cuya imaginación amenazaba con jugarle una mala pasada después de lo ocurrido en el embalse.

No dejaba de darle vueltas al incidente, tan inquietante como desconcertante. Tampoco lograba discernir si había sido real o un producto de su mente. Tal vez se estaba volviendo loca después de todo... Estuvo dándole vueltas al asunto durante un rato, mientras su cuerpo entraba en calor y sus ojos se fijaban en el veteado de la madera del techo, buscando formas reconocibles en su dibujo. Ser consciente de que era imposible que hubiera una mujer destripada colgando de sus intestinos a cuatro metros de altura... sólo lograba acuciar su inquietud.

Rememoró una y otra vez el aspecto de aquel cuerpo envuelto en una nube de moscas negras; su vientre abierto, el bebé... Se preguntó si las dos experiencias, la de las ruinas y la de Barrendiola, estarían relacionadas con el hecho de que hubiera encontrado un «nido» en el cuarto de sus padres, o con sus experiencias nocturnas, incluso con aquellos golpes que la habían inducido a creer que alguien quería entrar a robar. Al fin y al cabo ningún supuesto ladrón había vuelto a molestarla... Si lo estaba imaginando todo, quizás Christian hubiera tenido razón y estuviera realmente enferma.

Menos mal que el día había mejorado gracias a Urko. El joven pastor la hacía reír con facilidad, y eso le encantaba. Se arrebujó en el saco, buscando protección mientras pensaba en ello. Luego recordó las palabras del joven respecto a su cuadro, y un gusanillo agitó su estómago con algo parecido a una íntima satisfacción. Sin saberlo, había reforzado en ella la idea de vender sus obras.

—Atrévete —se dijo, casi con fiereza—... ¿Qué tienes que perder?

Era muy consciente de que debía aprovechar aquel tirón inusitado de energía, el que le había permitido pintar el cuadro, antes de que le diera otro bajón, antes de que perdiera del todo la cabeza... Le iba mucho mejor cuando concentraba sus fuerzas en hacer algo creativo, como cocinar o pintar, o cuando se ponía a trabajar en algo físico, así que apartó lo ocurrido en el embalse de su pensamiento y se esforzó en imaginar que se arreglaba con esmero.

Hacía mucho que no se maquillaba, pero recordaba cómo hacerlo para resaltar sus bonitos ojos verdes. Podría vestirse con lo mejor que tenía, un bonito vestido de manga larga que resaltara su figura; se pondría medias, unas botas altas, y una chaqueta. ¿Quién iba a resistirse a comprarle el cuadro? Y si todo iba bien, haría unos cuantos más...

El viento arreció con violencia y hubo un golpe sordo en alguna parte. Teresa se sobresaltó.

Entonces escuchó algo más.

En el dormitorio de sus padres unos arañazos sesgaron el silencio dentro del refugio, arañazos que escarbaban en el suelo, como si un animal estuviese tratando de hacer un agujero. Teresa levantó un poco la cabeza y prestó atención, al principio sólo curiosa, luego... más y más

nerviosa. Recordó las huellas en el suelo, recordó el «nido», y la cosa que lo habitaba. Ella lo había quemado, y ahora algo arañaba el suelo. Se quedó muy quieta, sin atreverse a respirar. Pudo percibir con claridad aquello que la visitaba por las noches, su negra presencia llenándolo todo...

O tal vez era su miedo. Su locura atacándola de nuevo. ¿Por qué?

Se asustó pensando que se estaba volviendo loca, loca de verdad... Quiso dominarse, y pensó de nuevo en sus planes de futuro, tratando de abstraerse y lograr que aquellos ruidos desaparecieran. Pero un gruñido grave y profundo retumbó en el refugio, y los arañazos se recrudecieron. Se oyeron una serie de chasquidos, como de madera astillándose, y Teresa no aguantó más. Sólo había una manera de comprobar si se estaba inventando todo aquello, aunque...

Tenía el móvil bajo la almohada. Lo cogió, se metió bajo el saco, tapada hasta la coronilla, y buscó el número de Urko. ¿Qué hacer...? Si le llamaba, y le hacía salir de la cama para ir al refugio desde Zegama en plena noche, y descubría que todo era producto de su imaginación... no sólo demostraría que estaba enferma, de psiquiátrico... sino que su nuevo amigo se enfadaría, y con razón. Tal vez incluso dejara de mirarla con los mismos ojos. Y le gustaba cómo la miraba.

Un golpe sordo y unos pasos en la habitación contigua la sacaron de sus cogitaciones. Olvidó el teléfono, olvidó a Urko, cualquier cosa que no fuese el pánico quedó desterrada de su pensamiento. Los ruidos iban en aumento, y temía que algo entrara en su habitación, como en ocasiones anteriores.

El fuego aún estaba encendido, y la puerta estaba abierta de par en par. Se arrepintió de haberla dejado así. Además, no se atrevía a levantarse para cerrarla. Se hizo un ovillo y rezó con todas sus fuerzas, repitiendo una y otra vez una oración que no había vuelto a pronunciar desde que era una niña y sus padres la obligaban a ir a la catequesis. Rezó, fervientemente, creyendo en cada palabra que decía, suplicando por su vida, mientras se tapaba los oídos con las dos manos para no escuchar los golpes y aquel gruñido amenazador que la hacía temblar como una hoja.

De pronto los golpes en el dormitorio cesaron, y Teresa deseó que hubiera acabado la pesadilla. Prefería convencerse de que estaba loca a que ocurriera lo peor...

La joven sacó la cabeza de la protección del saco y miró alrededor. No había nada, por supuesto... Pero sus sentidos hablaban de otra realidad. Intuía el espacio que ocupaba aquel ser que no la abandonaba. Lo percibía con claridad... No quiso mirar hacia el umbral de la puerta, pero por mucho que no lo pretendiera, vio de reojo una sombra negra que pasaba por delante. Se puso tan nerviosa que perdió la cabeza. Chilló, frenética, y se incorporó de golpe, pegándose contra la pared, buscando retroceder... porque ahora aquella sombra oscura cubría la puerta y cegaba la luz que emitía el fuego de la chimenea. La habitación se oscureció del todo, y ahora Teresa no veía nada más que aquella masa negra invadiendo su espacio. Percibió un frío antinatural y una corriente ominosa reptando hacia ella, tan lentamente que parecía estar viviendo una pesadilla a cámara lenta. Pudo distinguir cada segundo, mientras aquella cosa llegaba hasta su cama y comenzaba a extenderse sobre ella, hasta alcanzar sus piernas. Quiso apartarse, pero ya era tarde. Sus piernas quedaron bloqueadas, se volvieron de plomo, aprisionadas bajo el peso de algo invisible que iba trepando, trepando... frío, muy frío... Sintió un violento empujón que la estampó contra la pared, como una muñeca rota. Ya no podía gritar, su boca se abrió en un aullido mudo, ahogado en su garganta antes de salir. Entonces una presión poderosa oprimió su pecho y su cuerpo se elevó hacia el techo, siempre pegado a la pared, como si una mano gigante la estuviera alzando por el aire. Recordó el cadáver de las ruinas... El terror campó a sus anchas por su mente racional, que trataba de procesar aquel hecho imposible, sobrenatural... No podía defenderse, pataleó, dio manotazos al aire, a la nada... Cuando estuvo contra el techo, tan fuertemente

aplastada contra él que apenas lograba respirar, tuvo la certeza de que aquello pretendía entrar en ella, poseerla como se posee un alma... Un aullido desesperado brotó de sus labios, sordo, gutural, ahogado. Luchó con todas sus fuerzas para repeler aquella fuerza demoníaca.

—¡Fuera! ¡Fuera! —logró gritar—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Repitió y repitió aquella palabra como un mantra, al tiempo que su espalda crujía y su cabeza era obligada a echarse atrás, golpeándose brutalmente contra la madera del techo y sus piernas quedaban ancladas y rígidas. Las lágrimas rodaban por su rostro desencajado en la oscuridad, y sintió que se acababa su vida...

Se desmayó.

Todo estaba en silencio.

Teresa despertó como si emergiera de un abismo infinito de oscuridad. Estaba helada y entumecida. Le dolía la cabeza, un pulso constante que machacaba su cerebro desde la nuca, bummm, bummm... Parpadeó. Era de día, y una suave luz penetraba por la ventana del dormitorio, que estaba abierta. Al principio no recordó dónde estaba, pero a medida que regresaba a la vida, su memoria volvió también y llenó su mente. Notaba algo duro en la espalda, le dolía todo, como si la hubiesen desmontado por piezas y su cerebro ya no pudiera enviar instrucciones a sus brazos o a sus piernas. Movié la cabeza, y descubrió que se encontraba en el suelo, a los pies de la cama, tumbada boca abajo en una postura imposible. Tenía las piernas giradas en sentido contrario a su cuerpo, torcidas anormalmente, como si las tuviera rotas. Probó a moverlas, y aliviada descubrió que aún las controlaba, y que estaban doloridas y flácidas, pero no rotas. Movié los brazos, y se apoyó en el suelo para incorporarse.

Se mareó.

Vomitó.

—Dios...

Tosió hasta escupir los últimos restos de su estómago, y luego trató de levantarse. Su cuerpo respondía despacio, abotargado, flojo... Miró su cama. Estaba completamente deshecha. Las mantas estaban hechas una bola en el suelo, en un rincón, y la almohada se había caído detrás de la cama. Cerró la ventana. Fuera llovía mansamente, y el día, fuera la hora que fuera, transcurría como si nada hubiera ocurrido.

Teresa salió renqueando de su cuarto. Todo el suelo estaba sucio, lleno de huellas de aquel lodo negro de la primera vez. Se frotó los brazos, muerta de miedo. No quería descubrir que todo lo que había pasado era real... Pero tenía que saber. Avanzó unos pasos y se colocó frente a la habitación de sus padres, cuya puerta estaba cerrada. Vaciló. ¿Cómo afrontar la verdad?

Al fin la abrió, despacio...

—...joder...

Lo que vio hizo que su mundo se desmoronara. Allí, en el lugar donde había estado la cama de su padre, había un enorme montón de ramas y hojarasca acumuladas en forma de círculo. Destacaba en medio de la tarima de madera, vieja y renegrida, como un ominoso objeto que no debería estar allí. Un polvillo negruzco, como el que brotó del colchón al quemarlo, flotaba sobre aquel nuevo «nido».

Se quedó contemplando aquel cuadro de espanto. La ventana estaba abierta de par en par, y el viento entraba, sacudiendo la cortina. Si estaba sufriendo una alucinación, ésta era muy real. Estaba segura de estar despierta, entonces, ¿estaba soñando despierta? Necesitaba comprobarlo

de alguna manera...

Fue entonces cuando volvió a pensar en llamar a Urko. No se le ocurría nadie mejor que él para ayudarla. Estuvo allí de pie, contemplando el «nido», durante un espacio indefinido de tiempo, incapaz de reaccionar. No necesitaba comprobarlo, sabía que el nido estaría tibio...

En algún momento, su mente hizo ¡click!

Se fue arrastrando los pies hasta su cuarto, y estuvo buscando su móvil por todas partes. Lo encontró tirado en un rincón. Le temblaba la mano cuando marcó el número de su amigo. Se acuclilló en el suelo y esperó mientras sonaban los tonos de llamada. Al quinto, la voz del joven sonó clara y cercana al otro lado, tan cerca que a Teresa se le descompuso el cuerpo. Fue como volver de golpe a la vida, y se dio cuenta de que hasta ese momento, aunque hubiera creído lo contrario, no había estado despierta del todo.

—Teresa, buenos días, ¿qué cuentas? —se notaba que Urko estaba sorprendido de su llamada.

—Hola Urko —la voz le tembló. Carraspeó, y lo intentó de nuevo—... ¿Te cojo mal...?

—No, qué va... ¿te pasa algo...?

—No lo sé...

Se echó a llorar, tan desconsoladamente que ya no pudo seguir hablando.

—Teresa, pero, ¿qué pasa? Joder, Teresa...

Al ver que no contestaba, Urko se preocupó.

—Voy enseguida.

Y colgó.

Ya estaba. Urko llegaría y entonces descubriría que todo había sido un sueño, y su mundo volvería a su orden natural. Se levantó y fue al baño. Vomitó de nuevo en la taza del váter. Su estómago saltaba y se encogía con fuerza y su cabeza daba vueltas. Se miró al espejo. Tenía las mejillas ardiendo y estaba lívida. Sus ojos brillaban, velados por un pánico subyacente que aún no se había disipado. Al menos aún creía ser ella misma. Nada había logrado poseerla...

—...no seas estúpida, todo ha sido un sueño...

Se lavó la cara con agua fría, se mojó la nuca, se lavó los dientes para quitarse el mal sabor de boca... Y entonces vio que tenía sangre en la comisura de los labios y en la barbilla. Se acercó más al espejo y se examinó. Debía de haberse mordido los carrillos con fuerza, y tenía algunas llagas.

—...joder...

Se peinó con mano trémula, buscando algo de normalidad en su aspecto. Luego se quitó el pijama y se vistió, limpió los restos de vómito que había dejado junto a la cama, se fue a la cocina, y preparó café. Así, haciendo cosas rutinarias, poco a poco, fue calmándose. Pronto llegaría Urko, y podría descansar. No podía seguir así.

Urko tardó media hora en llegar. Dos golpes secos sonaron en la puerta.

—¡Teresa!

Al fin. Casi se abalanzó para dejarle pasar, pero le costó encontrar las llaves que abrían la entrada y le temblaban demasiado las manos. Se le cayeron al suelo varias veces.

—¡Voy! Voy...

Cuando después de cuatro intentos logró abrir, encontró al joven en el umbral, bajo el porche, muy preocupado. Su moto estaba junto a la langa. Su semblante mostraba un rictus grave que no le había visto antes. La miró muy serio, evaluando su aspecto y aquel aura de horror que aún emanaba de su anatomía. Entonces la abrazó. Y Teresa se dejó. Se hundió en sus brazos y se perdió en ellos, reconfortada. El chubasquero del joven estaba mojado, pero no le importó. Su

frescura resultaba vivificante... Urko la retuvo mucho tiempo, apretándola contra su cuerpo. Luego dio unos pasos, sin soltarla, y cerró la puerta con el pie.

—¿Mejor? —susurró en su oído.

Teresa asintió, pero aún permaneció un poco más así, cobijada en la calidez de su cuerpo. Al rato él la apartó un poco y la miró a los ojos.

—...me has asustado... Joder, he salido volando, pensando que te había pasado algo grave...

—Lo siento —musitó ella en voz baja—... Lo siento de veras...

—Pero, ¿qué ha sido?

—No lo sé —meneó la cabeza. No podía explicar lo ocurrido—... No lo sé...

—Teresa —Urko la obligó a mirarle, alzando su barbilla con un dedo suave—... ¿Qué ha pasado...?

—No puedo explicártelo... He estado oyendo ruidos toda la noche —dijo al fin—... en esa habitación...

—¿Aquí?

Urko señaló el cuarto de sus padres.

—Sí...

Entonces se aproximó.

—Espera, no... No la abras...

Pero lo hizo.

Teresa cerró los ojos. Lo que hubiera o no en aquel lugar implicaba muchas cosas, tal vez decisiones que tomar, medidas que adoptar, realidades que aceptar.

—...Joder...

Fue el tono de Urko lo que la alarmó, y el modo en que dijo aquel «joder», lo que hizo que abriera los ojos. Cuando le vio parado, mirando la habitación, comprendió que no había estado soñando.

Ahí estaba.

No lo había imaginado todo... Se colocó a su lado y se obligó a mirar también. El nido estaba allí, construido de la nada, aunque ninguna nube de polvo negro flotaba ya en el aire. Pues claro. Se volvió y buscó las huellas en el suelo... Un reguero de pasos de barro se mantenía impreso sobre la tarima.

Parpadeó, muy pálida...

—No me extraña que oyeras ruidos... Algún animal se ha debido colar aquí... Y a juzgar por esas huellas, un animal grande...

¿Un animal? No, un animal no. Otra cosa.

Teresa vaciló. No supo qué decir.

—No lo sé...

Se tambaleó, las piernas le fallaron... Cuando Urko se percató de que se desmayaba, la sujetó y la llevó a la butaca, junto a la chimenea. La ayudó a sentarse allí y después fue a buscar un vaso de agua. Teresa bebió algunos sorbos.

—¿Mejor?

—Gracias...

—Encenderé el fuego. Hace frío aquí —mientras se ocupaba en ello, continuó hablando—... La ventana estaba abierta —aclaró—, y anoche hacía bastante aire, puede que lo que oyeras fuera la ventana pegando golpes con el viento... Seguramente algún bicho se coló por ella y se ha montado su dulce hogar en la habitación... Joder, un bicho grande...

Fruncía el ceño sorprendido, mientras recordaba el tamaño del nido.

—No lo entiendes...

Teresa calló. Recordaba haber cerrado varias veces aquella dichosa ventana, y siempre volvía a encontrarla abierta, como si una mano invisible corriera el cerrojo. ¿O también era que estaba estropeada y era ella la que buscaba explicaciones retorcidas a cosas normales? No... Aquello no era sólo un nido. Un mar insondable arrasó su entendimiento, una marea que no lograba borrar las huellas que sus pesadillas le iban dejando día a día. Eran muy reales, y consumían su entereza con voracidad. Sin embargo, no se atrevía a contar en voz alta la clase de miedos que había estado experimentando, cómo se había descubierto elevada sobre su cama por una fuerza invisible, cómo había percibido el mal absoluto, algo capaz de robarle el alma. «Esta clase de cosas no se pueden explicar...», se dijo. Ignoraba cómo manejar una realidad tan demencial. Urko había visto lo mismo que ella, pero lo interpretaba de modo distinto, de forma absolutamente normal. ¿Cómo sacarle de su error sin que la tomara por loca?

—Teresa... Escucha, no pasa nada, no me extraña que creas oír cosas en este refugio, estando tú sola.

Urko continuaba hablando ajeno a esa realidad. Intentaba consolarla buscando explicaciones racionales a algo que sólo le atañía a ella, y al mundo de horror que llevaba por dentro.

«No, desde luego que no...»

—¿Has pensado en volver a casa?

A Teresa se le escapó una risita nerviosa.

—No tengo casa a la que ir...

Hubo una muda conversación entre los dos. Urko trataba de bucear en sus secretos, sin lograr profundizar lo suficiente en ellos como para desentrañarlos.

—¿No tenías una hermana? —recordó que ella se lo había comentado en alguna ocasión.

—Sí, pero no puedo ir con ella —una nueva vacilación, otro silencio—. No puedo ir a ninguna parte.

—¿Por qué no...?

Así era con Teresa, frase a frase, palabra a palabra, era como desenmarañar su verdad tirando de un hilo delicado que escapaba de una madeja demasiado enredada.

—Porque... he dejado a mi marido...

El rostro de Urko se tensó imperceptiblemente, un velo pasajero que voló antes de que ella pudiera advertirlo.

—No sabía que estuvieras casada...

—No me resulta fácil hablar de ello.

Entonces le contó algunas cosas, no todas, sólo las justas, y de manera que le permitiera comprender su situación. Le retrató a Christian lo mejor que pudo, sin entrar en los detalles más escabrosos y retorcidos, sin desvelarle el ominoso ser que era su marido, digno de un demonio bíblico. Dibujó su personalidad dominante y manipuladora, demasiado asfixiante para ella, en términos que tiñeran de normalidad una relación que no lo era en absoluto. Aun así, Urko no alcanzaba a vislumbrar qué era lo que ensombrecía tanto a Teresa. Porque estaba aterrada. Sospechaba que no se lo estaba contando todo. Un aire grave que ella no había visto hasta entonces recorrió su expresión, aunque el joven se abstuvo de hacer comentario alguno mientras escuchaba. A aquellas alturas ya sabía que era mejor dejar que fuese ella la que fuera desgranando su historia, en la medida de sus posibilidades.

Al cabo de un momento Teresa se interrumpió. estaba muy cansada.

—¿Quieres un café? Yo necesito otro... —se lo ofreció para poder tomarse un respiro.

—Quédate sentada, yo lo traigo.

Urko fue a la cocina y se puso a servir café para los dos. Mientras lo hacía, Teresa estuvo mirando cómo se movía. Al hacerlo recuperaba parte de la normalidad perdida. Sus gestos rutinarios lograban relajarla. Aceptó el café de manos de su amigo cuando éste se lo llevó y dio unos sorbos, mientras pensaba.

—La verdad, lo que escuché anoche no parecía el viento —habló sin pensar. Estaba abriendo la compuerta. Detrás estaba el abismo, y no estaba segura de poder contenerlo una vez que dejara salir una parte, ni siquiera podía decir qué repercusión tendría sobre ella misma—... No era el viento, sé distinguir el viento de otros sonidos, de otras... cosas. Eso no era el viento. Y ese nido... No es por un animal... No puede ser...

—¿Entonces qué?

—No lo sé —no, no podía contárselo—... Una pesadilla, una muy real... Puede que estuviera soñando despierta...

Urko escuchaba con todos sus sentidos atentos, deseando captar lo que ella pretendía comunicar.

—¿Qué clase de pesadilla?

—Una muy real, espantosa...

La sangre huyó de su rostro al recordar.

—Estás pasando una mala racha, es evidente.

—No todo el mundo que lo pasa mal tiene esta clase de pesadillas. Son... demasiado reales, demasiado intensas... Joder, esta mañana he visto lo que hay en ese cuarto, y anoche... Anoche —no podía, la verdad se le atragantaba en la garganta—... Creo que me estoy volviendo loca...

—¿No quieres contarme ese sueño? Ayuda contar los sueños en voz alta, pierden su poder para mantenerte asustada.

Teresa suspiró. ¿Qué tenía que perder? Ahora Urko ya sabía lo de Christian, al menos una parte, la más fácil de escuchar. Podía compartir con él también sus sueños. Se incorporó en la butaca y bebió otro poco de café. ¿Cómo hablar de aquello a una hora tan temprana de la mañana? Le parecía que no podía desprenderse de sus fantasmas a la luz del día, aunque fuese la de un día lluvioso de otoño. Buscó en su interior las palabras, el tono, su verdad... Le resultaba tan difícil... Pero si se lo contaba como si se tratara de una pesadilla, él la escucharía...

Muy lentamente, bajo la atenta mirada de Urko, que no la interrumpió mientras duró su relato, aunque se detuvo varias veces con los ojos llenos de lágrimas, fue desgranando el horror vivido aquella noche. La oscuridad brotó de sus labios como una marea negra e inundó el refugio, formando una atmósfera asfixiante en torno a los dos. De pronto sintieron frío, y Urko atizó el fuego. Cuando Teresa hubo terminado, permanecieron callados bastante rato. Luego Teresa le contó cómo había estado sufriendo pesadillas similares desde que llegara, y también cómo hasta entonces aquella presencia con la que soñaba no le había hecho nada malo...

—...hasta llegué a quemar el colchón de mi padre, o lo que yo creía que era un nido, claro...

—...el colchón de tu padre.

—...eso es... Joder, si hice una hoguera en medio del terreno...

—No me extraña que lo hicieras, ni que estés asustada.

—¿Y qué hago?

—El estrés es muy jodido... No sé, puedes buscar ayuda. Conozco un psicólogo, si quieres, que tal vez podría ayudarte. Una vez tuve que ir yo, por un mal rollo que tuve en casa que me tenía

desquiciado.

—Ya estuve yendo a una psicóloga, y no me sirvió de mucho entonces. Ahora mucho menos. Creo... Creo que esto es algo que debo resolver yo sola.

—Deberías ir...

Teresa meneó la cabeza, de pronto convencida de que aquel era un problema que sólo le concernía a ella. Además, nadie más podría entenderlo, y no podía confesar lo que sabía. A su mente acudieron algunas escenas desagradables que no quería revivir. Palideció, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para recomponer su semblante y fingir delante de Urko.

—Podrías cambiar de psicólogo...

—No es eso. Además, hablar contigo me resulta más fácil. Ya me siento mejor, de verdad.

Urko no insistió más.

—...cuando te he visto al entrar... me he asustado... —confesó.

—...sólo necesito descansar...

—Puede ser —Urko se encogió de hombros—. Ya eres adulta, supongo que sabes lo que te haces.

Teresa sonrió, fingiendo estar más animada.

—Joder —Urko miró el reloj—. Son las diez, a las once tenía que estar en la fábrica... ¿Qué tal si me vengo después y cenamos juntos?

—¿Sí?

—Claro. No pensarás que voy a dejarte sola. A saber qué nuevo monstruo sacarás de esa chistera tuya...

Se rió, y Teresa se contagió. De pronto empezó a reír sin parar, y enseguida a llorar y a reír al mismo tiempo. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos, su cuerpo se sacudía mientras desahogaba la tensión acumulada, y Urko la acompañaba, contento de verla soltar la presión que llevaba por dentro. Entonces la abrazó, y ella se calmó entre sus brazos.

—Ojalá no tuvieras que irte —confesó. No quería quedarse sola. Como él había dicho, podía salir otro monstruo de su armario de los horrores.

—No tardaré. Mientras tanto, puedes entretenerte con algo... ¿Por qué no te das un paseo?

—¡No! —enseguida se arrepintió de haber contestado con tanta vehemencia, pero aún se acordaba de su última experiencia en el embalse. Urko la miró extrañado—. No... No tengo ánimo...

—Bueno... ¿Y por qué no dibujas?

Teresa miró por encima de su hombro hacia el caballete. Era buena idea, escuchar música y perderse en el olor de los óleos, el aceite y el aguarrás, abstraerse delante de un lienzo en blanco... Apoyó la mejilla en el hombro de Urko. Le parecía increíble sentirse tan cómoda con él cuando hacía tan poco que se conocían. Entonces cayó en la cuenta de que olía a yegua, a cuero y a «after shave». Llevaba un jersey de lana muy suave, recién lavado. Un delicado perfume a suavizante emanaba de él. Estar entre sus brazos era como estar en casa.

—¿A qué hora llegarás? —preguntó.

—Para las siete estaré de vuelta. ¿Tienes algo para la cena o quieres que traiga algo?

—Tengo algo, hice compras...

—No, traeré algo esta vez. Además vendré hambriento —se rió de nuevo—, así que traeré cena para tres.

La apartó con cuidado.

—¿Estarás bien?

—Creo que sí...

Urko sacudió la cabeza.

—De todas maneras, no me iré sin hacer algo primero...

Antes de que pudiera hacer ni decir nada, se fue directo al dormitorio donde había aparecido aquel extraño nido, abrió la puerta y entró, dispuesto a sacarlo de allí. No podía abarcarlo con los dos brazos, así que tuvo que arrastrarlo, ante la mirada horrorizada de Teresa. Dejó un reguero de ramas rotas y hojas por el suelo, mientras lo sacaba a tirones. Como ella no se movía ni hacía nada, paralizada por el miedo, Urko tuvo que llamar su atención.

—¿Qué tal si me abres la puerta?

—Oh, perdón, perdón...

Teresa se apresuró a facilitarle la salida, no muy convencida de que fuera buena idea sacar el nido de allí. Era la segunda vez que se deshacía de aquello, y temía las consecuencias. No obstante, cierto alivio recorría ya sus venas, de pensar que no tendría que esperar el resto del día soportando su presencia en la habitación.

Urko lo sacó y se lo llevó lejos, fuera de la langa, a la hondonada, donde aún quedaban restos de la hoguera que ella había encendido allí la vez anterior.

—¡Lo quemaremos más tarde! —anunció sonriendo—... Cuando no llueva...

Regresó hasta situarse a su altura. Aún caía un fino sirimiri, y se puso agradecido el chubasquero que ella le entregaba.

—Tienes mi número, si pasa algo, lo que sea, me llamas.

—No, no hará falta... Vete tranquilo.

Teresa sonrió.

—Cuando sonrías te iluminas como un árbol de Navidad.

Teresa sonrió aún más.

o o o

«... Ya viene... cargado de represalias, ya viene el torturador, la mole descarnada de compasión, el heraldo del castigo, ya viene...

Le oigo pisar, al otro lado de mis sombras, le oigo respirar en mi pensamiento, se cuele en mis sueños y los retuerce... le oigo, le temo... Me susurra su veneno, me va matando, a poquitos, implacable, no suelta...

Ya viene, aplasta fuerte cuando destruye, presiona, ahoga... pisa sigiloso, cuando caza... ya viene...

Sus ojos me taladran, son dos ascuas de fervor, fervor por amalgamar mis pensamientos, por domeñar mis creencias, por dominar lo que he sido y lo que seré... para aplastar mi presente y que no vuelva a respirar con libertad...

Ya viene, y lo hace ciego de odio, es la bestia oscura que todo lo devora, es la «NO» luz, el pozo sin fondo de la avaricia, del caprichoso devaneo, del ego despótico... y sus tragaderas son infinitas, no se cansa de apabullar y retorcer, se escuda en las sonrisas falsas, en la sombra de la apariencia, en el juego de máscaras de su existencia, que se burla y se retrepa en las ilusiones de otros, sátrapa ladrón de almas, se viste con las esperanzas robadas y amañadas de estafa... se cuele, serpentea, ya viene, el depredador... ése al que has de temer... porque nunca le verás venir, y si alguna vez le ves... ya estará sobre ti, devorándote.»

Teresa barrió y fregó el suelo una vez más, hasta borrar todo rastro de la existencia del nido o de las huellas, aunque era consciente de que estas últimas, al menos, reaparecerían en cuanto se secase. Cuando hubo terminado, se fue a la leñera, cogió un martillo de lo que quedaba del taller que su padre había tenido allí, unas cuantas tablas y algunos clavos roñosos de una caja de cartón, y volvió a la conflictiva habitación, dispuesta a atajar el problema en la medida de sus posibilidades. Si el nido volvía a aparecer en aquel dormitorio, cualquier explicación racional estaría fuera de su alcance.

Clavó firmemente los tablones sobre la ventana, tapiándola de forma irregular, sin importarle si dejaba la estancia completamente a oscuras y sin ventilación. Cuando hubo acabado, estaba jadeando, más por la excitación de aquel acto de osadía que por el esfuerzo. Porque algo le decía que estaba desafiando a aquel «algo» dueño del nido. No le había gustado que lo quemara la primera vez, y ahora le impedía la entrada...

—...a la mierda...

Sin embargo, tuvo la sensación de que le faltaba el aire, como si el espacio se cerrara a su alrededor, y el miedo hizo que saltara como un resorte. Salió de allí cerrando la puerta de un golpe. Se quedó mirándola, con el martillo en una mano y los clavos que le quedaban en la otra... Entonces decidió que no era suficiente con la ventana, y decidió tapiar también la puerta. Necesitaba más tablas, y en la leñera había muchas.

Estuvo trabajando en ello casi una hora, hasta haber cegado por completo la puerta. Cuando hubo acabado, contempló su obra, algo más segura, ahora que una barrera de madera impedía que «algo» pudiera entrar o salir de la habitación.

—...y te lo crees...

Teresa no creía que hubiera logrado nada con aquello, pero necesitaba intentarlo con todas sus fuerzas.

Apenas eran las doce de la mañana, y tenía todo el día por delante, un día desapacible, oscuro y triste, que anunciaba la llegada del inminente invierno. Sin pretenderlo, recordó los días en que había estado allí con todo nevado. Más de una vez, siendo niña, había despertado bajo una luz diferente que lo bañaba todo. Era a causa de la nieve, que hacía que la luz que penetraba a través de las ventanas difuminara las sombras. Adoraba que nevara, porque le permitía divertirse de lo lindo, disfrutar haciendo iglúes, muñecos de nieve o batallando con su padre. A veces las nevadas se convertían en ventiscas, y era impresionante estar allí, sepultados bajo su fuerza descomunal, y amanecer al día siguiente con el refugio completamente cubierto por la nieve. Había que abrirse camino hasta la leñera a través de una capa de más de un metro de espesor.

Teresa sonrió con nostalgia. Tras la muerte de sus padres, no había vuelto a ocuparse del refugio, y se había desentendido de su mantenimiento. Ella, que tanto amaba aquel lugar, no había vuelto por allí. Muchas veces se había preguntado por qué, y había llegado a la conclusión de que no soportaba estar allí sin sus padres. Aquello lo habían levantado ellos, habían construido no sólo sus muros, el tejado, los tabiques, la chimenea... sino que habían creado en él un universo paralelo para sus hijas, un mundo en el que soñar y estar en contacto con la naturaleza, un lugar secreto, único, a la medida de su pequeña familia. Habían logrado hacerlas felices sin televisión, regalándoles tardes de conversación junto al fuego, lecturas infinitas, risas y una complicidad genuina. El refugio había perdido la magia al desaparecer las dos personas que lo habían hecho

posible, y ninguna de sus hijas era capaz de volver sin sentir una inmensa tristeza.

Teresa también experimentaba emociones difíciles de sobrellevar. Era como estar desvalida, sin saber muy bien qué hacer con todo aquello, como estar ante un cuadro que fue hermoso, del que han desaparecido los protagonistas. Qué absurdo, cuando sus padres habían soñado que sus hijas disfrutarían del refugio el día que ya no estuvieran...

Sus circunstancias la habían impulsado a volver. De otro modo, tal vez no lo hubiera hecho jamás. ¿O tal vez sí? Tal vez... Desde luego, había soñado muchas veces con reformarlo y ponerlo de nuevo en condiciones. Sueños que sin embargo, nunca habían tenido cabida bajo el influjo de su marido, Christian.

Se sacudió aquel último pensamiento de encima. La lluvia repiqueteaba contra las ventanas y el tejado y hacía frío. Si no podía dar un paseo, tenía que buscarse alguna otra ocupación.

—...necesito una ducha...

Y ducharse allí significaba hacer unos cuantos preparativos. De pronto su necesidad se tornó en urgencia. Se había despertado tirada de bruces en el suelo, había vomitado, estaba sudada, y dentro de unas horas Urko iba a volver para cenar con ella. Desde luego que necesitaba sacarse de encima los restos de una noche nefasta.

Se fue al cuarto de baño, bajó del altillo la garrafa de plástico con su alcachofa, la llevó a la cocina, cogió la olla grande que usaba para calentar el agua de la ducha, la llenó, encendió el fuego de la cocina y la puso en la chapa. Tardaría un buen rato en hervir, así que mientras tanto se fue a su cuarto y escogió ropa limpia entre sus cosas y una toalla. Ahora que lo había ordenado todo le resultaba más fácil encontrar lo que necesitaba. Un pantalón negro de pana fina que le sentaba de miedo y uno de sus jerséis favoritos, quedaron a la espera sobre una banqueta junto a la ducha. Una muda de ropa interior, la toalla, su champú, el gel para el cuerpo... Mientras hacía todo aquello canturreaba para sí, procurando estar distraída. Luego pensó que necesitaba música, y decidió encender su portátil, que no había vuelto a utilizar desde que llegara allí. Pondría algo que relajara sus excitados nervios. Aún tenía la batería completa. Lo puso en marcha y dejó que sonara de fondo, acompañándola.

—Así está mejor...

Ya no se sentía tan sola.

Metió pan en el horno para tostarlo, cogió un libro de los que tenía por allí y estuvo releándolo hasta que el agua rompiera a hervir. Luego, cuando al fin pudo llenar la garrafa con una mezcla de agua caliente y agua fría, se preparó para disfrutar de su anhelada ducha. No podía prolongarla demasiado, tal y como le apetecía hacer, pero la aprovecharía al máximo.

Se desnudó despacio, saboreando lo que hacía, dedicándose cada gesto. Era agradable la penumbra del cuarto de baño. La ventana era muy pequeña y apenas entraba luz por ella. Se calzó sus chancletas y entró en la ducha. Abrió la alcachofa y un chorro de agua caliente cayó sobre ella, arrancándole un gemido de placer. Una vez allí, se dejó llevar. Había dejado la puerta entreabierta, y sonaba algo de Zohar en el portátil, una música evocadora que invitaba a la evasión de los sentidos. Se repartió el gel por el cuerpo y se fue enjabonando con suavidad, mimándose dulcemente. Tenía una piel suave, muy suave... Muy pronto el baño estuvo lleno de vaho y el cristal de la ventana se empañó. En medio de aquel agradable ambiente, Teresa cerraba los ojos, saboreando el momento. Se lavó la larga melena castaña. Masajeaba su cabeza sin pensar en nada más que en lo que sus emociones le ofrecían... Luego se fue frotando la espalda...

De pronto un escozor hizo que se sobresaltara. Se palpó con los dedos, y aunque no llegaba bien, notó que tenía algunas heridas, como arañazos. Extrañada, procuró no tocar demasiado, pero

dio por terminada la ducha. Miró la garrafa. Aún le quedaba agua... «Para otra vez», pensó. Cerró la alcachofa y salió. Cogió la toalla y se secó el cabello y el cuerpo, con cuidado en la zona donde le escocía. Secó el espejo que colgaba sobre el lavabo y quiso mirarse en él, pero era muy pequeño. Necesitaba el que estaba fuera, en la viga de la cocina. Era de cuerpo entero. Salió, desnuda como estaba, hasta plantarse delante de él. Lo utilizaba para vestirse y adecentarse. Se colocó de tal manera que pudiera verse la espalda, y buscó el origen de sus escoceduras.

—...joder...

Allí, cruzando su piel de arriba a abajo, tenía varias marcas, como arañazos, como si se hubiera lastimado con clavos o con algo puntiagudo. Eran profundas y debían de haber sangrado, aunque no se hubiera dado cuenta, y ahora aparecían enrojecidas y cubiertas por una costra reseca. Estuvo estudiándolas durante un rato, buscando su origen sin acertar a adivinarlo... Hasta que recordó su pesadilla.

—No puede ser...

Se fue a su habitación y miró hacia las vigas del techo que estaban sobre su cama. Allí sobresalían varios clavos.

—...no puede ser...

Pero ella recordaba su espalda incrustada allí mientras soñaba que algo la mantenía en el aire. Regresó al espejo y revisó de nuevo las heridas. ¿Podía habérselas hecho ella misma? Entonces se miró de frente, y vio, espantada, que tenía unos oscuros moretones en el pecho, en la zona del esternón y en las costillas. Los miró incrédula. ¿Qué pensar? Había oído hablar de personas que se auto mutilan, ¿era una de ellas?

Era extraño estar contemplando aquellas marcas en su piel mientras sonaba música ambiental.

—Paso... Joder, paso de esta mierda...

Regresó al baño y se vistió. Luego se secó el pelo y se arregló, lo recogió todo y volvió a la cocina. Su aspecto había mejorado mucho, aunque sus ojos tuvieran aquel fondo febril de temor. Miró el reloj: las dos y media.

—¿Hola?

Llamaron a la puerta.

Teresa se sobresaltó. Había estado desnuda un buen rato en medio de la cocina, ¿y si la habían visto? Maldijo por lo bajo y se acercó a la puerta de entrada, con las mejillas encendidas.

—¿Quién es?

—La Ertzaintza —contestó una voz que ahora se le hacía familiar—... Baena y Salas...

¿Habían pasado ya quince días? Casi. Hizo cálculos y se dio cuenta de que llevaba allí bastante tiempo. No tenía ganas de visitas, pero no le quedaba otro remedio que abrir la puerta. Se alegraba mucho de haberse duchado y vestido.

—Buenos días —la saludó Baena. Ocupaba toda la puerta. Detrás, a una prudencial distancia, estaba su compañero, como siempre silencioso y observador. Su todoterreno estaba al otro lado de la langa—, ¿se puede?

—Claro...

Teresa se apartó y les dejó entrar. Enseguida los dos ertzainas lo llenaron todo con su corpulenta presencia. Baena casi rozaba el techo con la cabeza. Parecían contentos de tomarse un respiro en un lugar caliente y agradable. Era la primera vez que entraban al refugio, pero al parecer recordaban la impresión que se habían llevado la primera vez desde la puerta, porque miraron alrededor con aire apreciativo.

—Le has dado una vuelta a esto —aprobó Baena tuteándola. Incluso sonrió, dotando a aquella

visita de un aire de informalidad que a ella la ayudó a serenarse bastante—... Ya parece más un hogar...

—Lo suyo me ha costado —sonrió Teresa mientras apagaba la música en su ordenador portátil.

—¿Y eso?

Baena señalaba la puerta recién tapiada. Sus cejas se arqueaban ante el concienzudo trabajo que se había tomado para cerrar el paso a aquel cuarto.

—También he tapiado la ventana —explicó Teresa enrojeciendo. No quería tener que contar sus verdaderos motivos—... Se abría sola, supongo que está vieja, y con lo de los ladrones andaba insegura, así que la he tapiado con tablas, y como aún no me sentía tranquila, he hecho lo mismo con la puerta, hasta que pueda cambiarla. ¿Queréis tomar algo? —pretendía cambiar de tema enseguida. Baena parecía conforme con su explicación, pero Salas miraba aquella barrera de tablas con curiosidad—. ¿Un café? ¿Caldo?

Ahora siempre tenía caldo hecho, y le encantaba poder ofrecérselo a los agentes, y demostrarles que no era una loca que malvivía entre la suciedad y el abandono. Con el fuego ardiendo en la chimenea y la cocina en marcha, la temperatura era agradable, y tanto Baena como Salas se quitaron sus chaquetas de uniforme y las pusieron cerca del fuego. Se sentaron a la mesa. Ahora que se habían apartado de la dichosa puerta, Teresa suspiró más relajada.

—Un caldo ya va apeteciendo mucho, ha bajado la temperatura, hoy no habrá más de siete grados...

—¿Sólo? —Teresa miró a Baena, sorprendida—. Hoy ni he salido, no pensaba que hiciera tanto frío.

—Pues deberías prepararte, dicen que la semana que entra habrá cambio, viene frío, bastante además. Puede que nieve, ¿tienes leña?

—Sí, aunque he de meter dentro una buena carga, para no tener que salir...

—¿Y el motor? ¿Ya lo has arreglado?

—Al final tuve que cambiarlo. Tengo uno de segunda mano, pero está casi nuevo y va muy bien. Me ayudaron a instalarlo y a ponerlo en marcha y no me ha dado ningún problema por ahora. Gracias por vuestra ayuda.

—¿Qué tal por aquí?

—Bien... Todo tranquilo —sonrió para darle más credibilidad a sus palabras. Les sirvió dos tazones con una generosa ración de caldo, sacó pan del horno y cortó algunas rebanadas. También se puso un tazón para ella y se sentó—...Aunque hubo algunas noches que estuvieron incordiando. Creo que quisieron entrar.

Baena la miró con seriedad ahora. Luego cruzó una mirada con Salas.

—¿Qué pasó?

—Oí pasos y golpes a las tantas, estuvieron empujando la puerta, queriendo forzarla, y me pareció que andaban por el tejado... Pero no han vuelto.

—Deberías habernos avisado enseguida, llevamos tiempo rondando la zona porque están robando en los refugios.

—Pero para cuando hubierais llegado...

—No tardamos tanto con las motos. La próxima vez avísanos.

—Lo haré —Teresa reparó entonces en la escopeta, apoyada contra la pared, al alcance de la vista. No quería tener que dar explicaciones, por mucho que Fernando le hubiera asegurado que los ertzainas no estaban por la labor de preocuparse de si tenía un arma o no, pero Salas siguió la

dirección de su mirada y la descubrió. Teresa probó a distraerle—... ¿No sabéis quiénes son?

—Aún no, aunque tenemos sospechas...

—Sabemos quienes son —intervino Salas por primera vez—. Lo que pasa es que nos faltan pruebas. ¿Y esa escopeta?

Un silencio se estableció entre los tres. Baena, que no la había visto, la localizó entonces. Arqueó las cejas por la sorpresa y al instante se levantó y fue a por ella.

—No es mía —mintió Teresa. Estaba muy nerviosa, no podían quitársela, la necesitaba—... Mi padre tenía licencia, la encontré al ordenar el refugio y ahí se ha quedado...

Se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—Ya, pues parece bastante nueva... Supongo que sabes que no puedes tenerla aquí, sin licencia y sin registrar —explicó Baena.

—¿No podría tenerla, por si acaso?

—No. Bajo ningún concepto —aseguró el agente muy serio. La puso junto a su chaqueta para llevársela después, y Teresa contuvo un gemido—. ¿Tienes licencia de armas?

—No, claro que no...

—En cualquier caso no puedes tenerla para defensa propia.

Teresa calló. Apartó la mirada, con las mejillas enrojecidas. Quería llorar, de rabia e impotencia, porque aquella escopeta le había dado seguridad en medio de todo.

—No podemos dejarla aquí. Si pasa algo... —insistió Baena. Adivinaba lo que estaba pensando y comprendía que quisiera conservarla.

—Tu compañero ha dicho que sabéis quiénes son —la joven decidió cambiar de tema, porque su angustia amenazaba con gobernar su ánimo de forma desastrosa—. Los ladrones digo...

—No podemos asegurarlo...

—Vaya que sí. ¿Le conoces?

Entonces Salas sacó una foto y la empujó hacia ella para que la mirara.

—Salas... —protestó Baena.

—¿Le conoces? Mírala bien.

Teresa contempló la fotografía, de un hombre, y palideció.

—Es Uribe...

—Sandoval Uribe.

—Sé quién es, aunque hace mucho que no sé de él —omitió que le había visto de refilón en el taller de Legazpi, cuando bajó con el motor—... Le recuerdo de cuando era cría, andaba mucho por aquí, ayudaba al que era el dueño del refugio que hay más abajo, Leonardo.

—Exacto.

—¿Qué tiene que ver...?

—Es el cabecilla del grupo que anda robando.

—Lo sabemos, pero no tenemos pruebas concluyentes —matizó Baena.

—La verdad... es que me da miedo...

—Deberías, porque acumula unas cuantas denuncias por intentos de abuso.

—¿Qué...?

—Se dedica a espiar a las chicas y si puede a meterles mano —añadió Salas. Teresa miró de reojo la escopeta y se mordió el labio inferior—. Mejor que no le tengas por aquí rondando.

—Si le ves, o te molesta, nos llamas.

Salas se guardó la fotografía.

—En cualquier caso, ten cuidado y cierra bien por las noches. También cuando salgas de aquí,

aunque sólo vayas a dar un paseo —Baena pareció pensar en algo que le preocupaba—. Ten en cuenta una cosa, si nieva como dicen, puede que no podamos subir. Podrías quedarte aislada una temporada. Casi mejor sería que te bajaras.

—Lo pensaré —mintió—. Luego pondré la radio a ver qué dicen.

—No te lo tomes a broma —insistió Salas—, son unos desgraciados y si han intentado entrar sabiendo que estás dentro, lo mismo se les ocurre volver mejor preparados la próxima vez.

—No sabían que estaba dentro, fue de madrugada...

Salas sonrió sin humor, pero fue Baena el que se explicó a continuación.

—Ésos ya saben cuándo vas y cuándo no, seguro. Saben que estás, porque tienes tu Toyota fuera, y siempre se preocupan de conocer las costumbres de los que viven en los refugios de por aquí. A estas alturas seguro que te tienen más que fichada.

—Bueno, no suelo salir mucho...

—Es igual.

—Si ya han venido una vez, volverán —insistió Salas de mal humor.

—Joder... ¿No podéis dejarme la escopeta? Sólo para asustarles si aparecen...

—Ni hablar. No pretendemos asustarte, sólo que seas precavida. Si pasa cualquier cosa nos llamas.

Entonces sacó una tarjeta y se la dio.

—Ahí tienes mi número directo y el de Salas. Nunca andamos muy lejos, a un radio de una hora como mucho, y por las noches vamos con las motos, que siempre ayudan a acortar tiempos.

—Muchas gracias —musitó Teresa malhumorada.

Sandoval Uribe. Su sola mención le ponía la piel de gallina. No necesitaba más complicaciones.

Los agentes saborearon el caldo y alabaron la mano que lo había cocinado. Agradecían un pequeño descanso en su rutina, más en un día lóbrego y frío como el que les había tocado para recorrer los caminos de montaña. No obstante, no podían permitirse estar allí más que un rato, así que, por más que estuvieran a gusto con Teresa, en cuanto acabaron sus raciones conversaron un poco más con ella y enseguida se levantaron y se despidieron, dispuestos a continuar su recorrido. Insistían mucho en que anduviera con ojo, y le repitieron un par de veces que creían aconsejable que bajara hasta que pasara la amenaza de nieve. Se llevaron su escopeta, la escopeta de Fernando. ¿Qué diría él cuando se enterara?

—De todos modos tienes buenas rejas y la puerta es fuerte —Teresa les había acompañado fuera y se hallaban en el porche. Baena dio unos pasos y salió bajo la lluvia para tomar algo de distancia y poder mirar el refugio, valorando su seguridad—. Mucho tendrían que hacer para entrar.

—Pues debería arreglar esa ventana cuanto antes —Salas señaló la ventana tapiada. Al parecer no se había olvidado del asunto—. No se lo pongas fácil.

Finalmente se marcharon. La joven entró de nuevo y miró por la ventana cómo se alejaba su todoterreno, agradecida ahora que sabía que estaban más cerca de lo que había imaginado. Le daba seguridad imaginarles recorriendo los alrededores día y noche.

También les guardaba cierto rencor por haberla despojado de su arma.

«Qué puñetero eres Salas...».

Llena de rabia arremetió contra las cosas que había sobre una mesita junto a la ventana y las tiró por el suelo, pateándolas una y otra vez hasta hacerlas añicos. La mesa se volcó. Se culpaba por haber dejado la escopeta a la vista. «¡Estúpida, estúpida, estúpida!!»...

Un cesto de madera destripado, algunos tarros de cristal hechos añicos y una caja metálica llena de pinzas regaron el suelo. «Joder...» Teresa jadeaba por aquel intenso ataque de furia. Nunca reaccionaba así, pero llevaba demasiada tensión dentro, y la impotencia se había acumulado bajo su piel, caldeando su genio. Observó con desolación el destrozo, y suspiró. Pasó un rato recogéndolo todo. Enderezó la mesa y procuró dejarla como estaba...

Lo de la escopeta ya no tenía arreglo, así que iba a tener que apañárselas sin ella. Se sentó junto a la chimenea, en su sitio favorito, la butaca de mimbre donde siempre se quedaba absorta mirando el fuego. Estuvo reflexionando sobre el asunto de los ladrones. ¿Sería cierto que Uribe andaba merodeando por allí, que la tenía fichada? ¿De verdad había sido él el que había estado intentando entrar? Tal vez sólo había querido asustarla... Le preocupaba, más ahora que ya no tenía con qué defenderse... aunque no tanto como sus otros problemas. Las cosas reales le daban menos miedo que las que no lo eran, mucho menos. Prefería enfrentarse a personas de carne y hueso, para eso había tenido su escopeta. Lo otro... No sabía qué hacer con «lo otro». Tenía heridas de verdad, era para volverse loca. No, ya estaba loca, de remate. Dejó su tazón sobre la repisa de la chimenea y se quedó mirando las llamas anaranjadas que lamían los troncos vorazmente.

Si nevaba, iba a estar muy sola. Si se quedaba aislada, aislada de verdad, no podría contar con la Ertzaintza, ni tampoco con Urko, o con Fernando. Esperaba que las previsiones meteorológicas se equivocaran, o al menos que el temporal que se avecinaba no fuera tan fuerte como decían. Urko no le había comentado nada al respecto. Le preguntaría aquella noche, porque suponía que tendría que bajar las yeguas del monte. ¿Seguiría yendo a verla entonces? Sonrió. Esperaba que sí...

A eso de las siete y media el motor de un vehículo despertó a Teresa, que se había quedado dormida, una vez más, en su butaca. Su corazón se agitó en el pecho, anticipando la inminente llegada de Urko. Sonrió ampliamente. Sin embargo, le extrañó que no hubiera subido en su moto. Estaba a oscuras, porque ya había anochecido, así que puso en marcha el motor para poder encender las luces, y se asomó a la ventana. Vio en la oscuridad de la noche un Land Rover, bastante destartado, aparcado junto a la langa. Sus potentes focos sesgaban la profunda oscuridad como dos cuchillos. Ya no llovía. Para su sorpresa, era Urko quien lo conducía, pero no llegaba solo, Fernando le acompañaba.

—Mierda...

¿Cómo iba a explicarle ahora que se había quedado sin la escopeta? Luego recordó la promesa de Urko. Así que, al final, sí que iban a ser tres para cenar. Y lo mejor de todo, no iba a tener que cocinar. Les vio bajar del vehículo y sacar entre los dos una cazuela ancha y baja que aún humeaba. También cogieron una bolsa de plástico llena de botellas.

—¡Teresa!

Abrió la puerta, sonriente, y les invitó a pasar. Encendió la luz del porche para que pudieran ver por dónde iban.

—Esto pesa... —protestó Urko guiñándole un ojo.

—Hola Fernando... Me alegro de verte.

—¡Buenas tardes! ¿Estabas dormida?

—Va a ser que sí...

Llevaron la cazuela hasta la cocina y la depositaron sobre la chapa. La bolsa la dejaron sobre la encimera.

—¿Quito la tapa?

—No, déjala, así termina de hacerse —decidió Fernando mientras comprobaba que la cocina aún estaba en marcha. La cargó con algo de leña.

—...así Teresa se tendrá que aguantar sin saber qué hay para cenar.

—¿No puedo saber qué es?

—Ni se te ocurra fisgar.

Urko pasó a su lado, y al hacerlo, se agachó junto a su oído.

—¿Mejor? —susurró.

—Sí, gracias...

Sonrió satisfecho.

—Voy por el ron —le dijo a Fernando. Y salió.

Teresa se quedó un momento absorta en aquel instante de intimidad, ruborizada. Le había gustado mucho. Le estaba gustando mucho todo lo que hacía Urko.

—Te veo bien —Fernando estaba abriendo una botella de vino que había sacado de la bolsa que habían llevado. Cogió tres vasos del armario y sirvió tres raciones. Sonreía mientras la miraba—. Un brindis para celebrar, ¿no?

—Claro —Teresa carraspeó—. Y... ¿cómo así? ¿Conocías a Urko?

—Aquí nos conocemos todos, pero sí, le conozco desde que era un mocoso —Urko regresó en ese momento—. Ha pasado por el refugio esta tarde y cuando me ha dicho que venía a cenar contigo me he apuntado.

Se rió con ganas.

—De todas formas ya te había dicho que iba a hacer cena para tres —añadió Urko. Cogió su vaso de vino y brindaron. De pronto el joven reparó en algo que llamó su atención—. ¿Y eso?

Acababa de descubrir la puerta cubierta de tablas firmemente clavadas al marco, y la miraba con curiosidad.

—Ya ves que no he perdido el tiempo —Teresa se encogió de hombros—. Me he pasado la mañana clavando tablas. Así me siento más segura. En realidad he empezado con la ventana, pero no me parecía suficiente y he seguido con la puerta —se rió algo nerviosa—. Cuando me ponga...

—¿Y por qué? —Fernando probó la firmeza de las tablas, tirando de algunas para intentar moverlas. Pero estaban ancladas al marco con fuerza.

—Se le ha colado algún bicho en el dormitorio —se adelantó Urko—. Ven, te enseñaré el regalito que ha dejado. ¿Tienes una linterna, Teresa?

Casi parecía cosa de broma, y aunque comprendía la intención de Urko, que no era otra que quitarle importancia a lo ocurrido delante de Fernando, a ella aquel asunto aún le hacía estremecer. Cogió su linterna, que colgaba de una traviesa, y les siguió fuera de mala gana. El nido aún continuaba donde lo había dejado el joven aquella mañana, grande y siniestro. Teresa lo iluminó para que Fernando pudiera verlo. Éste silbó al descubrirlo. De algún modo, el que ya fueran dos los testigos de que aquello existía, en vez de tranquilizarla, la inquietaba más. Se estremeció mientras su amigo se acercaba. Estaba en la hondonada del terreno donde había quemado los muebles del dormitorio de sus padres la primera vez.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Fernando.

—¡Quemarlo! ¿Tienes un mechero?

—No fumo...

—Ya traigo cerillas —dijo Teresa. Le dio la linterna a Fernando y regresó trotando al refugio. Cogió un paquete de la cocina y se reunió de nuevo con ellos. La noche era muy oscura, y tuvo que caminar con cuidado para no tropezar, guiándose por el haz de luz de la linterna que ahora llevaba Fernando—. Ten...

—¿Lo quemo, no? —preguntó Urko.

Tomó las cerillas de sus manos. Sacó una, y la sostuvo en el aire, sobre el nido, mientras en su rostro se dibujaba un interrogante.

—Sí... Sí, por favor.

—Pero, ¿qué animal habrá hecho eso? Es muy grande... ¿Y cómo se te ha colado dentro? Si algo tan grande no puede caber por esa ventana que tienes...

Fernando se frotaba la nuca con una mano, sorprendido. Iluminaba extrañado la enorme estructura de maderas negruzcas, ramas secas muy retorcidas formando un entramado sólido en forma de plato hondo, todo ello relleno de hojas muertas. Desprendía un olor peculiar... a azufre. Urko lo había dejado sobre las cenizas de la hoguera anterior. Teresa arrugó la nariz. Recordaba que en el embalse había percibido aquel mismo olor. El hecho de estar en medio de la oscuridad, dispuestos a quemarlo, le provocaba escalofríos. Se sentía vulnerable, expuesta al aire libre, envueltos por una noche muy oscura y fría. Cuando Urko encendió la cerilla y le prendió fuego, se le encogió el estómago. Un silbido brotó de aquel corazón leñoso antes de empezar a arder, y hubo un resplandor extraño cuando el fuego cobró fuerza y comenzó a devorarlo. Después las llamas se elevaron perdiéndose en la noche.

Sí. Hacía mucho frío. El calor del fuego agradó a todos. Estaban los tres ensimismados contemplando la hoguera.

—He tenido visita de la Ertzaintza —anunció Teresa de pronto—. Por cierto, Fernando, han requisado tu escopeta...

—¿En serio? Pero si suelen pasar de esas cosas...

—Pues me la han quitado... Ya te dije que me parecía raro que no dijeran nada.

—Qué «tocahuevos»...

—Andan con lo de los robos, ya han venido dos veces.

—¿Salas y Baena?

—Sí. Me han enseñado una foto, dicen que sospechan de Sandoval Uribe.

Fernando y Urko intercambiaron una mirada cómplice. Mientras hablaban, el fuego crepitaba vorazmente. Pronto no quedaría nada del nido. Una densa humareda se elevaba hacia la oscuridad, retorcida y negra.

—Joder, qué mal huele eso...

—Huele a muerto.

—¿Vosotros qué creéis? —insistió Teresa.

—Hace tiempo que todos sabemos que es Sando el que anda robando —dijo Urko—, pero nadie se atreve a señalarle, ¿eh, Fernando?

—Y qué quieres, si ha trabajado en el refugio desde que era un crío. Joder, le conozco de toda la vida, no voy a ser yo el que le delate. Que hagan su trabajo los rurales...

Teresa no comentó nada, pero no estaba de acuerdo con Fernando. A ella le afectaba directamente que anduviese suelto por ahí haciendo fechorías. Además, estaba segura de que había sido él el que había estado asustándola.

—También me han dicho que se avecina nieve —añadió al ver que no decían nada más—, para la semana que viene. Querían que bajara.

—Qué va... No va a ser para tanto. Esto se va a consumir enseguida, ¿nos vamos?

Fernando dio media vuelta y empezó a caminar de vuelta al refugio. Cargaba con esfuerzo con su voluminoso peso. Urko y Teresa le siguieron de cerca, guiados por la linterna.

—¿Vas a bajar las yeguas?

—Sí. Por si acaso —Urko caminaba junto a Teresa, y hablaba con voz reposada—. Pero seguiré viniendo, si es lo que te preocupa.

—Esperaba que sí —sonrió ella—... Aunque, si nieva tanto como me han dicho, me voy a quedar aislada una temporada.

—¿Tienes leña y comida?

—Compré bastante comida como para quince días, y leña tengo de sobra.

—Yo que tú bajaría mañana a Legazpi y haría acopio de comida —se calló unos minutos, como si rumiara algo para sí—... No me gusta la idea de que te quedes aquí sola por la nieve.

Fernando, que les había oído, se volvió hacia ellos.

—No va a caer tanto, no le deis más vueltas.

—Si hay mucha nieve tú tampoco vas a poder moverte —protestó Urko.

—Parece mentira —llegaron al refugio. Se sacudieron los pies en el felpudo de la entrada y buscaron el abrigo de la luz y el calor de la chimenea. Teresa cerró la puerta y echó el cerrojo, una costumbre que ya no abandonaba nunca—... Tú que andas con las yeguas deberías verlo igual que yo. Es más, ni siquiera creo que cuaje lo poco que caiga.

Urko y Teresa le miraron dubitativos.

—Ya, pero y si te equivocas... —insistió Urko.

—Si me equivoco te subes unos días con ella, ¿no tenías fiesta?

—Diez días...

—Pues entonces...

La joven, que no había esperado aquello, se sonrojó involuntariamente. Tener a Urko en el refugio día y noche le resultaba una idea más agradable de lo que se atrevía a admitir. La verdad es que le apetecía mucho tenerle cerca. Agradeció mentalmente a Fernando que hubiera tenido tan buena idea.

—¿Te apetecería? —preguntó Urko mirándola de reojo.

—Por mí bien —sonrió—... Si aguantas mis pesadillas nocturnas...

—Estando yo no las tendrías —se rió él complacido.

—Lo único... No tengo más camas... Las he quemado —se rieron los tres—... Pero puedo ponerte la colchoneta que tengo junto al fuego. Se duerme bien. ¿Tienes saco de dormir?

—Tengo uno bueno sin estrenar. Bueno, entonces está hecho. Si vemos que se prepara una gorda como dicen, el viernes me vengo por aquí, a tiempo para la tempestad.

—Si es que llega de verdad —recalcó Fernando alzando un dedo índice hacia el cielo—. Lo siento chicos pero esta vez no va a ser...

Teresa se sentía como en familia, protegida y acompañada por sus dos nuevos amigos, a los que empezaba a apreciar sobremanera. Estaba encantada de tenerles allí. Decidida a ser una buena anfitriona, se esforzó por agasajarles, sacando cosas para picotear antes de cenar. Preparó la mesa con especial esmero.

Para cuando se sirvió la cena, un guiso de cordero, ya había olvidado sus cuitas. Se hallaba sumida en una agradable burbuja que exorcizaba sus fantasmas, y sonreía de forma natural, amplia y sincera. Tuvo que reconocer que el cordero estaba buenísimo, cosa que Urko se encargó de recordarle varias veces, con sorna. Estaban sentados uno al lado del otro.

Hacía tiempo que Teresa no sentía nada, salvo angustia o miedo. Ahora, en cambio, su corazón latía al son de una melodía bien distinta, cálida y agradable. Urko de perfil, sus ojos castaños, chispeantes y amables, profundamente analíticos, solían volverse hacia ella y decirle, «eh, tranquila, no pasa nada, todo está bien». Una amplia sonrisa bailaba continuamente en sus labios, y eso le encantaba... porque estaba acostumbrada a algo muy distinto. Su vida había sido hasta entonces una rutinaria sucesión de sacrificios estériles, un día a día de tensiones, de violentas discusiones, de humillantes vejaciones... El Dolor que Christian había sido capaz de infligirle no tenía medida. Porque Christian era algo más que un mal hombre. Y esa parte era la que no podía explicar con palabras. Se le escapaba su verdadera naturaleza, y si fuera capaz de pedirle a alguien que la analizara, hubiera ido a un psiquiatra. Teresa percibía el calor que emanaba el cuerpo de Urko, e inconscientemente se arrimaba a él. Todo su ser vibraba con el menor de sus gestos hacia ella, tan necesitada estaba de ser valorada.

Cuando miraba a Fernando, se acordaba inevitablemente de su padre, porque su discreta forma de preguntar, de interesarse por ella, y su inteligente manera de saber cuándo callar, eran rasgos que reconocía. Sus ojos eran amables, todo en él inspiraba bondad, aunque se intuía que escondía sus pequeños secretos. Pero, ¿quién no? Los tres ocultaban, cada uno a su manera, un número indeterminado de fantasmas. Aunque Teresa estaba convencida de que era ella la que se llevaba la palma, con creces. Cuanto menos, sus fantasmas eran bastante más terroríficos que los que pudieran angustiar a Urko o a Fernando.

—Te pareces mucho a tu madre —le estaba diciendo Fernando—... Tienes su misma sonrisa —la observó con cuidado mientras volvía su mente al pasado—. Maribel era una gran mujer, ¡tenía recursos para todo! Tu padre una vez se abrió la pierna con la motosierra, tenía una brecha

de siete centímetros, ¡así! —mostró con los dedos el tamaño de la herida—, y como no podían bajar a urgencias enseguida, se la curó ella, con grapas de papel...

—En serio...

—...creo que estaba tan acostumbrada a que tu padre anduviera siempre averiado que tenía todo un arsenal en el botiquín y se había hecho una experta enfermera...

Se rió con ganas.

—...por lo visto el médico que atendió después a tu padre se quedó sorprendido de lo bien que había curado la herida y no tocó lo que ella había hecho...

—Mi madre era el alma de la familia —murmuró Teresa—... Sin ella, todo se hubiera venido abajo. Aún la echo de menos. A veces creo oír su voz llamándome... Pasara lo que pasara, ella siempre conservaba una sonrisa en la recámara, nunca he visto a nadie con tanto coraje.

—¿Tu hermana no viene nunca? —quiso saber Urko.

—A Cristina esto no le gusta. De todos modos no hemos vuelto ninguna de las dos, bueno, hasta ahora.

—Hace mucho que no la ves —intervino Urko—. A Cristina digo...

—Mucho.

En realidad había pasado demasiado tiempo aislada de todo, literalmente secuestrada en las garras de Christian. Se había dejado absorber de tal modo...

Pero eso iba a cambiar.

—Me alegro de que hayas decidido pasar aquí una temporada, me apenaba mucho ver cómo se iba degradando todo esto, pasar y verlo abandonado... ¡Ahora ya vuelve a ser lo que era!

—Salvo por las malas hierbas —se burló Urko—, cualquier día te vas a perder en esa selva que tienes ahí fuera.

—Ya, es que aún no tengo una desbrozadora, si no ya la hubiera cortado...

Urko y Fernando se miraron, pero ninguno dijo nada.

Cuando terminaron con el cordero, Urko se levantó y fue a buscar el postre al Land Rover. Había llevado «mamia²» recién hecha. A Teresa le encantaba, pero no la comía como era la costumbre, espolvoreando una capa de azúcar sobre ella. Urko y Fernando lo hacían así. Cogían con la cucharilla la capa cubierta de azúcar, se la llevaban a la boca, volvían a echar más, azúcar, volvían a comer. Siempre sin mezclar... Se deleitaban con cada cucharada. Teresa sin embargo echó azúcar, lo revolvió todo, como si de un yogur se tratara, y luego empezó a comérsela. Cuando Urko la vio, abrió la boca y se quedó mirándola, fingiendo estar horrorizado.

—Pero, ¿qué haces? ¡Así no se come!

—A mí me gusta así...

—Sacrilégio —murmuró el joven—... No te traigo más, si lo llevo a saber... Qué manera de estropearla, ¿por qué no has cogido un yogur del frigorífico?

—Pues así está buenísima —se rió Teresa con tono desafiante.

—Fernando, dile algo —gimió Urko.

—No, a mí no me metas...

Aquella noche Teresa durmió de un tirón, un sueño feliz, libre de pesadillas. Sus amigos se fueron en torno a la una de la mañana, después de dejarlo todo recogido. No dejaron que ella hiciera nada, como si se hubieran propuesto mimarla, al menos por una noche.

Al día siguiente se levantó despejada y cargada de energía, dispuesta a afrontar una nueva jornada. Tenía mucho que ver la posibilidad de que Urko fuera a quedarse unos días allí. Si caía

una nevada espectacular... casi lo deseaba, disfrutaría de su compañía y le conocería mejor. Le daba cierto vértigo, pero le gustaba la sensación. Quería hacer algo así, quería descubrir qué tal se las arreglaba, cómo se sentía... Si no caía tanta nieve, en fin... En cualquier caso la perspectiva era más que prometedora. Sonrió mientras en su cabeza se imaginaba al joven durmiendo allí, junto al fuego. ¿La ayudaría eso a desterrar de una vez sus demonios? Ya estaba deseando que llegara el viernes... y que nevara todo lo que quisiera.

Desde luego hizo caso a Urko y bajó a Legazpia a comprar más provisiones, esta vez para dos. Mientras recorría el supermercado, se debatía entre la ilusión y la incertidumbre. No es que deseara tener nada con el joven pastor, y eso en cierto modo la incomodaba. No estaba preparada, a ningún nivel. Tal vez él esperara algo así.

No... No quería tener que pararle los pies y crear una situación incómoda...

«Urko no es así...», se dijo. «No se aprovecharía de mi situación».

No pretendía demorarse mucho en el pueblo, lo que planeaba era volver cuanto antes y empezar a prepararlo todo para cuando llegara Urko el viernes. Además, si iba a nevar, tenía que ir cortando leña y metiéndola dentro. Anocheecía cada vez más temprano, lo que implicaba tener que trabajar por la mañana. Lo haría tan rápido como pudiera, para no estar mucho tiempo fuera, demasiado expuesta ahora que no tenía escopeta. Sabiendo que Uribe era el responsable de los robos, y que presumiblemente la tendría vigilada, no quería ponérselo fácil.

Así, para el mediodía estaba de vuelta. Abrió la langa y metió el Toyota. Entonces, cuando estaba descargando las bolsas con todo lo que había comprado, notó que algo había cambiado. Miró alrededor, buscando el origen de ese cambio. Entonces cayó en la cuenta.

La hierba.

En vez de una maraña de plantas arañando sus piernas hasta la altura de las rodillas, podía caminar sobre la hierba recién cortada. Olía de maravilla... Alguien había estado allí segando. Incluso la habían recogido. La descubrió amontonada a un lado, cerca de la leñera. ¿Urko? ¿Fernando? Estaba segura de que había sido uno de los dos. El refugio ahora se veía muy bonito, asentado sobre aquel manto verde de aspecto esponjoso, con los viejos fresnos erguidos alrededor...

—Vaya...

Aspiró el aire de la mañana, impregnado de aquel maravilloso olor a hierba recién cortada, feliz una vez más.

¿Había una nota en la puerta?

Teresa se aproximó, segura de adivinar lo que iba a encontrar. Alargó la mano y despegó un trozo de papel blanco, que estaba sujeto con un sencillo trozo de celo.

«No quería que te perdieras entre toda esa maleza, Urko.»

Teresa sonrió con ganas...

Se apoyó en la puerta, de espaldas, disfrutando del posible significado de aquel breve mensaje...

—...no tiene por qué significar nada, so boba...

De pronto la puerta cedió. Estaba abierta.

Teresa se apartó asustada. ¡La había cerrado bien antes de irse! Miró alrededor. No se veía a nadie. Se guardó la nota en el pantalón y empujó la puerta con la mano, asomándose al interior. Temía que hubiera alguien dentro. La cerradura había sido forzada. Sacó el móvil y buscó el número de Baena, por si acaso.

El refugio estaba igual a como lo había dejado, aparentemente al menos... Salvo que habían

arrancado las tablas de la puerta del cuarto de sus padres. Aparecían desparramadas por el suelo, astilladas algunas, como si las hubieran arrancado con una palanca. Teresa murmuró un exabrupto y miró dentro de la estancia. Estaba vacía... Algo tan normal le produjo sin embargo un alivio inmenso. Porque aún temía encontrar algo peor que el destrozo de un ladrón. Iba a tener que volver a clavarlas enseguida. Aquello sí le daba bastante miedo.

Continuó revisándolo todo. La luz del día bañaba la cocina, recogida y limpia, y en la chimenea aún ardían los restos del fuego que ella había cargado aquella mañana antes de ir al pueblo. Si habían entrado, no parecía que hubieran revuelto sus cosas. Aquello la extrañó, e hizo que aún se pusiera más nerviosa. Recorrió la cocina, el cuarto de baño... y finalmente entró en su dormitorio. Todo estaba en orden.

—No lo entiendo.

Se guardó el móvil en el bolsillo y regresó a la puerta de entrada. Examinó la cerradura. La habían agujereado con un taladro hasta sacarla. Un trabajo limpio. Iba a tener que cambiarla, y cuanto antes. Eso implicaba tener que bajar al pueblo una vez más, dejando el refugio abierto, a merced de cualquier desgraciado que anduviera pendiente de lo que hacía. No... Cogió el móvil y llamó a Fernando. Por suerte, el buen hombre respondió enseguida. Le contó lo ocurrido, y tuvo que apartar el teléfono de su oreja. Se escuchó una larga retahíla de improperios. Luego Fernando aseguró que precisamente tenía una cerradura nueva que había comprado hacía unas semanas.

—Quédatela tú, que yo puedo bajar a comprar otra en cualquier momento —aseguró—. La cogí cuando empezaron los robos, con idea de cambiar la cerradura aquí, por si acaso, pero ya ves, aún la tengo sin poner...

—Ah, no, no... Ponla, por favor, sólo necesito que alguien se quede aquí mientras bajo al pueblo, o algo así, es que me da miedo dejar esto abierto mientras no estoy...

—Ni hablar, subo enseguida y la ponemos, no te preocupes.

—Pero hay un agujero en la puerta...

—Tengo chapa, la soldamos y le ponemos algún refuerzo, ya haremos algo. ¿No te han quitado nada?

—No, está todo bien...

Teresa le agradeció su ayuda y colgó muy aliviada. Mientras tanto, empezó a sacar las bolsas de la compra del coche. Pensándolo bien, tampoco tenía nada de valor que un ladrón quisiera llevarse. Mejor, si ya habían visto que no había nada que robar, no volverían a molestarla. Cuando lo tuvo todo dentro, atrancó la puerta con un tronco que escogió de la leñera, con la largura y el grosor necesarios para hacer resistencia si alguien trataba de entrar. Había un escalón nada más acceder al refugio que haría de tope. Su padre, por las noches, lo utilizaba también de aquel modo para atrancar la puerta, incluso teniendo el cerrojo echado. A partir de entonces, ella haría lo mismo. Al final Salas había tenido razón, los ladrones habían vuelto mejor preparados. Menos mal que lo habían hecho aprovechando que había bajado al pueblo.

Recogió las tablas que aún estaban tiradas por el suelo, las apiló en un montón junto a la puerta del dormitorio, a la espera de que volviera a colocarlas en su lugar, y barrió las astillas del suelo.

Cuando fue a guardar lo que le había sobrado de la compra en la bolsita donde guardaba su dinero, se dio cuenta, espantada, de que sí que podían haberse llevado algo. Se había esforzado mucho en buscar un lugar adecuado para esconderlo, y al fin había escogido un hueco más que discreto debajo de una tabla suelta de su habitación. Para mayor seguridad, había colocado sus cosas encima, con idea de que no estuviera a la vista, ¡con toda la idea! No se veía, era imposible que alguien supiera que estaba allí... Había tenido mucha suerte. Aun así, al levantar la tabla y

meter la mano tuvo miedo... ¿Y si lo habían encontrado?

No. Allí estaba. La bolsita con sus fondos, a salvo. Suspiró aliviada.

Su dinero, sus fondos de supervivencia, lo que se había llevado del piso de San Sebastián arriesgando su vida... Teresa se sentó en el suelo y metió las vueltas de las compras en la bolsa. ¿Y si hubieran sabido dónde buscar? Un leve vahído nubló su mente. Le habrían quitado todo su dinero, ¡el colchón con el que iba a poder mantenerse allí sin depender de nadie!

—Dios... si no tengo nada más...

Fernando no tardó ni veinte minutos en subir. Se presentó cargado de herramientas en la parte de atrás de su todoterreno. Teresa le abrazó agradecida, y enseguida se mostró dispuesta a colaborar en lo que hiciera falta para reparar la puerta. Lo sacaron todo del coche y se pusieron manos a la obra. Con el buen talante de Fernando, y la serenidad que transmitía, Teresa empezó a calmarse poco a poco. Al fin y al cabo no había pasado nada grave y todo estaba en orden.

Estuvieron trabajando codo con codo, y, después de dos horas, el problema quedó no sólo solucionado, sino que la seguridad de la puerta incluso había mejorado. Además, la ayudó a tapiar la puerta del cuarto tenebroso con las tablas.

Por supuesto, le invitó a comer.

Más tarde, y a solas, estuvo revisando la cuidadosa reparación de la puerta de entrada. Había quedado reforzada, más fuerte que antes. Fernando había utilizado una gruesa chapa de acero para cubrir el agujero que los ladrones habían hecho. La había cortado en dos y había soldado una parte por dentro y otra por fuera. Después había hecho el hueco para encajar la cerradura nueva. Pero además, Fernando había practicado cuatro agujeros, dos en vertical a cada lado del marco de la puerta, en la parte de la pared interior que era de piedra, más resistente. Había estado trabajando para colocar allí dos soportes redondos destinados a hacer bajar por la noche dos recias barras de hierro que había traído. Hacían la misma función que el tronco que ella pensaba poner de todos modos para atrancar la puerta, salvo porque las barras bajaban de forma automática cuando ella cerraba la puerta, y entraban profundamente en la pared.

Teresa dudaba que pudieran volver a entrar. Sonrió pesarosa, porque, por desgracia, si los ladrones creían que podían encontrar algo, tal vez regresaran, ya que no se habían salido con la suya. Estuvo lo que quedaba de la tarde rumiando aquella posibilidad, preguntándose si sucedería algo, sabiendo que había ojos vigilando sus movimientos. Quizás debiera llevar el dinero siempre consigo...

Finalmente renunció a torturarse más pensando en ello, porque la profunda amargura que se estaba apoderando de ella amenazaba con arruinar su reciente felicidad, y... estaba decidida a conservar aquel reducto de bienestar abierto en las sombras que poblaban su corazón. Bienestar al que habían contribuido sus dos amigos, Fernando y Urko.

Por encima de todo quería desterrar el miedo. No sabía a qué obedecían sus visiones, o las espantosas pesadillas que estaba sufriendo... No quería ser Teresa Lasa, odiaba estar en su piel, encarcelada en aquella cáscara débil y temerosa, ser la frágil mujer en que se había convertido. Christian la había hecho así. Ella lo había permitido. ¿Habría tenido alguna opción de haber pretendido resistirse? ¿De verdad habría podido resistirse? Teresa suspiró. No lo tenía tan claro. No con alguien como Christian. Estaba casi segura de que nunca, desde el momento en que sus caminos se habían cruzado, desde que él la escogiera, porque sí, él la había seleccionado entre otras, había tenido una sola oportunidad.

Urko no iba a subir aquella tarde, porque andaba detrás de sus yeguas, reuniéndolas para bajarlas del monte, así que aprovecharía el tiempo en guardar todo lo que había comprado. Tenía

además que airear la colchoneta, hincharla, y comprobar que no estaba pinchada, por si tenía que bajar a comprar una nueva, antes de que llegara el temporal. Había hecho acopio sobre todo de conservas, comida no perecedera, porque su frigorífico era pequeño y ya no le cabía nada más. Lo almacenó todo bajo la trampilla que había bajo la ventana del norte, cuya temperatura además garantizaba que todo se mantuviera fresco.

Al sacar la colchoneta de su funda, recordó su primera noche allí. Había llegado sin rumbo, sin otro plan que esconderse, sin expectativas, atrapada en una red tan complicada que su mente ya no podía pensar más. Extendió la colchoneta por el suelo y miró alrededor. Todo estaba muy diferente de aquella noche. Sonrió. Tenía que reconocer que se encontraba bastante mejor, a pesar de todo. Tal vez no había sido tan mala idea refugiarse allí.

Entonces se levantó. Le debía una llamada a su hermana. Cristina debía de estar muy preocupada sin saber de ella. Marcó su número y esperó.

—¿Teresa...? —su hermana parecía aliviada. Se quedó callada un instante. Podía imaginarla tragándose la angustia que estaba pasando antes de hablar. Se lamentó por hacerla sufrir así—. Teresa... Creí que te había pasado algo...

—No, estoy bien. Muy bien, en realidad.

—¿Sí? —un suspiro barrió el oído de la joven—. Llámame más a menudo, por favor. No sabes lo mal que lo estoy pasando, y no poder ir a verte...

—Estoy bien —insistió—... Hasta he hecho nuevos amigos...

—¿Y de dónde has sacado nuevos amigos?

—¡De las cavernas!

Se rieron las dos, y al hacerlo liberaron en parte la tensión que acumulaban. Pese a estar a tanta distancia se sentían muy cerca. Teresa le fue contando las novedades, ciñéndose sólo a las cosas buenas, mientras tensaba la colchoneta y empezaba a hincharla con el inflador. Lo pulsaba con el pie y pensaba en que Urko pronto estaría allí haciéndole compañía. Eso hacía que su tono de voz resultara jovial y distendido. Cristina hacía tiempo que no la escuchaba reír. Para ella, que llevaba semanas pendiente de Teresa, era un síntoma maravilloso. Empezó a hacerse la ilusión de que las nubes de tormenta empezaban a disiparse al fin. No hablaron de Christian. Era un intruso en su vida, y Teresa no estaba dispuesta a dejar que se colara más en ella.

—¿Necesitas algo? No sé, ¿tienes para ir tirando?

—Sí... Sí, no te preocupes. Te llamaré si necesito socorro.

—Dicen que se avecina temporal. Lo he escuchado en la televisión esta mañana y me he acordado de ti. Va a nevar por debajo de los cuatrocientos metros.

—Lo sé, no te preocupes, tengo de todo, comida, leña —«y compañía...», pensó—... Estaré bien.

Cristina, su hermana del alma, su parte racional, responsable y sensata, la voz de su conciencia, siempre pendiente de ella, su guardiana más leal... Eran muy distintas la una de la otra, pero se complementaban, como si las locuras de Teresa, su imaginación y su creatividad, su impulsividad y su fuerza, equilibraran de algún modo la serenidad racional de Cristina. Ésta era un lago apacible y le encantaba que su hermana chapoteara en él revolviendo el fondo. Al menos de vez en cuando.

Cuando Teresa se despidió, su corazón latía lleno de afecto, cálido y animado. Y la colchoneta estaba hinchada, en perfecto estado. La apartó a un lado, preparada para cuando llegara Urko.

Se hacía de noche. A través de la ventana se apreciaba un cielo amenazador, muy oscuro. Más oscuro de lo que esperaba, en realidad. Lo observó algo inquieta. Tenía ese color que precede a

una nevada, y la temperatura en el exterior había bajado mucho. Por la mañana, en cuanto desayunara, iba a tener que ponerse a cortar leña sin descanso. Se acostó temprano, decidida a dormir plácidamente. Nunca miraba hacia la puerta del dormitorio de sus padres, pasaba por delante ignorándola, y procuraba no pensar en ello, mucho menos cuando se iba a dormir. Aquella noche tampoco le dedicó ningún pensamiento. Lo que hizo fue concentrarse en los días venideros, y en lo que podría significar la llegada de Urko.

Y la noche le concedió un respiro.

La mañana amaneció muy clara. La luz penetraba por la ventana de su cuarto, intensa y molesta, sacándola de un sueño reparador en el que hubiera preferido mantenerse, remoloneando un rato más. Sin embargo, recordó que tenía una ardua tarea por delante, y que el tiempo se le echaba encima, literalmente.

Por eso apartó el saco y asomó la cabeza.

Hacía muchísimo frío. Incluso veía su aliento, en forma de suaves volutas de humo, propagándose en el aire. El fuego en la chimenea debía de haberse consumido de madrugada, y probablemente el de la cocina también. Se levantó, buscó un jersey grueso entre su ropa, se calzó y se fue directa a encender el fuego en la chimenea. Efectivamente, apenas quedaban unos rescoldos aún humeantes. Puso papel de periódico sobre aquellos restos, luego unas cuantas ramas secas, y prendió fuego con una cerillas. Enseguida el papel ardió y las ramas prendieron con facilidad. En cuanto aquello cogió fuerza, le añadió un par de troncos y se fue a poner en marcha la cocina.

Al pasar por delante de la ventana, aterida de frío, vio que estaban cayendo algunos finos copos de nieve. El mal tiempo se adelantaba, lo que hizo que se apresurase para salir cuanto antes a por un buen cargamento de leña. Necesitaba cortar mucha, meterla dentro y apilarla junto a la chimenea. Si nevaba demasiado y se quedaba sin nada, tendría que abrirse camino hasta la leñera, algo que podía resultar muy engorroso, incluso si contaba con la ayuda de Urko.

Al salir, el tiempo estaba empeorando. Se había levantado una brisa gélida del noroeste, el cielo mostraba aquel aspecto gris uniforme, y una neblina mortecina lo cubría todo. Teresa, envuelta en su plumífero, se fue apresuradamente a la leñera y empezó la pesada tarea que tenía por delante. Hacía tiempo que no cogía un hacha, pero aún recordaba cómo empuñarla, cómo levantarla, y cómo descargarla sobre un tronco para partirlo en dos, sin hacerse daño. Fue partiendo leña hasta acumular una buena carga, la puso en una carretilla, la llevó dentro, y regresó para volver a empezar.

Con cada viaje, el tiempo empeoraba un poco más. Ya no sentía el frío, gracias al ejercicio físico que estaba haciendo, pero estaba preocupada. Porque si se adelantaba mucho el temporal, y caía una fuerte nevada inesperada, cabía la posibilidad de que Urko no pudiera subir. Estuvo a punto de llamarle, pero luego cambió de idea. No quería parecer ansiosa, y seguramente él también estaba pendiente del cielo.

Pasó toda la mañana trabajando, y para las dos, ya había formado una carga de madera tan grande que no cabía nada más. Estaba exhausta y se le habían formado algunas ampollas en las palmas de las manos. No le importó. Lo que sí le alegró, fue comprobar que el cielo se abría y que la amenaza de nieve pasaba de largo. Salió una vez más para guardar la carretilla y dejar el hacha en la leñera, contenta de ver que un sol tímido asomaba en el cielo. Cubrió el Toyota con una vieja lona que su padre solía tener en el garaje, y regresó al refugio, soñando con tomarse un buen caldo caliente y tal vez un choricillo cocido con pan tostado. Se le hizo la boca agua mientras lo

pensaba.

Baena no dejaba de pensar en Teresa Lasa, y en los motivos que la habían impulsado a esconderse en un refugio de montaña que llevaba años abandonado. Porque si algo le había quedado claro, era que se estaba escondiendo. Habían ido dos veces por la borda en la que estaba viviendo, y aunque en la segunda ocasión la habían encontrado mucho mejor, percibía en ella un miedo visceral. Lo veía en sus ojos, en la forma en que se movía, en cada gesto, en su voz... Era una chica apabullada, acostumbrada a callar. El típico perfil de mujer maltratada. Jon Baena tenía una hermana que había sido víctima de maltrato, y cuando detectaba un caso similar, le costaba mantenerse al margen.

Por eso estaba sentado delante de su ordenador, en la comisaría, recopilando información sobre ella. Como no estaba fichada, había tenido que recurrir a un colega en Erandio, de la unidad de investigación criminal, al que solía acudir cuando necesitaba una pequeña ayuda de forma extra oficial. Precisamente acababa de llegarle un escueto informe. Tal y como había imaginado, estaba casada. Christian Zaramaga era su marido, y no constaban denuncias contra él. No se sabía mucho más de Teresa, salvo que había estudiado Bellas Artes, que era administradora única en una empresa sin actividad de su marido, que tenía alquilado un piso en San Sebastián... Baena revisó tan escasa información varias veces, y dudó. Estaba tentado de entrevistarse con ella, preguntarle directamente por sus motivos... aunque sabía que no era cosa suya. Al rato apagó el ordenador. No estaba más tranquilo.

—Baena, hay un aviso —Salas asomó la cabeza en su despacho.

—¿Dónde?

—Otro robo, en una de las bordas, en la falda del Aizkorri.

—¿La de Zabaleta?

—Sí.

—Joder...

Se levantó y siguió a su compañero hasta el aparcamiento. Salas quería conducir. Le hizo un gesto elocuente a Baena, y se puso en el asiento al volante. Su compañero ocupó el otro, agradecido, porque así podía estar más distraído hasta que llegaran a la borda. El motor del todoterreno ronroneó al ponerse en marcha.

La tarde era fría y ninguno tenía ganas de hablar. Pasaron todo el camino callados, aunque cada uno iba pensando en cosas muy diferentes.

Salas estaba de malas, porque se sentía frustrado. Se moría por coger de una vez a Sandoval Uribe con las manos en la masa. Les estaba haciendo recorrer los montes día y noche, y no encontraban pruebas que le señalaran con la suficiente claridad como para determinar su culpabilidad y detenerle. Estaba seguro de que era él. Empezaba a estar harto de inspeccionar chabolas.

Tras el silencio de Baena, en cambio, se ocultaba una honda preocupación por la situación de Teresa Lasa. Intuía por lo que estaba pasando, y temía que la cosa acabara mal. Si algo así llegaba a ocurrir en sus narices... Estaba barajando seriamente la posibilidad de volver pronto por su borda, aunque, si lo hacía con Salas, no iba a poder hablar con libertad... Tal vez le hiciera una visita en su tiempo libre, como amigo. O quizás Salas le apoyara, ya lo había hecho en alguna otra ocasión y siempre había sido discreto. Conocía su sensibilidad con ese tipo de casos, y solía apoyarle cuando se dedicaba a hacer pesquisas por su cuenta. Además, conocía a su hermana, y la

apreciaba sobremanera.

La borda de Zabaleta se escondía en un pinar profundo y denso, en lo alto de una loma. Era pequeña pero estaba recién reformada. El tejado era nuevo, y lucía sus tejas rojas en contraste con el verde intenso del bosque. Cuando Salas y Baena llegaron, vieron enseguida que la puerta, de hierro, había sido reventada.

Eran las cuatro de la tarde y la temperatura estaba bajando mucho. Si las predicciones meteorológicas se cumplían acabaría nevando en un día o dos.

Salas dejó el vehículo aparcado en un claro junto a la pista de tierra por la que habían llegado, y apagó el motor. El pinar estaba sumido en una profunda tranquilidad. De vez en cuando se escuchaba el piar de un pájaro, y a lo lejos los cencerros de las ovejas que aún pastaban a aquella altura. Salas se bajó con los ojos clavados en el edificio de piedra, bajo y elegante. Su dueño solía utilizarlo para pasar el día con su familia, y no guardaba en él nada de mucho valor, salvo enseres de cocina y algunas herramientas. Bueno, eran cosas de valor para Zabaleta. Baena le siguió.

Los dos agentes caminaron juntos hasta la entrada, pisando suavemente sobre el mullido suelo de hierba, y se asomaron, linterna en mano. El interior estaba sumido en una penumbra apacible. Sólo había dos pequeñas ventanas enrejadas por las que apenas pasaba una tenue luz que provenía de un bosque de por sí sombrío. Todo estaba revuelto. Los ladrones habían tirado por el suelo las cosas de cocina, buscando algo que mereciera la pena el esfuerzo de entrar. Pronto descubrieron que se habían llevado todas las herramientas, según Zabaleta, una motosierra, un hacha, una sierra circular y un pequeño generador de gasolina. Nada nuevo, nada excesivamente valioso excepto para su dueño.

Sabían bien qué iban a encontrar, o, mejor, que «no» iban a encontrar. Aun así, los dos agentes regresaron al coche y sacaron su equipo para peinar el lugar buscando pruebas, hicieron las fotos de rigor e incluso buscaron huellas, aunque sabían que no iban a obtener nada.

Al terminar cerraron la puerta, le pusieron una cadena con un candado provisional, y abandonaron el lugar. Una denuncia más, otro robo sin resolver. Enviarían lo que habían extraído de allí a Erandio y esperarían respuesta del laboratorio sólo para saber que seguían sin tener nada.

—Deberían ponernos apoyo... ¿Qué pretenden que hagamos si tenemos que peinar media Gipuzkoa los dos solos? —protestó Salas—. Ese cabrón se está riendo de nosotros...

—Ayer se lo comenté a Iturriaga. Prometió hacer lo posible...

Salas soltó un bufido. Arrancó el coche y salió de nuevo a la pista.

—Vamos hacia Ormakio —le sugirió Baena.

—¿Por?

—Quiero comprobar una cosa, en el repetidor.

Salas lo pensó.

—Eso es al lado del refugio de esa chica, Teresa Lasa.

—Sí.

—¿Y?

Baena apretó los labios.

—¿Y? Vamos Baena, te conozco bien... Te he visto en el ordenador, sé que andas investigándola... —insistió Salas.

—No sé... Me escama lo de esa chica, ¿a ti no? Y con Uribe suelto me preocupa, la verdad...

—Bueno, no me importa pasar si es por eso.

—No quiero hablar con ella, al menos no necesariamente hoy, lo que quiero es mirar en el repetidor, para ver si andan durmiendo ahí.

Llamaban así a un refugio para montañeros que antiguamente había sido soporte de un repetidor. Aunque ya no estaba, continuaban llamándole así. Era pequeño y lo habían arreglado repetidas veces, pero los vándalos siempre acababan estropeándolo, quemando el interior, llenándolo de basura, cegando el depósito de agua con que contaba, encerrando a las yeguas dentro, o reventando las mesas, habilitadas alrededor para que la gente tuviera donde comer.

Para acceder hasta él, tenían que dejar el todoterreno en la pista que quedaba bajo el monte en cuya cima se levantaba, pintado de azul. Tenían que subir andando, y la cuesta era bastante empinada, una ladera desnuda de árboles y cubierta de helechos.

Cuando alcanzaron la cumbre del Elor-Txuri, suave y despejada, estaban jadeando. Desde allí arriba se apreciaba un hermoso paisaje. Detrás de ellos la crestería del Aizkorri lo llenaba todo, cubierta su falda de extensos hayedos. Al fondo se distinguían las lejanas siluetas del Amboto y el Udalaiz, y justo del lado contrario, destacaba el Txindoki y el pueblo de Zegama. Baena miró ladera abajo. Allí estaba el refugio de Teresa Lasa, su terreno, y al otro lado el Arranoaitz. Una suave humareda salía de su chimenea. El Toyota estaba aparcado junto a la langa, lo que significaba que andaba por allí.

—Despierta —Salas le dio un codazo—... Tú primero.

Se acercaron al porche del refugio, protegido por una barandilla de madera, y Baena empujó la pesada puerta hecha de medios troncos. El espacio destinado a los montañeros era pequeño, y contaba con una mesa, un banco corrido pegado a la pared, y una chimenea que hacía esquina. Alguien había estado allí recientemente. Baena entró y se acercó a los restos en la chimenea, rescoldos recientes que aún estaban calientes. Había sobre la repisa algunas latas de cerveza, y restos de comida en una bolsa.

—Esto no significa nada, Baena. Es un refugio para montañeros, cualquiera puede haber pasado por aquí.

—Ya lo sé, pero necesito comprobar si es cualquiera, y te pediré que no hagas comentarios al respecto. Ver, oír y callar. ¿Lo entiendes?

Salas asintió, esta vez sin su característica mueca socarrona en la cara. Baena se puso entonces un guante, y recogió una de las latas. La metió dentro de una bolsa de plástico de las que usaban para recabar pistas, y se la guardó.

—No quiero saber nada —luego lo pensó mejor—... Oye, si quieres bajar a hablar con esa chica, yo te esperaré fuera. Ver, oír y callar. Lo prometo.

El temporal de nieve se avecinaba, aunque Fernando asegurara que no, y Teresa lo esperaba con ilusión creciente. Había olvidado rápidamente el incidente del robo, ocupada como estaba su imaginación con cosas más alegres. Sabía que se estaba arriesgando al pensar tanto en Urko, porque aún estaba ligada al dolor que Christian había dejado en ella. Le daba vértigo.

Christian el controlador, su enfermiza necesidad de ceñirla a un patrón, su insano pulso por arrebatarse todo lo que era, por despojarla de todo lo que la hacía brillar con luz propia... Urko representaba todo lo contrario. ¿Estaba siendo una necia por querer acercarse a él? Incluso se había atrevido a salir de nuevo a pasear. Había pasado la mañana limpiando a fondo el refugio, y ahora, después de comer, se dirigía hacia el hermoso hayedo que había a apenas doscientos metros. Viéndolo ahora, no entendía cómo había esperado tanto para visitarlo.

De hecho, había sido uno de sus lugares favoritos de niña. Su hermana y ella habían acudido a él muy a menudo. Solían jugar en un rincón muy especial. Lo habían encontrado durante una de sus excursiones secretas, por casualidad, y lo habían escogido porque de él emanaba verdadera magia. En aquel paraje encantador, crecía el haya más antigua, un árbol milenario que había echado raíces contra la ladera escarpada y rocosa del bosque. Era probablemente el árbol más hermoso de todos, orgulloso y venerable, con su tronco inmenso cubierto de musgo, y sus grandes ramas plateadas, dispuestas caprichosamente para que ellas pudieran trepar y sentarse en ellas. Siempre habían creído que aquella haya reinaba sobre todas las demás, y que de sus profundas raíces emanaba aquella magia especial que percibían con su ingenuidad infantil. Cuando Teresa se abrazaba a su tronco, incapaz de abarcarlo, y apoyaba el oído y cerraba los ojos... creía escuchar su voz, y una energía antigua recorría su organismo, hormigueando a través de su cuerpo.

Hacía mucho que no pensaba en eso.

Se adentró en el hayedo envuelta en su abrigado plumífero. Hacía mucho frío, por eso llevaba un gorro de lana. Se apoyaba en su habitual bastón de avellano, para no resbalar al pisar la gruesa capa de hojarasca acumulada sobre el abrupto terreno. Sobre su cabeza, las ramas de los árboles se mecían desnudas; habían perdido sus últimas hojas en pocos días, con la bajada de la temperatura, y ahora se agitaban casi imperceptiblemente, rechinando de vez en cuando en el silencio de la tarde. Por encima del bosque, el cielo gris se extendía uniformemente hasta el horizonte. Aquel día no se veían los montes. El bosque se hallaba tapizado de colores ocres y amarillos, había muchos acebos, con sus hojas brillantes y puntiagudas, robles esbeltos que se elevaban a gran altura buscando la luz del sol, y algunos avellanos salpicando la ladera aquí y allá.

La apacible quietud de aquel lugar resultaba muy agradable. Los pasos de Teresa sonaron amortiguados. Hundía sus botas al caminar en el suelo blando, a través del denso manto de hojas muertas.

Era como flotar.

Y ella quería flotar, navegar surcando un mundo nuevo donde no hubiera ataduras, ni reglas, ni castigo. Ansiaba diseñar un paisaje apropiado para ser feliz, más acorde con el pulso de su corazón, lejos del recuerdo de Christian, de su frustración y su culpa. Teresa buscaba la manera de liberarse. No sabía cómo romper el vínculo, pero necesitaba hacerlo.

Por ahora, sabía bien a dónde iba. Caminó en línea recta, a través de un sendero invisible que sólo ella conocía, hacia el haya que recordaba de su niñez. Al poco rato la vio aparecer, anclada a

la tierra con fiereza; se hallaba respaldada, a su espalda, por una ladera de roca que cerraba el bosque por aquella parte, encaramada sobre una pendiente muy pronunciada que dificultaba el acceso hasta ella. Al verla, sonrió con nostalgia y se dio más prisa para alcanzarla. Se colocó bajo ella y se sintió diminuta. Levantó la cabeza para poder abarcarla con la mirada. Estaba tal y como la recordaba. Tres personas adultas cogiéndose de las manos, no hubieran podido abarcar su grueso tronco; una persona adulta no hubiera podido abarcar una de sus ramas. Apoyó la mano en el musgo mullido que cubría su piel de plata y esperó a sentir el familiar hormigueo... Pero tal vez la magia es cosa de niños, o ella había perdido la inocencia. El caso es que no sintió nada, salvo la suavidad del musgo. Sonrió apenada. Apoyó la cabeza y cerró los ojos, dejándose llevar, anhelando sentir algo...

Pero llevaba tanto tiempo vacía. Solía pensar que estaba anestesiada. No podía sentir nada. No se alegraba por nada ni por nadie, no mostraba interés por la vida, pasaba a través de ella sin formar parte de ella... Al parecer, no había espacio para nada más en su corazón. Como si su alma se hubiera replegado, a la espera de otro tiempo mejor para vivir. Tal vez se estuviera protegiendo a sí misma... La verdadera Teresa debía de estar en alguna parte.

Sin embargo, tenía que reconocer que con Urko su corazón había empezado a latir de nuevo. Un fuerte aleteo, algo nuevo y vibrante. Empezaba a estar ilusionada, y era algo tan fresco y vivificante que se resistía a dejarlo pasar. Se aferraba a esa ilusión con uñas y dientes, porque le hacía albergar esperanza.

Un leve chasquido llamó su atención, y Teresa abrió los ojos. No tenía por qué asustarse. En aquel lugar no.

De pronto percibió un movimiento dentro de su ángulo de visión, y se volvió con rapidez hacia su derecha. Allí, encaramado en una gran piedra que sobresalía de la pared de roca, estaba el lobo de pelaje gris, observándola. Era enorme y sus ojos dorados se mantenían fijos en ella. De pronto enseñó los dientes, aquellos enormes colmillos. Echó las orejas atrás y agachó la cabeza, amenazador.

Teresa tuvo miedo.

Era como estar dentro de un sueño, porque estaba segura de que ya no había lobos, ni allí ni en todo el País Vasco. Gimió, pegándose al tronco del haya, segura de que saltaría sobre ella en cualquier momento... Sin embargo algo llamó la atención del lobo, algo que debió incitarle a escapar. Se volvió y desapareció.

Teresa vaciló. Creía que lo había imaginado. Pero entonces, cerca del lugar donde había avistado al animal, descubrió algo que se movía. Estiró el cuello. Allí, entre la hojarasca, había un perro grande gimiendo. Parecía enfermo. Sorprendida, Teresa se levantó y se acercó un poco. Silbó con suavidad, mirando de reojo por si el lobo regresaba. El animal levantó un poco su enorme cabeza, para mirarla. Estaba tendido de costado, semi enterrado entre las hojas. Meneó el rabo con timidez. Era una hembra, y estaba famélica, se le notaban las costillas y las vértebras de la columna. No podía moverse. Cuando estuvo a unos dos metros, Teresa se detuvo y se agachó a su lado.

—Ey... Tranquila, no voy a hacerte daño...

La perra la olisqueó. Era muy joven, no debía de tener más de uno o dos años, y estaba sin collar. Teresa alargó la mano y dejó que la oliera. La perra lamió su palma y Teresa se acercó un poco más. Al final, pudo acariciar su morro negro. Su cabeza era grande y su mandíbula cuadrada, típica de un perro de presa. Parecía estar abandonada y hambrienta. ¿Qué hacer? No podía dejarla allí con el frío que hacía... Se levantó y la cogió en brazos. Pesaba muchísimo, pero podía con

ella. La perra no se revolvió. Estaba demasiado débil para hacer nada más que dejarse llevar. Se parecía muchísimo a su perra, Itzal. Eso enterneció su corazón aún más.

—Ven, te daré de comer...

Decidida a cuidar de ella, Teresa dio media vuelta y se encaminó de regreso al refugio. Le costaba caminar con un animal de unos treinta kilos de peso a cuestas, pero lo hizo. Le habían sobrado huesos y arroz de la comida, seguro que la perra agradecería poder llenar su estómago. Salió del hayedo y descendió hacia el terreno. Tras ellas no se veía a nadie. Si no la reclamaban, preguntaría en el veterinario del pueblo la próxima vez que bajara.

Al llegar al refugio la dejó en la entrada, junto a uno de los fresnos, y sacó fuera los restos de comida. Los puso en una cazuela vieja. La perra se sentó, olisqueó la cazuela, y alargó la cabeza para comer. Devoró su contenido mientras movía el rabo agradecida. Teresa se compadeció, estaba realmente delgada. ¿Cuántos días llevaría deambulando sola por el monte? Al ver que se terminaba lo poco que le había puesto, decidió preparar arroz con salchichas. Entró dentro, y para su sorpresa la perra la siguió dócilmente. Así que podía andar... aunque enseguida se derrumbó en el suelo, cerca de la chimenea, y desde allí siguió todos sus movimientos, relamiéndose de vez en cuando. A Teresa le gustó su compañía, y deseó que se quedara. Le puso agua y cerró la puerta.

—Lo siento chica, es por seguridad. Si quieres salir, no tienes más que pedirlo...

Echó el cerrojo y se puso a cocinar. La tarde avanzaba. Quedaba apenas una hora de luz. Sonreía feliz de poder cuidar del animal, aunque luego se fuera o alguien la buscara... Se preguntó, mientras calculaba la ración de arroz, por qué había vuelto a ver al lobo. Tenía que ser una alucinación, pero, ¿por qué?

A través de la ventana, descubrió que Baena y Salas bajaban por el monte, directos al refugio. Iban andando. ¿Qué hacían de nuevo allí? Extrañada, dejó el arroz un poco apartado para que se fuera haciendo lentamente, y se fue hacia la entrada. Al poco llamaron a la puerta. Teresa se giró para comprobar que la perra se quedaba donde estaba. Sus ojos dorados la miraban impasibles. Al abrir, Baena apareció solo. Salas se había sentado fuera, como si no le concerniera lo que su compañero hubiera ido a hacer allí.

—Buenas tardes, Teresa —la saludó Baena con una sonrisa—... Perdona que te moleste, ¿te importa que charlemos un momento? No te entretendré demasiado.

Teresa vaciló... pero no tenía motivos para no dejarle entrar, y Baena le caía bien, así que le abrió del todo y se echó a un lado para que pudiera pasar.

—Justamente acabo de hacer una nueva amistad —le contó con aire desenfadado—. A lo mejor me puedes decir si está abandonada o no... Está muy delgada, juzga por ti mismo...

—¿De qué hablas?

—De la perra...

Miró hacia la chimenea. Para su sorpresa, ya no estaba. Se giró, la buscó alrededor... bajo la mesa, en su cuarto... pero no estaba. Se quedó desconcertada, sin saber qué pensar.

—...se habrá colado al abrirte —¿qué otra explicación había?—... Vaya...

Lamentó que se hubiera ido, más de lo que se atrevía a admitir. Se había hecho ilusiones de poder cuidar de ella.

—Lo siento, no la he visto...

—Bueno, ya volverá si quiere —Teresa vio que Baena la miraba fijamente—... No esperaba que pasarais tan pronto. ¿Salas no entra? Hace frío fuera.

—No, esperará. Seré breve.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no, gracias.

Teresa se le quedó mirando de hito en hito, inquieta, porque el ertzaina parecía incómodo, y eso hacía que ella lo estuviera también. Empezó a temer que estuviera allí por motivos oficiales, y no por cortesía. Esperaba que Fernando no les hubiera pasado aviso del intento de robo. Al fin y al cabo no había tenido que lamentar nada y no le habían quitado nada, sólo le habían reventado la puerta.

—Hemos estado ahí arriba, en el repetidor... Ha habido un aviso de robo en una borda cerca de aquí y de paso nos hemos acercado.

Así que se trataba de eso.

—¿Por qué en el repetidor?

—Queríamos comprobar si alguien anda durmiendo ahí.

Teresa palideció sin poder evitarlo. Pensó inmediatamente en Uribe. No dudaba de que la estaba vigilando, pero la idea de que estuviera durmiendo tan cerca no le gustaba nada.

—¿Y...?

—Hemos encontrado restos de comida y los rescoldos de la chimenea son recientes. Claro que es un lugar de paso para los montañeros, no podemos sacar conclusiones precipitadas... Sin embargo, Teresa... sé que no es asunto mío, y no tienes por qué contestarme si no quieres, pero necesito saber por qué estás aquí.

—No comprendo —al parecer no se refería a Sandoval Uribe. ¿A quién entonces? Luego lo comprendió. No era difícil. Palideció—... ¿Qué más da?

—Importa... si como creo eres una mujer maltratada.

Aquello la pilló desprevenida. Las palabras de Baena descendieron sobre Teresa como una nube pesada, y su semblante se ensombreció. Para el avezado agente, fue evidente que sus ojos verdes perdían brillo, y que el miedo emergía con facilidad, arrebatándole el color de las mejillas. Su reacción fue suficiente respuesta, pero esperaba que ella tuviera el valor de decir algo.

—Sé que estás casada, con Christian Zaramaga. ¿Te estás escondiendo aquí de él?

—No es asunto tuyo.

—No, Teresa, escucha. No quiero que te sientas incómoda, pero tenía que preguntártelo... Verás, mi interés es personal, no he venido a interrogarte. Por eso Salas se ha quedado fuera, esto quedará entre tú y yo, nada más. Sólo quiero saber si necesitas que estemos pendientes, si crees que tu marido es una amenaza...

—Él no sabe que estoy aquí —afirmó Teresa con un mohín. Christian... no había pensado en él en los últimos dos días, y había sido casi feliz—... Y no quiero que lo sepa.

Tenía que decir algo para que Baena la dejara en paz... Quería que se fuera, que no insistiera más, que dejara de hacer preguntas...

—Entiendo.

—No, no lo entiendes.

—Créeme, sé lo que estás pasando. Lo sé, porque lo viví con mi hermana pequeña. Tienes mi teléfono directo, estaremos pendientes, pero si pasa cualquier cosa, llámame enseguida —Baena hizo una pausa—. ¿No quieres denunciarle? Podrías pedir una orden de alejamiento...

Teresa soltó un bufido. Se le habían encendido las mejillas. No quería tener aquella conversación con Baena.

—¿Para qué? No puedo demostrar nada.

Había amargura en su tono. Teresa se encogió de hombros.

—Sólo llámame si pasa algo.

Cuando Baena se fue, Teresa escuchó a Salas soltar algún comentario.

—...qué, ya la has cagado, ¿no?

Estuvo mucho tiempo mirando por la ventana. Tanto, que no se dio cuenta de que el arroz que estaba preparando para la perra vagabunda se echaba a perder. Sólo cuando olió a quemado se acordó de él, pero ya era tarde. Tuvo que tirarlo, y empezar de nuevo, sólo por si acaso el animal volvía. Le dejaría fuera la cazuela. Ojalá volviera, deseaba que regresara, y que le hiciera compañía. Pero se había esfumado, como un fantasma.

Ahora estaba nerviosa. La visita de Baena había removido tantas cosas... Se daba cuenta de que no había solucionado sus problemas, sólo los había aparcado. Era como si, por el hecho de haberse escapado, por estar escondida allí, lejos de todo, al margen del mundo, hubiera logrado cambiar su realidad. El agente acababa de recordarle que su vida continuaba ahí fuera, aunque se hubiera ausentado de ella por un tiempo. No podía permanecer permanentemente oculta. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta envejecer? ¿Hasta que la descubrieran?

La culpa... La culpa siempre regresaba...

El arroz empezó a hervir. Entonces un gemido sonó a su lado, y al bajar la mirada, descubrió emocionada que la perra estaba allí, a su lado. ¿Cómo podía ser?

—¡Así que estabas aquí! —susurró con lágrimas en los ojos. Se agachó y agarró la gran cabeza del animal con las dos manos, acariciándola—. Creía que me habías abandonado, ¿dónde te habías metido? Me has hecho quedar mal...

La perra gimoteó y lamió sus manos. Era un bonito ejemplar, una especie de perro de presa, o algo parecido. Algo más animada, Teresa terminó de preparar el arroz, le añadió las salchichas de sobre que guardaba en el frigorífico, y se lo puso junto a la chimenea.

Al menos no estaba sola.

A través de la ventana vio que empezaban a caer los primeros copos de nieve. La noche desterraba la luz del día velozmente, pronto no se vería nada. Puso en marcha el motor, y automáticamente se encendieron las luces. Así estaba mejor. Cargó el fuego, atizó las brasas, y se sentó en su butaca favorita. La perra se tumbó a sus pies, como si llevara con ella toda la vida.

—¿Y cómo te voy a llamar? —Teresa lo pensó durante un rato—. Itzal, porque eres como una sombra.

Itzal, como su perra, la que estaba enterrada bajo la piedra con forma de menhir que había junto a la langa. Le puso el nombre en honor a ella. Sí, definitivamente, se parecían muchísimo.

Se despertó sobre las doce de la noche, sobresaltada. El fuego casi se había apagado y la temperatura estaba bajando mucho. Se incorporó un poco y lo atizó. Luego añadió unos cuantos troncos más. Esperaba que así durase bastante. Teresa bostezó. Estaba muerta de sueño, y aun cuando se encontraba muy cómoda allí, junto al fuego, prefería acostarse. Buscó a la perra, pero no estaba. Otra vez. Se volvió, la llamó... Una vez más, misteriosamente, se había evaporado. Se fue a la cocina y la cargó también con bastante leña. Miró de paso, por si veía a su misteriosa compañera... Sin éxito. Cuanto menos resultaba desconcertante. Empezaba a pensar que el animal había encontrado algún «txoko³» donde esconderse dentro del refugio, un lugar del que ella no sabía nada, o donde no se le ocurría mirar.

Seguía nevando, y mucho. Si continuaba así, por la mañana habría cuajado y habría una buena capa. Esperaba que no demasiada, o Urko no podría subir. Al parecer el temporal se estaba adelantando... Bostezó de nuevo. Le lloraban los ojos de sueño. Se arrebujó en su jersey de lana y se fue a su habitación. Siempre que entraba en su cuarto, miraba de reojo el otro, por si acaso. Le producía repelús pasar cerca, y lo hacía muchas veces al día. No había manera de evitarlo en un sitio tan pequeño como aquél. Las tablas continuaban sellando la puerta, como debía ser. Se alegró por ello. Desde que la tapiara habían cesado sus malos sueños. Se estremeció y pensó en otra cosa. Se cambió de ropa con rapidez y se puso el pijama. Cuando se desnudaba, le parecía que era más vulnerable, y se le encogían los músculos, por eso se daba más prisa en terminar de cambiarse.

Le apetecía escuchar música tranquila, algo dulce que la hiciera dormir sintiéndose bien... Cogió su móvil, se puso los auriculares, se sentó al borde de la cama y seleccionó una lista de canciones que había guardado en algún momento. Empezó a escuchar...

—Sí... Esto servirá.

Sonrió animada. Entonces se levantó, puso la linterna del teléfono, y apagó el motor, cuyo ronroneo aún se escuchaba en la noche. Al instante se apagaron las luces y el silencio se adueñó del refugio. Teresa no lo percibió así, porque estaba escuchando su música. Saltó a su cama y se metió debajo del saco, envolviéndose en él, que estaba helado.

—...joder qué frío...

Movió las piernas, sacudiéndolas como si diera patadas, hasta que su organismo empezó a generar más calor y se formó un agradable microclima dentro del saco. Luego se estiró, se puso boca arriba y cerró los ojos. Inmediatamente sus pensamientos volaron hacia Urko, y la nota que éste le había dejado. Había sido todo un detalle que cortara la hierba. En realidad, el joven se estaba esforzando por tener detalles con ella. Tal vez pretendía llamar su atención, tal vez le estaba enviando un mensaje... Muchas veces había querido acordarse de él, cuando subía con su padre al monte y pasaba por allí, pero no lo había conseguido. A esa edad ella había sido una cabra loca, demasiado fogosa y llena de energía. Había sentido tantas ganas de abrazar la vida y bebérsela a grandes tragos, que se había perdido muchas cosas, o al menos no le habían impactado tanto como para dejarle alguna huella en el recuerdo. Lamentaba que Urko hubiera pasado de largo, porque le parecía que merecía la pena, y mucho. Apenas había tenido experiencias en el amor, y con Christian... todo había sido tristeza y dolor, casi desde el principio.

¿Estaba dispuesta a probar suerte de nuevo?

Algo se subió a su cama. Algo pesado... Teresa levantó la cabeza de golpe, asustada, y

encendió la linterna del móvil para ver qué era... Su peor pesadilla era que regresara aquello... ese «algo» del otro cuarto. Pero por suerte sólo era Itzal. Otra vez aparecía de la nada... ¿Dónde se escondía? El animal estaba sentado sobre sus piernas. Se sacudió y se tumbó cuan larga era, de manera que su gran cabeza quedó junto a su pecho.

—...qué susto me has dado cabrona —susurró en la oscuridad. Apagó la linterna y se tumbó de nuevo, contenta de tenerla a su lado, aunque pesara tanto que probablemente no pudiera moverse en toda la noche. Le daba tranquilidad—... ¿Cuánto pesas? ¿Y dónde estabas? Confiesa... ¿Dónde tienes tu escondrijo? Porque acabaré encontrándolo, no vayas a creer que vas a seguir tomándome el pelo...

Acarició su cabeza mientras se relajaba de nuevo. Su pelaje era suave, muy suave, y su cuerpo emanaba calor. Era como una estufa. Se abrazó a ella y se durmió.

«Al despertar por la mañana, la luz del sol entraba a raudales por la ventana de la cocina, tiñendo el espacio de motas brillantes que danzaban en un hermoso baño dorado. Todo parecía resplandecer, y Teresa se desperezó. Tenía el pijama de verano retorcido alrededor de sus piernas y la camiseta subida hasta los sobacos... Otra vez había estado dando vueltas. Pero había dormido bien, y se sentía especialmente feliz. Feliz como cuando la vida muestra su mejor cara, feliz como cuando los problemas no existen, como cuando se conserva la inocencia y el alma aún no ha sufrido heridas serias.

Un delicioso olor a pan recién tostado y a café inundó sus fosas nasales, y Teresa se levantó. Sentada a la mesa, en la cocina, estaba su madre. Su cabello, blanco como la nieve, brilla a la luz del sol y era como si una aureola envolviera su rostro lleno de paz. Se conmovió, porque hacía mucho que no la veía. Hacía mucho que se había ido, y la echaba de menos... Maribel levantó sus ojos oscuros y sonrió. Esa maravillosa sonrisa, que lo envolvía todo y convertía la oscuridad en un paseo por las nubes... Esa sonrisa que alegraba el día y llenaba el corazón de colores y promesas de amor incommensurable. Era su madre, era su amiga, su cómplice, su compañera... Teresa caminó hacia ella despacio, temerosa de que desapareciera. La luz bañaba su figura.

—Te has dormido cariño... Pero ya tienes el desayuno...

Teresa llegó a su lado y la miró en calma, grabando en su memoria sus rasgos amados. Luego alargó una mano y acarició su rostro. Maribel sonrió y la abrazó... Y fue como ascender al cielo y perderse en él... Teresa sintió su corazón galopar en libertad, una felicidad inmensa y genuina que recorrió su cuerpo e hizo vibrar su alma. Se estrechó contra ella buscando su consuelo, su protección, su amor de madre, su calor. Se quedó así mucho rato, mientras ella le acariciaba el pelo sin decir nada, porque no hacía falta.

Teresa se separó al fin, pero se quedó sentada muy cerca, por si acaso. No quería perderla de vista ni un instante.

—Tienes miedo cariño, y no deberías...

—No sé cómo evitarlo —murmuró ella—... Creo que lo llevo dentro de mí... He hecho cosas...

—No —su madre le puso un dedo en los labios y la miró a los ojos. Había una calidez en ellos tan grande, que Teresa se estremeció—... Eso no importa, mi niña. Lo único que importa es que empieces a vivir de nuevo. Sal ahí fuera y empieza de nuevo...

—Él no me dejará.

—Lo sé. Está cerca, aquí mismo.

—¿Qué puedo hacer...? Mamá, ¿qué puedo hacer...

Teresa se abrazó a su madre, sollozando, y se perdió en su calor. La añoraba tanto, la necesitaba tanto...

—Ten cuidado Teresa...»

Un gruñido de la perra la despertó. Teresa estaba dormida mirando a la pared, completamente destapada, y tenía lágrimas en los ojos. Trató de retener las sensaciones de aquel sueño tan dulce, quería recordar el abrazo de su madre, el tacto de su piel, sus ojos... Pero era un sueño, y como todos los sueños, se fue disipando irremediamente, y en su corazón quedó un vacío doloroso difícil de soportar. Se quedó quieta un rato, sosteniendo sus emociones contra el pecho, manteniéndolas... Pero Itzal gruñía, y eso al fin llamó su atención. Levantó la cabeza y la observó. Ya había amanecido, según su móvil, eran las diez de la mañana. Había dormido mucho más que cualquier otro día.

Se incorporó y escuchó. La perra tenía el pelo del lomo erizado y miraba con fiereza hacia la puerta, gruñendo en un tono ronco y profundo que parecía brotar de lo más hondo de su garganta. Ella no oía nada raro, pero si la perra estaba alerta, era porque algo pasaba. Eso la inquietó, y al instante recordó la advertencia de su madre en el sueño: «...ten cuidado, Teresa...». ¿Cuidado de qué?

—Mierda...

Se puso su jersey por encima del pijama y salió de la cama. La perra se bajó de un salto y salió... Se sentó frente a la puerta tapiada del otro dormitorio, con las orejas levantadas y la mirada fija en ella. Teresa supo que el animal intuía lo que había al otro lado... Eso la asustó. Más aún porque la perra recrudenció sus gruñidos, y de pronto soltó dos ladridos graves y secos, y sacó los dientes.

La joven no sabía qué hacer. Estaba parada en el umbral de su cuarto, temiendo que algo ocurriera, algo terrorífico... Y algo pasó. De pronto hubo un golpe fuerte, que venía desde dentro de ese dormitorio, y las tablas que tapiaban la puerta temblaron. Itzal saltó hacia atrás y empezó a ladrar con fiereza, erizada y nerviosa. Allí había algo. Teresa salió y se alejó, sin poder apartar la vista de la escena, la perra gruñendo y ladrando, saltando atrás y adelante delante del dormitorio, y las tablas de la puerta temblando con cada nuevo golpe. Era como si «algo» estuviera atrapado dentro de ese cuarto y quisiera salir, algo grande, algo muy grande, que empezó a revolverse y a pegar contra las paredes y la puerta, haciendo temblar el suelo, los muros, las vigas... Teresa chilló, se acuclilló y se tapó los oídos, aterrorizada... ¿Por qué? ¿Por qué se empeñaba en permanecer allí con aquel horror atosigándola? ¿Por qué seguir sufriendo como lo hacía...?

«...porque ésta es mi casa, es de mi familia, aquí fui feliz... y no pienso permitir que eso me obligue a abandonarlo... Sería como rendirme, y reconocer que no puedo ganar...».

Y entonces todo cesó.

Un lametón en el oído hizo que Teresa se quitara las manos de la cabeza. Itzal estaba ahora a su lado, y lamía sus manos, sus orejas y su rostro con amabilidad, meneando el rabo. Ya no estaba furiosa, ni siquiera tenía el pelo erizado. El peligro parecía haber pasado.

Cuando su corazón dejó de latir como si fuera a saltar de su pecho, pudo levantarse y acariciar a la perra. La abrazó, agradecida por el simple hecho de estar allí, acompañándola frente a «aquello». Creía que había logrado mantenerlo fuera del refugio, pero al parecer, nunca había salido de allí, sino que estaba en ese dormitorio, ahora encerrado. ¿Resistirían las tablas?

«Ten cuidado Teresa...»

¿Había querido su madre advertirla del peligro? ¿Era real ese peligro? Había de serlo si hasta

la perra lo detectaba.

No sabía qué hacer, y no podía hacer mucho, así que se vistió y se fue a la cocina a preparar el desayuno. Para su sorpresa, había nevado bastante y un suave manto de nieve lo cubría todo. El paisaje ofrecía una hermosa estampa. Al menos, el cielo estaba despejado, de un azul intenso, y lucía un sol espléndido.

—¡¡Teresa!!

Llamaron a la puerta, y una sonrisa iluminó su rostro al comprender que Urko estaba allí. No podía haber llegado en un momento más oportuno. Fue corriendo a abrirle la puerta, deseando verle y estar con él.

—¡Buenos días! —el joven estaba bajo el porche, abrigado con un grueso abrigo de lana, y sonreía abiertamente. Estaba guapísimo.

No pudo contenerse, y se abrazó a él, desesperadamente.

—Yeeeyyy, tranquila —Urko se rió encantado—... Menuda nevada ha caído... Ya estaba temiendo que siguiera así hoy, pero ya ha parado.

—¿Vas a quedarte?

—No, he venido a verte. He hecho una escapada —entró en el refugio y Teresa cerró la puerta tras él. Mientras se sacudía las botas y se quitaba el abrigo, fue a prepararle café—... Ya he bajado las yeguas, y como tenía permiso, he aprovechado para subir por aquí. Espero que me invites a desayunar. A las once me tengo que ir, y ya pasado mañana me vengo. Bueno... si aún te apetece...

—¿A ti qué te parece? —sonrió Teresa.

Urko se rió, y acercó las manos al fuego.

—¿Cómo está el tema? ¿Te ha costado subir?

—Baaaah, no hay para tanto. Unos quince centímetros, no más, y las pistas están bien. Con este sol se va a fundir la nieve enseguida, así que no te preocupes.

—Mejor...

—¿Cómo estás?

Teresa lanzó una mirada hacia el dormitorio, pero no quiso contarle lo ocurrido. Sin embargo, se fijó en que de nuevo la perra no estaba. Aquello ya era más que extraño. Había estado a punto de enseñarle a Urko a su nueva amiga, pero... como de costumbre, no iba a poder ser, así que prefirió no mencionarla. Si aparecía, bien, y si no, también. Tal vez la asustaran los extraños... Pero entonces, ¿dónde se metía?

—Contenta de verte —se sonrojó un tanto, y se giró para que él no se diera cuenta—. Justo iba a desayunar.

—¿Se te han pegado las sábanas?

—El saco, más bien...

—Me contó Fernando lo del robo... Ha hecho buena labor en la puerta, me he fijado en la cerradura nueva.

—¿Has visto las barras?

—Sí, joder, ¡menudo búnker!

—Ten... —le puso el café delante.

—Me voy a acabar aficionando a tu café.

—Porque está bueno.

—Porque está bueno, sí.

Era fácil estar con Urko. Su buen humor siempre era contagioso, se prestaba a las bromas, y no

se negaba a hablar de cualquier cosa, todo lo hacía natural. No había subterfugios en su conversación, ni doble fondo en su personalidad. Lo que era, era, claro como el día. Y eso le gustaba, muchísimo. Teresa se sentó a tomarse su café con leche a su lado, sintiéndose muy cómoda. Estaba deseando que llegara el viernes.

—¿Y eso?

Urko acababa de descubrir la cazuela con arroz de la perra y el cuenco con agua.

—¿Tienes perro o qué?

Así que al final iba a tener que contárselo.

—No exactamente... Es que hay una perra que anda yendo y viniendo, supongo que está abandonada, y anoche le puse comida y agua. No sé dónde anda, pero se lo he dejado ahí por si vuelve...

Entonces el joven apartó un mechón de pelo de su rostro y lo puso con delicadeza detrás de su oreja. Luego sonrió, y ella se sonrojó.

—Me gustas mucho, Teresa —ella enrojeció aún más. Sus ojos verdes chispearon. Su corazón empezó a bombear con fuerza, al ritmo de alguna canción que empezaba a sonar de fondo en su cabeza—... Y creo que voy a besarte.

Entonces Urko se aproximó, se inclinó, y la besó, al principio con suavidad, tanteando su respuesta... luego más prolongadamente, más y más profundamente. Sus labios eran muy cálidos, y sabía besar... O es que a ella nunca la habían besado como Dios manda, o es que le gustaba muchísimo aquel pastor de Zegama. La cuestión es que se dejó llevar, y correspondió aquel beso con toda el alma. Se abrazaron tiernamente, en medio de un silencio matinal apacible y sereno.

—Joder... qué bien besas... —se rió ella cuando él se apartó para acariciarla.

Urko apoyó su frente en la de ella. A aquella distancia se establecía una íntima complicidad.

—Era por devolverte el favor, ya que me haces el café y todo...

—Bueno, puedes volver cuando quieras, si es por eso.

—¿Puedo? —Teresa se mordió el labio inferior—. Porque me encantaría repetir, y me encantaría besarte todo el cuerpo, la verdad...

Se besaron de nuevo. Teresa enterró los dedos en el pelo de él, mientras se perdía en aquella marea arrolladora de emociones que Urko despertaba en su corazón.

—¿Tienes que marcharte? —protestó.

—Sí —aseguró él—... ¿Qué te parece si ahora desayunamos... y continuamos esta conversación cuando venga el viernes?

Teresa sonrió, encantada con semejante expectativa. Entonces Urko se levantó y se puso a preparar el desayuno para los dos.

—¿Tostadas?

—Sí, por favor...

Era la primera vez que un hombre hacía el desayuno para ella, y Teresa se divirtió viendo cómo el joven pastor se movía con soltura por la cocina. Aún conservaba el sabor de sus besos, y tenía el pulso disparado en las venas.

Desayunaron juntos, riendo y charlando, hasta que el tiempo marcó el final de su breve encuentro y Urko tuvo que marcharse. Se puso su abrigo y la besó en la entrada, prometiendo con voz ronca regresar en dos días, por la mañana temprano. Teresa se abrazó a él, rezando para que los dos días pasaran rápido, cuanto antes. Le vio marchar con una sonrisa en la boca.

Urko hizo retroceder su Land Rover marcha atrás, siguiendo el camino ahora oculto bajo la nieve, y luego giró para salir del terreno y empezar a bajar por la pista, muy despacio. Antes de

desaparecer tras la primera curva, tocó el claxon y sacó la mano por la ventanilla para saludar, y Teresa le correspondió con alegría y nostalgia a la vez. Aún no hacía ni dos minutos que se había marchado y ya le echaba de menos.

Ya no podía verle, pero el ronroneo del motor de su coche se escuchó aún durante un rato, y luego todo quedó en silencio; un silencio que la nieve se encargaba de aumentar, pues se tragaba los sonidos naturales de los pájaros, o el de la brisa en las ramas de los árboles. Todo estaba envuelto en aquella blanca quietud.

El Arranoaitz y el Elor-Txuri mostraban sus laderas completamente cubiertas de nieve, imponentes; el terreno era como un gran manto blanco y uniforme, y a lo lejos, las cumbres de los montes brillaban bajo la luz del sol, como enormes terrones de azúcar, con sus bosques enterrados trepando por sus costados. Allá abajo se distinguía el pueblo de Brinkola, también nevado.

Era como estar dentro de una postal navideña.

Ya estaba vestida, hacía una mañana maravillosa, y Teresa no quería volver a entrar al refugio y quedarse a solas con aquel «algo» acechando en el dormitorio... No, de ningún modo. Prefería pasear y llevarse consigo el recuerdo de la visita de Urko. Tampoco había mucho que pensar, así que volvió para ponerse su plumífero, recogió su móvil, y salió, cerrando la puerta con llave. Pasó bajo los fresnos, cuyas ramas oscilaban con la brisa del norte, repletas de nieve, y siguió las huellas que había dejado el Land Rover de Urko fuera de la langa, dos largos surcos rompiendo aquella perfecta uniformidad blanca. Justo en el punto donde había girado para bajar hacia el pueblo, ella siguió adelante hasta sobrepasar el muro que delimitaba el terreno, ahora sepultado por la nieve. Subiría a la cima del Arranoaitz y seguiría el recorrido que iba hacia el Otaño, por el Oamendi y otras colinas de suave recorrido que harían de su paseo una delicia. Antes de llegar al Otaño, bajaría a una de las muchas pistas que recorrían aquella parte del valle y retrocedería de regreso al refugio, pasando por lo que siempre habían conocido como la chabola de los caballos, una pequeña borda abierta donde se refugiaban las yeguas del frío.

Sus botas se hundían a cada paso con un crujido en aquella nieve virgen. Apenas había empezado a subir, cuando Itzal apareció a su lado. Teresa no dijo nada al verla. Empezaba a acostumbrarse a su caprichosa manera de aparecer y desaparecer. Se alegró de que hubiera decidido acompañarla.

La ronda por el valle se iba tornando más y más complicada a medida que la meteorología empeoraba, y lo estaba haciendo a marchas forzadas. El todoterreno de Baena y Salas saltaba con los baches, y sus potentes focos empezaban a resultar escasos para permitirles ver algo con la nevada que estaba cayendo. Salas conducía esta vez, porque a su compañero no le gustaba llevar el coche de noche. Los árboles que bordeaban el camino destacaban en la oscuridad, recortadas sus negras siluetas cuando las luces del vehículo los alumbraban. El parabrisas trabajaba a un ritmo frenético para limpiar la nieve que se acumulaba en la luna delantera.

—...deberíamos darnos la vuelta por hoy o nos quedaremos atrapados —decidió Baena.

—...ya falta poco. Quiero llegar hasta el final de esta pista, estoy seguro de que hay algo en la borda que era de Peña, el de Zumárraga. Ahora la usa Uribe.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tengo mis fuentes, Baena... ¿O te crees que eres el único?

—Aunque sea así, ¿qué crees que vas a sacar en claro?

—Pues que creo que guarda ahí todo lo que va robando.

—¿Cómo lo sabes?

Salas se encogió de hombros.

—Sólo quiero comprobarlo.

—No merece la pena si luego nos quedamos atascados en mitad del monte.

—Son cinco minutos. Ya que estamos...

Salas, cuando se proponía algo, era terco como una mula. Condujo un rato más, inclinado sobre el volante para ver mejor, mientras la ventisca arreciaba y la nieve se acumulaba en el camino.

Tardaron en llegar a la borda mencionada por Salas más de diez minutos, debido a que las condiciones de la pista que seguían empeoraban cada minuto que pasaba. Cuando el pequeño edificio de piedra surgió ante los focos del coche, Baena soltó una imprecación. Estaba de muy mal genio, deseando largarse de allí. Salas detuvo el todoterreno, cogió una linterna, sacó su pistola reglamentaria y salió al exterior. Enseguida un golpe de viento azotó su cuerpo, y el frío mordió la piel de su rostro haciéndole torcer el gesto. Baena le siguió, jurando para sus adentros contra su compañero.

La borda era cuadrada y baja, y estaba muy deteriorada, pero se conservaba en pie, con el tejado en buen estado, ahora cubierto por una densa capa de nieve. Salas y Baena se hicieron una señal con la cabeza cuando comprobaron que la puerta de entrada estaba abierta.

—...cuidado...

Avanzaron a través del terreno nevado. Sus botas se hundían, y el viento golpeaba con fuerza. Salas fue por delante y se asomó al interior del refugio. Al instante se echó atrás, con una mano en la nariz.

—...joder... qué hedor...

Se subió el cuello de su chamarra y se cubrió la boca y la nariz. Baena le imitó, sólo por si acaso. Linterna en mano, entraron.

Allí, amontonada contra la pared, había una buena carga de herramientas, motores, desbrozadoras... Tal y como Salas había predicho, material sin duda robado. El agente sonrió con su habitual aire socarrón, muy ufano de demostrar que había tenido razón, pero entonces Baena

apuntó con la linterna alrededor... Y la dejó fija en un rincón.

—...joder, Salas...

La luz iluminaba una escena dantesca. Suspendido del techo, con las piernas y los brazos colgando de forma macabra, estaba Sandoval Uribe. Estaba muerto. Su cabeza miraba al suelo, y su rostro estaba horriblemente deformado. Aún conservaba una mueca de horror, sus ojos abiertos estaban cubiertos de un extraño velo blancuzco, completamente opacos, y su lengua asomaba negra e hinchada desde su boca abierta. Tenía el pecho hundido, reventado, y el vientre desgarrado. De él habían brotado sus entrañas, desparramándose por el suelo...

Baena vomitó, mientras que Salas no se movió, hipnotizado por semejante visión. Uribe debía de llevar poco tiempo muerto, aunque sus tripas despedían un olor insoportable... a podrido y a azufre. El agente se aproximó un poco, y alumbró el cuerpo más de cerca. Se preguntaba cómo podía estar colgando así del techo, como si nada lo sujetara. Y efectivamente, no había nada que lo mantuviera allí. Su piel estaba adherida a la piedra de la pared, y parecía enrojecida y cuarteada allí donde entraba en contacto con ella. El interior del cuerpo del cadáver parecía estar abrasado desde dentro. Uribe debía de pesar unos noventa kilos.

—No lo entiendo... —murmuró.

Baena, algo más compuesto, se le acercó.

—¿Cómo lo han subido ahí?

—¿Y cómo se mantiene ahí? Es como si estuviera pegado...

—No importa. Vamos a tener que irnos o no saldremos de aquí, y no tengo ganas de pasar la noche con un cadáver... Con este cadáver. Hay algo... siniestro...

—No, yo tampoco quiero quedarme aquí...

—Avisaremos a comisaría por el camino, pero éste se va a quedar aquí hasta que pase el temporal. No va a poder venir nadie hasta aquí en unos días.

—Joder... joder... ¿Habías visto algo igual?

Baena negó con la cabeza.

—Alumbra bien, voy a sacar algunas fotos y nos vamos.

Salas tomó algunas instantáneas desde todos los ángulos y alrededor, documentando lo que habían encontrado, para poder informar en comisaría y adelantar algo a la unidad de investigación de Erandio. Luego salieron de la borda, buscaron una cadena y un candado en el todoterreno y cerraron la puerta, asegurándola para que nadie pudiera tocar nada. Para cuando montaron en el coche y retrocedieron por la pista, la nieve les llegaba ya por las rodillas. Pronto los caminos serían impracticables. Salas procuró acelerar el ritmo, deseoso de salir de allí.

Ninguno dijo nada mientras atravesaban los montes a través de la ventisca, demasiado impresionados con lo que habían descubierto. Al fin tenían la certeza de que Uribe era el ladrón que les había estado toreando tanto tiempo, y le encontraban destripado como un cerdo. No parecía una venganza. Ninguno se atrevía a mencionarlo en voz alta, pero los dos estaban pensando lo mismo. Que había algo extraño en el cadáver. O tal vez la luz y las circunstancias les habían engañado.

En cualquier caso, no lo sabrían hasta que la científica pudiera hacer su trabajo, y probablemente eso no iba a poder ser hasta que amainara el temporal, en unos cuantos días. Y si las predicciones acertaban, el mal tiempo y la nieve iba a durar al menos una semana.

Aquella noche ninguno de los dos agentes durmió en absoluto, demasiado impactados por lo que habían encontrado en la borda. En comisaría, Iturriaga, su superior, había recibido las fotos que Salas había tomado de la escena del crimen con estupor e incredulidad. Por supuesto habían

tenido que pasar un buen rato encerrados en su despacho, redactando un informe que recogiera todos los detalles del caso, y ese informe, junto con la documentación gráfica, había sido remitido a Erandio, donde ya estaban al tanto del asesinato de Sandoval Uribe. Por supuesto la Ertzaintza, nada más recibir el aviso de Baena y Salas, había puesto en marcha todos sus dispositivos para tratar de llegar al lugar donde se encontraba el cuerpo de Uribe, aunque sin éxito. Ni con «orugas», ni mucho menos con helicópteros, era viable acceder a la borda de Zabaleta sin correr excesivos riesgos, de manera que habían tenido que ceder ante la climatología.

Una enorme frustración dominaba el ánimo de los dos Ertzainas y de sus superiores por haber tenido que abandonar la escena del crimen a causa del temporal. Todos los mecanismos se habían puesto en marcha, pero estaban pendientes de la climatología.

Por la noche, Baena, tendido en su cama, le daba vueltas a la siniestra experiencia vivida, incapaz de conciliar el sueño. Miraba el techo, preguntándose a qué se enfrentaban, y si se trataba de algo puntual, algo relacionado en exclusiva con Uribe y sus muchas fechorías. Pensaba en ello porque le parecía que un ajuste de cuentas no se correspondía con lo que habían encontrado. La forma en que su cuerpo colgaba del techo, el aspecto del cadáver... Demasiado sórdido, demasiado... antinatural. Parecía tratarse más bien de una escena sacada de una película de terror.

Baena era un hombre divorciado, y vivía solo. Esa soledad solía pasarle factura cuando el trabajo le asediaba, y aquella noche lo hacía.

Su teléfono móvil sonó. Se giró y lo recogió de la mesilla. Eran las dos de la madrugada. Frunció el ceño. Era su colega, de quien solía obtener información extraoficial, el mismo que le había facilitado el informe de Teresa Lasa.

—Al habla Baena...

—Siento llamarte a estas horas, pero algunos seguimos trabajando horas extras. ¿Estabas durmiendo?

—No.

—¿El caso de Uribe? He visto las fotos. No me extraña que no puedas dormir.

Baena guardó silencio.

—...pero no te llamo por eso —continuó el otro—. Te llamo por ese asunto de Teresa Lasa.

Ahora Baena se incorporó interesado.

—¿Qué hay?

—Al parecer su marido está desaparecido. Hace días que nadie sabe dónde está. Con su familia parece que lleva años sin tratarse. Y... tengo los resultados de lo que me mandaste. Las huellas no son de Christian Zaramaga, como tú pensabas, sino de Uribe.

Baena escuchaba en silencio, procesando la información en su cabeza. Así que había sido Uribe el que había estado durmiendo en el refugio del repetidor, y no Zaramaga. Sintió alivio y decepción al mismo tiempo.

—¿Es todo?

—Es todo, por ahora. Buenas noches, procura dormir.

Cuando colgó, Baena se sentó sobre su cama y estuvo meditando el asunto. Que Uribe hubiera estado espionando a Teresa no era de extrañar. Entraba dentro de lo probable que pretendiera robar también en su borda... e incluso que quisiera algo más, dados sus antecedentes. Ahora ya no iba a poder llevar a cabo sus planes, porque estaba muerto. Sin embargo, esto dejaba una incógnita abierta que le preocupaba mucho. ¿Dónde estaba Christian Zaramaga?

No debía descartar la posibilidad de que, siendo un marido maltratador, obsesionado con su esposa, pudiera estar buscándola, incluso que pudiera haberla encontrado y estuviera planeando castigarla por haberle abandonado.

«...La noche y ese intruso que me observa con ojos de hiena... Las sombras, y ese depredador que se yergue entre mi cuerpo congelado y el sueño, que se niega a visitarme... La oscuridad preñada de silencios que torturan mi memoria en un castigo infinito, con sus voces venenosas rumiando mi destino...

La noche... y esa perversa intuición suspendida en un alarido sofocado por el propio miedo que se aferra a la garganta y me trepa hasta nublar me el sentido... Las sombras que esconden el enigma que avasalla mi entereza y se lleva las preguntas más allá del límite, donde no hay respuestas... La oscuridad, deleitándose en la sombra que se ampara en la noche; la oscuridad, ese velo que me viste de angustia y serpentea a flor de piel erizando mi miedo, cortante... y fría...

La noche, y ese atrevido invasor; descarnado con su máscara siniestra, que esconde mis pecados... Las sombras, y esa lasciva renuente que me atosiga con lo que no fui, lo que no hice, lo que incumplí, desgarrada la garganta con el grito acusador que sacude mi conciencia, con el vapuleo del verdugo que atrapa el viento y lo encierra en un suspiro...

La noche, ese reino de dudas, de fantasmas, plagada de confusión, el infierno del arrepentido que cierra los ojos al castigo... Las sombras, rezagadas del abismo que se abre entre mi mente dominada y la posibilidad de un amanecer y el destierro de sus esbirros... La oscuridad, que se precia de su dominio, y se extiende más allá de mi conciencia, cayendo como un manto de rocío helado sobre el mundo...

No hay noche como ésta tan fría y solitaria, cuando aspiro a la luz, al entendimiento... cuando no duermo ni despierto... y se turban mis desvelos con el engaño, tumbada y presa del devaneo nocturno...

A veces... la noche y sus sombras, las sombras en la oscuridad, señorean mis sentidos.

A veces... sólo a veces, desearía despertar sin haber dormido, cuando no duermo ni despierto, pero sueño que me desvelo, cuando dudo si he dormido.»

El camino de vuelta se prolongaba rodeado de pinos. Llaneaba constantemente, bordeando los mismos montes por los que había estado paseando a la ida. A medida que avanzaba, el tiempo fue empeorando. El día pasó de ser soleado y brillante, a nublado y amenazador. Para cuando alcanzó a ver de nuevo el terreno, el sol se había ocultado ya detrás de una masa de nubes negras que habían llegado desde el noroeste, impulsadas por el viento. Teresa alzó la vista preocupada, y se cerró el plumífero hasta el cuello, acusando el descenso de la temperatura ahora que no calentaba el sol. Hacía un rato que no veía a Itzal, y empezaba a sentirse extrañamente nerviosa. Después de dos horas y media de caminata, también se sentía bien. Sus piernas se habían tonificado, sus pulmones se abrían con libertad, y su mente se había despejado... Pero ahora, un vago malestar anidaba en la boca de su estómago y estrangulaba sus emociones. Como si la ausencia de la perra fuera la premonición de un cambio... a peor. Como el tiempo.

Empezó a nevar enseguida, y antes de que llegara siquiera a tomar el camino que llevaba hasta la langa del refugio, caían gruesos copos de nieve de forma copiosa. El viento los arrastraba contra ella, un viento cortante, gélido. La visión de la borda animó a Teresa a correr el último tramo, deseando llegar para poder calentarse junto al fuego y resguardarse del temporal que se avecinaba. Al cruzar la langa, echó un último vistazo alrededor, buscando a la perra. La llamó varias veces, pero no había rastro de ella, y al fin tuvo que resignarse y alcanzar el porche sola. Abrió la puerta de entrada y saltó dentro del refugio, con un bufido de alivio. Se sacudió la nieve de las botas y el cuerpo, y cerró con llave la puerta. Se escuchaba la voz del viento, como silbidos agudos que azotaban las paredes y el tejado.

El fuego se había apagado en su ausencia, y hacía demasiado frío. Teresa corrió a encenderlo, y luego se ocupó de reavivar el de la cocina. Puso el caldo que quedaba a calentar, hambrienta. Por las ventanas se veía nevar. Se había desatado una verdadera ventisca. ¿Cómo podía haber cambiado así el tiempo? Se había adelantado el temporal, y era muy probable que para el día siguiente las pistas estuvieran del todo impracticables. Eso significaba que Urko no podría subir, y que iba a quedarse aislada. La idea le disgustaba mucho, máxime después del breve encuentro de aquella mañana.

Dedicó un instante a pensar en Itzal. ¿Dónde estaba con la que estaba cayendo? A Teresa le preocupaba que sucumbiera al frío... Pero no podía hacer nada por ella. Esperaba que arañara la puerta para entrar, si es que lograba encontrar el refugio a través de la ventisca. Luego volvió a pensar en Urko, y en la oportunidad que acababan de perder.

Se sentó junto al fuego y esperó a que su cuerpo recuperara algo de calor. Estaba aterida. Acercó las manos a las llamas. Se formaba vaho al respirar. Se fue a buscar el saco a su cuarto y regresó, para envolverse en él sentada en la butaca mientras el caldo rompía a hervir. Eran las dos y cuarto... Cogió el móvil. Estaba sin cobertura. Aislada, completamente aislada. Ni siquiera iba a poder hablar con Urko.

Teresa suspiró. Iba a tener que armarse de paciencia, y aprender a lidiar con la soledad y el tiempo. Pero, ¿cómo se hacía eso? No estaba del todo segura. Hasta entonces no le había ido muy bien. El caldo en la olla estaba hirviendo. Se levantó, salió del saco y se sirvió una ración en un tazón. Se lo llevó consigo de nuevo al lado de la chimenea y allí se lo tomó, muy despacio, soplando cada cucharada para enfriarlo. No se permitió pensar, sólo debía disfrutar del instante, del amable calor del fuego, de la agradable sensación que le producía el caldo bajando por su

garganta hasta el estómago, de su sabor... Cuando acabó, dejó el tazón sobre la repisa y se envolvió en el saco, dispuesta a dormir un rato. Después vería qué hacer.

Había un reloj junto al tazón vacío, y sus agujas recorrían su esfera siguiendo el ritmo acompasado de las horas. El tic tac sonaba rítmico y eterno a través del sueño de Teresa. Incluso dormida lo percibía, tic tac, tic, tac... un pulso cadencioso sin principio ni final. A medida que su mente se amoldaba a aquel sonido implacable, se fue sumergiendo en un nivel más profundo de inconsciencia, navegando por debajo de los límites que dominaba, para traspasar la frontera y alcanzar la otra orilla. Donde habitaban sus fantasmas.

De pronto sintió que no estaba sola. Algo más la acompañaba. Seguramente ya estaba allí, poblando su subconsciente de sombras. Teresa se agitó en sueños, tratando de despertar, sin lograrlo. Quería escapar, aullar, porque presentía que aquello que la acechaba era peligroso para ella, por eso se esforzó, y su cuerpo temblaba y sudaba...

Cuando al fin logró arrancarse de aquel conato de pesadilla, estaba exhausta y febril. Se sentía realmente enferma, indispuesta, mareada... y agotada. Recordó esa sensación, la de encontrarse sin fuerzas, con la mente embotada. No lograba pensar con claridad. Pero estaba despierta. Quiso mirar la hora en el reloj de la repisa, pero las agujas parecían temblar y confundía las horas. Hacía mucho que no llevaba su reloj de pulsera, y tampoco sabía dónde estaba. Seguramente lo habría perdido. Creyó distinguir que había pasado durmiendo cuatro horas. Era mucho tiempo... Miró alrededor. Estaba oscuro. Al parecer, ya había anochecido.

Luz. Quería luz...

No había tapado el motor, y con la nevada que estaba cayendo y el tejado de la leñera hundido, corría peligro de estropearse.

—Joder...

Se levantó con torpeza y se puso el plumífero. Tenía que cubrirlo antes de que fuese demasiado tarde. Lo protegería con la tela asfáltica que había estado sobre el anterior.

Al abrir la puerta de entrada, un bofetón de viento helado sacudió su rostro. Era de noche, y aún nevaba con fuerza. La nieve había alcanzado ya medio metro de espesor. Teresa salió al porche, bordeó el refugio protegiéndose con el plumífero, pasó el garaje y alcanzó el taller. La nieve penetraba a través del agujero en el techo y se amontonaba sobre el motor nuevo, tal y como había temido. Lo limpió como pudo, buscó la tela asfáltica, y lo tapó con esmero, esperando que aguantara el frío y la humedad.

Pronto averiguaría si funcionaba.

Volvió sobre sus pasos y alcanzó la entrada, muerta de frío. Cerró la puerta. Cuando pulsó el botón de encendido, el motor no arrancó. Lo pulsó de nuevo, desesperada porque no quería estar a oscuras, una y otra vez, pero las luces no se encendieron. Eran muy malas noticias...

Por suerte tenía velas. Fue a por ellas, las sacó del cajón donde las había guardado, en el mueble que había junto a la chimenea, y las fue encendiendo y repartiendo por el refugio con el fin de desterrar las sombras. Sólo cuando obtuvo luz suficiente, aunque trémula y cambiante, se sintió mejor.

Qué estúpida había sido... Si hubiera protegido el motor desde el principio... Entonces reparó en algo que no había visto antes. Las tablas de la puerta del cuarto de sus padres estaban hechas trizas, arrancadas de cuajo, y la puerta estaba abierta de par en par. Los restos de las maderas astilladas habían caído dentro, por eso no las había pisado al volver de la leñera.

Teresa se quedó muy quieta, temerosa. No paraba de pensar en lo que significaba aquello, en qué sucedería después, y en que no podía ir a ninguna parte, ni llamar a nadie. Miraba hacia la

oscuridad que encerraba aquel cuarto, incapaz de traspasarla y descubrir qué ocultaba, si es que ocultaba algo. Recordó que la perra había gruñido aquella mañana.

Sintió miedo. Pánico.

Itzal tampoco estaba para mitigar su miedo...

Sin embargo, no ocurrió nada. El fuego crepitaba en la chimenea. Fuera nevaba, pero dentro se estaba bien y el ambiente resultaba agradable. En realidad, sólo aquella puerta abierta y las tinieblas que había tras ella la incomodaban. Era la nota discordante. Y no podía abstraerse de ella. De pie en medio de su temor, Teresa mantuvo la mirada fija en aquel punto, llena de dudas.

No sucedió nada.

Pensó en volver a clavar las tablas, aunque... no se atrevía a hacerlo, ni siquiera encontraba agallas para acercarse a aquella puerta. Además, las tablas estaban hechas pedazos, no servían. Lo mejor que podía hacer era acostarse temprano y esperar que nada ocurriera durante la noche. Cuando amaneciera, encontraría una solución. O quizás debería fingir que no había visto nada y abstraerse leyendo o escuchando música. Ni siquiera había cenado.

Qué difícil es ignorar lo que nos asusta. Será porque el miedo nace en nuestro interior, incluso lo que lo provoca, está en nuestro interior. Es la percepción que tenemos de lo que nos rodea.

Teresa optó por acostarse. De todos modos, no hubiera sido capaz de comer nada. Fue a echar la llave en la entrada, cuando se dio cuenta de que no la tenía. Se había quedado fuera, en la leñera... Seguramente se le había caído del bolsillo. Maldijo para sí. Iba a tener que salir de nuevo.

Se puso el plumífero, cogió la linterna y pasó de puntillas junto al cuarto de sus padres, sin mirar hacia su ominosa oscuridad. Salió de nuevo al exterior. Fue saltando sobre la nieve acumulada hasta llegar a la leñera, y una vez allí empezó a buscar frenéticamente por el suelo.

Tuvo suerte.

Allí, junto al motor, estaba la llave. La recogió y regresó sobre sus pasos a toda prisa, maldiciéndose a sí misma por su torpeza.

—...lo que me faltaba...

Empujó la puerta y entró al calor del refugio. Ahora sí, echó la llave. Las barras de hierro que Fernando había instalado se desplazaron hasta encajar en la pared con un chasquido, y ese sonido sobresaltó a Teresa. De pronto le pareció que más que estar protegida, estaba atrapada. Un frío gélido salía del cuarto de sus padres, una corriente de aire que hedía a putrefacción...

Teresa tardó en tranquilizar sus nervios. Quería acostarse y no despertar hasta que hubiera amanecido... Y cuanto antes, mejor. Recogió el saco de la butaca donde se había dormido envuelta en él, lo devolvió a su cuarto, luego cargó el fuego al máximo, y por último fue apagando las velas, empezando por las que estaban junto a la chimenea. Fue retrocediendo hacia su dormitorio, y la última vela, la que estaba sobre la mesilla junto a su cama, la dejó encendida.

Se desvistió, se puso su pijama, dudó si cerrar la puerta... Le gustaba dormir con la luz del fuego iluminando su habitación... Cerró la puerta y se acostó. Cuando estuvo envuelta en la protección del saco, echó de menos la compañía de Itzal. Había sido agradable sentirla tan cerca, el calor de su cuerpo, la seguridad que le daba... Y le recordaba tanto a aquella perra que tuvo... Teniéndola allí, podría dormir. Incluso sabiendo que al otro lado de la pared aguardaba... «aquello».

Pero no estaba.

Se quedó mirando al techo, en el que vacilaban las sombras que proyectaba la llama trémula de la vela. El viento soplaba fuera, silbando a ráfagas. ¿Qué estaría haciendo Urko? ¿Habría

tratado de llamarla? Seguramente. Y estaría frustrado por no poder hablar con ella, por no poder subir para acompañarla como había prometido.

Desde que conociera a Christian, no había vuelto a experimentar la clase de sentimientos que el joven despertaba en su corazón. Ojalá se hubiera quedado. La colchoneta aún aguardaba apoyada en la pared. En aquel momento estaría durmiendo junto al fuego... y quizás ella hubiera estado a su lado. Sonrió al imaginarlo...

Entonces recordó cierto día, al comienzo de su relación con Christian. Él siempre había procurado apartarla de su familia, aunque se esmeraba por lograr que ella no se diera cuenta. Cada vez que había una comida, una celebración, buscaba una excusa para marcharse antes o para no ir, de manera que cada vez veía menos a sus padres y a su hermana. Teresa, que adoraba a su familia, sentía un profundo dolor en su corazón. Cada vez que verbalizaba los designios de Christian como suyos, y rechazaba acudir a una reunión... moría un poco por dentro, y su mente trabajaba febrilmente fabricando excusas que le justificaran a él... y que sofocaran su sentimiento de culpa y, al mismo tiempo, su creciente falta de voluntad. Durante el bautizo de uno de sus sobrinos, su entonces novio se las había arreglado para hacer que salieran mucho antes, chantajeándola para forzarla a despedirse, porque, según él, la «necesitaba», «necesitaban tiempo para estar juntos, porque siempre había algo que se lo impedía». Quería tener sexo con ella, y para conseguirlo, no había dudado en hacer que se sintiera culpable. Según él, nunca lo hacían. No era cierto, y Teresa había abandonado el bautizo de mal humor, triste por haber vuelto a ceder a la voluntad del que entonces era su novio. Recordaba la carita de sus sobrinos al decirles que de nuevo se iba antes, la mirada de su madre... La hizo sentir miserable y culpable, hizo que se creyera en el deber de satisfacerle, y además quiso llevarla a un lugar público, donde se sintiera expuesta y tuviera que tragarse su tristeza, humillándola.

«...tienes la salud sexual de una vieja de setenta años...», le reprochó él cuando se negó a plegarse a sus deseos.

Y ella había tragado. Como si no hubiera tenido otra opción.

Teresa se encogió y se acunó para olvidar. Christian ya no estaba, y ya nunca podría volver a hacer nada para interferir en su vida. Eso se había terminado. Ella había hecho que se terminara. Ella había...

Apartó ese recuerdo de su mente. No debía pensar en lo que había hecho para escapar.

Cerró los ojos y se esforzó en rememorar los últimos instantes vividos con Urko, cuando él la había besado. Reprodujo en su imaginación sus palabras, sus gestos, una y otra vez... Hasta que milagrosamente fue cayendo en un agradable sopor. El paseo por la nieve había consumido su energía, y ahora su cuerpo y su mente se dejaban llevar, exigiendo descanso. Por suerte para ella.

En el exterior, el temporal se abatía sobre el valle con violencia. El viento soplaba iracundo, y densas cortinas de nieve se deslizaban desde un cielo compacto y plomizo, amontonándose en la tierra y sobre el refugio, cuyo tejado soportaba ya un metro de espesor. Teresa dormía protegida en el interior de un cascarón cálido que iba quedando enterrado poco a poco bajo aquella intensa nevada.

Sus sueños fueron intensos y confusos, una sucesión de imágenes inconexas que su cerebro reproducía desordenadamente desde el subconsciente. Se revolvió en la cama, sudorosa, víctima de una inquietud creciente, hasta que, de madrugada, se despertó de golpe y se sentó, abriendo los ojos mientras trataba de recordar dónde estaba. La vela sobre la mesilla se había consumido, y la habitación estaba oscura, aunque no del todo.

Recordó que había cerrado la puerta, lo que hubiera debido explicar la oscuridad. Pero lo

cierto es que algo de claridad iluminaba la zona donde ella estaba, un leve resplandor. Parpadeó, desterrando los últimos restos del sueño, y miró hacia el punto de donde venía aquella lábil luminosidad. La puerta no estaba cerrada, estaba abierta, y era el resplandor de la chimenea, que aún aguantaba encendida, lo que penetraba en su cuarto con timidez. Su corazón se disparó. Porque estaba segura de haberla cerrado.

No pudo evitarlo. Clavó los ojos en el umbral de aquella puerta, incrédula aún. Y de repente una figura masculina se perfiló claramente allí, una figura alta, recortada contra la luz, que lo ocupaba todo. Al instante desapareció. Teresa gimió, segura ahora de que había alguien más en el refugio, con ella.

Aterrada, no acertó a hacer nada. No se movió. Sus músculos se anclaron al colchón, su mente se enclaustró en algún patio recóndito, para no afrontar lo que estaba viviendo. Se quedó sola, a merced de su realidad. En la habitación sólo se escuchaba su respiración agitada y el silbido del viento a través de las paredes. Continuaba mirando fijamente hacia la puerta, temiendo ver algo más... Y entonces aquella figura se materializó de nuevo. Estaba allí, perfilada en la puerta, la sombra de un hombre, aunque distorsionada y extraña...

Teresa chilló y se replegó contra la pared, tapándose con el saco, pero esta vez la sombra no se fue. Emanaba de ella una oleada siniestra, no se movía, estaba fija en aquel punto, llenándolo todo, tapando la luz de la chimenea y dejándola a ella sumida en las tinieblas.

—¡Vete! —aulló Teresa— ¡¡Vete, joder!!

En un segundo la figura ya no estaba, como si se hubiera esfumado ante sus ojos desorbitados. Teresa esperó. Temía que hubiera alguien allí y que llegara a entrar en su habitación. El tiempo se estiró ampliando su espacio, mientras ella resoplaba muerta de miedo. No pasó nada más. Esperó y esperó, sin saber si transcurría un segundo o cinco minutos, devorada por la eternidad que marca el miedo y la angustia.

No volvió a ver nada. De nuevo el resplandor de la chimenea danzaba a través de la entrada, bañando los pies de su cama. Todo estaba tranquilo. Sin embargo, ella tenía miedo de que hubiese alguien más allí, y no soportaba quedarse así, sumida en la incertidumbre. Por eso se levantó, salió de la protección de su saco y avanzó descalza, de puntillas, hacia la puerta. Estaba casi mareada de miedo. Era como caminar por una pesadilla. Tanteó con las manos hacia delante, buscando la pared, hasta encontrar la puerta. Se asomó. La cocina estaba desierta, el cuarto de baño a su izquierda estaba cerrado, y el cuarto de sus padres... continuaba abierto, silencioso y frío. Aún había fuego en la chimenea, suficiente para aguantar el resto de la noche. El espacio que ocupaba la cocina y la zona de estar, donde se encontraba la mesa, se mostraban abrigados por una agradable penumbra cambiante bajo la luz danzarina de las llamas. Retrocedió un paso y se refugió en su cama de nuevo. Lo había soñado. Había creído ver a alguien porque acababa de despertarse y su mente aún estaba dominada por el subconsciente...

Se tumbó y trató de tranquilizarse... Y enseguida se durmió, aunque notaba que se hundía en un abismo que le producía vértigo. Tanto que acabó despertándose otra vez, llena de angustia... Y allí, a su lado, había alguien, una sombra agachada junto a su cama. Teresa chilló, aulló, lloró, manoteó... Hasta que al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba sola, y cuando el terror retrocedió en su mente, al fin pudo tranquilizarse de nuevo, y volver a respirar. Se quedó pensando. Estaba teniendo pesadillas, pesadillas muy reales, y allí no había nadie. Se acurrucó de cara a la pared y se tapó con el saco la cabeza para no ver nada más.

Pero los sueños dominaban su mente a un nivel que escapaba a su control. Su cerebro se fue hundiendo, pesado, como si fuera de plomo, ajeno a su voluntad. Teresa sintió como si una garra

lo estuviera oprimiendo. No podía pensar, no lograba resistirse a dormir...

Cuando sucumbió al sueño, se quedó tendida en la cama, como muerta, presa de la opresiva atmósfera que reinaba en el interior del refugio. Su mente se hundía en una profunda oscuridad onírica, pero su cuerpo percibía lo que ocurría alrededor. Se tensó cuando «algo» se introdujo en la habitación, reptando por el suelo... hasta encaramarse a la cama y posarse sobre sus piernas. Sus músculos parecían de piedra, abotargados porque el cerebro estaba ausente; era una nave sin gobernante, rígida, a merced de lo que pudiera ocurrir. Cuando aquello ocupó la cama y se deslizó bajo el saco, Teresa lo percibió, su sistema nervioso descargó adrenalina en su torrente sanguíneo, el vello de su nuca se erizó... pero no se movió. No podía.

Una sombra absoluta la estaba cubriendo por la espalda, envolviéndola, poseyéndola... Teresa percibió cómo aquella cosa abominable la tomaba, penetrándola, embistiéndola, una y otra vez, violando su cuerpo dormido, mancillándolo de forma soez. Un aullido de terror se formó en su mente alienada, y se quedó suspendido en ella, como un alarido eterno que se pierde en el vacío de una gran nada. Un dolor sacudió su vientre, un latigazo que se intensificaba con cada ataque... Y de pronto comprendió que aquello podría poseer no sólo su cuerpo, sino su mente, o su alma... Luchó por despertar, por liberarse, y su mente inició el camino de retorno a ciegas, desde algún lugar profundo del que no era fácil escapar...

El paso del tiempo no trajo la luz del día. Teresa abrió los ojos y supo que había amanecido sólo porque un tenue resplandor brillaba en la ventana. El refugio en cambio permanecía oscuro y siniestro. Tenía la mejilla apoyada en la almohada, y un reguero de baba había caído desde la comisura de su boca hacia la barbilla y la había empapado. Tenía la boca reseca y una amarga sensación de resaca en la cabeza. Su mente... Ya era suya otra vez. Se sorprendió, porque había creído que no volvería a despertar siendo ella misma. Se limpió la barbilla con la mano.

Era agradable recuperar la movilidad, estar a salvo de sus pesadillas. Durante la noche, no había logrado eludir las. Quiso incorporarse... y no pudo.

Un dolor sordo y penetrante, profundo, lacerante, estalló en sus entrañas, sacudiéndola desde dentro con cada latido de su corazón. Ese dolor era real. Estaba consciente, muy consciente. Una oleada de náuseas la obligó a levantarse, a pesar del sufrimiento que suponía moverse. Corrió hasta el cuarto de baño y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Tosió, inclinada sobre la taza del váter, y lloró. Le temblaban las rodillas y hacía un frío mortal...

Pero claro, estaba descalza. Se lavó en el lavabo, se enjuagó la boca, bebió... Luego volvió a su cuarto. Estaba levemente mareada, y una incipiente jaqueca amenazaba con aparecer. La notaba detrás de los ojos y en la nuca. Caminó encogida sobre la tripa, sujetándola con una mano. Era como si tuviera dentro una bola de plomo. Se desplomó en el colchón. Necesitaba un instante para pensar.

Había sido violada. No... No podía ser.

Allí no había nadie.

Pero había visto algo, una sombra, una persona...

Había algo.

Tenía que marcharse.

Aún conservaba demasiado fresco el horror vivido aquella noche, presa de su cuerpo, inconsciente, pero percibiendo el fondo de lo que le estaba sucediendo. Un incómodo pensamiento surgió en su cabeza. Iba a dejarlo pasar, como una nube de tormenta, pero lo retuvo, porque era importante.

¿Cuándo había tenido el período por última vez?

Trató de recordar... Era sencillo, porque desde que había llegado no había necesitado sus tampones. Llevaba un retraso de una semana. Un escalofrío sacudió su cuerpo magullado al comprender. Estaba embarazada. Las posibilidades eran grandes. Christian... La había forzado tantas veces... La última vez, el mismo día que escapó de casa, y días antes, y... Tuvo que volver al baño, y vomitar, horrorizada. No concebía peor castigo. El destino se estaba riendo de ella. Y lo peor era pensar que tal vez mereciera semejante castigo.

No quería ese bebé. No quería tener en su cuerpo nada de Christian. Jamás.

La visión de la mujer en el embalse, colgando de un árbol con el vientre desgarrado acudió a su memoria. Luego pensó en el bebé que caía al suelo, desprendido de su útero, y en el lobo llevándose en sus fauces...

Había una amenaza en todo aquello. Presentía el peligro, un peligro tangible, real.

Tenía que marcharse, enseguida.

El temporal... Era como una broma macabra. Se acercó a la ventana y miró a través de ella. No se veía nada, salvo una opaca luminosidad. Se vistió, abrigándose lo mejor que pudo, y salió

del cuarto. Se fue asomando al resto de las ventanas del refugio... Nada.

Sólo le quedaba salir fuera para comprobar hasta qué punto era mala su situación. Buscó las llaves, y sin mirar en ningún momento hacia el cuarto de sus padres, abrió la puerta de entrada. Un muro de nieve cegaba el porche y se amontonaba bajo él. Junto a la puerta alcanzaba una altura de cincuenta centímetros. No había ningún resquicio abierto al exterior, el refugio estaba sepultado bajo un manto blanco de dos metros de espesor. Por eso no lograba ver nada desde las ventanas. Seguramente estaban igualmente taponadas.

Retrocedió, cogió una escoba, y regresó al porche. Se metió en la pendiente de nieve y la empujó con cuidado con el mango, buscando abrir un agujero hacia arriba. No le costó demasiado, enseguida apareció una abertura redonda desde la que pudo ver que continuaba nevando, aunque con menor intensidad.

¿Cómo iba a salir de allí? Había cuatro kilómetros de pista hasta el barrio de Guriditegi...

—...no puede ser... Joder, no puede ser...

Volvió a entrar y se fue directa a su habitación. Miró entre sus cosas. No tenía ropa adecuada, acabaría empapada nada más salir, si es que lograba salir, y se congelaría. Teresa salió a la cocina y se quedó mirando a la nada, pensando qué hacer. Estaba desesperada. Sin poder llamar y pedir socorro, sin poder salir... Se volvió y miró hacia el dormitorio de sus padres. La puerta estaba abierta, y el interior permanecía oscuro, tan hostil como el día anterior. Se acercó con sigilo, curiosa, queriendo descubrir qué se ocultaba allí. Si había un nido, como las veces anteriores...

Entonces la puerta se cerró de golpe, con un violento portazo, y Teresa retrocedió espantada. Definitivamente, no podía quedarse allí. No con aquello asediándola.

Ahora estaba frenética por huir.

Se acercó al fregadero y buscó un par de bolsas de plástico debajo. Había muchas, porque las había ido acumulando cada vez que había bajado a hacer compras al pueblo. Se las puso en los pies, sobre los calcetines, y después se calzó las botas. Éstas no eran impermeables, pero había oído decir en algún programa de televisión que las bolsas de plástico preservaban los pies de la humedad y el frío. ¿Y si además se cubría el cuerpo con periódicos? Decidida a jugársela, cogió unos cuantos de los que había acumulado para encender el fuego, se descalzó de nuevo, se quitó la ropa, y sin ningún pudor, porque... ¿quién iba a verla desnuda?, empezó a envolverse con papel, como si fuera un embutido. A continuación lo pensó mejor, y por encima del periódico se fue poniendo más bolsas. Al final apenas podía moverse. Ponerse los pantalones resultó todo un reto, pero logró abrochárselos, y después todo fue más fácil. Se puso una camiseta y uno de sus jerséis más gruesos por encima. Se miró en el espejo, asombrada de su aspecto. Ahora era como una muñeca hinchable... Daba igual. Se puso su plumífero y un gorro de lana. Lamentó no haber cogido guantes.

—...así tendrá que ser...

Y no iba a esperar más. Cogió un bastón de avellano de los que descansaban en el paragüero junto a la entrada, y abrió la puerta. Iba a escapar. No lo pensó dos veces. Salió al porche, se volvió, echó la llave, aunque le pareció ridículo hacerlo... y acto seguido empezó a apartar la nieve con el palo, abriéndose camino hacia arriba. Enseguida se dio cuenta de que no iba a ser tarea fácil salir de allí. Tardó un cuarto de hora en asomarse al exterior, e incluso entonces, la nieve estaba tan alta que le llegaba por las axilas. No podía avanzar sin hacer un esfuerzo hercúleo. Se hundía constantemente y continuaba nevando... Era como tratar de avanzar por arenas movedizas. Para empeorar las cosas, todo a su alrededor le parecía igual. Una monótona

blancura lo llenaba todo en cualquier dirección, y los montes se mimetizaban con el cielo.

Iba a perderse.

Se volvió hacia el refugio. No lo distinguía, salvo por el rastro que había dejado al moverse. Tuvo miedo de no ser capaz de encontrarlo si se alejaba mucho más. Mientras la humedad empapaba sus ropas, se sentía más y más pesada. Comprendió que estaba jugándose la vida en el intento. Un alarido de frustración y angustia brotó de su garganta, un chillido que lanzó hacia aquel cielo plomizo. Tuvo que regresar, antes de que perdiera de vista el surco que llevaba al agujero que había practicado desde el porche.

Cuando estuvo de nuevo en el refugio, encendió el fuego y se quitó a toda prisa la ropa mojada y todo aquel envoltorio inútil con el que se había cubierto el cuerpo. Estaba aterida de frío. Se puso ropa seca y se preparó un café caliente. Se lo tomó sentada junto al fuego, meciéndose adelante y atrás, adelante y atrás, preguntándose qué iba a pasar.

Si estaba alucinando despierta, sus alucinaciones eran demasiado reales, tan vívidas que su mente las creía auténticas.

—...esto no es una alucinación —musitó para sí misma. Tenía las mejillas encendidas por efecto del calor que hormigueaba por todo su cuerpo, a medida que se reactivaba su circulación—
... Esto va en serio... Esto va en serio...

De reojo percibió la puerta aún cerrada del cuarto de sus padres. Aunque... ya no era de sus padres, ahora le pertenecía a «aquello». Se había adueñado del refugio. Miró con odio aquella puerta cerrada. Tras ella estaba el origen de sus pesadillas. Necesitaba respuestas, necesitaba saber cómo enfrentarse a «eso». Tal vez si no se dormía, si se obligaba a estar despierta, a base de cafeína... podría eludir su presencia. ¿Cuánto tiempo podría aguantar sin dormir? Hizo cálculos... Esperar a que pasara el temporal, a que se deshiciera la nieve acumulada como para que pudiera escapar, podía suponer más de diez días. ¡Diez días! No, era una locura. ¿Y si de todos modos sufría otra agresión como la de aquella noche...? Estaba atrapada en la madriguera de un depredador, y ella era la presa. Aquello sólo podía ir a peor.

Se consoló pensando que tal vez recuperara la cobertura. Si amainaba el temporal, sin duda se restablecería la señal. Quería creer que sí. Miró el móvil: «sin servicio». Suspiró. Y el motor no funcionaba, lo que significaba que no podría cargarlo... Acabaría quedándose sin batería.

Eran las diez de la mañana. Tenía toda una jornada por delante, una dura jornada de encierro. Además, aquel dolor sordo aún palpitaba en sus entrañas. Se llevó la mano al vientre. Si realmente estaba embarazada, si lo estaba, y lograba salir de allí, acudiría a un especialista, porque no pensaba dar a luz a lo que llevaba dentro. Le resultaba difícil asimilar que su cuerpo pudiera albergar una nueva vida producto de sus relaciones no consentidas con Christian. La había forzado tantas veces... Y siempre se las arreglaba para desbaratar su tratamiento anticonceptivo, quitándole las pastillas, u obligándola a tirarlas por el váter. Si estaba encinta, debía de estarlo de poco tiempo, en cuyo caso, aún podía evitarlo... O tal vez su retraso se debiera a la situación de estrés que estaba viviendo. Nada más normal que eso.

Apartó la mano del vientre cuando una oleada de repulsión inundó su cuerpo.

Además, la experiencia de aquella noche había sido espeluznante. Si volvía a repetirse... No, no, no, no... Tenía que haber un modo de impedirlo. Lo había soñado, había ocurrido mientras dormía.

¿Y el dolor?

El dolor era el mismo que cuando Christian la forzaba.

Su espíritu se encogió. Pensó en Cristina, su hermana, su mejor amiga, la persona a la que más

quería en el mundo. Pensó en hablar con ella, en regresar a San Sebastián y dejar que la ayudara, que tal vez era lo que debía haber hecho desde el principio. Habérselo contado todo. TODO. Aunque la verdad fuera demasiado atroz para confesarla.

De las dos, Cristina era la más racional y sensata. De las dos, ella era la más práctica. Cristina la hubiera escuchado y hubiera encontrado una solución. De las dos, Teresa siempre había sido la más visceral, la más impulsiva e inconstante, y su maldito orgullo siempre la empujaba a intentar resolver los problemas por su cuenta. Se había avergonzado tanto de haber permitido que las cosas llegaran tan lejos con Christian... En algún momento se había convencido de que ya era tarde para pedir ayuda. Había cometido un error tras otro, privándose de la posibilidad de cambiar su situación, hundiéndose sin remedio en la trampa hábilmente tejida por su marido.

Añoraba a su hermana, añoraba reírse con ella, de cualquier cosa. Cristina siempre se reía; aunque sólo dijera tonterías, a ella le hacían gracia. Añoraba su compañía, hacer planes, compartir secretos inofensivos por la noche, en un «tête a tête», a oscuras; ver una película que acababa mal, apagándola antes de llegar al final para quedarse sólo con un final feliz... Cristina se parecía mucho a su madre. Ojalá las tuviera allí, a su lado. Ojalá no hubiera tenido que salvarse a sí misma como lo había hecho, ojalá no hubiera...

Meneó la cabeza. No tenía sentido arrepentirse. Había llegado allí buscando refugio, respuestas, una salida a una situación desesperada. Había hecho lo que había hecho. No era culpa suya todo lo que estaba ocurriendo desde entonces. Aquello escapaba a su control.

Dejó el café en la repisa de la chimenea y echó más leña al fuego. Se alegraba de haber cortado tanta como para tener asegurado el calor en el refugio durante quince días, porque llegar hasta la leñera, cortar más troncos y acarrearlos de vuelta, sería poco menos que imposible. Atizó la cama de brasas incandescentes que acunaba la leña que acababa de añadir y las llamas se elevaron con fuerza, lamiendo la madera con un crepitante chisporroteo.

Teresa se levantó y se giró hacia el cuarto de los horrores. La puerta cerrada, de madera oscura, ocultaba un secreto al otro lado, en la oscuridad. Allí estaba su enemigo, algo retorcido que la estaba destruyendo poco a poco.

De pronto tuvo un arranque de furia, y sin pensarlo bien, cruzó la distancia que la separaba de aquella puerta en cuatro zancadas. Alargó la mano, dudó un instante fugaz... y la abrió.

Quería saber, quería ver.

Aunque no debía.

Lo que vio, hizo que el horror anidara en su alma cegando su entendimiento.

Allí, en medio de la habitación, estaba aquella bolsa negra, la misma que había arrastrado el primer día, con tanto esfuerzo, hasta el agujero natural de más de cuarenta metros de profundidad, a través del terreno. La misma que había transportado en su maletero desde San Sebastián. La miró sin dar crédito a lo que veía. Estaba allí, en el suelo, en la oscuridad.

La jornada de trabajo en el taller se le había hecho eterna, pensando en Teresa y en los prometedores diez días que iba a pasar con ella. Urko repasó su equipaje una vez más para asegurarse de que no se olvidaba nada. Había puesto la maleta abierta sobre su cama. Llevaba suficiente ropa de abrigo, de eso estaba seguro, tenía el neceser, bastantes mudas... Después de todo, tampoco necesitaba meter allí el ropero entero, sino lo justo para estar cómodo en un refugio de montaña. Lo tenía todo. Cerró la maleta, satisfecho.

Soltó de golpe todo el aire de sus pulmones.

Luego miró por enésima vez a través de la ventana. Su mayor preocupación en aquel momento era el mal tiempo. Al salir del trabajo ya había empezado a nevar, con fuerza, y en aquellos momentos ya había cuajado un poco. En la cafetería a la que solía acudir con Andoni, su compañero en el taller, había escuchado en las noticias que el temporal se estaba adelantando y que llegaba con mayor virulencia de la que se había previsto. Pintaba mal.

Se suponía que iba a subir a Zutarri al día siguiente, pero si las cosas continuaban así... Pensó en llamar a Teresa, para que le contara en primera persona cómo estaba la situación allá arriba. El refugio se hallaba a ochocientos metros de altitud, y la cota de nieve anunciada había descendido hasta los cien metros sobre el nivel del mar. Definitivamente, tenían un mal panorama por delante. Cabía dentro de lo posible que ni siquiera con su todoterreno pudiera llegar.

Cogió las llaves de su casa y el móvil, y salió a la calle. Había quedado en ir a cenar con su madre, y no quería faltar. Llamaría a Teresa por el camino.

Urko vivía en un piso modesto en un edificio de nueva construcción en Zegama, mientras que sus padres aún residían en el viejo caserío familiar, a las afueras del pueblo. Nada más salir del portal, comprobó hasta qué punto el tiempo estaba empeorando. Nevaba profusamente, y además estaba cuajando con rapidez. Soplaban un fuerte viento racheado que arrastraba la nieve a través de las calles, acumulándola contra las fachadas de las casas, los árboles y los coches. Hacía muchos años que no nevaba así. Urko se abrigó en su plumífero, se caló su gorro de lana, y caminó deprisa hacia el caserío donde había nacido y crecido junto a sus cuatro hermanos, «Eguzkiene».

Llevaba el móvil en el bolsillo. Lo sacó y estuvo tentado de hacer la llamada, pero con tanto viento no iba a poder hablar con Teresa. Mejor si esperaba. La llamaría cuando estuviera resguardado. Sus ojos brillaron llenos de decepción mientras caminaba. Intuía que no iba a poder pasar ni un sólo día en Zutarri. No... en el fondo aquello era una certeza. Se había criado en el monte como para conocer los síntomas de un temporal y el alcance de sus consecuencias.

Maldijo su suerte, porque tenía verdadero interés en pasar unos días junto a Teresa. Siempre le había gustado, desde que coincidían de forma esporádica cuando él subía con su padre al monte. Entonces apenas contaba con quince años, ahora, a los treinta, encontraba a la joven aún más bella. Era divertida, chispeante y natural. Aunque ella apenas se acordara de él, Urko había atesorado en secreto el dulce recuerdo de cada uno de sus breves encuentros. La timidez con la que le ignoraba, su risa siempre a flor de boca, su vitalidad...

A veces saludaban a Maribel y a su marido desde fuera de la langa, cuando les encontraban desayunando bajo el porche, o charlando en la terraza. Otras veces entraban y se quedaban un rato a conversar, y Teresa solía estar fregando dentro, y salía cuando ya se habían ido, protestando porque su madre no la había avisado de que habían estado allí. Urko sonreía cuando la oía quejarse en la distancia, mientras él y su padre iban bajando por la pista, porque le parecía que,

en el fondo, quería verle a él. Aunque ella no se acordara, había muchos detalles que le incitaban a creer que, siendo una adolescente, había pensado en él más de lo que su memoria le permitía reconocer.

Cierta noche en que su padre y él aparecieron por la borda, les invitaron a cenar. Maribel había preparado canelones. Se sentaron a la mesa, agradecidos por su amabilidad. Urko estaba distraído y nervioso por tener la oportunidad de pasar más tiempo de lo habitual cerca de Teresa. Comer con la familia implicaba quedarse de tertulia después... Recordaba bien que ella andaba revoloteando por la cocina, deseosa de ayudar a su madre con los invitados. Estaba preciosa, con un pantalón corto y su larga melena suelta. Solía mirarle de reojo, sonrojada y nerviosa... Cuando fueron a servir la cena, fue ella la que cogió su plato. Urko miraba a otro lado en ese momento, distraído por su padre, mientras Teresa le preguntaba cuánto quería... Se enfureció porque no le prestaba atención. Y había sido delicioso ver sus ojos verdes brillar de indignación porque él no le prestaba atención. Fue la primera vez que se dio cuenta de que a ella también le gustaba...

Urko sonrió enternecido con estos recuerdos.

Lo cierto era que, al pasar por Zutarri y ver el refugio abierto por primera vez desde hacía tanto tiempo, se había llevado una grata sorpresa. En realidad aquel día no se había perdido en absoluto. La niebla era muy habitual en el valle y él lo conocía muy bien; podía recorrerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, la curiosidad le había podido y había llamado a la puerta para ver quién estaba en la borda. Le había abierto Teresa. Al verla, su sorpresa había sido mayúscula, y los sentimientos, tan frescos como el primer día, habían aflorado con facilidad. Había mentido para que le invitara a pasar, y así poder estar un rato con ella... Después ya sólo había deseado volver para verla de nuevo, y había estado buscando excusas a cuenta de las yeguas.

Había tratado de reconocer aquel fulgor ardiente en el fondo de sus ojos verdes, pero en su lugar, había descubierto una tristeza subyacente. Teresa siempre había brillado con luz propia, y ahora parecía que hubieran apagado esa luz. También había visto miedo en su expresión... Verla tan cambiada, tan... frágil, le había dolido, y había pasado muchos días barruntando qué podría haber provocado semejante transformación. Teresa, tan vital, tan alegre... Ahora que sabía que estaba escondiéndose de un marido maltratador, aún deseaba con más fuerza estar a su lado, cuidarla... protegerla. También estaba deseando encontrarse a aquel desgraciado para partírle los dientes.

Urko apretó los puños.

Le preocupaban las pesadillas que sufría, pero sobre todo le dolía su situación. Aún no sabía cómo, pero se proponía ayudarla, apoyarla en lo que pudiera, y hacer que volviera a sonreír.

Que tuviera que pasar sola el temporal, aislada allá arriba, no le tranquilizaba en absoluto.

Al entrar en la cocina de su madre, ésta le sonrió y dejó que la besara. No era muy dada a las carantoñas, al contrario que Urko, aunque no hubiera tenido oportunidad de demostrarlo.

—Estás helado. No tenías que haber venido, haberme llamado —protestó sin convicción. En el fondo le encantaba que estuviera allí. Era menuda y morena, con unos ojos grandes y amables. Parecía mentira que un ser tan pequeño hubiera parido a un hombretón como Urko. El chico era el más alto de la familia, y ni su padre ni sus hermanos se parecían a él. A veces su padre preguntaba si realmente era su hijo, y entonces Urko arqueaba las cejas y cruzaba una mirada con su madre. No le hubiera importado descubrir que no era hijo de su padre—... Eneeee... ¿Has visto la que está cayendo?

—Vengo de la calle —sonrió Urko—... Un segundo ama, voy a llamar a una amiga, que ando preocupado...

Sacó el móvil y marcó el número de Teresa. Aguardó impaciente, un tono, dos, tres... Al quinto, saltó un mensaje: «Este teléfono está apagado o fuera de cobertura, por favor vuelva a intentarlo más tarde...».

Mala señal.

Urko insistió, con el mismo resultado. Probó dos veces más, pero siempre saltaba el mismo mensaje.

—¿Qué... ¿Nada?

—Nada.

—Pareces preocupado, hijo. ¿Es importante? ¿Quién es esa chica?

—Es Teresa Lasa, no te acordarás de ella.

—¿La hija de Maribel y Eduardo, los de San Sebastián? Jesús, ¿cómo no iba a acordarme? ¿Cómo así?

—Está arriba, en el refugio, y con este temporal no estoy tranquilo.

—Pero si allí ya no va nadie, ¿no?

—Hace mucho que no.

Mari miró por la ventana y meneó la cabeza.

—No va a poder bajar...

—Ni yo subir... —murmuró Urko.

—¿Qué dices?

—Nada ama...

—Bueno hijo, siéntate. Tu padre no viene hoy, así que estamos solos.

—¿Otra vez?

—Ya le conoces —Mari se encogió de hombros—. Trabaja mucho.

Urko conocía bien a su padre, por eso se abstuvo de hacer comentarios al respecto. Sabía dónde estaba y con quién. Desde luego no trabajando. Se tragó su rabia, porque no quería amargar a su madre. No se merecía tener un marido así, incapaz de mantener la bragueta cerrada.

—¿Y cómo está Teresa? Jesús, ya estará hecha toda una mujer.

Mari se sentó junto a su hijo. La cena aún no estaba lista y ella estaba muy predisposta a charlar. Le miró con cariño.

—Está muy bien —Urko mentía porque no creía que debiera comentar nada acerca de los problemas de la joven—, muy guapa, como siempre... Está igual que como la recordaba...

—Siempre te gustó —ante la cara de sorpresa de Urko, Mari se rió—... ¡Anda! ¿Te crees que no lo sabía? ¡Si bebías los vientos por ella!

—Siempre fuiste un poco bruja. Pues tengo que decirte que hace el café mejor que tú.

—Ya será para menos.

—Y el caldo, hace un caldo insuperable.

—Mira hijo, mi caldo no lo supera nadie, ¡aunque se llame Teresa Lasa!

Urko soltó una risotada, y después se levantó y besó a su madre en la mejilla. Se acercó a la cocina y levantó la tapa del puchero para husmear qué se estaba cocinando. Olía de maravilla, conejo en salsa.

—Deja eso, anda, que aún le queda un ratito, y siéntate. O mejor, pon la mesa, que hoy estoy muy cansada...

Urko lo hizo encantado. Siempre había sido un poco «cocinillas», y pese a las malas caras de su padre, que reprobaba que ayudara en la casa, solía ofrecerse para hacer cualquier tarea doméstica. Sobre todo si se trataba de cocinar... Era el único de los hermanos que lo hacía. Le

relajaba mucho, y le parecía divertido. Fue poniendo los platos y los cubiertos sobre la mesa. Le gustaba aquella cocina, por muy gastada que estuviera con el paso de los años. Conservaba los olores de su infancia, y el aire del caserío, con sus vigas de madera en el techo, sus paredes blancas, su cocina de chapa, sus pimientos colgando de la pared... Si por él fuera trabajaría el campo. Odiaba la fábrica, su corazón amaba los espacios abiertos. En cuanto pudiera, dejaría su trabajo y se dedicaría de pleno a las yeguas. Ya le tenía echado el ojo a un caserío.

—¿No estará Fernando en la borda? —le preguntó de pronto su madre—. Ése se habrá quedado, así se hunda el mundo...

Urko no se había acordado de Fernando. Tal vez él sí tuviera cobertura, y nadie mejor para darle cuenta de la situación. Sonrió agradecido y volvió a coger el móvil. Al cuarto tono, la voz de su amigo sonó al otro lado, lejana y ronca. Era como si estuviera metido en una caja de metal.

—¡Fernando! Oye, que soy Urko...

—Hombre, ¿qué tal? ¿Ya estás aquí?

—No, iba a subir mañana, pero viendo la que está cayendo... Menos mal que se habían equivocado, ¿eh? —se mofó—... Oye, he estado llamando a Teresa, pero tiene el móvil muerto, por eso te llamo.

—Pues si no has subido ya, olvídalo. Yo ni puedo salir de la borda, así que donde Teresa no te quiero ni contar. Está cayendo todo el tiempo, y con ganas, la nieve llega al tejado...

—¿Fernando? —la señal se entrecortaba—. ¿Fernando...?

—Sí, sígo aquí... ¿Quieres que la llame yo a ver?

—Sí por favor, a ver si puedes hablar con ella, aunque si sale fuera de cobertura...

—Bueno, lo intento y te vuelvo a llamar. No te preocupes, estará bien. Tenía leña de sobra y que yo sepa había bajado al pueblo a hacer compras.

Pero a Urko le preocupaban más otras cosas. Cuando colgó, estaba más inquieto que antes. Así que no podía subir, ni aunque saliera aquella misma noche.

Su madre se levantó y retiró la cazuela del fuego. Luego echó mano de unos trapos de cocina y la puso sobre el salvamanteles, en la mesa. Humeaba, y un delicioso aroma llenaba la cocina. Mientras Mari servía el conejo en los platos, Urko esperó con el teléfono a su lado, impaciente por saber algo más. Pasaron cinco minutos antes de que Fernando llamara.

—...no coge —anunció el buen hombre—... A mí también me sale lo de «fuera de cobertura». Ahí arriba, con esta ventisca, no llegará señal, habrá que esperar a que amaine un poco. En cualquier caso, no te preocupes, que yo te aviso, ¿eh?

—Gracias Fernando. ¿Tú estás bien?

—Sí... sí, ¡de cine! ¡Hacía tiempo que no disfrutaba tanto!

—Bueno —se rió Urko—... Llámame si consigues hablar con ella, ¿vale? Yo seguiré insistiendo también.

—No se te ocurra intentar subir, Urko. No está la cosa para bromas.

Cuando terminó de hablar, estuvo rumiando un momento la falta de noticias de Teresa.

—Qué... Nada, ¿no? —quiso saber su madre. Le observaba con interés, aunque ya conocía la respuesta.

—Está imposible —confirmó Urko sin poder resignarse.

—Bueno, no te preocupes, hijo. Ya la verás cuando baje la nieve.

Pero a él, tener que esperar tanto se le hacía difícil. Temía que la joven, aislada en la borda, sin posibilidad de hablar con nadie, sufriera demasiado con sus pesadillas. Recordaba bien la expresión de su cara el día que le llamó. Estaba descompuesta. Y no le extrañaba, con aquel

extraño nido ocupando el cuarto de sus padres. No había querido decir nada al respecto por no alarmarla más, pero le había resultado muy extraño. Nunca había visto algo así...

Se reprochó haber esperado demasiado para subir. Lo cierto era que le habían tenido como un zarandillo en el taller, y no había visto las noticias. El encargado siempre hacía lo mismo cuando se iba a coger unos días, como si fuera a hundirse la fábrica cuando algún trabajador se iba de vacaciones. Aquel día le había molestado mucho que le tuviera tan ajetreado, porque no había podido llamar a Teresa, ni preparar nada, ni se había enterado de la que estaba cayendo hasta que había salido, ya demasiado tarde. Además, la nevada se había presentado de improviso, cogiéndole por sorpresa. A él y a todo el mundo.

Aquella noche la pasó en el caserío, en su antigua habitación. Hacía demasiado mal tiempo y no le apetecía volver a su casa, que estaba al otro lado del pueblo. No podía dormir pensando en Teresa. El sonido del temporal, que azotaba las viejas ventanas de la casa, contribuía a intensificar su insomnio.

Al fin se levantó.

Fuera nevaba todavía, y ya se habían acumulado más de quince centímetros de nieve en las calles. Se alegró de haber bajado las yeguas a tiempo, o las habría perdido todas.

Se quedó mirando aquel espectáculo natural. La noche se hallaba envuelta en un extraño resplandor, que no provenía de ninguna parte, pero que lo llenaba todo, como si hubiera luna llena. Urko se mesó el cabello con la mano, meditando. Buscando una solución, le daba vueltas a la idea de subir de todos modos al refugio con el Land Rover, hasta donde pudiera, y después completar el camino andando. Era arriesgado, pero tenía experiencia, porque más de una vez le habían pillado las nevadas en el monte, y se creía capaz de llegar. Aunque desde luego tendría que esperar a que amainase; no podría dar un paso con aquella ventisca en plena actividad. Si paraba, y se despejaba el cielo, si le daba una tregua, tal vez pudiera intentarlo. Luego recapacitó. Estaba siendo un necio. Fernando nunca hablaba por hablar. Si él decía que era imposible subir, es que las cosas estaban realmente mal en el monte. La pista que llevaba a Zutarri tenía además tramos muy empinados a lo largo de sus cuatro kilómetros, un duro reto difícil de superar. El riesgo era muy grande, incluso si era por asegurarse de que Teresa estuviera bien.

Resopló lleno de impotencia. No quería ni pensar en lo que supondría para ella ser víctima de las atroces pesadillas que la asediaban últimamente, estando aislada por completo del mundo.

Al fin bajó la persiana y se acostó. No estaba tranquilo. No estaba nada tranquilo. Aquella noche no pegó ojo, la pasó en vela mirando al techo, mientras el viento azotaba el caserío.

La presencia de la horrible bolsa negra en el refugio había obligado a Teresa a replantearse el sentido de cuanto le estaba ocurriendo. Si tenía que admitir que no estaba soñando despierta, entonces también debía reconocer que estaba arriesgándose mucho al permanecer cerca de ella.

Porque había arrojado la bolsa al fondo de un agujero de más de cuarenta metros de profundidad, y ahora estaba allí. Eso era imposible, pero allí estaba. Y su presencia sólo podía significar una cosa.

Teresa había creído morir de miedo.

Tras descubrirla, había estado mucho tiempo observándola, incrédula y febril... Luego había cerrado la puerta de la habitación con cuidadoso sigilo, e instintivamente, había procurado ser cauta y silenciosa. Sorprendentemente, después de dos días, había llegado a una extraña conclusión. Por primera vez era consciente de que «aquello», de algún modo, dormía. Lo había meditado bastante, antes de llegar a semejante idea. Le parecía que, efectivamente, aquel... ser, dormía, o que... tal vez a causa del frío, «aquello» estaba más abotargado. ¿Podía ocurrir algo así?

Nada de lo que estaba pasando obedecía a lógica alguna, así que... ¿por qué no? Poco a poco, a lo largo de aquellos dos días, se había ido convenciendo de que eso era así. Por eso, temerosa de alterar el aparente «sueño» de lo que habitaba el refugio... había empezado a moverse de puntillas. Y funcionaba. Porque desde entonces no había vuelto a pasar nada. Estaba claro que, si no hacía ruido, si no hacía nada que pudiera enfurecer a «aquello», no saldría de su guarida.

Y ella ganaría tiempo.

De hecho, ahora pasaba las noches relativamente tranquila. Apenas dormía, porque pasaba las horas del día consumida por el miedo y las de la noche demasiado alerta, pero estaba cada vez más convencida de que tenía razón. Parecía que la nieve ejercía un efecto de hibernación sobre aquel... «algo».

Así pues, sólo tenía que mantener aquel comportamiento cauto hasta que pudiera escapar.

Andaba de puntillas, cocinaba sin hacer ruido, fregaba como si los platos y las cazuelas fueran material explosivo... Era como un fantasma, y se esforzaba por hacerse invisible.

Una dura prueba de convivencia, pero no tenía otro modo de sobrevivir. No mientras la nieve la tuviera atrapada.

Había vuelto a rezar, suplicando por creer que había algo más grande capaz de protegerla. Porque si el mal existía, entonces necesariamente también debía de existir el bien. No comprendía una cosa sin la otra, la luz sin la sombra, y viceversa. Sin embargo, en su corazón, continuaba sintiendo una inmensa soledad. Estaba aislada en aquella trampa involuntaria, rezaba con todas sus fuerzas, buscando algo, cualquier señal, que hiciera crecer la fe en su alma... una fe que la ayudara a sobrellevar lo que estaba viviendo... y le parecía que sus ruegos se perdían en la nada.

La verdad era... que estaba sola.

Hubiera sido mucho más fácil creer en la otra vida, en un ser superior que cuidaba de ella, porque se daba cuenta de que, la soledad que acompaña a los no creyentes es inconmensurable. Esa soledad se abatió sobre ella con violencia.

Estaba sola frente a aquello, fuera lo que fuera. Fuera lo que fuera... aunque su idea acerca de lo que era persistía en su fuero interno. Una respuesta que explicaba lo que estaba pasando, aunque no le gustara, aunque fuera una respuesta descabellada, muy irracional. Además, si

acertaba... ¿cómo acabar con su pesadilla? Tenía que existir un modo, o jamás sería libre.

Y prefería la muerte antes que vivir así, presa del miedo. Ni siquiera se atrevía a pronunciar mentalmente la respuesta. La conocía, pero no la verbalizaba.

Su otra opción no era más tranquilizadora. Que lo estuviera inventando todo, que fuera su mente la que provocaba aquellos horribles episodios... Casi prefería la otra opción.

Teresa suplicaba por una segunda oportunidad, por volver a abrazar a su hermana, a Urko... Soñaba con salir de allí y cambiar el rumbo siniestro que había tomado su vida. Era como si, justo cuando empezaba a remontar, cuando empezaba a recuperar la ilusión, a hacer cosas por sí misma, a desear vivir... Justo cuando se encontraba con Urko... La vida se empeñaba en recordarle que la felicidad no estaba escrita para ella. ¿Era su destino sufrir?

Le parecía tan injusto. Estaba luchando por cambiar, por superar sus errores, por dejar atrás aquella época oscura que «casi» había acabado con ella. Merecía una segunda oportunidad.

En vez de eso, «aquello» la perseguía adondequiera que fuera. Su hermana se lo había dicho: «Te has llevado el problema contigo». Qué poco imaginaba ella lo cerca que había estado de la verdad.

Empezaba a creer que iba a pagar por creer que podía gobernar su vida. La culpa se cernía sobre su conciencia. Qué ingenua al pensar que podría dejarlo todo atrás, que podría esconderse de su horripilante verdad, y ser otra que no era. Qué estúpida al imaginar que podría empezar de nuevo, lejos de Christian.

Allí estaba. La bolsa negra.

Las noches ahora llegaban enseguida, de improviso, y desterraban la luz del día poblando el refugio de odiosas sombras.

Aquella tarde, mientras esperaba temiendo el momento en que la oscuridad regresara, le estaba resultando especialmente difícil su situación. El motor seguía sin funcionar, lo que la obligaba a encender las velas una y otra vez... Y se estaban consumiendo. No tenía más. Cuando se acabaran... Además, habían pasado tres días desde que empezara a nevar, y el temporal no cedía en su rigor. La nieve, blanca e inmaculada, llenaba con su resplandor el interior del refugio durante el día, pese a haber cegado todas las ventanas. También se tragaba los sonidos, aumentando su sensación de pesadilla y de ahogo.

No había vuelto a intentar salir de la borda.

Al notar que se extendían las sombras, Teresa fue encendiendo todas las velas, una por una. Solía esperar hasta el último momento, para tenerlas encendidas menos tiempo y así gastar menos, pero al fin no podía más y cedía al miedo. Lo hizo metódicamente, siendo muy consciente de cada uno de sus gestos. Temía que se le cayera algo al suelo, tropezar, estornudar... Caía la noche, y con la oscuridad aumentaba el peligro, y en ese delicado tiempo, ella se esforzaba por no existir.

No era fácil ser un fantasma. Requería un considerable autocontrol, y una extrema concentración.

Cuando el refugio estuvo de nuevo alumbrado por la suave luz de las velas, cargó el fuego en la chimenea, un ritual imprescindible con las bajas temperaturas que había traído el temporal. No dejaba que se apagara nunca, aunque procuraba no derrochar la leña que tenía.

Se puso algo de caldo en un tazón, porque ya estaba hecho y le evitaba tener que andar sacando cazuelas o sartenes para cocinar. También se estaba acostumbrando a comer de las conservas, y las latas se acumulaban en el cubo de la basura. Se sentó en su butaca junto a la chimenea con sumo cuidado, y se abstrajo por un rato de todo, mientras saboreaba su cena. Luego se quedó pensando, envuelta en un grueso jersey de lana.

En otro tiempo había sido una chica feliz, despreocupada, con ganas de comerse el mundo y energía de sobra para hacerlo. Ahora no se reconocía a sí misma. Se comportaba como una sombra, porque se había convertido en una sombra. No le había servido de nada todo lo que había hecho para escapar de Christian. Se equivocaba una y otra vez, como si ese fuera su destino, como si, hiciera lo que hiciera, ante ella sólo hubiera un camino posible, tan escabroso y retorcido que se negaba a avanzar por él. De nuevo deseó no estar en su propia piel, poder evadirse de su cuerpo y ser libre...

Lanzó una temerosa mirada hacia la habitación contigua a la suya, vigilando, escuchando.

Nada.

Por el momento.

¿Cuánto duraría aquella tregua?

No podía estar segura de que su actitud sigilosa fuera la que la estaba salvando de nuevos ataques. El silencio era ensordecedor, salvo por el crepitar del fuego y el tic tac del reloj que había en la repisa de la chimenea.

Teresa hablaba consigo misma, en su cabeza, sumida en aquel permanente estado de vigilia y prevención. Ni siquiera se atrevía a escuchar música en su móvil, si no era con el volumen al mínimo. Además, necesitaba que la batería durara todavía, por si volvía a tener señal para poder llamar. ¿Pasaría una noche más a salvo? Ésa era su obsesión.

Sabía que pronto tocaría ir a dormir. Descansar para ella era crucial, porque era el único momento del día durante el cual podía relajar la enorme tensión a la que estaba sometida. Al mismo tiempo, le aterraba cerrar los ojos y no ser consciente de lo que pasaba. Pero para sobrevivir, su cuerpo y su mente necesitaban desconectar.

Miró el reloj. Eran apenas las nueve de la noche, demasiado temprano para acostarse. Entonces recordó que aún tenía sus pinceles. Pintar no provocaba el menor ruido, y tenía un lienzo sin estrenar en su habitación. Si se colocaba delante del caballete y se entretenía dibujando cualquier cosa, no sólo se le pasaría el tiempo volando, sino que estaría en absoluto silencio.

Una idea genial.

Teresa abandonó su butaca y se deslizó como un gato hasta el rincón donde se apoyaba el lienzo nuevo, junto a su cama. Lo cogió, y se lo llevó, colocándolo con sumo cuidado en el caballete, en sustitución del cuadro de la sirena, que pasó a un segundo plano, en el suelo. Con la luz de las velas no veía bien, pero el objetivo no era hacer un buen cuadro, lo que pretendía era estar distraída, y ausente... sin tanto esfuerzo. Preparó los lápices, las pinturas, los pinceles, el aceite y el aguarrás, la paleta... y enseguida comenzó a trazar las primeras líneas sobre la superficie inmaculada. Se esforzó por centrarse en lo que hacía, por disfrutar mientras lo hacía. Se obligó a dejar de vigilar, fijando sus ojos en lo que su mano trazaba sobre el cuadro. En media hora logró abstraerse lo bastante, y casi olvidó dónde estaba. Casi. Le resultó particularmente irónico que pudiera burlar sus pesadillas dibujando. Justamente, precisamente, dibujando... Imaginó una mueca y una carcajada en su cabeza, y se dejó llevar... durante horas.

Cuando quiso darse cuenta eran ya las doce de la noche. Alzó la vista, sobresaltada, porque algunas velas se habían consumido por completo. No había caído en la cuenta de que si se excedía permaneciendo despierta, gastaba su único medio de tener luz. Dejó lo que estaba haciendo y se echó un paso atrás, sorprendida. Había dibujado a Urko, un retrato fiel que reflejaba su peculiar expresión, la fuerza de su mirada, y su sonrisa. No se había dado cuenta de lo que hacía, y ahora... Miró aquellos ojos y su corazón empezó a latir más deprisa. Alargó una mano, sin llegar a rozar el lienzo, e hizo un amago como para acariciar aquellos labios. «Ojalá estuvieras aquí...», pensó.

Un profundo suspiro brotó de su boca. Cargó el fuego, y fue apagando las velas que quedaban, hasta retroceder a su habitación. Cerró la puerta con extremo cuidado y se cambió para acostarse.

La cama estaba helada.

Ahora siempre se cubría con el saco hasta la coronilla, como si así fuera a ser menos visible. En la oscuridad, las horas transcurrían más lentas, pero el haber retratado a Urko había prendido en su pecho aquella llama ardiente que lograba ahuyentar sus miedos, y por eso se durmió enseguida. Además, la vigilia y el estrés de tantos días esforzándose por no hacer ruido, iban esquilmando su fortaleza. Era fácil cerrar los ojos y hundirse en el sueño.

«—...ve mirando si hay sitio para aparcar, haz algo útil, por una vez...

Christian conducía, fruncido el ceño. Teresa y él se dirigían al banco, para ingresar doscientos euros y cubrir los números rojos de su cuenta. Ella no quería ir, porque sabía que si iban a ingresar dinero era sólo para pedir que cargaran en la cuenta los pagos pendientes que se habían devuelto, lo que volvería a dejarla con un descubierto de más de dos mil euros. Y le iba a tocar a ella suplicar al director de la sucursal, una vez más. No quería hacerlo. La empresa era una ruina, un agujero sin fondo. Pero Christian se empeñaba en seguir adelante, y quería que fuera ella la que diera la cara ante el banco y ante sus acreedores.

Teresa no podía más, por eso tenía la mirada perdida mientras avanzan buscando aparcamiento. Por eso no estaba atenta.

—...no voy a pedir que carguen los recibos, no tiene sentido Christian...

Entonces él frenó de golpe, para que ella se fuera hacia delante y se golpeará las rodillas y la frente. Teresa se frotó la frente dolorida mientras le miraba asustada y llena de reproche. Él ignoró su gesto de dolor.

—¿Y qué se te ocurre que hagamos? —rugió entre dientes.

Apareció un hueco a pocos metros y aparcó el coche. Se bajaron y caminaron hacia la sucursal. Estaba tan cerca de la casa de sus padres... Teresa se planteó salir corriendo y pedirles ayuda, contárselo todo, y refugiarse con ellos, lejos de Christian, libre al fin... Pero no se atrevió. Vio un banco y se sentó, sollozando... Christian miró a los lados, furioso, y se sentó a su lado.

—...vas a ir, y le vas a decir que pague los recibos pendientes...

—No va a querer, ya me advirtió ayer que eso se ha acabado, que no podemos tener la cuenta con descubiertos tan grandes continuamente... Christian, deberíamos cerrar la empresa, estás gastando dinero que no tenemos, y yo no puedo más... No pienso hacerlo, ve tú si quieres...

—¿Que vaya yo...? —la agarró de la muñeca con rudeza y se la retorció—... ¿Es todo lo que se te ocurre? Lamentarte es todo lo que sabes hacer, joder... No das soluciones, sólo sabes quejarte... Vas a coger el dinero y vas a ir al banco.

Le puso los doscientos euros en la mano y la obligó a cerrarla.

—Haz lo que te digo, joder...

Su tono era tan agresivo que Teresa obedeció... Sólo tenía que cambiar de dirección y cruzar la calle para subir a casa de sus padres. Estaban tan cerca, ignorantes de lo que estaba pasando...»

Teresa se despertó sobresaltada cuando un golpe retumbó en el refugio, seguido de una serie de ruidos aparatosos, como cuando algo se desmorona. Su sueño con Christian se disipó rápidamente... Luego todo quedó en silencio. Se quedó sentada, esperando con el corazón en la boca, atenta al menor movimiento en la otra habitación. No hubo nada. Se asomó despacio por la

puerta, sin abandonar la cama, y miró.

La pila de troncos que ella había ordenado junto a la chimenea se había venido abajo. Estaban desparramados por el suelo.

«Joder...», pensó para sí. Debían de estar mal colocados, y al sacar los últimos para cargar el fuego... ¿Qué iba a pasar ahora? Regresó al hueco cálido que acababa de abandonar bajo el saco y esperó. No tenía a dónde huir. Si «aquello» se despertaba, estaría a su merced, una vez más. Miró la hora en su móvil. Eran sólo las dos de la mañana. Y no quería volver a dormirse. Ya sabía lo que pasaba si se dormía y «aquello» salía a buscarla.

Un gemido involuntario brotó de su garganta. De todas las cosas que odiaba, la peor era la incertidumbre. El no saber si iba a tener que afrontar otro espantoso episodio que no era capaz de imaginar.

La necesidad a veces abre la mente, y la de Teresa, en aquel instante, trabajaba febrilmente buscando una salida. Una idea destacó entre todas las demás, algo que había pasado por alto, pero que siempre había estado ahí. Lo había olvidado: el pequeño almacén bajo el suelo. Podía cruzar hasta la ventana del norte bajo la que se encontraba, levantar la trampilla, y meterse dentro. Tal vez allí no pudiera encontrarla...

Sin embargo, primero debía reunir el valor para salir de su cama y exponerse en la cocina.

«Hazlo ahora, o no lo hagas... se te acaba el tiempo».

Tomó aire, se levantó, y fue a salir... Pero pensó que en aquel agujero haría un frío mortal. Así que regresó y se puso su ropa sobre el pijama, tan deprisa que apenas atinó a abrocharse los pantalones o a atarse los cordones de las botas. Se enfundó el plumífero, se caló el gorro de lana en la cabeza... y entonces anduvo de puntillas, a tientas, tratando de llegar junto a la trampilla. Las sombras bailaban en el refugio al son del fuego, que ardía con fuerza en la chimenea.

«...mierda...»

El caballete con el cuadro en el que había estado trabajando, estaba justo encima del almacén. Iba a tener que apartarlo... Miró hacia el dormitorio donde se guarecía «aquello». La puerta aún estaba cerrada. Era «ahora o nunca». Teresa retiró el lienzo, lo dejó a un lado, y luego aferró el caballete con las dos manos. Lo levantó, despacio, para no arrastrar las patas por el suelo, y se lo llevó donde no le estorbara para abrir la trampilla...

En ese momento la puerta del dormitorio se abrió, y ella sintió claramente una presencia que comenzaba a deslizarse fuera de él desde las tinieblas. Se volvió a mirar, pero no vio nada físico, sólo una sombra, densa, una oscuridad absoluta que lo iba llenando todo, y que reptaba hacia ella. El miedo paralizó su cuerpo, y no fue capaz de reaccionar. Quería retroceder, levantar la trampilla y saltar dentro del almacén, pero si lo hacía, descubriría el único lugar donde podía esconderse. «Aquello» ya sabía que estaba allí. Era tarde.

Enseguida sintió un frío intenso que desterraba el calor que brindaba la chimenea, una marea gélida y antinatural que avanzaba, mientras la sombra huera crecía, a veces a punto de formar la figura de un animal enorme, a veces la de un hombre. Teresa descubrió que en el suelo se iban formando huellas de barro, pisadas informes que después no podría borrar. Gimió, quiso moverse, y retrocedió un poco, hasta toparse con la ventana. La sombra reptó y la alcanzó... Fue ascendiendo por sus piernas, cubriéndolas, una fuerza viscosa que oprimía sus músculos. A Teresa le faltaba el aire. Miraba con los ojos desorbitados hacia abajo, sintiendo más que viendo cómo «algo» trepaba por sus muslos y aferraba sus caderas, lamiendo su carne... Y entonces su cuerpo se elevó, y de pronto se vio suspendida con la espalda contra el techo, aprisionada contra la viga que pegaba con la pared. Quiso gritar, pero no tenía voz, no había sonidos, la sombra se lo tragaba

todo, y apretaba su pecho hasta arrebatarle el aliento. Sus piernas colgaban lacias, sus brazos se pegaban a sus costados, oprimidos por aquel poder oscuro, y su cabeza chocaba cruelmente contra el techo... Y «aquello» empezó a penetrarla, se introducía en ella, a través de la carne, tratando de llegar a su alma. Olía a azufre, a putrefacción, a muerte... Un hedor que consumía el oxígeno brotaba del dormitorio y se adhería a la sombra... y ahora formaba parte de ella. Un dolor mortal trepanó sus entrañas. Teresa boqueaba, lloraba... Su cuerpo trataba de adaptarse, de repeler aquella marea antinatural que lo poseía, pero su capacidad era limitada y falló...

El refugio entero inspiraba y expiraba al ritmo de aquel horror... Hasta que algo saltó, surgido de la nada. Algo grande. Teresa creyó distinguir la figura de Itzal. Sus ladridos se los tragaba la sombra, y era como verla en una película muda, pero allí estaba, sacando sus enormes colmillos, saltando para protegerla.

Cuando la sombra la soltó, Teresa cayó de bruces contra el suelo y se golpeó la cabeza, con tanta fuerza que perdió el sentido.

Estuvo inconsciente una hora.

Cuando se recuperó... quiso gritar, pero no debía. Sabía que no debía, por su bien. Se tragó la angustia y calló. Lo importante era protegerse. Debía ser invisible...

Estaba tendida boca abajo, con el cuerpo retorcido en una postura imposible. No soportaba el dolor, aquella lanza de hierro que la atravesaba desde la cabeza hasta los pies. Parpadeó llorosa. La puerta del cuarto del horror estaba de nuevo cerrada. Estaba sola. Tampoco la perra estaba ya allí. ¿O había soñado que acudía a ayudarla? Ojalá estuviera con ella...

«...tienes que moverte...»

Se repitió aquella orden varias veces, pero su cuerpo estaba más allá de su voluntad, traspasado por el dolor. Tenía las piernas giradas, como rotas, mirando hacia la ventana, y el torso retorcido en dirección contraria. Quiso mover los brazos, pero no sabía dónde los tenía, como si le hubieran arrebatado la conciencia de sí misma. Luego, haciendo un esfuerzo ímprobo, logró concentrarse en ellos, y los giró hasta colocarlos en una postura normal. A continuación se apoyó en las manos, y fue girando el tronco para alinearlos con las piernas... Y al fin pudo ponerse de rodillas.

Estaba entera... Estaba bien.

Una vez en pie, no supo qué hacer. No se atrevía a volver a su cuarto, y no podía quedarse allí. Algo había pasado, algo que había expulsado al monstruo. Creía que había sido Itzal, pero tal vez no... Todo era tan confuso... Se estaba volviendo loca. La cuestión era que no podía calcular de cuánto tiempo disponía antes de que «aquello» regresara. ¿Y si quería terminar lo que había empezado?

La trampilla estaba bajo sus pies. Aún podía utilizarla. Quizás funcionara.

Decidida a darse a sí misma una oportunidad, se aproximó a su dormitorio y recuperó su saco de dormir. Luego volvió junto a la trampilla y la abrió, tratando de no hacer ruido. No cesaba de mirar hacia la puerta del cuarto del monstruo, vigilando que no se abriera.

Apoyó la pesada compuerta contra una columna que sobresalía de la pared, junto a la chimenea, y miró el hueco que había debajo, un espacio grande y profundo. Podía meter dentro la colchoneta... Eso haría que estuviera mucho más cómoda. Pero tenía que darse prisa. La cogió y la arrastró con cuidado hasta meterla por el agujero y depositarla en el fondo. Luego buscó la linterna, el móvil, el saco... y bajó.

Efectivamente, hacía mucho frío allí dentro. Una corriente de aire helada recorría los bajos del edificio, olía a humedad y estaba todo lleno de telarañas... Pero le daba igual. Llevaba ropa

suficiente encima y la colchoneta la aislaba de la tierra desnuda y de todo lo demás.

Aún no había cerrado la trampilla, cuando algo se agitó tras la puerta donde se ocultaba el monstruo. Se escuchó un ruido. Teresa estiró la mano, agarró la cuerda que servía para tirar de la trampilla, y la bajó al tiempo que se arrodillaba. Cuando la cerró sobre su cabeza, con un levísimo «click», se quedó absolutamente a oscuras. Era como estar en una tumba. Encendió la linterna y alumbró alrededor. Ahora que estaba dentro de aquel almacén subterráneo, el espacio alrededor parecía más pequeño. Se tumbó sobre la colchoneta y se envolvió en el saco.

Fuera se escuchó un estruendo, y un gruñido gutural que hizo retumbar el suelo. Ya estaba allí otra vez... Teresa se encogió y apagó la linterna, rezando para que no la encontrara.

Hubo un instante de quietud, y luego percibió cómo la sombra reptaba por el suelo, buscándola. Las tablas temblaban, y el polvo se desprendía de ellas, cayendo sobre el saco. La presión que «aquello» ejercía sobre el refugio, hacía que se resintieran las vigas, las paredes y el suelo. Teresa sintió cómo la madera se combaba bajo el peso de la sombra. Algo gruñía, y el frío aumentó. Luego hubo un estruendo, y pareció que algo se revolvía furioso. Cayeron cosas, se rompieron... El monstruo debía de estar buscándola... sin éxito, y su ira lo estaba arrasando todo...

Lo que significaba que su idea había funcionado.

Un devastador marasmo dominaba el cuerpo de Teresa al día siguiente. Despertó presa de una violenta tiritona, sacudida por dolorosos calambres en las piernas y en los brazos. La oscuridad allí abajo era absoluta. La temperatura no debía de superar los dos grados centígrados, de ahí que estuviera temblando, aterida de frío. La hora en el móvil era lo que le permitía saber si era de día o de noche. Eran las diez de la mañana.

Sin almohada, había dormido en muy mala postura, y su cuello se resentía con una fuerte tortícolis. Teresa se colocó boca arriba y estiró como pudo las piernas.

No se escuchaba nada. No podía permanecer allí más tiempo o el frío la mataría.

Inspiró hondo y apoyó las manos en la trampilla, a escasos treinta centímetros sobre su cabeza. Empujó con suavidad, primero un poco, esperó... Luego otro poco, lo justo para asomarse y mirar por encima del suelo.

El refugio estaba patas arriba. Como si un huracán lo hubiera arrasado. Había cazuelas tiradas, platos hechos añicos, sillas volcadas, la funda de su butaca favorita estaba destripada y la propia butaca destrozada... La puerta del horror estaba cerrada.

La observó un rato, con suma atención. «Aquello» dormía de nuevo. Tal vez pudiera salir sin peligro. El frío le subía por las piernas y agarrotaba sus músculos. Tenía que entrar en calor. Y cuanto antes.

Fue empujando la trampilla hasta poder ponerse de pie. La sujetó un instante más, esperó, y al fin salió de su cubículo. Enseguida bajó la trampilla y lo ocultó. Nada se movió. Ahora que estaba fuera, pudo valorar mejor el destrozo. No iba a poder recogerlo todo sin hacer ruido. Lo mejor sería dejarlo como estaba. Se acercó de puntillas hasta su dormitorio.

La cama estaba desvencijada, el colchón reventado por un lado, renegrido como si hubiera entrado en combustión, y el somier por otro. La almohada había sido rasgada, como si unas garras gigantes la hubieran rajado sacando su contenido, y sus cosas, su ropa, sus libros, todo estaba desparramado en un amplio círculo alrededor. La ventana estaba abierta y parte de la nieve del exterior había caído dentro. No se veía el cielo.

¿Qué hubiera pasado de no haberse escondido?

Teresa no quiso pensar en ello.

Se metió en el cuarto de baño e hizo sus necesidades sin permitirse echar agua por la taza del váter. Se miró en el espejo. Su imagen era la de una chica hundida en el dolor, triste y perdida. Había mucho miedo en esos ojos verdes que le devolvían una mirada de súplica que parecía decir: «...por favor, haz algo... Sácame de aquí...».

Pero, ¿cómo?

Necesitaba tomar algo caliente y cargar el fuego. Se atrevió a rescatar un cazo para calentar algo de leche e incluso puso la cafetera en marcha. Buscó en un armario algo que comer, galletas, a falta de pan tostado. Ya no le quedaba pan. Desayunó de pie, en medio del caos. Era una rata que emerge del alcantarillado en una ciudad arruinada por la guerra, una superviviente en el infierno.

Algo se revolvió tras la puerta y Teresa se tragó el último bocado con urgencia. Se quedó mirando, indecisa. Hubo otro revuelo y un golpe hizo temblar el refugio. «Aquello» no estaba dormido. En absoluto.

Tenía que volver a esconderse.

Acuciada por el temor de volver a enfrentarse a la sombra, levantó la trampilla y se deslizó en

su refugio subterráneo una vez más. Una vez dentro, segura en la oscuridad, esperó. No hubo más ruidos, pero ella ya no se atrevía a salir. Era demasiado peligroso.

Por suerte estaba en el almacén, rodeada de latas de conserva para alimentarse. Lo malo, el frío... Necesitaba calentarse de alguna manera. Estuvo dándole vueltas a un asunto tan vital. No había nada allí abajo que la aislara; el motor no funcionaba, así que no podía enchufar un calefactor aunque lo hubiera tenido... Entonces imaginó cómo se calentaba la gente antes de que existiera la electricidad. Le vinieron a la cabeza aquellas mesas camilla que ocultaban entre sus patas un brasero. La gente ponía un mantel grueso sobre la mesa y se cubría las piernas con él, de tal manera que el calor del brasero se acumulaba debajo de la mesa. Ella no tenía un brasero, pero sí fuego y brasas...

Una cazuela. Podía rescatar alguna cazuela con su tapa y llenarla de brasas de la chimenea. La pondría bajo el saco y eso la mantendría caliente... Pero ese plan tenía un grave inconveniente. La obligaba a salir a buscar una cazuela, a coger brasas de la chimenea, y a asomarse cada cierto tiempo para cambiarlas cada vez que se enfriaran y ella lo necesitara.

Su genial idea se tambaleaba. Era muy arriesgado estando «aquello» despierto. ¿Cómo estaría la situación en el exterior? Las ventanas aún estaban cubiertas de nieve, así que tampoco podía salir del refugio. Pero hubiera querido saber si continuaba nevando o ya había cesado el temporal. De ser así, la nieve acumulada iría bajando, y en unos días podría marcharse. Trataría de llegar hasta la borda de Fernando y le pediría ayuda. Si tenía que contarle la verdad, lo haría. Ya no le quedaban fuerzas para seguir fingiendo que no pasaba nada.

Sobre ella no se percibía movimiento alguno, y el frío estaba haciendo mella en su cuerpo. Le dolían los dedos de los pies y de las manos. Iba a tener que jugársela.

Abrió la trampilla y volvió a echar un vistazo. Nada había cambiado. Teresa salió y se puso manos a la obra. Escogió una cazuela baja y ancha que aún estaba colgada en su sitio, una tapa de rejilla, y fue a la chimenea. Con ayuda de una pala empezó a remover las brasas para cogerlas y meterlas dentro. Era difícil hacerlo sin que se cayeran los troncos con que ella misma había cargado el fuego un rato antes, pero lo logró... Añadió leña al fuego, para que generara más brasas, y regresó a su agujero tan rápido como pudo. Entre tanto, no hubo la menor señal de peligro. Por el momento, le había salido bien la jugada.

Se metió bajo el saco y lo colocó de tal manera que una parte de él, la que quedaba a sus pies, envolviera la cazuela. No quería quemarse con ella. Enseguida notó los beneficios. Un agradable calor se extendió por la colchoneta y muy pronto dejó de tiritar. Ahora la cuestión era cuánto duraría el calor de las brasas. Se mantendrían encendidas gracias a que la tapa de rejilla permitía el paso del oxígeno al interior de la cazuela.

Allí tumbada, sin poder apenas revolverse, Teresa no podía hacer otra cosa que dormir a ratos, sumida en un desagradable sopor que iba embotando su mente y entumeciendo su cuerpo. De vez en cuando miraba la hora, para no olvidarse de comer, y se asomaba con el fin de buscar cambios en la luz que llegaba del exterior. Esperaba ver en algún momento la luz del sol, o al menos una luz que indicase que las condiciones fuera estaban empezando a mejorar. Las brasas aguantaron calientes por unas horas, y ella esperó aún más antes de salir de nuevo a cambiarlas. Cuanto menos se expusiera, mejor.

«...aguanta...», se repetía una y otra vez, «...es cuestión de tiempo, aguanta... Esto no va a ser eterno...».

Tarde o temprano el tiempo mejoraría y la nieve se desharía. Tarde o temprano...

Llevaba tres días sin poder poner a cargar su móvil. Se le apagó de pronto, y ya no pudo

consultar la hora ni pensar en recuperar la cobertura para poder hacer una llamada de emergencia. La segunda vez que salió para cambiar las brasas, aprovechó para coger el reloj de la repisa de la chimenea, que milagrosamente no había ido a parar al suelo. Al menos podría saber en qué hora del día o de la noche vivía, y su tic tac la acompañaría. También se arriesgó a rescatar un libro que aún estaba entero en el suelo de su dormitorio, aunque tampoco debía emplear mucho rato leyendo o agotaría las pilas de la linterna.

Por la tarde, hubo un temblor que sacudió su entereza. El suelo sobre su cabeza crujió y un hedor de muerte se filtró por las rendijas de la trampilla, inundándolo todo. Teresa se mantuvo firme, casi sin atreverse a respirar, oculta bajo tierra mientras «aquello» se movía entre sus cosas, buscándola.

Aquello se estaba convirtiendo en un juego del ratón y el gato. Ella era el ratón, y salía de vez en cuando. A veces se entretenía bebiendo agua, a veces se limitaba a cambiar las brasas de la cazuela y mantener el fuego en marcha. El resto del tiempo lo pasaba dormitando, leyó diez minutos aquel primer día, y comió dos veces, obligándose a tragar la comida fría de las latas. Iba al baño cuando no le quedaba más remedio y ya no aguantaba más, y en cada ocasión era tal el pánico que atenazaba su espíritu, que creía que acabaría desmayándose.

Y por el momento nada cambió. Miraba por las ventanas y se encontraba con la misma opaca capa de nieve cegándolas. Abrió una de ellas y palpó con la mano, con la esperanza de que la capa que la cubría fuera superficial, pero se encontró con un muro de nieve sin final. El refugio continuaba sepultado.

Y la desesperación que dominaba a Teresa se iba haciendo insoportable. Aquel primer día bajo el suelo fue una dura prueba, difícil de superar. Nunca había sufrido de claustrofobia, y se alegraba por ello. Sin embargo, se asfixiaba en aquel espacio tan pequeño, sin nada que hacer, a solas con sus pensamientos, a solas con su miedo.

Permaneció dos días más en su agujero, persuadida de que abandonarlo era galopar hacia una muerte segura. Pasaba mucho tiempo dormida, y soñaba con Christian, con las visiones de las ruinas, pero sobre todo con la mujer del embalse y su bebé muerto. Solía llevarse las manos al vientre, pervertida por la horrible idea de estar embarazada de Christian. ¿Era peor persona por no desear ese hijo, por querer deshacerse de él?

Al tercer día, el frío la sacó del lento sopor en que se había ido hundiendo con el paso de las horas y de los días. Ya casi no se movía de su cubil, ni para comer, ni para rellenar la cazuela con nuevas brasas... Se había ido dejando, abandonada a su suerte y a la desesperanza. Su mente ya no daba más de sí y no estaba luchando por sobrevivir. Pero el frío sacudió su conciencia. Cuando su cuerpo acusó los primeros síntomas de dolor, Teresa abrió los ojos y comprendió que debía esforzarse más o moriría enterrada allí abajo, de frío e inanición.

Por suerte, aún le quedaba algo de energía y una pizca de voluntad más allá de su pesimismo. La linterna no se encendió. Al fin, se le habían agotado las pilas. No podía ver qué hora era, y no tenía idea de si era de día o de noche. Sabía que tenía más pilas, en alguna parte... pero no sabía dónde, con el caos que había en todas partes. No se escuchaba nada. Si había anochecido, correría mayor peligro.

Teresa se asomó con precaución. Era de día. Puso el reloj a la luz y vio que eran las dos y cuarto del mediodía. El fuego en la chimenea estaba a punto de extinguirse. Salió como pudo, presa de una grave debilidad. Una serie de someros y confusos pensamientos deambulaban por su mente abotargada mientras cogía la cazuela y procedía a cambiar las cenizas frías que contenía por las brasas aún incandescentes que quedaban en la chimenea. Cargó el fuego, consciente de que

se movía con lentitud y torpeza.

Entonces creyó distinguir un rayo de sol que penetraba por una de las ventanas, la que quedaba encima de la cocina.

Un rayo de sol... ¿Lo estaba imaginando?

Teresa dejó la cazuela en el suelo y se giró. Aquella ventana parecía estar despejada de nieve. ¿Era eso posible? Una lábil oleada de esperanza resurgió en su corazón. Se acercó y abrió la ventana para mirar fuera.

Un hermoso día, despejado de nubes, hacía brillar la nieve con un cegador resplandor. El sol la bañaba, fundiéndola lentamente. Al fin el temporal había remitido, y aunque el manto que cubría el refugio era aún impracticable, no pasaría mucho tiempo antes de que bajara lo suficiente como para que pudiera salir.

Teresa sonrió al comprender lo que eso significaba. Si era fuerte, podría escapar en dos, tal vez tres días más. Era cuestión de tiempo. Lo peor había pasado ya.

Dejó que el sol bañara su rostro, anhelando respirar aire fresco, deseando abandonar su encierro, y abrazar la libertad. Luego se recordó que aún corría peligro, bebió agua, hizo sus necesidades y regresó a su almacén.

Cuando la trampilla se cerró y la oscuridad cayó sobre ella, se aferró a la sensación del sol en su rostro, y a la idea de que la nieve estaba deshaciéndose para no desesperar. Se acurrucó sobre la colchoneta, con la cazuela en los pies, cumpliendo con su función, y se durmió.

Durante los dos días siguientes percibió, entre sueños, que «aquello» salía y merodeaba por el refugio. Primero detectaba su olor, aunque a veces le oía revolverse, y luego llegaba aquella marea negra de horror que erizaba el vello de su cuerpo y estremecía su entendimiento. El suelo se combaba sobre ella, el ambiente se tornaba opresivo, y un quejumbroso temblor sacudía los cimientos de la vieja borda. Aquellos episodios se iban espaciando en el tiempo, pero se repetían de vez en cuando, sin que ella pudiera predecir nunca cuando iban a volver a repetirse.

Al cabo de un tiempo, un rayo de sol alcanzó a penetrar la oscuridad de su cubículo, como un cuchillo cortándola. Teresa sintió su brillo en los ojos y se despertó. Vio una nube de polvo bailando bajo aquel hermoso haz de luz que hendía las tinieblas... Y entonces comprendió. Tal vez había llegado el momento. Tenía que comprobarlo, y estar preparada para marcharse enseguida si se daban las circunstancias apropiadas.

Palpó su bolsillo. La llave de la entrada estaba allí. Se enderezó, y empujó la trampilla. El sol irrumpió en el agujero barriendo las sombras, y acarició su piel. Entraba a raudales por la ventana del oeste, lo que significaba que estaba atardeciendo. Animada por la calidez que lo bañaba todo, salió del todo y se acercó a comprobar si como pensaba había llegado el momento de escapar.

A través de la ventana comprobó que la nieve había descendido considerablemente. El cielo lucía un azul espléndido, libre de nubes, y del tejado colgaban largos carámbanos de hielo que goteaban a medida que se fundían. Calculó que habría todavía un metro de nieve, y decidió que al día siguiente, si todo seguía igual, trataría de bajar hasta el refugio de Fernando.

De repente la ansiedad galopó por sus venas, impulsando una frenética actividad en su hasta entonces abotargado espíritu. Su oportunidad estaba allí, delante de ella... Aquello lo cambiaba todo.

Regresó a su agujero y se encerró en él, esta vez esperanzada y feliz. Estaba ahora muy despierta, y el corazón latía con fuerza en su pecho. Abrió dos latas, una de albóndigas en salsa y otra de fabada, y las engulló, decidida a recobrar fuerzas para la caminata que iba a tener que afrontar. La nieve había bajado, pero aún era mucha la que debía acumularse en el camino, y ella

estaba muy debilitada de permanecer tantos días allí metida, sin poder moverse. Luego se tumbó y planeó sus siguientes movimientos.

El mejor momento para salir sería pasado el mediodía, porque si seguía luciendo el sol, el efecto de su calor habría hecho que la nieve aún se fundiera un poco más. Por otra parte, creía... casi estaba segura, de que «aquello» casi nunca se movía en esa franja horaria, sino que prefería el atardecer, la noche o las primeras horas de la mañana. Sólo tenía que abrir la puerta de entrada con el mayor sigilo y salir... Correría hasta la langa, la saltaría, y se alejaría sin mirar atrás, tan rápido como pudiera.

Le preocupaban muchas cosas, pero en aquel momento la que más le inquietaba era el ruido que hacían las barras de seguridad que trababan la puerta al deslizarse cuando la abría. Chirriaban bastante, y con el frío y la humedad, aún sería peor. Así que tenía que girar la llave y abrir de un tirón, en cuanto la puerta hubiera quedado libre, y... correr. Se frotó los muslos. Apenas tenían fuerza, y temía que no pudieran llevarla saltando en la nieve.

«No lo pienses, sólo hazlo...».

¿Y si «aquello» podía salir fuera de su guarida?

Se acurrucó, soplando sobre sus manos frías para hacerlas entrar en calor. No debía dejarse llevar por el miedo, o no lo lograría. Más que nunca, era necesario que se centrara en lo que se proponía hacer, olvidando todo lo demás.

Aquel día apenas durmió, espoleada por la esperanza. La adrenalina recorría sus venas y le costaba estarse quieta. Más que ningún otro día, temía cometer un error. No podía permitírselo.

Procuró dormir, o al menos guardar silencio y esperar, por largo que se le hiciera el paso del tiempo. Sólo salió una vez aquella noche, al baño y a por una nueva carga de brasas.

Las noticias al fin anunciaban una tregua en lo que a la climatología se refería, y Baena recibió una llamada de su superior. La esperaba, y cuando vio que quien le llamaba era Iturriaga, imaginó que había llegado el momento de visitar la borda de Peña. Llevaban una semana sin poder hacer su ruta de costumbre, y desde luego había sido imposible llegar hasta el lugar donde aguardaba el cadáver de Uribe. Lo bueno era que nadie más habría podido hacerlo, así que la escena del crimen debía de estar intacta.

—...que os acompañe una pala, despejad el camino y acordonad la zona hasta que llegue Lejarreta con su equipo.

Eso significaba que los técnicos de la científica, el juez y su secretario, y el forense, habrían sido movilizados ya. Baena avisó a su compañero y al cabo de una hora estaban subiendo por la pista, detrás de un camión-pala que iba apartando la nieve. Aún alcanzaba una altura de un metro de espesor, y sin la pala, el todoterreno, incluso con cadenas, no hubiera podido subir. Salas conducía despacio, acumulando en su rubicundo semblante la impaciencia que sentía.

—...Uribe se habrá conservado bien... —se mofó por lo bajo.

Baena sonrió. Él también estaba nervioso, aunque a aquel ritmo, no llegarían antes de dos horas. Cuando lograran alcanzar la borda, debían llamar a Lejarreta para que subiera con su unidad a cumplir con su labor.

Los dos agentes se protegían los ojos con gafas de sol, porque su luz rebotaba con fuerza en la nieve, deslumbrándoles. Estaban deseando bajar del coche y andar por la nieve. Aquellos últimos días los habían pasado en el despacho, y los dos odiaban esa parte de sus funciones en el Cuerpo. Preferían con creces el trabajo de campo. Por eso resoplaban por llegar a la borda cuanto antes. Era Salas quien más había acusado tantas horas de inactividad. Se revolvía en su asiento como si tuviera un hormiguero bajo el trasero, y de vez en cuando soltaba algún impropio, o comentarios sarcásticos a los que Baena, que ya le conocía bien, no hacía el menor caso.

La pala ascendía a través de los montes nevados, arrastrando la nieve a su paso y depositándola a los lados del camino, de manera que el todoterreno de los ertzainas avanzaba flanqueado por dos paredes de nieve embarrada.

Cuando al fin avistaron la borda de Peña, habían transcurrido dos horas y media. La recia construcción de piedra estaba más despejada de nieve gracias a la protección que le brindaban los árboles que la rodeaban, pero acercarse hasta su entrada no fue fácil. Salas y Baena comprobaron que la cadena y el candado con que la habían sellado continuaban allí, y después empezaron a delimitar la zona con una larga cinta que fueron anudando en los troncos de los árboles más cercanos, hasta configurar un perímetro de seguridad en torno al escenario del crimen, tal y como se les había ordenado.

A continuación avisaron a Lejarreta. A partir de entonces tenían una hora antes de que aparecieran los efectivos de la unidad de investigación de Erandio, que aguardaban en Zumárraga. Tiempo de sobra para estirar las piernas por los alrededores. El conductor del camión-pala tocó el claxon para anunciarles que regresaba, y enseguida se alejó. El ronroneo de su motor se perdió a lo lejos, sofocado en la distancia por la nieve.

El paisaje era realmente espectacular, y costaba creer que en un lugar así, fuera a darse el levantamiento de un cadáver. Los agentes aún recordaban con claridad los detalles del macabro hallazgo, pero se preguntaban si les parecería lo mismo aquella segunda vez, después de tantos

días.

Pasearon por el entorno. Sus botas se hundían en la nieve perfecta, formando un irregular sendero de huellas, que discurría entre los altos árboles de un bosque silencioso. Fueron bordeando la borda, sin alejarse demasiado, contentos de poder disfrutar de la naturaleza, aunque el motivo que les había llevado allí fuera tan escabroso y oscuro. Baena casi deseaba que llegaran Lejarreta y su equipo, para ver qué cara ponían. Ver las fotos de Uribe destripado era una cosa, la realidad era otra mucho, mucho más difícil de digerir. Ese desgraciado ya no podría hacer daño a nadie más, tampoco a Teresa Lasa, a la que había estado vigilando seguramente con aviesas intenciones, sin embargo... nadie merecía semejante final, tampoco él.

Cuando al cabo del tiempo escucharon ruido de motores en la distancia, Salas sonrió satisfecho. Estaba deseando abrir ya la caja de Pandora y que Lejarreta se ocupara de explicar lo que le había ocurrido a Uribe. Si es que podía.

Varios vehículos todoterreno aparecieron subiendo la pista ahora despejada, y aparcaron uno tras otro junto al de Baena y Salas. Enseguida Lejarreta y su equipo de técnicos especialistas fueron descendiendo de ellos. En el último coche habían llegado el juez, su secretario, y el médico forense. Sin ellos no podrían levantar el cadáver.

—Baena —Lejarreta le estrechó la mano—... Menudo sitio para cometer un asesinato.

—Estamos listos, si vosotros lo estáis.

Lejarreta, un tipo alto y poco dado a la conversación, se limitó a asentir con la cabeza. Entonces Baena le condujo hasta la puerta de entrada de la borda, y abrió el candado que sujetaba la cadena para permitirle entrar. Tras ellos, el juez y su secretario cuchicheaban. Lejarreta entró primero, linterna en mano. Al abrir la puerta, encontró una pila de herramientas y otros objetos procedentes de los robos de Uribe, tal y como Baena y Salas habían señalado en su informe. Se adentró unos pasos más, poniéndose sus guantes.

—¿Y bien? —se volvió hacia Baena—. ¿Dónde está el cadáver?

El agente, que se había quedado en la puerta, aún estaba deslumbrado por el contraste entre la luz exterior y la penumbra del interior. Tuvo que entrar para poder entender por qué Lejarreta le hacía una pregunta así. Pero en cuanto se hubo colocado a su lado, la sorpresa arqueó sus cejas. Salas entró detrás.

—...joder... ¿Dónde coño está el cuerpo?

Allí no había nada. El lugar donde lo habían encontrado estaba despejado y limpio. Baena y Salas se miraron estupefactos. Si no fuera porque conservaban las fotos, que por suerte habían realizado, hubiera parecido que habían sufrido una severa alucinación.

—¿Es una broma? —gruñó Lejarreta.

—Estaba aquí, nadie ha tocado la cadena de seguridad, y es imposible que hayan podido llevarse el cadáver con la nevada que ha caído...

Baena estaba desconcertado. Lejarreta en cambio estaba irritado.

—Ya has visto las fotos —se defendió Salas—... No lo entiendo...

—Tomaremos muestras por si hay restos que nos permitan comprender qué ha pasado aquí. Salid fuera y dejadnos trabajar. Salas, dile al juez que venga, si no te importa...

Con cadáver o sin él, el equipo de Lejarreta se desplegó dentro de la borda y fuera, como si el muerto estuviera allí. Su obligación era esforzarse por buscar cualquier muestra o rastro biológico que explicara lo ocurrido y arrojara luz al caso. El juez, su secretario y el forense se marcharon enseguida. Sin cuerpo, no tenían nada más que hacer allí.

Durante una hora, los especialistas estuvieron haciendo su trabajo. Lejarreta no hizo más

comentarios respecto a la desaparición del cadáver de Uribe. Cuando dio por finalizada su labor, se limitó a comentar con Baena que no habían encontrado nada, pero que le tendría al tanto de las novedades si salía alguna evidencia con las pocas muestras que habían recogido. Luego, él y su equipo también se marcharon.

—...no lo entiendo —murmuró Salas entrando a la borda—. Es... literalmente imposible que alguien se haya llevado el cuerpo...

Abrió los brazos y giró, abarcando el espacio que les rodeaba.

—Yo tampoco lo entiendo, pero si hay alguna explicación, tendremos que esperar a los resultados de la científica. Lejarreta llamará en cuanto sepa algo. Entre tanto ya sabes lo que nos toca. Hay que requisar y hacer inventario de todo el material que hay aquí, así que andando.

Se demoraron bastante en hacer su trabajo, conscientes de que, cuanto más se retrasaran, más tarde volverían a su oficina de la comisaría de Zumárraga. Y lo cierto era que no tenían prisa alguna por volver a su obligado encierro. Baena recibió una llamada de su superior, el cual quería saber qué estaba pasando. Exigía tener todos los detalles. Nadie se explicaba que el cadáver se hubiera esfumado sin dejar rastro.

Los siguientes días fueron tediosos y aburridos para los dos agentes, dado que, hasta que se deshiciera la nieve que cegaba las pistas de montaña, no podían volver a su rutina habitual. Esperaban con vivo interés la llamada de Lejarreta, molestos por lo ocurrido con Uribe. Nadie dudaba de que estaba muerto, las fotos estaban para confirmar este hecho, pero había que esclarecer la desaparición de su cuerpo y el motivo por el que se lo habían llevado de la borda. Iturriaga estaba muy pendiente del asunto.

Entre tanto, Baena no se había desentendido del asunto de Teresa Lasa. Por lo que sabía, su marido continuaba desaparecido, aunque cabía la posibilidad de que se hubiera marchado del país. Al parecer, en los últimos meses había estado viajando mucho al Reino Unido, donde colaboraba en una empresa especializada en redes sociales. En cualquier caso, mientras su familia no interpusiera una denuncia, y no parecían interesados en hacerlo, no había nada que hacer al respecto, y no le correspondía a él ocuparse de ese asunto. La relación de Christian con ellos era nula, y tampoco conservaba amistades que pudieran echarle de menos. Baena se había limitado a pedirle a su contacto que siguiera al tanto de sus movimientos, al menos por un tiempo, y sólo por precaución. Además, aunque Teresa no les hubiera hecho caso y hubiera decidido permanecer en la borda a pesar del temporal, dudaba seriamente que Christian pudiera agredirla, de querer hacerlo, mientras la nieve continuara cegando las pistas.

A pesar de todo, continuaba sintiéndose directamente interesado por la situación de Teresa. Creía sólidamente que era bastante peor de lo que la joven le había permitido saber. Su cara al preguntarle sobre el asunto se lo había dicho todo. De hecho sus palabras decían una cosa, y su cuerpo otra, lo que significaba que estaba ocultándole la realidad. Era muy habitual en esos casos. Su hermana también lo había hecho. Se parecía tanto a Teresa...

Hacía mucho que no hablaba con Elisa, y su interés por el caso de Teresa le recordaba continuamente a ella, así que a su regreso a casa desde la comisaría, cogió el móvil y la llamó. Ahora vivía en Sevilla, y había rehecho su vida con un joven diseñador que la amaba con locura. Cuando contestó, su voz removi6 sus recuerdos hasta conmoverle.

—¿Jon?

—Hola Elisa —respondió con la voz ronca. Carraspeó. Subía las escaleras en aquel momento hacia su apartamento de soltero en Zumárraga—. ... ¿Cómo estás?

—Muy bien, tomando algo en una terraza con Dani. Aquí hace una noche muy buena, ya sé que

por allí debe de haber caído una gorda , ¿no?

—Estamos hasta arriba de nieve —se alegraba tanto de oírla... Sonreía imaginándola con una cañita delante mientras Dani la besaba para hacerla reír—... Llevamos días sin poder salir a hacer nuestra ruta, pero bueno... ¿Qué me cuentas? ¿Vas a venir por aquí algún día?

—Pues... No creo, no por ahora —Elisa guardó silencio, como hacía siempre que dudaba si contar la verdad o no. Sin embargo, confiaba ciegamente en su hermano, quien la había salvado literalmente de una muerte segura, el día que su marido quiso apuñalarla mientras discutían en la calle—... Verás... Bueno, no quiero que se lo digas a nadie, ¿eh?

—Lo prometo.

—Pues... Es que estoy embarazada...

Aquello le pilló por sorpresa. ¿Su hermana embarazada? Se quedó sin palabras.

—¿Qué? ¿No vas a felicitarme?

—Joder... ¡Sí! Claro que sí... Elisa, felicidades, de corazón... Pero, ¿de cuánto estás?

—No te lo puedes creer, ¿eh? Pues vas a ser tío, aunque aún no he dicho nada porque estoy de muy poco y... bueno... Ya sabes que en principio parecía difícil que pudiera ser madre —las palizas que le había propinado su marido en el pasado habían lastimado su útero, y los médicos le habían asegurado que no podría tener hijos. De ahí la sorpresa de Baena. Estaba conmovido y feliz—... Bueno, pues hala, ya lo sabes... Oye, ¿estás ahí?

—Elisa... No sabes cuánto me alegro... Después de todo... Al fin la vida te sonrío. Dale un abrazo a Dani de mi parte.

—Claro, aquí le tengo.

Oyó su voz de fondo saludándole jovialmente.

—Te noto raro, ¿estás bien, seguro?

—Sí, claro.

—¿El curro?

—Algo así —pensó en Teresa, y una oleada de venenoso odio contra Christian Zaramaga inundó su corazón—... No te puedo contar, sólo quería oírte. Me alegro por ti, Elisa.

—Lo sé. Te quiero hermano.

—Y yo a ti. Tengo que dejarte, ya hablaremos...

Se despidió mientras abría la puerta de su apartamento y se colaba en su reparadora penumbra. Jose Manuel, el hombre que durante años había hecho sufrir a su hermana, estaba muerto. Él le había disparado cuando levantaba el cuchillo para asestarle el golpe final, después de acuchillarla doce veces en el pecho y la espalda. Muchas veces se había preguntado si volvería a hacerlo, y la respuesta siempre era la misma. Una y mil veces.

Después de unos días, Lejarreta al fin dio señales de vida. Sus noticias no eran las que esperaban en la comisaría de Zumárraga. Iturriaga llamó a Baena y a Salas a su despacho, y les explicó lo que le habían contado desde Erandio.

—No hay nada —aseguró repasando el informe que acababa de recibir—... Lejarreta me ha llamado para detallarme lo que tengo aquí delante, y la verdad...

—¿Qué significa nada? —quiso saber Salas.

—Significa que no han encontrado evidencias de que alguna vez haya existido un cadáver en la borda. Absolutamente nada. Tampoco evidencias de que alguien haya pretendido limpiar la escena del crimen. Es como si no hubiera ocurrido.

—Pero las fotos...

—Es lo único que sostiene su palabra, Salas. Y por eso van a seguir investigando. Pero parece

un callejón sin salida —Iturriaga parecía molesto con la situación—... La buena noticia —les animó—, es que las huellas en las herramientas robadas son de Uribe.

—¿No hay otras huellas?

—No, salvo las de sus legítimos dueños, claro.

—Así que trabaja... trabajaba solo...

—Tal y como yo lo veo, no hay mucho más que hacer. Continuarán ustedes con su rutina habitual, aunque procuren estar atentos por si encuentran algo que nos ayude en este asunto.

—¿Por ejemplo el cadáver de Uribe?

Salas no podía evitar soltar lastre cuando algo le inquietaba. Y se sentía perturbado porque no se le ocurría forma humana de que alguien hubiera podido sacar el cuerpo de la borda sin dejar rastro, y sin forzar la cadena con que habían sellado la puerta, en pleno temporal. Aquello escapaba a su entendimiento.

—Por ejemplo... —convino Iturriaga con cara de pocos amigos.

Baena cruzó una mirada con Iturriaga, y comprendió que probablemente jamás encontrarían el cuerpo de Uribe, y que el caso acabaría cerrado, sin resolver. Su único consuelo, que al menos cesarían los robos y ya no tendría que aguantar las quejas de su compañero.

Ahora que podía escapar, Teresa estaba nerviosa, muy nerviosa. Y asustada. Contaba los minutos para que llegara el mediodía. De vez en cuando levantaba unos centímetros la trampa y miraba la hora en el reloj. Pero el tiempo parecía haberse detenido. Entonces comprobaba que las pilas no se hubiesen acabado. El tic tac sonaba perfectamente, así que era ella la que no percibía que las horas avanzaran. Sabía que hacía un día radiante porque le había dado tiempo a comprobarlo al ir al cuarto de baño a asearse un poco. Y le había parecido que la capa de nieve había descendido notablemente, lo que era muy alentador para alguien a quien apenas le quedaban reservas de energía.

Tumbada sobre su colchoneta, trataba de respirar despacio. Si mantenía la calma y se conducía con serenidad, todo iría mejor, mucho mejor. Mejor que si se dejaba llevar por el pánico. Aquella mañana no había sentido movimiento en el refugio, y eso podía ser buena o mala señal... Apartó ese pensamiento al instante, porque si consideraba siquiera la posibilidad de que «aquello» reapareciera justo cuando fuera a salir, perdería las agallas para hacerlo.

Repasó su plan. Salir del agujero, cerrar la trampa, por si se veía obligada a volver a esconderse, alcanzar la puerta de entrada y abrirla sin detenerse para nada. Luego correr... Lo más rápido que pudiera, y bajar hasta el refugio de Fernando. Desde allí llamaría a Urko. Había pensado en avisar a su hermana, pero no quería asustarla y Urko estaba mucho más cerca. Estaba vestida, bien abrigada. No necesitaba nada más, salvo su móvil y el cargador, que ya había recuperado durante una de sus incursiones a su dormitorio.

Abrió de nuevo la trampa y miró la hora. La una del mediodía. Había decidido esperar hasta las cuatro, cuando la fuerza del sol hubiera hecho su máximo efecto, sin que la noche se le viniera encima mientras bajaba por la pista. Habitualmente le hubiera costado diez minutos recorrer el tramo hasta la borda de Fernando, pero ahora, con la nieve que quedaba, le llevaría fácilmente más de media hora... Bastante más.

Suspiró impaciente y cerró los ojos.

Anhelaba olvidar, y que el mundo cambiara para devorar su pasado, como si jamás hubiese existido. Aquella noche no había hecho más que pensar en lo ocurrido la última vez que estuvo con Christian, el día que escapó. Su mente reproducía una y otra vez el espantoso episodio, como si quisiera recordarle o hacerle ver la razón por la que ahora estaba oculta bajo tierra, de nuevo huyendo, de nuevo atemorizada. Su pesadilla no tenía fin. Desde que llegara allí no se había concedido un solo instante de debilidad para pensar en lo que dejaba atrás, en lo que había hecho.

Teresa apretó los dientes. Ni siquiera ahora cedería. Desterró la verdad, su verdad, al cajón desastre de donde no debía salir, por mucho que la bolsa negra hubiera vuelto a aparecer ante sus ojos.

Todo eso no significaba nada, todo eso no era un castigo como había llegado a pensar, sino producto de algo que estaba más allá de ella, de lo que hubiera hecho o no, más allá de su comprensión.

Su objetivo ahora era volver a escapar.

Y lo haría.

Cuando al fin llegaron las cuatro, Teresa se irguió, sentada sobre sus cuartos traseros, y levantó un palmo la trampa, con decisión. No vacilaría. Echó un vistazo y comprobó que todo seguía en calma, como lo había estado toda la mañana. La puerta del cuarto de sus padres estaba

cerrada y tras ella sólo había silencio. «Aquello» dormía.

Había llegado el momento.

Teresa salió, cerró la trampilla con sigilo, y cruzó sin hacer ruido el espacio que la separaba de la puerta de entrada. Llevaba el móvil y el cargador en el bolsillo, y la llave en la mano. Con el pulso batiendo al borde de la locura a través de sus venas, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta. Para su desesperación, las barras de seguridad que instalara Fernando, chirriaron al deslizarse en sus soportes, y además se desplazaban con parsimoniosa lentitud, seguramente atascadas por la humedad y el frío. Teresa gimió. Miró a su espalda. Tenía la puerta de ése cuarto justo a su lado...

Cuando la entrada quedó al fin desatracada, la abrió de un tirón. La luz del sol lucía deslumbrante sobre la nieve, y el porche estaba prácticamente despejado, hasta la mitad de su altura. Iba a salir, cuando de pronto una fuerza violenta la cerró de golpe en sus narices, con un poderoso topetazo. Al principio no entendió qué pasaba, y creyó que una corriente de aire la había empujado. Trató de abrirla... Y no pudo. Tiró de ella con todas sus fuerzas, desesperada... Hasta que un sordo gruñido rugió al otro lado de la pared y el suelo tembló.

Sólo entonces comprendió que «aquello» había despertado. Por eso la puerta se había cerrado. El monstruo, la sombra... lo había hecho. Se giró en todas direcciones. No tenía muchas opciones... salvo volver a su cubil y esperar una oportunidad mejor. Aún estaba a tiempo. Cuando un nuevo temblor anunció la inmediata aparición de su pesadilla, Teresa saltó y corrió hacia su trampilla. La abrió y saltó dentro del almacén, desapareciendo en él. De nuevo a oscuras, de nuevo atrapada... esperó.

No daba crédito al modo en que sus planes se acababan de frustrar. Las barras, el chirriar de las barras habían ocasionado que el monstruo despertara. La próxima vez no pasaría, porque ahora ya no estaba la llave echada. Pero... ¿y si la puerta continuaba cerrada cuando volviera a intentarlo?

Un rugido retumbó en la borda, y las vigas temblaron. Enseguida un hedor malsano, el de la muerte y la corrupción de la carne, invadieron el aire, y Teresa tuvo que cubrirse la nariz y la boca con el saco. Estaba muy quieta, temerosa de ser descubierta. El suelo se combó sobre ella mientras la sombra lo llenaba todo... Un polvo negro se colaba a través de las ranuras entre las tablas del suelo, motas volátiles como las que había visto flotando sobre el «nido», como un enjambre que podía ser una prolongación de aquel ser... unos dedos sin forma tal vez, que hurgaban rastreándola a través de cualquier resquicio. Eran de una negrura tal que desafiaban a la oscuridad en que ella se ocultaba.

Las tablas gimieron bajo la presión de aquel ser, los cimientos temblaban con una vibración constante. El pánico dominó a Teresa, que hubiera querido aullar. Por suerte su mano cubría su nariz y su boca con fuerza, impidiéndole hacer el menor ruido. Entonces «aquello» se enfureció, porque no la encontraba, y se revolvió, golpeando las paredes y el techo. Parecía que la borda se iba a venir abajo. El brutal arrebato duró varios minutos, durante los cuales hubo ruido de cristales rotos, de objetos que caían al suelo con estrépito... Le pareció que la mesa se volcaba y caía con brutalidad... Luego la calma regresó y la oscuridad se retiró.

Teresa no se atrevió a moverse. Mucho menos se atrevía a mirar si el peligro había pasado... mucho menos aún se atrevía a volver a intentar salir. Ya no.

Se quedó donde estaba, sumida en una honda desesperación, mientras rumiaba su fracaso. ¿Cuánto iba a durar aquello? Porque no iba a poder aguantarlo mucho más.

Teresa lloró hasta quedarse sin lágrimas, y después, agostada, se durmió profundamente,

olvidándose de que, sin las brasas, el frío se volvería mortal.

Pasó la tarde sumida en un mar de pesadillas, despertando y cayendo de nuevo en un denso sopor del que no lograba salir, hasta que, al fin, fue el frío atroz del agujero el que la obligó a reaccionar. Se incorporó a medias, sintiendo un dolor intenso en las manos y los pies. Era insoportable, pero no estaba dispuesta a arriesgarse. Fuera la hora que fuera... Además, ni siquiera sabía si el fuego aún estaba encendido. Y ya poco importaba, porque o salía por la mañana, o...

Desconocía qué podía ocurrir.

Se frotó los pies con vigor, hizo ejercicio con las piernas, dentro de sus posibilidades en un espacio tan reducido, y procuró mantenerse activa... pero llegó un momento en que su cuerpo clamaba por buscar algo de calor. Estaba a punto de desfallecer y el dolor se había vuelto una tortura. Después de todo, iba a tener que hacer algo.

Una vez más, entreabrió la trampilla y observó. Era de noche, porque la oscuridad llenaba el refugio de sombras. Un lábil resplandor procedente de la chimenea le indicó que aún había fuego, aunque se estaba apagando. Decidida a acabar con su sufrimiento, salió del almacén y cazuela en mano se dispuso a llenarla con las brasas que quedaban. Lo hizo tan deprisa como pudo, pero le temblaban las manos, a tal extremo que se le cayó la pala al suelo, desparramando las brasas alrededor con un estrépito escandaloso. Asustada, procuró recogerlas y meterlas en la cazuela. Ya no podía entretenerse cargando el fuego de nuevo.

Se oyó movimiento y de nuevo aquel sordo gruñido antinatural que anunciaba la llegada de la sombra y su horror. No había tiempo.

Teresa corrió hacia la trampilla y saltó al agujero justo cuando se abría la puerta del dormitorio. Una vez sobre su colchoneta, de nuevo a salvo, se apresuró a colocar la cazuela a los pies del saco de dormir, bien envuelta, y se metió debajo. Enseguida sintió los efectos beneficiosos del calor que desprendía. El dolor fue remitiendo, sustituido por un hirviente hormigueo y los pinchazos que indicaban que su circulación se reactivaba. Mientras su pesadilla merodeaba de nuevo encima de ella, Teresa se acurrucó en su improvisado refugio, esperando que, a aquellas alturas, ya no la encontrara. Pasaría al menos una noche más allí.

Al día siguiente, volvería a intentarlo.

«...Teresa ya tenía las maletas hechas. No le quedaba mucho tiempo antes de que Christian regresara, así que se esforzaba por repasar la casa antes de salir, para no olvidar nada. Tal vez debiera haberse ido con lo puesto, para no correr riesgos, pero se negaba a dejarlo todo allí, las pocas cosas que le importaban, cosas que no tenían que ver con él, sino con ella, con su otra vida al margen de él, su familia, sus amigos...

La casa estaba silenciosa, como expectante ante sus furtivos pasos pasillo arriba y abajo.

Ya lo tenía todo.

Teresa sentía miedo de lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que debía hacerlo. Buscaría a su hermana y se quedaría con ella. Cristina la ayudaría a empezar de cero...

Pero Christian no se lo iba a permitir.

Aun así.

Teresa recogió su equipaje y se dispuso a salir para siempre de la casa.

Entonces se oyeron las llaves de Christian en la cerradura y la puerta se abrió. La descubrió en el pasillo, con las maletas en la mano, estupefacta y pálida. Comprendió lo que estaba pasando, y su cara se transformó. Enrojeció, palideció, y volvió a enrojecer. Un golpe de ira le subió por la

garganta y su mandíbula se desplazó a un lado mientras rechinaba los dientes. No dijo nada. Pasó, cerró despacio la puerta a su espalda, y la observó como si fuera un insecto.

—¿...a dónde crees que vas? —su tono era grave y ronco. Le costaba hablar con ella, cuando lo que deseaba era golpearla.

Teresa no contestó. Christian conocía la respuesta, sólo esperaba una excusa para descargar su ira sobre ella. Lo leyó en sus ojos oscuros, profundos y hueros. Se erguía ocupando toda la puerta, impidiéndole la salida.

—...te he hecho una pregunta. ¿No vas a responder?

Teresa retrocedió un paso, temblando. Aferraba las dos maletas con fuerza. Tenía los nudillos blancos de apretar tanto. No se daba cuenta.

Christian avanzó un paso, dos...

—Hija de puta... Pensabas largarte... ¿A dónde crees que vas a ir? ¿Y qué vas a hacer? Si no sabes hacer nada... Vas a dejarme colgado con todo, después de tantos años... Estás enferma...

—Tú estás enfermo. Esto se acabó, me voy. Déjame pasar.

Teresa quiso aparentar calma, pero la voz le salía trémula e insegura. De sus ojos brotaron lágrimas de impotencia y rabia. Se daba cuenta de que debiera haberse marchado antes. Pero ahora ya era tarde.

—¿Qué se acabó? Suelta las maletas ahora mismo.

—¿O qué...?

Christian tomó aire por la nariz. Sus ojos brillaron llenos de hostilidad. Se volvió y echó la llave. Se la guardó en el bolsillo. Luego se encaró a ella otra vez.

—Te diré lo que vas a hacer. Vas a deshacer las putas maletas, porque ya me estoy cansando de tus tonterías...

—...tonterías... Tú... Eres un monstruo, Christian, por eso me voy. Déjame salir.

Teresa hizo amago de pasar por delante de él, a pesar de él, pero Christian la agarró del brazo y se lo retorció.

—Como te atrevas a abrir la puerta te juro que no sé lo que hago... ¿Qué quieres, acabar conmigo? ¿Que me tire por la ventana?

Teresa soltó un bufido sin poder evitarlo, y no lo vio venir. Christian le sacudió un bofetón y la empujó contra el mueble de la entrada. La violencia del golpe fue tal que se cayó al suelo y soltó las maletas. Sollozó gimiendo, y entonces él avanzó y la agarró de los pelos...»

Teresa despertó sudando y llorando. Su cuerpo temblaba de los pies a la cabeza al recordar en sueños lo ocurrido el día que escapó de casa. Aquello era demasiado, no se merecía tanto dolor, ella sólo había querido ser ella, y en cambio... Se tapó la cara con las manos y lloró, acurrucada en su agujero, al margen del mundo, que ignoraba su situación. Todo lo que amaba estaba tan lejos... Le parecía que nadie podía ayudarla, y no quería que Cristina se acercara siquiera a su horror, por si la oscuridad se cerniera también sobre ella. Aquel era su infierno, y si no era capaz de salir de él, se hundiría sin remedio... o ya se estaba hundiendo. O tal vez se había vuelto loca de remate y todo aquello no existía salvo en su cabeza.

Teresa lloró y lloró, desbordada de miserias y angustias, descabalada en las tinieblas del que no acierta a imaginar otro futuro mejor. Porque cuando se llega tan al fondo del abismo, cuesta alzar la vista y distinguir la salida del pozo. Sin ayuda... Sin ayuda era imposible que lograra encontrar la salida. Estaba perdida...

Entonces varios golpes sonaron en la puerta de entrada. Teresa alzó la cabeza, sobresaltada.

¿Qué significaba aquello?

A los pocos segundos de nuevo hubo más golpes. Alguien llamaba a la puerta. Levantó la trampilla unos centímetros y observó. Era de día.

—¡¡Teresa!!

Urko. Era Urko. Estaba allí... Una oleada de esperanza febril recorrió su cuerpo. Quería salir, contestar, pero estaba «aquello», seguramente despierto a causa de los golpes con que el joven aporreaba la puerta.

—¡¡Teresa!! ¿Estás bien?

Entonces la puerta se abrió. No estaba la llave echada, y al aporrearla había acabado cediendo. El joven estaba en el umbral, con unas raquetas de nieve en la mano, mirando extrañado el caos que reinaba en la borda. De la extrañeza pasó a la preocupación...

—¿Teresa?

Soltó las raquetas, que cayeron con estrépito, dio un paso y entró. No podía dejarle allí, a merced del mal que habitaba aquel lugar, así que Teresa abrió la trampilla y se asomó. Al verla, Urko abrió la boca y la volvió a cerrar. Entonces corrió hasta ella y se agachó para ayudarla a salir. Pero Teresa se llevó el dedo índice a los labios y le indicó que guardara silencio. Luego tiró de él y le obligó a entrar al agujero. Cerró la trampilla sobre ellos.

Justo a tiempo.

Urko se revolvió sin comprender nada, pero entonces todo tembló, y se quedó muy quieto, sin saber qué hacer o decir. Apenas había espacio allí abajo para los dos. Teresa le hizo tumbarse a su lado, y le indicó que callara una vez más, queriendo explicárselo todo con una sola mirada de advertencia.

No hizo falta...

Porque hubo un espantoso gruñido y al instante la oscuridad lo llenó todo. Urko, como ella, sintió el peso opresivo de aquella masa informe que reptaba sobre el suelo, percibió aquel hedor a muerte, y el modo en que se combaban las tablas del suelo sobre ellos. En un segundo comprendió la situación, el caos que había encontrado al llegar... Abrazó a Teresa y besó su cabello, horrorizado. La estrechó con fuerza, queriendo protegerla, y la acunó, mientras ella lloraba en silencio sobre su hombro.

La trampilla empezó a temblar, a traquetear, tamborileando sobre sus goznes, como si aquella fuerza del averno quisiera levantarla, y Teresa gimió, segura de que al fin había dado con su escondrijo. Sin embargo no era así. Las paredes también temblaron, los cimientos, como si un terremoto estuviese sacudiendo el valle y el refugio fuera de papel. Los dos jóvenes se estrecharon aún más mientras el polvo que desprendía la vieja madera del suelo caía sobre ellos como una lluvia gris. Los dedos de humo de aquel ser se colaron a través de las rendijas, volutas de retorcida oscuridad que hurgaban, tanteando el espacio, mientras la masa informe de aquel «algo» presionaba y se movía, rastreando, lamiendo, buscando...

Durante dos horas «aquello» continuó allí. A veces se hacía el silencio, y parecía que al fin se había ido, pero entonces le escuchaban rascar en algún rincón, escarbar, husmear... como un animal. Otras escuchaban un gruñido sordo que sonaba en todas partes y en ninguna. Aguardaron muy quietos, con la vista levantada y fija, escuchando, atentos a cualquier cambio, sintiendo la amenaza en el fondo de sus corazones.

Cuando al fin la calma regresó y la borda recuperó su espacio, Teresa levantó un poco la trampilla y observó. Se había retirado.

Miró a Urko significativamente, indicándole que era momento de escapar. Él asintió con la

cabeza, aún aturdido por la experiencia que acababan de vivir, en su caso por primera vez. Cuando Teresa levantó del todo la trampilla, él salió sigilosamente y la ayudó a subir. Luego recorrieron de puntillas el espacio hasta la puerta de entrada, conteniendo la respiración. Procuraban no tropezar con todo lo que había por el suelo... La borda estaba destrozada. Grandes grietas se abrían en algunas paredes, desde el techo hasta el suelo, marcas de garras gigantes arañaban la madera, como heridas renegridas que un animal de proporciones inmensas hubiera hecho para marcar su territorio, y en algunos rincones el suelo se había hundido. Teresa miró alrededor sobrecogida. Hedía a muerte, a azufre... Los cristales de las ventanas habían reventado y los cables de la instalación eléctrica colgaban desprendidos en muchos sitios.

La puerta de entrada estaba abierta de par en par. Teresa no podía creerlo, pero no dudó. Corrió y salió de un salto, seguida por Urko, que no soltaba su mano. Cayeron al porche y corrieron a través de la nieve, hacia la langa, hacia la libertad...

Nada permitía a Urko imaginar por lo que había pasado Teresa aquellos últimos días. Incluso habiendo sido testigo de la demoníaca realidad que la había estado atormentando... No podía ponerse en su lugar, escondida en un agujero húmedo y oscuro día y noche, a solas con un miedo atroz.

Cuando alcanzaron el muro del terreno, saltaron por encima y se dejaron caer al otro lado, sobre la nieve blanda. Aún había una gruesa capa blanca cubriéndolo todo. Subir hasta allí desde Zegama había sido toda una temeridad, pero no se arrepentía de haberlo hecho...

Teresa miró alrededor, maravillada de estar al aire libre, en libertad. Inspiró profundamente el aire frío de la mañana, cerrados los ojos para saborear aquel momento. Temblaba como una hoja. Luego miró a Urko, que a su vez la miraba a ella. Sonrieron los dos, y entonces él la besó, al principio con ternura... después con verdadera necesidad. Se abrazaron estrechamente, sentados sobre aquella nieve inmaculada, rodeados del esplendor de una naturaleza inmensa y distante. Luego, sin mediar palabra, volvieron la mirada hacia la borda.

Una tristeza inmensa inundó el corazón de Teresa al contemplar Zutarri, el refugio que sus padres habían levantado con tanto cariño, donde había pasado los días más felices de su vida, dominado por un mal propio del averno. Aparentemente, por fuera, seguía siendo el mismo lugar de siempre, con sus fresnos desnudos erguidos alrededor, los pinos de Navidad plantados a lo largo de la valla, los castaños, las tuyas...

Entonces vio, sentada junto al menhir de la entrada, a Itzal. El animal miraba hacia ellos con serenidad. Destacaba en medio de la nieve, con su pelaje atigrado.

—¿La ves? —musitó Teresa.

—¿Es la perra de la que me hablaste?

—Así que la ves...

Pero cuando volvieron a mirar, ya no estaba.

—...Teresa... Vámonos...

—No podemos... Todavía no...

Teresa sólo quería escapar, alejarse cuanto antes y olvidar aquel horror, pero sabía bien que aquello estaba estrechamente ligado a ella. De alguna manera comprendía que si se marchaba... nunca sería libre. Sus ojos verdes navegaron durante unos instantes en los de Urko. Vio en ellos la duda.

—Teresa, dime qué pasa...

La cogió por los hombros, queriendo arrancar aquella semilla de vulnerabilidad que veía en su alma, el miedo que la acompañaba como un aura hostil.

—¡Vámonos... ¿Por qué no quieres irte...

—¡Porque no puedo dejar la borda de mis padres con... «eso» ahí! —gritó ella sollozando— ... Porque no me da la gana, me niego a permitir que algo hermoso acabe convertido en una ruina, porque se lo debo a mis padres, y a mí misma... Sé que no lo entiendes, pero he de hacer algo para acabar con esta pesadilla...

—¿Qué es? —Urko la soltó y la miró con gravedad—. Tú sabes qué es... Lo he visto con mis propios ojos y aún no me lo creo... No eran pesadillas, era real... Tus sueños, el nido...

—Es real...

—Vale, pues... ¿qué es? —ella guardó silencio. Confesar lo que pensaba no era fácil, y tal vez

se equivocara. La culpa afloró desde sus entrañas y empezó a llorar sin poder contenerse, vertiendo lágrimas amargas. Urko no soportaba verla así. La abrazó, besándola una y mil veces—. Dime qué pasa, por favor, dime qué pasa... Teresa —la apartó un poco—, dímelo, cuéntame lo que sea... Confía en mí...

Teresa abrió la boca, dispuesta a dejar salir su verdad, pero boqueó, incapaz de vomitarla. Se le atragantaba en la garganta, como una bola de plomo demasiado grande.

—¡Teresa, por favor! Necesito saberlo, o no podré ayudarte... Dime qué significa todo eso...

Señaló hacia la borda, de cuya chimenea aún brotaba una débil columna de humo azulado. Teresa miró hacia allí, y pensó que aún quedaban brasas. Luego pensó en la bolsa negra, y en lo que era, y en su razón para estar allí, cuando ella la había arrojado al pozo... Sólo había una explicación, pero le costaba verbalizarla, porque... ¿cómo iba a querer ayudarla Urko cuando supiera...?

—...yo le maté —confesó. Urko se quedó helado, mirándola de hito en hito. No dijo nada, esperando que ella le contara algo que no esperaba oír—. Yo he matado a mi marido. Christian... Christian está muerto.

Entonces le contó cómo había querido escapar de casa.

—...me encontró en la puerta, con las maletas, a punto de marcharme, pero él no pensaba dejarme ir... Cuando quise salir a pesar de todo, me golpeó —Teresa se llevó la mano a la cara, al lugar donde él la había abofeteado—... Empezó a pegarme, me agarró del pelo y me arrastró hasta nuestro dormitorio, y allí quiso estrangularme... Vi la cara de la muerte, creí que iba a conseguirlo, no podía respirar, y en sus ojos había una determinación tan... real... Iba a matarme. Yo me resistía, manoteaba, me revolvía... y mi mano encontró algo, no sé qué fue. No sé... Le golpeé. Me soltó, y luego estaba muerto. Se cayó sobre mí, con los ojos abiertos —Teresa sollozó, mientras aquella verdad negra supuraba desde su corazón, arañando su garganta al salir—... No supe qué hacer... Y pensé en deshacerme de él. Lo metí, lo metí en una bolsa... ¡y lo traje hasta aquí en el maletero del coche!

Urko guardaba silencio, absorbiendo aquellas palabras. Pero aún había más que escuchar.

—...nadie iba a creerme si contaba cómo era él... Eso fue lo que pensé, y no se me ocurrió mejor cosa que traerle aquí —Teresa bajó la mirada. Ahora tenía las manos en el regazo y se confesaba con un tono de voz bajo y profundo, perdida en su soledad—... No recuerdo mucho... Llegué como en un sueño, viendo sin ver, sintiendo sin sentir... Nada más llegar, arrastré la bolsa como pude hasta el agujero que hay aquí cerca, ya sabes... y la tiré dentro. La oí caer al fondo... Me juré no volver a pensar en ello, pero la culpa me atosiga, la culpa me ahoga... Oh, Urko... y ahora está de nuevo ahí, ha vuelto... Es Christian, eso que has visto... es Christian...

—¿Qué...

—No lo entiendes... La bolsa está en el cuarto de mis padres, no me preguntes cómo... pero está ahí. Es Christian el que está ahí, y no dejará que me vaya... Me quiere a mí, y si no hago algo, acabará conmigo...

Urko apartó la vista de ella con esfuerzo y la desvió hacia la borda. Aquello era surrealista, pero no podía negar la realidad de la atroz experiencia que había vivido. Nunca había creído en esas cosas, pero ahora... ¿Qué decir?

Teresa se dejó caer contra el muro y cerró los ojos. Estaba tan cansada... Urko no decía nada, y no era de extrañar. Acababa de confesarle que era una asesina. Desde luego ya no volvería a mirarla con los mismos ojos. El joven pastor se apoyó a su lado, pensativo. Trataba de digerir lo que había escuchado, de poner orden en el incomprensible significado de la verdad de Teresa.

—...Dime... ¿Queda gasolina? —dijo de pronto—. Del motor, ¿queda gasolina?

—¿Qué...? —Teresa no comprendía. Había esperado que él se levantara y se fuera, y en vez de eso le preguntaba por el combustible—. ¿Para qué...?

—Tú dime si lo hay...

—Creo que sí... Hay un bidón entero.

—Escucha Teresa, tú sólo te defendiste... Él quiso matarte a ti primero, y tú sólo te defendiste... —Urko tomó su barbilla con suavidad y la besó—... Y voy a ayudarte, porque está claro que esto se nos escapa de las manos.

A Teresa se le aceleró el pulso y sus ojos prendieron fuego.

—¿Para qué quieres la gasolina...? —pero ya imaginaba para qué. Tuvo pánico—. ¿Vas a quemar la borda?

—No... La borda no. Ven, vamos a ponerle fin a esta pesadilla.

Urko se levantó y le tendió la mano. Teresa le dio la suya y también se puso en pie. Le temblaban las piernas.

—¿No decías que quieres acabar con esto? Pues sólo se me ocurre una manera. Aunque no estoy seguro de que funcione...

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a sacar esa bolsa de la borda, y la vamos a volver a tirar al pozo. Después le prenderemos fuego.

—¿Qué... No, ¡no! No podemos entrar en su guarida, no lo entiendes, Urko... Preferiría ver arder la borda, antes que entrar ahí... Por favor...

—A mí tampoco me hace gracia la idea, pero podemos hacerlo, Teresa... Piénsalo, no sólo se trata de acabar con tu pesadilla. Además necesitamos deshacernos del cuerpo de tu marido, si es que sigue en esa bolsa.

—No sabes lo que dices... Y no quiero que te impliqués en esto.

—Ya es tarde para eso, ¿no crees? Vamos.

Teresa le siguió. Trotaron a través de la nieve, cruzando el terreno hasta la langa. Pero Urko no fue hacia la entrada del refugio, sino que lo bordeó para dirigirse a la leñera, donde suponía que estaba la gasolina. La gran tela asfáltica con que Teresa había cubierto el motor aún estaba allí, llena de nieve. Urko la apartó, y rebuscó alrededor, hasta dar con un bidón grande lleno hasta arriba de combustible. Teresa le miraba hacer, sin atreverse a intervenir. Sólo podía pensar en una cosa: no quería entrar en ese cuarto, no quería tener que entrar... Porque «aquello» estaba allí, esperando...

Entonces sintió algo húmedo y frío en la punta de los dedos de su mano. Al bajar la mirada, vio que Itzal estaba a su lado. La perra lamió su mano y la miró, con aquellos ojos castaños que ella recordaba tan bien...

—¿Itzal...?

La perra meneó el rabo, y de pronto Teresa comprendió que aquella era Itzal, «su» Itzal, la misma que estaba enterrada a los pies del menhir, y no sólo una perra que se le parecía... Comprendió entonces por qué aparecía y desaparecía a voluntad... Se agachó y la abrazó, estrechando su poderoso cuello, empapándose de su calor corporal, real, tan real, aunque ella no estuviese de verdad allí...

—He encontrado una cuerda —anunció Urko—. Servirá, es bastante larga...

—¿Para qué?

—Para arrastrar la bolsa hasta el agujero. Además luego hay que bajar. Lo haré yo, para

asegurarme de que la gasolina la empapa. Le prenderé fuego y luego tú me ayudas a subir.

Teresa abrió la boca y la volvió a cerrar. Semejante idea no sólo era temeraria, era absurda... La negó antes de analizarla. La cuerda colgaba de la mano de Urko, muy larga. En su otra mano tenía un tronco de un metro, largo y robusto.

—No podrás hacerlo, él no nos dejará...

—Hay que intentarlo, venga...

La determinación de Urko sólo contribuía a aumentar la desazón de Teresa. Le vio caminar con decisión hasta la entrada de la borda. Dejó el bidón en el suelo, bajo el porche, y se volvió hacia ella con el tronco bien sujeto.

—Ahora... «eso»... está tranquilo —Urko hablaba en voz tan baja que casi no podía oírle— ... Entraremos en silencio y cuando se quiera dar cuenta estaremos fuera, tirando de él. Tendrás que ayudarme. Tú llevas el bidón, yo la bolsa. Atrancaremos la puerta con esto para que no pueda cerrarla.

—No, Urko, por favor... —Teresa también susurraba.

Itzal gimió a su lado, y lamió su mano.

—Ella está de acuerdo —sonrió Urko. Estaba lejos de sentirse tan confiado y tranquilo como aparentaba ante ella, pero uno de los dos tenía que conservar la calma si pretendían ponerle fin a aquel horror—... Ven, todo irá bien. Respira hondo... ¿Estás lista?

Teresa negó con la cabeza. Llevaba días escondiéndose de «aquello»... de Christian... en un agujero bajo el suelo. ¿Cómo iba a estar preparada?

La puerta de entrada continuaba abierta. Urko colocó el tronco atravesado en el suelo, de tal manera que impidiera que se cerrara. Se llevó una mano a los labios para indicar a Teresa que a partir de ese momento debía estar callada, y se acercó a la puerta del cuarto donde estaba la bolsa... Itzal entró con ellos, sigilosa, como si también comprendiera que no debía hacer el menor ruido.

El joven alargó la mano y aferró la manilla de la puerta. La giró despacio, muy despacio, y fue empujando la puerta, que se abría hacia dentro...

Ante ellos apareció la que había sido la habitación de sus padres. El suelo se había hundido, y un enorme socavón de maderas astilladas ocupaba todo el espacio central. En el medio estaba la bolsa negra. Las paredes, que habían sido blancas, aparecían cubiertas de un hollín negro y pegajoso, y del techo colgaban tablas sueltas, que se habían desprendido de su lugar, arrancadas por unas garras gigantes. Había huellas de barro alrededor, huellas informes que Teresa reconoció al instante.

Como en una pesadilla, Urko puso un pie dentro de la guarida. Se quedó quieto y esperó...

Nada.

Entonces dio otro paso, y poco a poco, se fue acercando a su objetivo, que yacía enorme y aplastado como un nido entre las maderas astilladas del suelo. Era difícil no provocar algún ruido al pisar entre los escombros, pero Urko era hábil y paciente. Al fin se colocó donde quería, se agachó, cogió la cuerda y la pasó con sumo cuidado a través de las asas de cuero. La bolsa estaba caliente, y parecía respirar.

Urko miró a Teresa y le tendió la cuerda para que la cogiera mientras él salía de la habitación. Había llegado el momento de la verdad. Se puso a su lado, recuperó la cuerda y la obligó a salir. Señaló el bidón. Debía cargar con él hasta el agujero.

Contó mentalmente e inspiró... despacio... Entonces empezó a tirar, arrastrando la pesada bolsa fuera de su cubil. Urko fue dando pasos hacia atrás, hasta alcanzar la entrada. Ahora él ya

estaba fuera, pero la bolsa aún no había pasado del umbral de la habitación... cuando se agitó violentamente. Teresa aulló al comprender lo que pasaba, y la perra ladró, mostrando sus afilados colmillos.

—Deprisa, joder... ¡Ayúdame!

Teresa obedeció. Soltó el bidón, y entre los dos tiraron para obligar a «aquello» a salir de su agujero. La bolsa se revolvía, creciendo de tamaño, y una marea negra comenzó a brotar de ella, envuelta en un polvo oscuro, como un aura malsana y hostil. Los dos sintieron cómo aquella marea se desparramaba y pugnaba por alcanzarles. Tiraron con fuerza, para que la bolsa atravesara la puerta del dormitorio y la de entrada y quedara expuesta fuera de la borda.

—¡Tira! ¡Teresa, tira!

La joven empleaba todas sus fuerzas en hacer lo que el decía, con los ojos arrasados en lágrimas, porque «aquello» luchaba por mantenerse donde estaba, mientras destilaba su sombra y reptaba hacia ellos. El suelo temblaba, las paredes se agrietaron, y un rugido atravesó sus oídos... Itzal saltaba amenazante por delante, ladrando, sin que sus aullidos se escucharan, y de pronto tampoco la voz de Urko se oyó más, ni Teresa oía su propia voz. Aquel mal se tragaba el sonido. Se sacudió violentamente, una sombra informe que lo llenaba todo...

Entonces Urko, desesperado, dio un tirón con todas sus fuerzas, y logró que la bolsa cruzara el umbral de su guarida. Luego redobló sus esfuerzos y la arrastró hacia el exterior, mientras sentía que «aquello» rozaba su piel, lamiéndole, queriendo atraparle...

Cuando la bolsa cayó fuera del refugio, y tocó la nieve, la sombra retrocedió. La borda entera se relajó, como si una honda expansiva que hubiera estado a punto de hacerla reventar se hubiera disipado en una fracción de segundo.

—Ahora Teresa, coge el bidón y corre...

Ahora sí le oyó... y obedeció. Urko aprovechó el momento, se enrolló la cuerda alrededor de la cintura, la agarró con las dos manos, y tiró con toda la fuerza que su juventud y su desesperación le brindaban, obligando a «aquello» a salir a la luz del día.

La bolsa palpitaba, se movía, como si lo que tenía dentro se estuviera revolviendo furioso... Pero allí, sobre la nieve, bajo la luz del sol, estaba expuesta y era vulnerable. Urko la fue llevando a través del terreno hacia la ladera del Arranoaitz, donde el agujero natural aguardaba disimulado por la nieve. Un surco negro iba quedando por detrás de la inmensa bolsa, un légamo negro de aspecto pútrido. Un polvo antinatural flotaba sobre ella. Hedía a muerte.

Teresa iba por delante, cargando con el pesado bidón, sin querer mirar atrás. Oía los resoplidos de Urko mientras tiraba de la soga cuesta arriba, y un latido de fondo que provenía de todas partes y de ninguna... ¿El corazón de Christian? Oh, pero él no tenía corazón, ni alma...

El recorrido hasta el pozo fue lento y duro... Cuando al fin llegaron, Urko sudaba y estaba pálido. Tenía las palmas de las manos abrasadas. Aun así, continuó tirando hasta dejar la bolsa al mismo borde de la oquedad. El árbol que había crecido retorcido y achaparrado desde el interior, se erguía silencioso, y sus raíces colgaban hacia la oscuridad, cubiertas ahora de nieve, de manera que ocultaban la boca del pozo. Pero estaba allí.

La bolsa se agitaba, se retorció... Teresa se unió a Urko y le ayudó. Soltaron la cuerda de las asas de la bolsa, la empujaron con los pies... y la bolsa se precipitó por el borde, atravesó la nieve y se hundió hacia el fondo, dejando una humareda oscura tras de sí, que se fue disipando a medida que caía... más y más. Se oyeron una serie de golpetazos, durante varios segundos, hasta que hubo uno sordo y contundente que les indicó que el fardo había tocado fondo. Luego se escuchó un lamento, gutural y profundo, que emergía de las profundidades.

—Me toca...

Urko empezó a anudar la cuerda alrededor del tronco del árbol. Le dio varias vueltas para asegurar, y luego cogió el otro extremo para atárselo a la cintura.

—¡No! No...

Teresa se acercó y le cogió las manos. Tenía las palmas quemadas...

—Bajaré yo —se ofreció. De pronto no sentía miedo, como si el hecho de estar allí hubiera logrado disipar sus dudas. Sabía lo que tenía que hacer, y debía hacerlo ella—... Peso menos que tú.

—No podré tirar de ti con las manos así...

—Podrás... En cambio, yo no podré subirte a ti. Sabes que tengo razón... Urko, ¿cuanto pesas? ¿Noventa kilos?

—Ochenta y cinco —sabía que Teresa tenía razón—... No quiero que bajes ahí...

—No pasa nada... Alguna vez tenía que enfrentarme a esto, ¿no crees? No es cosa tuya. Tú sólo súbeme, pase lo que pase, oigas lo que oigas.

Urko maldijo por lo bajo. Luego ató el extremo de la cuerda alrededor de su cintura. Se quitó un cordón de una de sus botas, y lo utilizó para atar el bidón al cinturón del pantalón de Teresa. La besó con suavidad.

—Cuando llegues abajo, no te sueltes. Abre el bidón y viértelo sobre la bolsa. Asegúrate de que se empapa bien.

—No tengo mechero...

—Yo sí. Sacó uno de su pantalón y se lo dio.

—¿Estás segura?

—Qué remedio... No...

Teresa estaba muy nerviosa. Se colocó en posición, al borde del pozo. El bidón tiraba de su pantalón cruelmente, y parecía que podía romperlo. Ahora la abertura se veía claramente, una vez que la nieve acumulada en las raíces había caído al pasar la bolsa a través de ellas. Apoyó las botas en la piedra, de espaldas al abismo que se abría bajo ella, con los pies separados, y miró a Urko. Estaba pálida, pero serena. Sus ojos verdes brillaban con una luz especial, como si comprendiera que para enfrentarse a sus fantasmas y derrotarlos, primero debía descender al infierno. Aquel era el último escalón.

—Poco a poco... No enciendas el mechero hasta que hayas empezado a subir. Ten —le dio un pañuelo que llevaba en el bolsillo—. Préndele fuego.

Teresa se guardó el pañuelo en el mismo bolsillo donde llevaba el mechero. Con el bidón de gasolina colgando empezó a descender. Miraba hacia arriba, para no perder de vista a Urko, mientras se hundía en las profundidades de la tierra. La grieta natural, angosta e irregular al principio, se fue abriendo a medida que bajaba por ella. Numerosas plantas y raíces cubrían las paredes de roca. No quería mirar abajo, pero se escuchaba un lamento sordo y amenazante, y un ruido como de algo que se estuviera revolviendo. Teresa apoyaba un pie y luego el otro, agarrada a la cuerda con las dos manos. El bidón se bamboleaba golpeando su trasero. Era muy incómodo bajarlo así, y temía que el cordón que lo sujetaba a su pantalón se rompiera en cualquier momento. También tenía miedo de que la cuerda fuese demasiado corta.

La pared, que hasta entonces caía en vertical, empezó a inclinarse cuando había recorrido la mitad del camino. El descenso se hizo entonces algo más fácil, al menos hasta que de nuevo cayó a pico hacia un fondo oscuro e impenetrable. La roca chorreaba agua, cubierta de musgo. Teresa bajó y bajó... hasta que al fin creyó que había llegado al fondo.

Allí el ambiente era irrespirable. La sombra había empezado a emerger de la bolsa y reptaba hacia ella densa y lóbrega, lamiendo las paredes en su lento avance.

Teresa encendió el mechero para mirar. La bolsa estaba a apenas dos metros de ella, y se agitaba violentamente sobre un lecho de tierra lleno de restos de animales, yeguas y ovejas que alguna vez habían caído allí por accidente. La marea negra se expandía alrededor, llenándolo todo... Si no se daba prisa...

Christian estaba allí. Su cuerpo, un cadáver que sin embargo se revolvió, negándose a morir. Todo su dolor, la tristeza, el tiempo perdido, la soledad, la apatía, los golpes... La herida... Todo estaba allí abajo.

Y ella iba a ponerle fin.

Cogió el bidón, le quitó el tapón, y volcó su contenido sobre la bolsa, a través de la sombra, que ya trepaba por sus piernas, entumeciéndolas. Soltó el cordón y lo dejó caer. Un fuerte olor a gasolina lo llenó todo, incluso por encima del de la muerte. Teresa subió un poco más por la pared, desesperada por liberar sus piernas... Entonces sacó el pañuelo de Urko, el mechero... Y le prendió fuego. La tela ardió con facilidad. La sujetó con la mano un segundo, y después la soltó.

—Adiós...

Vio cómo el pañuelo ardiendo caía suavemente... Entonces tiró de la cuerda y gritó para que Urko comenzara a subirla, mientras el vapor de la gasolina prendía violentamente bajo sus pies y el fuego devoraba la bolsa.

Un rugido ascendió por el pozo hacia el exterior. Urko redobló sus esfuerzos para subir a Teresa. Olía a carne quemada, a muerte, a gasolina... Una densa humareda negra brotaba del agujero ennegreciendo la nieve alrededor. Urko tiró, pese a que tenía las palmas de las manos abrasadas, apoyando los pies en el árbol, sudando, gruñendo por el esfuerzo... Se escuchó un alarido y el suelo tembló...

Cuando Teresa al fin asomó la cabeza, estaba lívida. Urko la sacó del agujero, la agarró por las axilas y tiró con todas sus fuerzas. Cayó hacia atrás, de espaldas sobre la nieve, con ella encima. Se quedaron tendidos, la una sobre el otro, jadeando, exhaustos... Urko miraba al cielo azul mientras la abrazaba, sintiendo un inmenso alivio por haberla recuperado. El humo negro se elevaba hacia arriba retorciéndose como una larga serpiente. Hubo varias sacudidas, y algunas rocas se desprendieron de las paredes del pozo para caer al fondo...

Luego todo se quietó.

—Lo has hecho...

Teresa lloraba. Rodó para caer sobre la nieve, de espaldas junto a Urko, y poder contemplar también el cielo, amplio y espléndido, desde su nueva perspectiva. Tenía los pantalones hechos jirones, rasgados de arriba a abajo, y una serie de moretones oscuros laceraban sus pantorrillas, allí donde «aquello» había querido agarrarla. Urko acarició su mejilla y sonrió.

—Se ha acabado —musitó ella—. Lo siento aquí —se llevó una mano al corazón—... Se ha acabado...

—Has sido muy valiente.

—Hasta ahora pensaba que era cobarde, muy cobarde... No me daba cuenta de que estaba enferma, y Christian era la enfermedad.

Urko la besó y la abrazó, agradecido de haber llegado a tiempo. Agradecido de haber decidido subir, pese a que le habían llamado loco por intentarlo. Lo cierto era que, de no ser por las raquetas de nieve, no lo hubiera conseguido. Sonrió mientras estrechaba a aquella chica maravillosa contra su pecho.

«...porque no soporto no haberme atrevido; no soporto saber que pude escoger y no lo hice, que pude mirarme de frente, sin tapujos, que preferí pasar de largo, de puntillas, no fuera a ser que me desbordara...

Porque a veces navegar contra corriente se nos hace más fácil que defender lo nuestro, y plantar cara por uno mismo no nos seduce, y nos abandonamos en la cuneta, sin mirar atrás... Y dejamos una sombra que después lo cubrirá todo, nos vestirá de anonimato y llenará nuestras noches de ninguneo.

Porque señalar con el dedo otro destino, menos incierto, parece lo más lógico, y yo me levanté y abandoné la sala antes de tiempo... sin mirar atrás.

...Porque parecerme a otros y despegarme de mis ideas, porque ponerle freno a mis imperfecciones y negar mis errores, y mis virtudes aún más, una y otra vez, ha sido al parecer una meta. Para qué... para no ser, no sentir, ¿no arriesgar?

Qué pena no saber decir quién eres, qué pena... dejar atrás tus huellas, las genuinas, para calzarte otros zapatos, sin saber andar con ellos.

Menos mal que la vida y el tiempo te plantan delante de tu abandono, y no te queda más opción que devolverte la mirada y explicar por qué, o por qué no... Menos mal que la trinchera se estrecha con algunos golpes del destino. Menos mal que el coraje se mide por un sólo instante más o menos fortuito que lo decide todo.

Todo lo que no fui, se queda en el pasado. Todo lo que soy... se desprende de él y lo que seré se burla de mi cobardía y ríe, porque, al final... siempre gana.

Menos mal.»

Cuando Fernando les vio llegar, salió a su encuentro verdaderamente alarmado. Urko y Teresa bajaban agarrados de la mano, moviéndose con esfuerzo a través de la nieve que aún cubría la pista. Se habían arreglado un poco antes de bajar, para no tener que dar explicaciones. Teresa había buscado ropa limpia entre lo que había quedado de sus cosas, desperdigadas por el suelo de su habitación en la borda, y se había lavado hasta arrancar el hollín que manchaba la piel de su cara y manos. Si Fernando les hubiera visto como estaban antes de eso...

—Pero qué...

—No preguntes —le sonrió Urko—... ¿Tienes ese caldo tan bueno que haces? Porque estamos hambrientos...

—Joder, claro... Pero, qué... No me dirás que te has subido desde Zegama andando...

Miraba las raquetas de nieve que llevaba Teresa. Urko la había obligado a ponérselas, seguro de que estaba demasiado agotada para caminar por la nieve sin ellas. Pasaron al interior de su refugio, donde ardía un buen fuego. Fernando se afanó en acomodarles, y enseguida les sacó caldo recién hecho y pan tostado. Olía de maravilla, y a Teresa, que llevaba días comiendo conservas frías, se le hizo la boca agua. Sonreía, el rostro iluminado por una luz interior que lo embellecía. Fernando creyó que era por Urko, y sonrió a su vez. Se sentó con ellos, intrigado por aquel «algo» de misterio que habían traído consigo.

—¿No vais a contármelo? Lo que sea que...

—...Urko ha venido a buscarme —explicó Teresa, y sonrió aún más. Bebió un poco más de caldo, saboreando cada trago en el paladar. Estaba ebria de felicidad—... El pobre se ha quemado las manos subiendo con la cuerda monte a través...

—Qué dices... ¿Es en serio?

—Había tramos que estaban mal... Pero mal, mal...

—Te dije que no estaba la cosa para bromas —Fernando se preguntaba por qué habían bajado de la borda—... Te he llamado varias veces para ver si andabas bien, pero estabas sin cobertura, ¿eh?

—Olvidé proteger el motor, y se ha estropeado. Me he quedado sin batería el primer día —Teresa se encogió de hombros—... La verdad, no me apetecía estar sola tanto tiempo, y encima a oscuras... y cuando he visto a Urko, hemos pensado que era mejor bajar. ¿Te importa?

—A mí no... Se agradece la compañía y aquí hay comida de sobra.

Teresa le dio su móvil y el cargador para poder llamar a su hermana en cuanto fuera posible. Cristina debía de estar preocupadísima, y anhelaba hablar con ella, escuchar su voz... Estaba deseando abrazarla y poder decirle que todo había terminado. Aunque no pudiera contarle la verdad. Urko y ella ya habían acordado guardar absoluto silencio sobre lo ocurrido.

Cuando Fernando se levantó para poner su motor en marcha y así poder cargar el móvil de Teresa, Urko se acercó y pasó un mechón de su cabello, largo y rebelde, por detrás de su oreja.

—Estás horrible —sonrió—... Necesitas una buena ducha... Hueles a alimaña...

—¿Te extraña? —musitó ella—. Llevo días durmiendo bajo el suelo...

—Joder...

—Bueno, ¿y qué tal te las has arreglado ahí arriba? —insistió Fernando en cuanto regresó.

—Bastante bien, dentro de lo que cabe —mintió ella distraídamente—... Aunque se me ha hecho duro estar sola —se encogió de hombros. La borda estaba destrozada, pero ya había

decidido invertir lo que le quedaba del dinero que tenía en volver a acondicionarla. La recuperaría, y volvería a ser lo que había sido una vez—... La nieve es muy bonita los primeros días, pero ahí arriba, con las ventanas completamente tapadas, sin poder hablar con nadie y con el motor estropeado...

—Ese volverá a arrancar, ya verás —aseguró Fernando—, en cuanto se vaya la nieve bajas a Legazpi, que Aguirre te manda a uno de los chicos y te lo ponen en marcha en un santiamén. Estará ahogado con la humedad y el frío.

—¿Seguro que no te importa que nos quedemos aquí? —intervino Urko.

—¡Hay camas! Comida también, aunque con lo que tú tragas...

—De hecho me pienso poner otro caldo, así que...

Se levantó, y mientras Fernando protestaba, porque era lo que le tocaba hacer, se sirvió otra ración, y a Teresa le cogió su tazón y también se lo llenó.

La seguridad de estar allí los tres, como en familia, la apacible bondad de la vieja borda, la belleza del paisaje nevado... inundaban los sentidos de Teresa, que se distraía, asombrada de sentir tanta paz en su interior. Le desbordaba una felicidad que rayaba en la euforia. Corría por sus venas, galopando como una corriente redentora, y cada vez más, deseaba llamar a Cristina y oír su voz. Se levantó y miró por la ventana, hacia el horizonte, por encima de los bosques dormidos que poblaban los montes níveos e immaculados. Sujetaba el tazón caliente entre las manos, agradecida a la vida, sin miedo, por una vez.

No había vuelto a ver a Itzal, y suponía que no volvería a verla. Ella siempre la había protegido en vida, y ahora... Sonrió con añoranza.

Comieron, bebieron, y descansaron hasta reponer fuerzas, seguros de que estaban a salvo. Fernando se esforzaba por cuidar de ellos, como si intuyera que ése era su papel en aquel momento. No hizo más preguntas, predispuesto a comprender y a respetar, feliz, en el fondo, de ver a Teresa y a Urko juntos. Nada le parecía más natural.

Cuando el móvil de Teresa estuvo cargado, la joven se escabulló fuera para poder hablar con Cristina. Paseó despacio junto a la terraza. Se asomaba a la ladera empinada del monte que la sostenía. La pista pasaba justo por debajo de ella. Caminar sobre la nieve que la cubría, abrigada en su plumífero, y contemplar la tarde, que tocaba a su fin, libre del temor que le había inspirado hasta entonces la oscuridad, libre de la amenaza de un embarazo... era reconfortante. No había lugar a dudas, no desde que había descubierto al cambiarse que había vuelto a tener el período. Sonrió feliz. Quería ver las estrellas titilando en lo alto, distantes y brillantes sobre el valle vestido de blanco...

Miró el móvil. La pantalla negra estaba arañada. Había pasado por tantas cosas... Pulsó el botón de encendido y apareció el menú. Le pidió que insertara la clave para desbloquearlo, y puso los cuatro números de su pin. Luego, cuando estuvo operativo, buscó el número de su hermana y la llamó. Su cara sonriente parpadeó durante varios tonos.

—¿Teresa?

Su voz, entre preocupada, enfadada, dulce y cercana, hizo que Teresa llorara. Estaba de pie en medio de la nieve, mientras la luz de la tarde menguaba suavemente y la brisa invernal acariciaba sus mejillas.

—Joder, Teresa... ¿Sabes lo preocupada que me tenías? Estaba venga a llamarte, ¿qué te ha pasado?

—Me he quedado sin motor, y no podía cargar el móvil —Teresa temblaba de los pies a la cabeza. Si quería contarle a alguien que era libre, era a Cristina—... Estoy bien, perfectamente...

—¿Seguro, cariño?

—Seguro... Cristina —murmuró con la voz rota—... Nunca más.

Hubo un silencio entre las dos.

—Nunca más —repitió, poniendo toda la intención en lo que decía.

—¿Qué... —a su hermana se le rompió la voz, porque de alguna manera entendía su mensaje.

—Digo que... nunca más...

Cristina rompió a llorar. Teresa también dejaba que las lágrimas cayeran por su rostro, mientras sus ojos bebían del paisaje del que siempre había estado enamorada.

—En cuanto baje la nieve iré a verte a casa, a San Sebastián... Te quiero, Cristina.

o o o

«...Voy a romper mis pérdidas, a golpe de traición, porque sólo así podré escapar de esta vida estéril que me mantiene inerte, como una máscara sin vida, a través del tiempo.

Voy a contar hasta diez antes de sumergir la cabeza en este pozo sin sentido que suma mis días, porque para saber quién soy necesito mirar atrás, hacia esa sombra que me envuelve.

Voy a tener que tomar mi conciencia al asalto y hundirme hacia el confín de este reino del horror inmóvil donde nada cambia, y el castigo permanece.

Mi historia no es una historia común, es la historia del miedo, mi miedo, el que siempre me ha acompañado; ese miedo que doblega todos los sueños y devora el alma; ese miedo que se impone en cada decisión que no tomas, el que te hace vacilar toda la vida, eternamente... el que tira de ti en la corriente, y hace que te pierdas en un bucle sin fin, hasta agostar quien eres, hasta un infinito gris que se bebe tus lágrimas, sin medida, cada vez que te miras en un espejo.

Y después...

Voy a agostar este silencio que duerme, raído y vasto, consumiendo el aire que respiro. Voy a ser hostil con este duermevela inconsciente en el que se mece mi memoria, para poder respirar, y hacer que mi corazón bombee de nuevo, como si una horda salvaje se abatiera sobre mi cobardía, al son de un tam tam imaginario que se deja sentir, que retumba en mis entrañas, que aturde y arrasa con ésa que arruina mis intentos, con ésa que era yo, y que no soy yo...

Quiero beberme la vida, a tragos, a tragos... Quiero saciar esta sed que se quedó a medias, quiero extender la mirada y no ver horizontes, sólo un símbolo de infinito abierto a una eterna posibilidad de ser auténtica en este mar apacible donde nada cambia, donde todo se duerme.

Voy a romper mis pérdidas a golpe de traición... voy a devastar el bastión inexpugnable y a cruzar todos los fosos, y a trepar a lo alto de ese muro, y a saltar al otro lado... Voy a romper esa falsa promesa con que un día rubiqué mi derrota más íntima, sin concesiones, sin cláusulas de letra pequeña, sin espacio para ti.

Voy a arrasar este mapa estéril para trazar un nuevo paisaje, a mi medida.

Ahora sí... Ahora sí.»

Dedicado a todas las mujeres, que por razón de su condición, o por cualquier otro motivo, se ven enredadas en relaciones tóxicas, de maltrato, de vejaciones, de manipulación y anulación.

Dedicado a las mujeres que viven con miedo, que devastan quienes son por no afrontar su verdad, porque a veces... tememos lo que somos, o no nos gusta quiénes somos.

Porque siempre, siempre... se puede ser más grande que tus circunstancias:

«Cuando crees que nadie te escucha...

Cuando te parece que el mundo se traga tus emociones, que el despecho y tus miserias se tornan un velo negro que se expande, apartándote de la realidad para arrojarte a la cuneta del eterno olvidado...

Cuando crees que la vida pasará de largo, arrollando tu escasa energía como un tren de mercancías, implacable mensajera de tu desdicha.

Cuando la sombra de tus temores te abraza, poco a poco, te asfixia y te envenena...

Cuando te parece que en el cielo ya no hay estrellas para ti, que el mar ha muerto ahogado en sus mareas, que no hay pincel que redescubra tu alma ni colores que distingan tus sueños de las mentiras que te atrapan...

Es entonces cuando debes recordar que no es la vida la que pasa, sino tú quien se detiene, que olvidaste mirar al cielo y respirar... te olvidaste de caminar.

Piensa que el mar sigue siendo tempestuoso a veces, mágico y eterno por siempre... mires o no mires, a pesar de ti, a pesar de todo.

Cuando creas que nadie te escucha... empieza por dedicarte un descanso, reposa tu dolor en la arena, entierra el miedo y dedícate un instante precioso, un momento en el que sólo tú seas importante. Oye tu voz y por una vez sé tu mejor amigo, lanza al vuelo tus palabras y atrápalas de un manotazo. Retenlas, saborealas, disfrútalas... y entiéndelas...

Son tu pasaporte a la vida, ese murmullo que te rondaba con el destino entre los labios.»

¹ *Txapela: boina en euskera.*

² *Mamia: cuajada en euskera.*

³ *Txoko: rincón en euskera.*